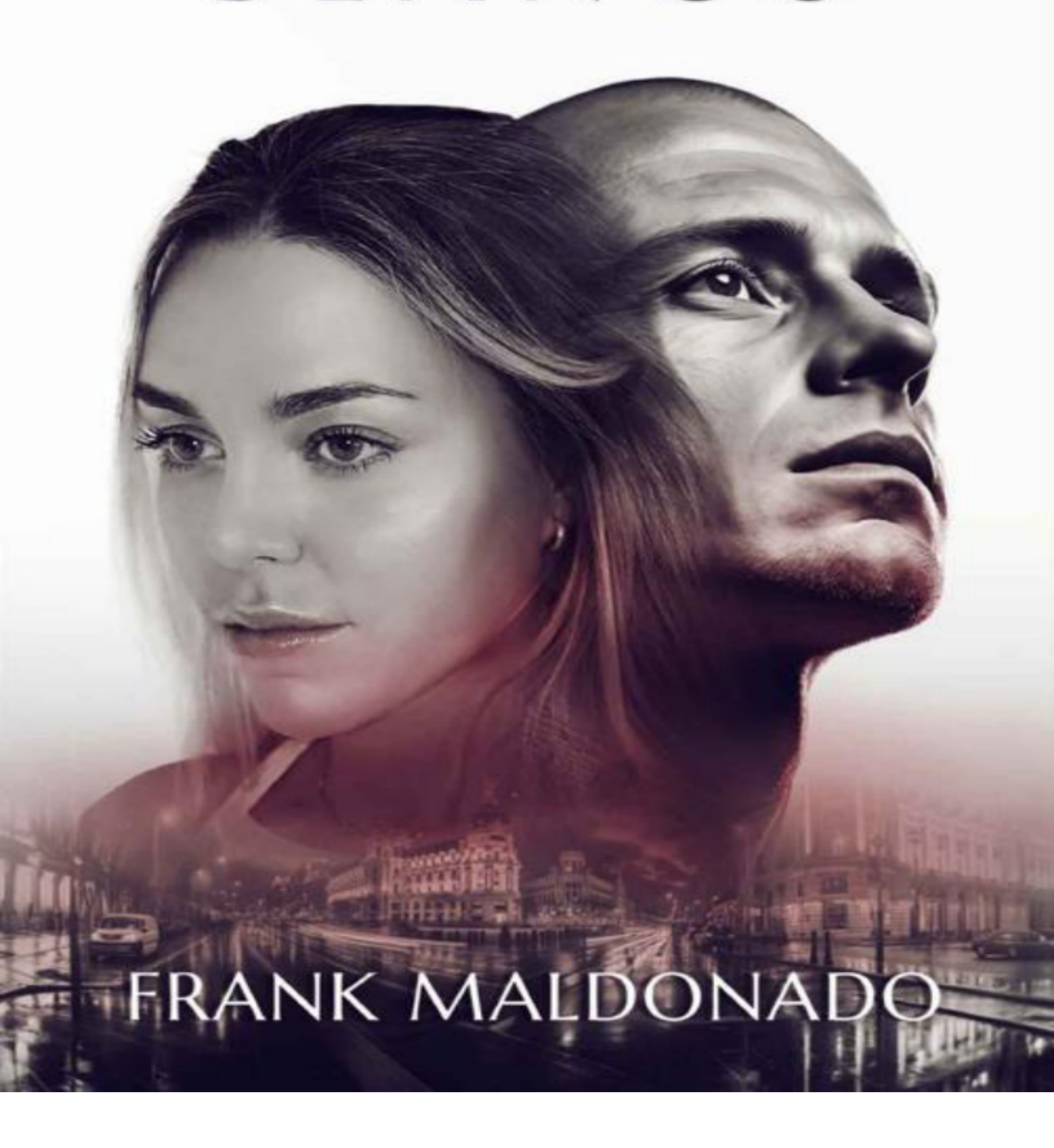
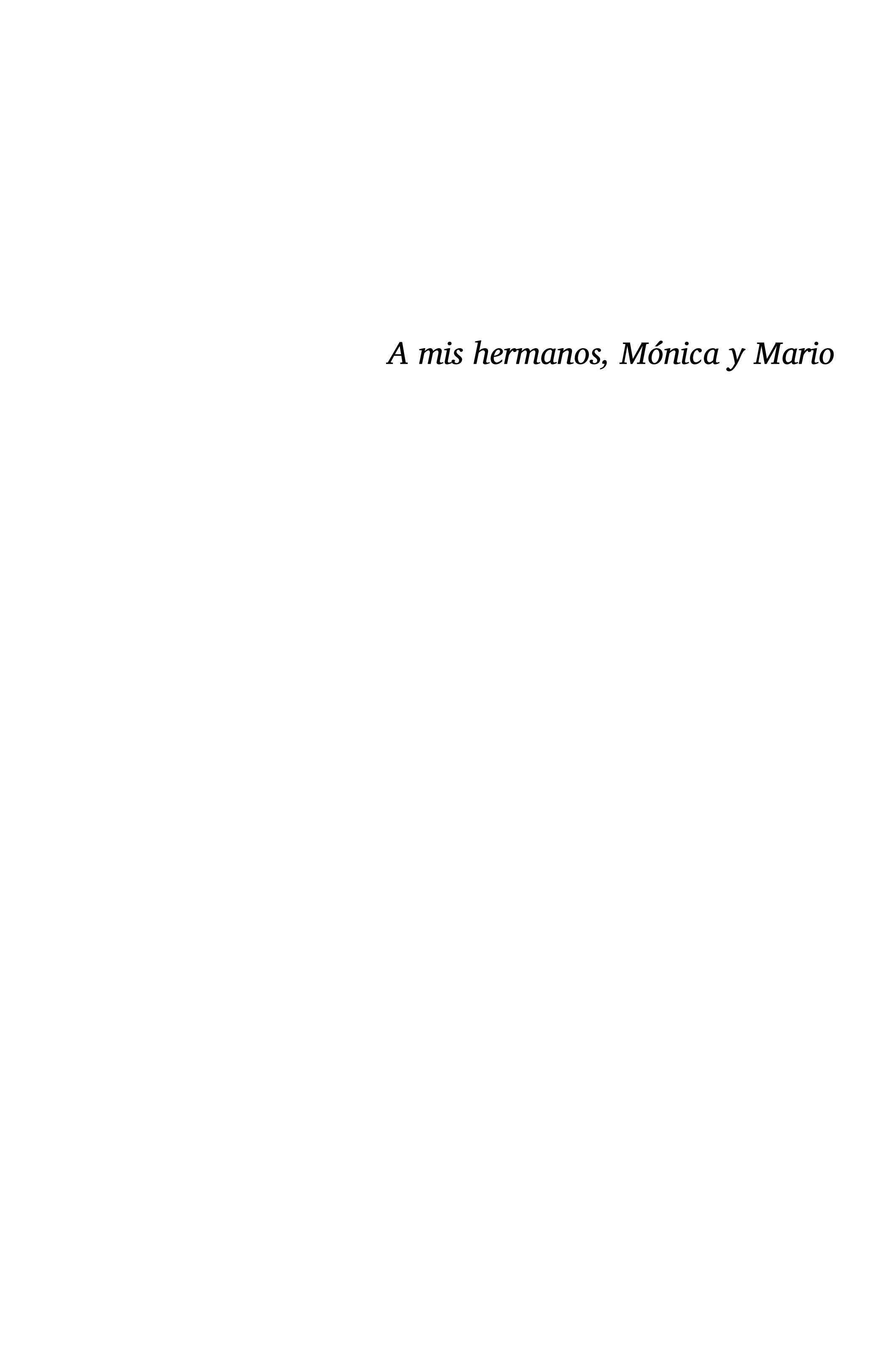
MARTILLO BLANCO



Frank Maldonado

Martillo Blanco

Primera edición:Diciembre 2023
Registro legal: 03-2023-111511035700-01
Titulo original: Martillo Blanco.



A mis hermanos, Mónica y Mario

PRIMERA PARTE

Sangre Roja

Rojo es el color de mi sangre, que con fuerza y pasión me nutre de vida y me sostiene, dibujando mi cuerpo con infinitos ríos, recorriendo bajo mi piel con una callada sinfonía de mis pulsos.
La sangre roja de mi corazón es la tinta con la que escribo mi vida en diferentes tonalidades de color bermellón.

El sonido de las ruidosas y alteradas sirenas de la policía resonaba alrededor del Parque del Sur, envolviendo el anaranjado atardecer con los destellos parpadeantes, azules y rojos, de las luces brillantes de sus torretas. Era un crepúsculo de primavera del mes de abril, alrededor de las veinte horas, donde una brisa fresca envolvía la noche. Varias patrullas y un par de ambulancias se acercaban a gran velocidad a las proximidades del parque por detrás de los altos pinos que lo rodeaban. A mitad del parque resaltaba una gran fuente sin agua, un poco desconchada por el abandono, estaba rodeada por bancos de madera algo viejos y rotos, algunos de ellos cubiertos de grafitis por los adolescentes delincuentes sin educación cívica que solían transitar por la zona.

Años atrás el parque había sido un lugar pintoresco y cuidado, donde los niños jugaban todas las tardes luego de terminar sus horarios escolares. Los perros, junto a sus dueños, corrían y disfrutaban por las amplias explanadas y se refrescaban en el agua cristalina de la fuente que se deslizaba por diferentes mini cascadas a su alrededor.

Pero el Parque del Sur ya no era lo que fue. Varios años atrás los barrios colindantes empezaron a llenarse de familias ocupas, gente de pocos recursos y perroflautas. Comenzó entonces a ser transitado por bandas callejeras, traficantes de drogas y delincuentes, dando a la zona un aspecto descuidado, sucio y de abandono, aunque al mismo tiempo algo extravagante.

Tras rodear el parque, los coches de la policía y las ambulancias llegaron al lugar. Los oficiales y paramédicos bajaron a las prisas y, mientras unos acordonaban la zona prohibiendo el paso a los transeúntes que se acercaban a husmear lo sucedido, los demás corrían al sitio exacto del suceso.

Al lado de uno de los bancos de madera, una mujer en sus treintas que yacía de rodillas en el suelo, sujetaba el cuerpo de un adolescente inconsciente, ambos en un gran charco de sangre. Su chaqueta blanca se había teñido con el vibrante color rojo, procedente de la vida que se escapaba del joven al que aferraba con sus manos y abrazaba junto

a su pecho. Intentaba reanimarlo tocando su cara al tiempo que gritaba, intentando despertarlo.

—¡Por favor, por favor, despierta!, por dios, abre los ojos. ¡¡¡Ayuda!!!, ¡¡¡ayuda!!! —chillaba ella con un llanto descontrolado.

A su lado había otro joven, tumbado en el suelo sin poder moverse, pero aún con signos vitales. Junto a él, sosteniendo su mano, había un vagabundo.

En ese instante llegaron, apartando a las personas que intentaban ayudar, cuatro paramédicos. Dos de ellos comenzaron a auxiliar al joven que estaba tirado y que, apenas consciente, emitía unos sutiles hilos de voz, de queja de dolor. Luego de realizarle los primeros auxilios, lo acomodaron sobre una de las camillas y, con urgencia, lo subieron a una de las ambulancias, donde lo llevarían al hospital más cercano para evaluar con más exactitud y precisión su estado de salud.

Los otros dos intentaban tranquilizar a la mujer separándola del joven, mientras determinaban su estado.

—No se mueve. Solo tiene dieciocho años. ¡Por favor, por Dios sálvenlo! —gritaba ella en un estado crítico de nerviosismo.

—Tranquilícese, señorita. Haremos todo lo que esté en nuestras manos —le explicaba el primer paramédico, sujetando sus manos ensangrentadas.

—¡Rápido!, maniobra de reanimación cardiopulmonar —ordenaba el otro, que estaba abriendo la camisa del joven inconsciente, que no presentaba el más mínimo movimiento de vida en su cuerpo—. No encuentro el pulso.

—Listo, ¡descarga! —dijo el primero, que se acercó con el desfibrilador.

—No responde… De nuevo, ¡descarga!

El cuerpo del joven se levantaba unos leves centímetros del suelo durante cada choque eléctrico que aplicaban sobre su pecho.

Ella, que se encontraba de rodillas, con las manos teñidas de sangre sobre su rostro, rompió en un llanto fuera de sí al ver que el joven no respondía a los estímulos aplicados por el equipo médico.

—¡No!, ¡no!, ¡vamos!, ¡vamos!, ¡despierta! —gritaba ella con dolor frente a los policías, paramédicos y todos esos transeúntes que, tras el cordón policial que los contenía, contemplaban la escena con curiosidad, desesperación y angustia en sus caras.

El débil sol del atardecer fue desapareciendo tras los altos pinos del parque, dando paso a un manto de tonalidades negro azuladas que dejaban ver ya algunos diminutos puntos brillantes, anunciando el comienzo de una nueva noche.

La ambulancia, con el joven herido salió a toda velocidad hacia el hospital. Mientras, el equipo médico restante continuaba con las tareas de reanimación del chico desvanecido.

“La vida puede cambiar de un segundo a otro”. Todos, alguna vez, hemos pronunciado esta frase en nuestra mente. El problema es cuando, en efecto, sucede, y ahí te das cuenta de que en realidad es así. Lo que no pensamos es cómo te puede cambiar la vida, tanto por fuera como por dentro, a partir de cuando cambia la vida de una persona cercana a ti.

1

Siete meses atrás.

Alrededor de las siete de la mañana del mes de septiembre, se proyectaban los primeros y débiles rayos de sol, despertando a un nuevo día. La luz ingresaba a través de las rendijas de la persiana de la habitación. La pasión de dos cuerpos desnudos dibujaba unas eróticas siluetas en movimiento, sobre la tenue luz que despuntaba a través de la ventana.

El silencio era solo interrumpido por el jadeante gemido de placer de una chica que, postrada sobre un hombre desnudo, apoyando las manos sobre su pectoral envuelto en sudor, se balanceaba al son del disfrute que nacía de su hambre por llegar a la cima del placer.

El baile continuaba sobre las sábanas mojadas con el aroma a fuego de dos cuerpos que, danzando desnudos, se entrelazaban de pasión. Compartían una misma piel y daban paso a diferentes posiciones, posturas dibujadas con delineadas siluetas de movimientos agitados. Hablaban con las caricias del recorrido de sus manos, por los resbaladizos cuerpos sedientos de beber la savia de su lujuria sin límite de ser. Ambos, conjugados en uno solo tras un éxtasis perpetuo de placer, se acompañaron del frenesí de sus suspiros junto al sortilegio de un erótico embrujo de seducción. Un orgasmo absoluto y eterno explotó entre ellos, dejándolos en total calma, uno sobre el otro, degustándose de ese aliento agitado, intercalado por unos sutiles y borrachos besos.

—Qué rico empezar así la semana, ¿no? —comentó Darío, aún con los ojos cerrados y la respiración intermitente.

—Anda, date prisa y dúchate, que tienes que llegar antes que yo a la Redacción —replicó Camila, moviéndole el rostro para que despertara.

—Ok, ya voy—respondió él, mientras se levantaba con pocas energías de la cama, dirigiéndose desnudo al baño que había en la misma habitación.

—Mientras yo prepararé el desayuno —anunció ella, a la vez que se ponía una bata de seda azul.

Darío era un chico de treinta y cuatro años, de pelo rizado y barba

de varios días. A Camila le atraía mucho su estilo desaliñado y su cuerpo delgado, pero dibujado con un gran delineado por todos sus músculos.

Camila, a diferencia de Darío, era muy coqueta. Cuidaba mucho su imagen con atuendos finos y elegantes, junto a complementos que le daban un toque *chic* a su estilo. Dedicaba especial atención a su largo pelo rubio con destellos dorados, lo peinaba en unas pequeñas ondas que resaltaban sus grandes y verdes ojos de largas pestañas, dándole una mirada exótica y sensual. Era una mujer de tan solo treinta y tres años que, sin duda, no pasaba desapercibida por su belleza y seguridad frente a los hombres y mujeres con quienes se cruzaba en su día a día. Era una exmodelo profesional, ahora directora editorial de contenido de una de las revistas más importantes del panorama social, moda y noticias de la actualidad más relevantes del país.

Al abrir la puerta de la habitación, una esponjada gatita persa, de color acobrado con matices blancos, maulló, mientras se cruzaba entre las piernas de Camila en su caminar por el espacio diáfano del apartamento. Se podía ver un amplio salón con un ancho y largo sofá color marrón café, y varios voluminosos y acolchados cojines de diferentes colores de tonalidades en verde botella y mostaza. Varias plantas de interior, de distintos tamaños y especies, como algunos cactus entre otras, daban pinceladas de un verde natural al ambiente. Algunas piezas de arte, y muebles con bastante estilo, representaban sin duda el buen gusto de Camila por el interiorismo. Al otro extremo del amplio espacio, y separada por una larga barra, se encontraba la cocina, con una gran mesa de madera de color oscuro y estilo rústico. En el centro de aquella mesa había un voluminoso jarrón blanco con tulipanes de distintos tonos rosados. Camila solía comprar las flores, cada semana, en un puesto en la esquina de la calle donde vivía.

—Buenos días, Pris. ¿Cómo está mi pequeña? Tienes hambre, ¿verdad? —decía mientas la acariciaba y le ponía una taza de alimento gatuno en su plato de comida.

Mientras Pris degustaba su desayuno, Camila preparó café y un poco de zumo de naranja natural en un exprimidor, luego unas tostadas de jamón serrano con tomate y aguacate, y al final un poco de diferentes frutas picadas que repartió en dos pequeños *bowls*.

En ese momento Darío salió de la habitación, ya vestido, pero con el pelo un poco húmedo luego de su ducha.

—¡Qué rico olor a café! —comentó, al mismo tiempo que cerraba los ojos, aspirando el olor que desprendía la cafetera—. ¿Te ayudo con algo?

—No te preocupes. Ya casi está todo listo. Siéntate, ahora termino de servir lo que falta —dijo, mientras servía los platos sobre la mesa con las apetecibles tostadas.

Ambos se sentaron en la mesa, uno frente al otro, y degustaron el desayuno con bastante hambre. Al mismo tiempo, Camila revisaba en su portátil la agenda del día de trabajo en la Redacción.

Eran alrededor de las siete con cuarenta cinco de la mañana, a cuatrocientos treinta y tres kilómetros de distancia de la capital de España. En una vieja estación de tren, con el suelo aún mojado luego de la lluvia de la noche anterior, un adolescente con su maleta llena de sueños y propósitos por cumplir se despedía de su familia. Estaban en un pequeño pueblo del norte de España, ubicado en el extremo oriente de la provincia de Asturias, llamado Llanes.

Llanes es una villa marinera de preciosas playas bañadas por las frías aguas del mar Cantábrico. Está cerca de los picos de Europa con un promedio de quince mil habitantes, considerándose unas de las poblaciones de Asturias más monumentales. Es una localidad de gran atractivo turístico gracias a sus playas y su casco histórico.

La madre despedía a su hijo con los ojos humedecidos, al ver como su pequeño volaba en busca de un futuro prometedor, sintiendo un cierto nerviosismo al dejarlo ir solo, pero contenta del hombre en que se convertiría.

Nunca es fácil enfrentar el día en el cual unos padres tienen que ver partir a sus hijos de casa, pero es muy importante que tengan ese valor, así como desearles lo mejor en esta nueva etapa de su vida. Es parte de la evolución de la mayoría de las familias, pero, aunque sea una etapa esperada y previsible, no por ello resulta menos dolorosa. Esto ocasiona en los padres el síndrome del nido vacío, refiriéndose al sentimiento de soledad y tristeza que suelen experimentar cuando sus hijos se emancipan para iniciar una nueva vida fuera del hogar. Aunque la separación solo sea física, nunca desaparece esa enorme preocupación por el bienestar de sus hijos, además de una sensación de soledad, vacío interior, aburrimiento y nostalgia. Que los hijos se vayan de casa no quiere decir que el rol de padre o madre termina para siempre. El vínculo va a permanecer toda la vida.

—Martín, hijo, ¿no se te olvida nada? —preguntó la madre, con algo de preocupación.

—No mamá, yo creo que llevo todo lo necesario hasta que regrese en unos meses a visitarlos.

—Ay, hijo mío, ten mucho cuidado en Madrid, que aquello es muy grande y tú no estás muy acostumbrado a una ciudad con tanta gente, pues vivir en el pueblo es muy diferente —advirtió la mujer.

—Sí, mamá, no te preocupes, que yo tengo cuidado. Además, no voy a estar solo, mi hermana está allí y ella me enseñará todo. Tiene

muchos años viviendo en Madrid —comentó, intentando calmarlos.

—Sí hijo, tu hazle caso a todo lo que tu hermana te diga, ella te quiere mucho y cuidará de ti, de eso no tengo ni la menor duda.

—Ella te estará esperando en la estación de tren a tu llegada. Espero que seas responsable, en este primer año de universidad te quedarás con ella y tendrás que adaptarte a sus normas —le recordó el padre.

—Sí papá, descuida, le haré caso en todo…, ya no soy un niño…

—Tan solo tienes dieciocho años, Martín. Eres nuestro niño, y siempre serás nuestro pequeño. ¡Ay dios mío cuídamelo mucho! Y estudia, ¡eh!, para que el día de mañana seas un gran fotógrafo —dijo la madre, abrazándolo entre sollozos.

—Mamá, no llores, que me voy a estudiar a Madrid, no a China, y además vendré seguido al pueblo.

—Desde que estaba embarazada de ti, sabía que llegaría este día, en el que extenderías tus alas y saldrías solo a explorar el mundo como hizo tu hermana, pero nunca me imaginé que fuera tan pronto. Si es que hace nada eras un niño jugando en la plaza del pueblo. Te deseo mucho éxito en esta nueva etapa, hijo mío, y le pido a Dios que te cuide y te proteja —dijo la madre, sin soltarlo.

—Estate tranquila, mujer, que el niño va a estar bien —comentó el padre, intentando tranquilizarla.

En ese instante el tren fue apareciendo por las vías, y todos los pasajeros caminaron sobre el andén hacia sus respectivos vagones para ir subiendo.

Martín era un chico delgado, con un liso pelo rubio que le remarcaba su cara aniñada y angelical, viéndose más joven de lo que era. Era un chico responsable, cariñoso, algo tímido y buen estudiante. Desde muy pequeño se sintió fascinado por el mundo de la fotografía razón por la que pidió a sus padres una cámara y se fue adentrando, desde muy temprana edad, a ese mundo en el que se perdía por las calles de Llanes, buscando y captando las mejores instantáneas con las que se cruzaba en su día a día.

Siempre tuvo muy buena relación con su única hermana, a pesar de que se llevaban catorce años de diferencia, y de que ella también dejó el hogar a muy temprana edad, a la búsqueda de sus sueños. Fue como una segunda madre para él.

—Bueno, hijo, creo que ya tienes que subir al tren, si no te quieres quedar en el pueblo… Ven, dame un abrazo —comentó el padre, envolviéndolo entre sus brazos.

—De verdad, papá, no se preocupen. Todo va a ir muy bien. Estoy muy emocionado de estudiar en la universidad oficial de fotografía, y de vivir en Madrid.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé…, y sé que vas a llegar muy lejos.

Anda, date prisa en entrar. Deja te ayudo con la maleta —el padre se acercó para cargar su equipaje.

—No te preocupes papá, yo puedo. Cuidaros mucho. Cuando llegue a Madrid les aviso.

Martín abrazó a sus padres, uniéndose los tres en un mismo abrazo. En seguida agarró su maleta y con los ojos humedecidos caminó hacia el tren.

—Te puse un bocata de anchoas con tomate en la mochila —gritó la madre, justo antes de que él cruzara la puerta del vagón.

Martín se giró y no pudo contener las lágrimas al ver a sus padres despidiéndose de él en esa fría y vieja estación.

—Gracias, mamá. Los quiero mucho —gritó, justo en el instante en el que sonó el silbato de salida.

El tren comenzó a moverse y, desde la puerta, aún abierta, Martín decía adiós con la mano a sus padres, que le correspondían con el mismo gesto, un poco conmovidos, pero con una amorosa sonrisa.

—Debe ocupar su lugar —le comentó un tripulante del tren.

Martín se adentró en el vagón con su mochila, su maleta y su cámara fotográfica, que colgaba de su cuello. Buscó su número de asiento, acomodó su equipaje, ocupó su lugar junto a la ventana y, contemplando los campos anaranjados por el color del amanecer, pensó en qué le depararía su nueva aventura de vida en Madrid.

Camila, que terminaba de desayunar junto a Darío, se levantó y comenzó a recoger la mesa.

—¿Quieres más café? —preguntó.

—No gracias, luego tomamos uno en la Redacción.

—Agarra fuerzas, porque hoy será un día largo. Tenemos la presentación del contenido del nuevo número del próximo mes —advirtió Camila.

—Sí, lo sé. Todo el equipo está convocado a las diez para revisar todas las secciones.

—Es un especial muy importante y todo tiene que quedar perfecto. Quiero sorprender a Mauro con este número.

—Estoy seguro de que todo el equipo trabajó duro en este número —dijo Darío mientras miraba el reloj—. Me adelanto para ir revisando la entrega con la imprenta.

—Perfecto, nos vemos en un rato.

Darío agarró su mochila y su chaqueta del perchero que había en la entrada del apartamento. Justo antes de salir, Camila se acercó y le dio un beso de despedida.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que seguir escondiendo nuestra

relación ante los ojos de todos? —preguntó Darío con una mueca triste.

—Ya hemos hablado de esto. De momento es mejor así, te lo aseguro. Nos podría traer problemas en el trabajo. No olvides que la directora creativa de la Redacción es tu ex, y esto puede ser incómodo para todos. Venga, date prisa, que vas a llegar tarde. Quiero las diferentes opciones de portadas en mi despacho cuando llegue —comentó Camila empujando la puerta mientras Darío la aguantaba con fuerza.

—Ok jefa, ahí las tendrás en cuanto llegues, pero…, ¿me das un último beso? —rogó Darío, con cara de enamorado, sabiendo que Camila no se resistiría.

—Ya, bobo…, que aún me tengo que duchar y mira qué hora es. Nos vemos en un rato, te quiero.

—Yo más…

Darío dejó de sujetar la puerta y Camila cerró. Se disponía a ir a su cuarto para entrar a la ducha cuando sonó su teléfono móvil.

—Hola mamá, buenos días. Me pillas entrando a la ducha para ir a trabajar. ¿Qué pasó? —contestó Camila.

—Hola, hija. Buenos días. Perdón, no te quito mucho tiempo. Solo llamo para recordarte que Martín ya va en camino a Madrid, para que estés atenta a su llegada a la estación, ya sabes que tu hermano es un poco despistado y él no conoce mucho por allí —dijo la madre.

—Sí mamá, no te angusties, allí estaré. Tengo un largo día de trabajo, pero si yo no puedo escaparme, mandaré a alguien para que lo espere en la estación —explicó mientras se quitaba la bata de seda, quedando desnuda y lista para entrar a la ducha—. Mamá, te tengo que dejar que llego tarde. No te preocupes por nada, yo me encargo de todo. Hablamos en la noche. Te quiero —colgó.

Apresurada, entró a la ducha. Al terminar fue al vestidor, donde eligió un lindo conjunto de falda y chaqueta que le dio un *look* más ejecutivo, que combinaba con su estilo elegante y era ideal para su largo día de reuniones.

Camila sabía, desde muy pequeña, que quería llegar a lo más alto del mundo de la moda. Todo comenzó cuando tenían tan solo catorce años. Durante un viaje familiar de verano a Barcelona, una tarde, mientras paseaba por la playa de la Barceloneta con su padre y su madre, que en ese entonces se encontraba embarazada de pocos meses de su hermano, fue divisada por el dueño de una de las agencias de modelos más importantes del país. El hombre, que la vio caminando con su larga melena dorada, su desparpajo y su esbelto cuerpo, supo en ese momento el potencial que esa niña tendría en el mercado del modelaje profesional. Así, se acercó a sus padres y les ofreció una tarjeta, por si estuvieran interesados en que su hija se iniciara en el

mundo de las pasarelas, objetivos y fotos de las marcas más importantes del momento. Camila no dudó ni un momento, y sus padres no se opusieron, al saber que era su mayor sueño desde pequeña.

Desde ese día, y a su corta edad, comenzó su carrera como modelo profesional, apareciendo en catálogos de ropa juvenil, desfiles, campañas y anuncios publicitarios. Camila nunca pasaba desapercibida, esa cara tan angelical de melena dorada y sonrisa incandescente hacía que las marcas más importantes se la rifaran como imagen de sus productos. Era una adolescente muy comprometida, tanto en su trabajo como en los estudios, a pesar de que constantemente tenía que viajar hacía las grandes ciudades para realizar sus trabajos de modelo.

Al cumplir la mayoría de edad se mudó a Madrid, para realizar sus estudios de periodismo y comunicación en la Universidad Complutense. Durante esos años de universidad, aparcó de momento su carrera como modelo, solo trabajando en las pasarelas más destacables, siempre que no se interpusieran durante la temporada de más rendimiento en sus estudios. Para Camila era muy importante dar prioridad a su carrera universitaria durante esos años, puesto que sabía que el mundo del modelaje tenía fecha de caducidad.

Al final se graduó en periodismo y, una vez graduada, viajó por Europa, Asia y Estados Unidos, ahora sí, recorriendo las pasarelas más importantes de los diferentes continentes, en las ciudades más emblemáticas del mundo de la moda. Paris, New York, Milán, Hong Kong, entre otras, eran las ciudades que con más frecuencia visitaba, viviendo incluso largas temporadas en algunas de ellas.

Su carrera como modelo subía como la espuma, creciendo su popularidad entre los diseñadores de más renombre del mercado internacional, los fotógrafos más destacables del momento, y apareciendo en las portadas de las revistas de más prestigio de la industria. Debido a esta popularidad, Camila aprendió a estar alejada por temporadas largas de su familia, pero siempre mantuvo un continuo contacto con sus padres y su pequeño hermano, al que le tenía adoración.

Cada vez que podía, sacaba un tiempo de su apretada agenda, por corto que fuera, y volvía a España, en especial a Llanes, su pueblo natal, donde disfrutaba de varios días con su familia, que para ella era lo más importante que tenía.

Después de tantos años dedicándose a ese mundo tan hipócrita y superficial, nunca perdió la cabeza. Siempre mantuvo los pies sobre la tierra, sin olvidar de dónde venía, y sabiendo que ese mundo sería momentáneo y que no duraría para siempre. Pero tenía que aprovechar toda esa fama en la que se encontraba, cada proyecto y

contacto para aprender y empaparse de todo ese medio y así, estar preparada para sus futuros trabajos fuera de las pasarelas, pero enfocados siempre en el mismo sector de la moda y la comunicación.

El ámbito profesional de una modelo se distingue en diferentes cualidades: belleza, por la cual brillaba, elegancia, que derrochaba allá por donde fuera, e inteligencia, pues, aunque no es una cualidad física, aseguraba a una modelo el profesionalismo y su exposición en el ambiente competitivo del modelaje. Sin duda, Camila contaba con estas tres imprescindibles cualidades que la hacían una *top model*.

A lo largo de su etapa como modelo tuvo que lidiar, en alguna ocasión, con ese lado oscuro, ese ambiente del que todo el mundo sabe, pero nadie quiere pronunciar. Pero Camila siempre fue una chica con mucha seguridad, y supo escabullirse de las personas que no eran limpias profesionalmente. Sabía cómo lidiar con ese tipo de hombres abusivos. Por suerte, nunca tuvo ninguna experiencia desagradable, al contrario de muchas de sus compañeras, que sufrieron malos momentos en esa bonita profesión por fuera, pero oscura por dentro.

En esta etapa, muchos eran los hombres de gran poder adquisitivo que se le acercaban intentando conquistar su corazón, pero ella no era una chica fácil de embaucar con grandes lujos y promesas irresistibles. A pesar de su presencia arrolladora, no era una mujer de intereses, y mucho menos pretenciosa de absurdos lujos. Su sencillez y desinterés por los hombres poderosos la hacía diferente de la mayoría de sus compañeras, y por esa razón atrapaba todas las miradas del sector masculino más interesante.

Mantuvo algún romance y noviazgos con algunos actores, cantantes o empresarios destacables del momento, pero siempre con gran discreción frente al objetivo público. Camila no era una mujer que expusiera mucho su vida privada, y mucho menos si salía con alguna figura mediática.

Tan rápido como su popularidad en el mundo de la moda crecía, su economía ascendía a vista de todos. Lo primero que hizo, tras reunir una gran cantidad de dinero, fue comprar una casa para sus padres y abastecerlos, para que pudieran vivir sin presiones económicas y darle una buena educación a su hermano.

Al cumplir sus treinta años, ya estaba cansada de vivir en hoteles alrededor del mundo, de hacer de su maleta de viaje su compañera fiel, de estar siempre perfecta y, sobre todo, de estar lejos, tanto tiempo, de su familia. Quiso llevar una vida más estable, tranquila, y regresó a vivir a España. Se alojó en Madrid, alejada de los flashes, las pasarelas y los *sets* de grabaciones, sin dejar el mundo de la moda, pero ahora enfocada en un plano más empresarial y comunicativo.

Al llegar a Madrid, invirtió parte de sus ahorros en la compra de un apartamento donde se instalaría, para comenzar su nueva vida. Lo

decoró con un estilo donde estar en casa fuera un espacio de paz, armonía y relajación, que en ese momento era lo que necesitaba. Llevó consigo a Pris, su mascota, una gatita persa, regalo de su última pareja, que se convirtió en su nueva fiel compañera. Ya instalada en su nuevo hogar, solo le faltaba esa oferta de trabajo en la que poder desempeñar todo su aprendizaje en el sector de la moda y comunicación.

Pronto le llovieron las ofertas, pero sería muy minuciosa en escoger la mejor propuesta recibida. Comenzó a trabajar como directora de marca de la mano del famoso diseñador Filipo Masoti, un importante diseñador italiano con gran expansión por toda Europa, pero con una de sus bases en Madrid. Laborar desde el otro lado de una marca fue todo un reto, pero gracias a su duro trabajo la compañía tuvo un notorio crecimiento, destacable desde su ingreso en la dirección. Filipo estaba encantado con la estrategia que Camila implementaba, donde brillaba por su potencial y profesionalismo en el sector.

Después de un par de años dirigiendo la marca a un nivel internacional y posicionarla en lo más alto, sintió que profesionalmente se estancaba. Un día, una interesante oferta de trabajo tocó a su puerta en el momento más indicado: una famosa revista de moda, cultura y temas de actualidad buscaba a su director editorial. Camila se encontraba en un gran ambiente de trabajo junto a Filipo, pero no veía crecimiento laboral y, sin pensarlo, se postuló para el puesto de directora editorial para la revista *Mood Magazine.*

Camila estaba en la sala de espera de la Redacción de *Mood Magazine,* algo nerviosa, a la espera de ser llamada para la entrevista con el Jefe de Redacción y directivo de la revista.

En ese momento, una chica bastante coqueta, en un estilo ejecutivo, de melena corta y gafas de moda, se acercó a la puerta de la sala donde se estaban realizando las entrevistas, con un par de carpetas en la mano.

—¡Buenos días! —dijo la chica, sin mirar a Camila ni al hombre que aguardaban turno en los sillones de la sala.

—¡Buenos días! —contestaron ambos.

La chica esperó en la entrada del despacho de pie, observando a los candidatos con una actitud un poco soberbia. Se sentía segura y cómoda en el lugar, puesto que saludó muy amable a algunos de los trabajadores de la redacción que pasaban por la sala.

En ese momento se abrió la puerta y un señor de unos cincuenta años, con un traje azul marino y corbata, zapatos marrones brillantes y muy buena presencia, salió del despacho. Era un señor alto, algo

regordete, típico padre de familia, con un peinado que intentaba ocultar las canas que se asomaban por los lados de su cabeza y con un semblante serio al mismo tiempo.

—Buenos días, Zoe —saludó sorprendido a la chica que aguardaba junto a la puerta.

—Buenos días, Mauro. Verás…, como sabes, ya llevo casi dos años en la Redacción, y me gustaría postularme para el puesto de directora —susurró, algo nerviosa, sin que los demás candidatos que esperaban la escucharan.

—Ok, me parece bien que quieras crecer profesionalmente, estás en tu derecho, pero serás valorada como todos los candidatos. No tendrás ninguna ventaja por pertenecer al Equipo de Redacción —comentó con voz seria y directa.

—Ok, Mauro. Sería justo —replicó, segura de sí misma.

—Pero siento decirte que tendrás que esperar a que pasen estos dos candidatos que están antes de ti —dijo Mauro, señalándolos.

—Perfecto, esperaré mi turno, gracias —dijo tragando saliva y encaminándose a los sillones, un poco avergonzada ante Camila y el chico, que habían escuchado la respuesta del director.

En ese instante Mauro miró a los dos candidatos, en especial a Camila.

—¿Camila Landa? —preguntó, asistiendo con la cabeza a Camila.

—Sí, soy yo —respondió, al tiempo en que se levantaba.

Zoe, en ese momento, se cruzó con ella, barriéndola de arriba abajo con gran rivalidad.

Mauro hizo pasar a Camila antes que él al despacho. Luego cerró la puerta.

Al cabo de dos semanas y después de una segunda entrevista, una llamada alegró aquel día a Camila, confirmándole que sería la nueva directora editorial de *Mood magazine*.

Mauro no dudo en darle el puesto a Camila, luego de conocer su gran formación, seguridad y experiencia en el mundo editorial desde otro punto de vista, pero con una gran habilidad en el medio de la comunicación. Era, sin duda, la candidata que necesitaban, y sabían que, sin duda, Camila traería un nuevo aire fresco al equipo y a la revista tras su baja audiencia en el mercado editorial en los últimos meses.

Camila renunció a su puesto como directora de marca de la firma Filipo Masoti. A Filipo le dio mucha tristeza su marcha, puesto que ya se habían convertido en grandes amigos, pero entendió a Camila y su crecimiento profesional, terminando así sus lazos laborales, pero

forjando sus lazos de amistad.

Y así fue como llegó su primer día como directora editorial en *Mood magazine*.

Todo el equipo de la Redacción la recibió con los brazos abiertos, en especial Darío, editor ejecutivo de la revista, con el que tendría que trabajar de la mano largas jornadas de trabajo.

El reencuentro con Zoe, la actual Directora Creativa de *Mood Magazine*, no fue el más grato, puesto que Camila consiguió el puesto por el que Zoe se había postulado, para obtener un crecimiento profesional dentro de la mima Redacción.

Camila la trató como una más del equipo, pero a Zoe, sin duda, no le simpatizó su presencia desde el instante en que se cruzó con ella, el día de su entrevista con Mauro.

El resto del equipo estaba encantado con su nueva Directora Editorial. Su amabilidad, cercanía y compañerismo hacían que el ambiente en el equipo de trabajo fuera bastante confortable. Todos conocían la trayectoria de Camila en el mundo del modelaje alrededor del mundo, y siempre que Camila les contaba anécdotas de su etapa como modelo profesional, escuchaban entusiasmados acerca de los entresijos de ese mundo.

Como siempre sucede en todas las empresas, entre sus trabajadores suele surgir algún romance o pareja. La mayoría de las compañías son conscientes de que las relaciones románticas entre sus empleados pueden tener un impacto negativo en su productividad y rentabilidad. Es por eso, que muchas no permiten que sus empleados inicien relaciones sentimentales, en especial si pertenecían al mismo departamento. En este caso, Darío y Zoe llevaban un año saliendo, era un secreto a voces, pero nadie tenía como comprobarlo a ojos de Mauro. Dicha relación era un poco inestable, debido al fuerte carácter de Zoe, chocando bastante con la relajada y tranquila personalidad que caracterizaba a Darío.

A los pocos meses de la incorporación de Camila a la revista, Zoe y Darío terminaron su relación. Las continuas escenas de celos e inseguridades que el acercamiento laboral entre Camila y Darío le provocaban a Zoe, eran ya irremediables e insostenibles, orillando así a Darío a poner final a su noviazgo.

Zoe se opuso rotundamente a la decisión de Darío de terminar la relación, pero esta vez él sí fue contundente y, al final su vínculo como pareja se rompió. Ambos intentaban, no obstante, mantener una cordial relación, puesto que debían convivir todos los días en el mismo departamento.

Por otro lado, Camila y Darío congeniaron muy bien, al principio como equipo de trabajo, pero poco a poco la amabilidad, naturalidad y personalidad de Darío fueron conquistándola.

Camila siempre quiso evitar relacionarse con alguien de su equipo de trabajo para algo que fuera más allá de una amistad, pero Darío supo cómo ganársela, sin apuros, hasta que ella no tuvo alternativa y no pudo esquivar esa afección entre ambos que fue creciendo cada día a más.

Ya era demasiado tarde y, cómo dice el refrán: “El roce hace el cariño”, pero ese cariño traspasó la línea de compañeros de trabajo, y así fue creciendo un sentimiento del que ya no tenían escapatoria.

Por respeto a Zoe, para evitar comentarios que se pudieran dar entre los demás compañeros de trabajo y así evitar alarmar a Mauro, decidieron mantener su relación a escondidas de los ojos de todo el Equipo de Redacción de *Mood magazine*.

2

Camila llegó a la Redacción, algo apresurada, en un estilo sofisticado compuesto por una falda hasta las rodillas con chaqueta a conjunto color beige, una blusa rosa palo, un bolso marrón colgado de su hombro y su maletín de trabajo. Su caminar elegante, provocado por sus altos tacones, no pasaba indiferente ante las miradas de los demás trabajadores de los otros departamentos.

—Buenos días —saludaba con una sonrisa a cada una de las personas con las que se cruzaba de camino a su despacho.

—Buenos días, Camila —contestaban con la misma sonrisa todos aquellos que recibían el saludo.

Al llegar a su despacho encontró, sobre el escritorio, los diferentes diseños de portadas que le había encargado a Darío. Ese era un punto importante para la reunión que tendrían ese día con Mauro, pues en la junta se elegiría la portada más adecuada y se repasaría el contenido del número del próximo mes, como era habitual con cada nuevo lanzamiento.

Camila entraba a la principal sala de juntas donde todo el equipo, junto a Mauro, la esperaba desde hacía veinte minutos.

Por lo regular, Camila era muy puntual en sus reuniones, pero esa mañana llevaba el tiempo justo y un pequeño accidente en la autovía la retrasó, y con ello hizo esperar a todo su equipo.

—Buenos días a todos. Perdón por el retraso. El tráfico estaba horrible en la M30.

Darío, que estaba sentado frente a Zoe en el lado izquierdo de la larga mesa de juntas, la recibió con una dulce sonrisa, situación que Zoe captó con un semblante bastante rabioso.

—Buenos días —contestaron amables todos los del equipo reunido, menos Zoe y Mauro.

—Hola, Mauro. Buenos días. ¿Ya empezaron? —preguntó ella, susurrando, mientras sacaba el portátil de su maletín.

—No, Camila, te estábamos esperando —contestó en un tono seco.

Luego de conectar su portátil con el proyector, comenzó a repasar, junto a los presentes, los diferentes enfoques que se implementarían en el siguiente número de *Mood Magazine*.

Frente a todo el equipo, Camila y Mauro comenzaban a ver las opciones de portadas y contenido que más se ajustarían al nuevo número.

—Creemos que la portada que más encaja para el inicio del otoño es ésta —comentó Camila, señalando el diseño elegido.

—Sí, ¡me gusta! —aprobó Mauro—. Las tonalidades que envuelven la foto están muy acorde con esta nueva estación, sin duda, y los titulares de las noticias destacan muy bien. Creo que son los más apropiados y relevantes para este nuevo número.

—Te felicito, Darío, muy buen trabajo de edición —dijo Camila, acompañando sus palabras con una sutil sonrisa de complicidad.

Zoe, que prestaba mucha atención, se percató de esos pequeños detalles, que a ambos se les escapaban durante toda la junta, levantando así una primera bandera roja, una sospecha, a la causa de su ruptura, según ella.

—Gracias, Camila —respondió él, agradecido, con otra sonrisa.

—Ahora repasaremos el contenido del índice del nuevo número, con todos los diferentes departamentos—explico Camila.

Uno a uno, los diferentes departamentos se preparaban para exponer, ya redactadas y editadas, las propuestas de sus artículos a Camila y Mauro.

—Adelante, Zoe, comenzamos contigo —dijo Camila, dándole la palabra.

Cada día era más evidente la rivalidad de Zoe hacía Camila, a pesar de que Camila siempre la trataba con la misma cordialidad y compañerismo con las que se dirigía al resto del equipo.

Un tren atravesaba los valles entre las montañas. A través del cristal de una de las ventanas se veía a Martín, escuchando música con unos grandes auriculares mientras degustaba el bocadillo envuelto en papel de aluminio que su madre le preparó para el viaje, junto con un refresco.

Al cabo de un par de horas, y de ir durmiendo algunos tramos del viaje, Martín decidió comenzar a plasmar sus vivencias en un cuaderno tipo diario. Al ritmo del vaivén del tren, y con una letra un poco descoordinada, escribió:

> *Hoy es un día muy importante para mí. Me separo de mi familia, de mis amigos y del pueblo que me vio crecer, para llegar a la capital y luchar por mis sueños: ser un gran fotógrafo profesional. Me dirijo a crear mí futuro con muchos miedos e incertidumbres, pero al mismo tiempo emocionado y lleno de ilusiones. Sé que no será fácil,*

pero estaré listo para todo lo que el destino me tenga preparado…

Faltaban justo tres minutos para las dos de la tarde en el gran reloj que colgaba en las paredes de la Estación de tren de Atocha de Madrid.

Hacía un día bastante agradable. El cielo lucía totalmente despejado y la temperatura rondaba los veinticinco grados cuando el tren procedente de Llanes-Asturias hizo su entrada por la vía del andén dos de la estación.

Martín agarró su maleta, se colocó su mochila, y con su cámara colgada al cuello con una cinta de color rojo, siguió a los pasajeros y bajó del tren, emocionado de ver a su hermana. Cuando las personas comenzaron a dispersarse por las diferentes salidas de la vía, acompañadas por sus familiares, que las recibían con efusivos abrazos, Martín intentó localizar a su hermana, pero entre la gente no divisaba esa dorada melena y esos ojos verdes que tanto esperaba ver.

Al final, el andén se quedó vacío, a excepción de él, con su maleta. Pensó que, quizás, venía retrasada por algún imprevisto de última hora, por lo que decidió esperar, y se sentó en uno de los bancos metálicos que había repartidos por dicho andén.

Mientras tanto, en la sala de juntas de *Mood Magazine,* Camila terminaba de revisar el contenido con todos los departamentos para el próximo número de otoño.

Mauro ya se había marchado, para ocuparse de otras reuniones de distintos asuntos relevantes de la Redacción.

En ese momento Camila miró su reloj y se percató de que el tiempo se le había echado encima. Ya era la hora de llegada de Martín en la Estación de Atocha.

Se acercó a Darío y sin que nadie más la escuchara, le dijo al oído.

—Darío, ¿puedes terminar de cerrar los últimos puntos, por favor? —susurró con disimulo.

—Claro, sin problema, ¿todo bien? —preguntó él.

—Sí, todo bien. Mi hermano ya llegó a la estación y ya voy tarde.

—Ok. Adelántate, yo me encargo. Nos vemos luego.

—Gracias.

Camila agarró su bolso y metió el portátil en su maletín junto a su cuaderno de notas.

—Tengo que salir, pero Darío se encargará de revisar el último punto. Nos vemos mañana. Muchas gracias a todos. ¡Gran trabajo! —

comentó a todo el equipo antes de salir a toda prisa.

Zoe se quedó extrañada de la salida repentina de Camila luego de hablarle al oído a Darío. Zoe sabía, sin duda, que ocultaban algo, y no descansaría hasta averiguarlo.

Martín seguía sentado en la estación. Estaba esperando a su hermana, quien después de que le escribiera un mensaje le contestó que ya estaba en camino desde hacía treinta minutos.

Camila llegó a toda velocidad a la Estación de Atocha. Aparcó su coche en el parking, y bajó las escaleras hacia los andenes de los trenes que llegaban.

Desde el otro extremo de la vía, Camila pudo divisar a su hermano, sentado en uno de los bancos junto a su maleta y su cámara de fotos colgada al cuello.

—¡¡¡Martín!!! —gritó desde el otro extremo de la vía.

Este reconoció la voz de su hermana que resonó por todo el andén, y se levantó al instante.

—¡¡¡Cami!!! —contestó con una gran sonrisa.

Ambos corrieron hasta encontrarse y se abrazaron.

—Perdón por el retraso, pero tuve una reunión muy importante en la Redacción y no pude salir antes.

—No te preocupes. Lo importante es que ya estás aquí —comentó Martín con una mueca feliz.

—¿Nos vamos? Déjame ayudarte con la maleta —dijo Camila.

—Sí, vamos. No te preocupes, yo puedo. Toma, agarra mí cámara —comentó, dándole la cámara, que Camila se colgó del cuello.

Los dos hermanos subieron las escaleras mecánicas de las vías dirección al parking, abordaron el coche e iniciaron rumbo a casa.

Durante el recorrido, Camila le iba explicando lo más destacable de la ciudad conforme lo miraban durante el trayecto.

—¿Cómo te fue de viaje? Supongo que estarás cansado.

—No mucho, la verdad. Dormí varias horas en el tren. Era bastante cómodo —explicó Martín, sin quitar la vista de todo lo que pasaba delante de sus ojos.

—Mira, esa es la plaza de Cibeles —dijo Camila señalándola.

—¡Oh, qué bonita! La famosa fuente de Cibeles.

Martín disfrutaba emocionado de la ciudad de Madrid, pues solo la había visitado una vez cuando era niño y guardaba pocas memorias de eso.

Luego de unos treinta minutos de recorrido, llegaron al apartamento de Camila, ubicado en el barrio de Chamberí. Al entrar fueron recibidos por Pris, que maullaba y se cruzaba entre los pies de

ambos mientras caminaban.

—Hola, Pris. Mira quién llegó —le decía a la gatita mientas frotaba su cabeza.

—Hola, Pris, pero qué bonita y qué grande estás —dijo Martín, acariciando su esponjado pelaje.

—Bueno, pues este es mi humilde hogar. Deja las cosas ahí. Ven, te muestro.

—Qué bonito apartamento. Siempre tuviste muy buen gusto —comentaba él mientras observaba todo el interiorismo.

—Gracias, no es muy grande, pero es acogedor, que es lo importante. Mira, esta será tu habitación, con tu propio baño, y esta de aquí al lado es la mía.

—Muchas gracias por recibirme en tu casa, Cami, te juro que no te incomodaré.

—Yo soy feliz de tenerte aquí. Así que, para lo que necesites, ya sabes que puedes contar conmigo. Te quiero, enano —dijo abrazándolo.

—Yo también te quiero mucho, Cami.

Martín, cuando era pequeño y apenas empezaba a hablar, llamó a su hermana “Cami”. Desde entones esa es la forma como Martín nombra a su hermana con cariño.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo? —preguntó Camila.

—No tengo mucha hambre. Mamá me preparó un bocata que me comí en el tren, y era bastante grande.

—Me lo puedo imaginar —dijo con una pequeña sonrisa.

—Creo que dormiré un rato. Desharé la maleta y colocaré la ropa en el armario.

—Perfecto. Si quieres, date una ducha y descansa un rato. Yo terminaré unos pendientes del trabajo, y luego prepararé algo para cenar.

Desde el gran ventanal que daba al balcón, se apreciaba cómo el atardecer de Madrid iba desapareciendo por detrás de los altos edificios de la ciudad. Mientras tanto, Camila cocinaba una pasta carbonara, el platillo favorito de Martín.

—¡Pero qué rico huele esa pasta! Ahora sí que me dio hambre —dijo Martín, saliendo de su cuarto mientras el olor chocaba con sus fosas nasales.

—En quince minutos estará lista. Ayúdame a poner la mesa mientras termino esta ensalada. En ese estante están los platos, las copas de vino arriba del botellero, y en el primer cajón los cubiertos —dijo señalando los diferentes lugares.

—Perfecto.

Martín comenzó a poner la mesa para su hermana y él.

—¡Oh! Había olvidado mencionarte que seremos tres para cenar.

—¿Tres? —preguntó Martín extrañado.

—Darío cenará con nosotros.

—¿Y quién es Darío? —preguntó curioso.

—Un compañero del trabajo, te caerá muy bien.

—Ok, perfecto. Pues pongo un cubierto más.

Tras colocar los alimentos en la mesa, Camila sacó una botella de vino blanco de la nevera.

—Siéntate. Tomaremos una copa de vino mientras esperamos a Darío. Ya no tardará en llegar. ¿Quieres un poco de vino?

—Sí, gracias.

—Bueno, solo porque es tu bienvenida.

—Cami, ya tengo dieciocho años.

—¡¡¡Oh!!! ¡Qué mayor! —dijo Camila, con tono de burla—. Bienvenido a Madrid. ¡Salud! —dijo, levantando su copa.

—Salud —respondió Martín chocando la misma—. ¿Y ese tal Darío, es solo un compañero de trabajo? —preguntó con una sutil sonrisa pícara.

—Bueno, en realidad es una persona especial. Llevamos casi un año saliendo, pero en el trabajo intentamos ser discretos por temas laborales. ¿Te gustó el vino? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, está bueno. Aunque no entiendo tanto de vinos cómo tú, a mí casi todos me saben igual.

Al cabo de unos minutos, Darío tocaba el timbre.

—Ese debe ser Darío —dijo Camila, levantándose a abrir la puerta.

Aunque Darío tenía llaves del apartamento, esa noche prefirió llamar al timbre. Cuando Camila abrió la puerta, él la saludó con un sencillo beso en los labios. Entonces entró, se quitó la chaqueta de piel marrón que traía puesta, avanzó hasta la mesa donde estaba Martín, y sobre esta dejó la botella de vino que llevaba en la mano.

—¡Buenas noches! Tú debes de ser Martín, ¿verdad? Darío, mucho gusto —comentó, mientras extendía su mano para saludarlo.

—Un placer, Darío —respondió Martín, algo tímido.

—Traje este vino para la cena.

—Gracias, ya abrimos una botella, pero la guardaré en la nevera para cuando terminemos ésta —comentó Camila.

—Que bien huele. ¿Te ayudo con algo? —preguntó Darío.

—No te preocupes. Siéntate. Ahora sirvo la ensalada y la pasta —dijo mientras sacaba la carbonara del horno.

—¿Y qué te parece Madrid, Martín? ¿Ya conocías la ciudad? —preguntó Darío mientras se sentaba del lado derecho de la mesa.

—Muy poco. Vine de pequeño con mis padres y mi hermana y casi no recuerdo nada, pero ahora que ya viviré aquí, poco a poco la iré conociendo.

Camila colocaba la comida sobre la mesa y empezó a servir en los diferentes platos.

—Ahora sí que se me abrió el apetito. Todo tiene una pinta riquísima —expresaba Darío, relamiéndose los labios.

—Es la pasta favorita de Martín desde pequeño. Quise preparársela cómo su cena de bienvenida.

—Gracias, Cami. La verdad que está riquísima —dijo, con la pasta ya en sus papilas gustativas.

La cena trascurrió entre risas y una agradable conversación.

Pris estaba recostada sobre unos cojines que había en uno de los sofás de la sala. Desde allí miraba los colores en movimiento de la tele, que estaba encendida a un volumen bajo.

En ese momento, en la pantalla, una periodista daba las noticias del telediario de la noche:

—Aumenta el vandalismo en las calles madrileñas. Bandas callejeras como la llamada *Martillo Blanco* siguen reivindicándose por las calles, agrediendo a personas de color, inmigrantes y procedentes del colectivo LGTBI. Destrozan sin medida todo el inmobiliario urbano que encuentran a su paso. La policía nacional ha aumentado la vigilancia, con intención de parar cuanto antes con estos agresores y hacerles pagar por sus delitos. En los últimos meses se han incrementado las peleas callejeras, dejando a varias víctimas heridas de gravedad —informaba la presentadora de las noticias en pantalla, mientras pasaban las imágenes.

Camila, Darío y Martín degustaban la pasta mientras seguían hablando, sin prestar la más mínima atención a la televisión.

La noche transcurría en una agradable velada. Camila contaba a Darío anécdotas sobre Martín y su época de niño.

—Mientras mis padres trabajaban en la pescadería, yo me ocupaba de él. Le cambiaba los pañales, lo llevaba y recogía de la escuela, y en muchas ocasiones me quedaba sin salir con mis amigas por cuidarlo, aunque la verdad es que me encantaba quedarme con él. Nos divertíamos mucho, ¿a que sí? —comentaba Camila con una sonrisa.

—Sí, Cami fue como una segunda madre para mí. Me encantaba estar con ella, pero luego se marchó a vivir fuera a trabajar como modelo. La extrañé mucho cuando se fue de casa —expresaba Martín con un poco de añoranza.

—Normal, una hermana siempre es un gran apoyo incondicional —dijo Darío con tono triste.

—¿Y tú tienes hermanas, Darío? —preguntó curioso Martín.

—Sí, tenía una hermana, pero no sé nada de ella desde hace muchos años. —contaba Darío con la voz quebrada.

—¿Cómo que no sabes nada de ella? —volvió a preguntar, pero esta vez extrañado.

Camila intentaba hacerle señas a Martín para que parara de indagar en el tema, pues ella ya conocía la historia y sabía lo que le dolía a Darío recordarla.

Darío, a simple vista, se veía cómo un chico muy relajado y tranquilo, con rasgos un poco serios, pero en realidad era un chico bastante sensible, y más cuando se mencionaba a su hermana.

—Pues, verás… Cuando yo tenía cinco años, mis padres tuvieron un accidente de tráfico donde ambos perdieron la vida. Nosotros, mi hermana y yo, éramos muy pequeños, pero recuerdo todo como si fuera ayer. Durante el primer año luego del accidente, mi abuela materna se encargó de Vera y de mí, ya que era la única abuela que nos quedaba. Por desgracia, mi querida abuela cayó enferma, falleciendo al año de la muerte de nuestros padres. No teníamos a nadie más que pudiera o quisiera hacerse cargo de nosotros. Al final, Vera de tan solo cinco años y yo de seis, acabamos en un orfanato.

“Mi hermana era muy bonita, tenía una cara de finos y delicados rasgos, como si de un ángel se tratara. A los pocos meses de ingresar en el centro de adopción, una familia quiso adoptar una niña. En cuanto vieron a Vera, se enamoraron de sus ojos azules y de su linda y picaresca sonrisa, y no tardaron en escogerla para darle un nuevo hogar.

La directora del centro avisó a esos futuros padres que Vera tenía un hermano tan solo un año mayor que ella, y no le gustaría separarlos. Pero, por desgracia, no eran una familia con muchos recursos como para mantener a otro hijo, y pese a los esfuerzos de esa directora, no fue posible marcharnos juntos.

Fue muy duro…, que te separen de lo único que tienes en la vida. Nosotros éramos el uno para el otro. Recuerdo perfecto el dolor que sintió aquel niño de tan solo seis años, agarrado a la pierna de la directora, sin poder controlar las lágrimas desbocadas que salían de sus ojos al ver cómo se llevaban a su hermana por aquella puerta, entre gritos, pues ella tampoco quería separarse de él —contaba Darío, con un nudo en la garganta y su lagrimal apunto de derramarse, al recordar aquella dura pérdida.

—Lo siento mucho, Darío —comentó Martín, con un hilo de voz.

Camila abrazaba a Darío tratando de recomponerlo.

—Ya han pasado muchos años, pero aún recuerdo ese amargo momento, el instante en que arrancaban de mí lado a mí otra mitad, lo único que me quedaba en la vida.

“Yo salí del centro cuando tuve la mayoría de edad. No tuve la misma suerte que Vera. La busqué hasta debajo de las piedras, pero no había ni el mínimo rastro de Vera Franco Arias. Quizás las personas que la adoptaron, cambiaron sus apellidos, o emigraron a otro país. Hasta el día de hoy, me ha sido imposible saber qué fue de ella, quizás

ni viva en España, no sé… Supongo que ya es una mujer adulta, que ha de estar casada, y con hijos. Puedo tener sobrinos y no lo sé, o quizás hasta me he cruzado con ella y no la he reconocido. Todos los días, cuando camino por la calle y giro en una esquina, tengo la esperanza de encontrármela, como en las escenas de las películas, pero nunca sucede.

—Estoy seguro que algún día el destino los volverá a unir —dijo Martín, con una leve sonrisa de ánimo.

—Bueno, cambiemos de tema, que es hora de este delicioso postre —dijo Camila, levantándose de la mesa a por un pastel que tenía guardado.

Los tres degustaban una porción con una gran sonrisa.

—Esto está delicioso. ¿Tú lo preparaste? —comentó Darío con la boca llena.

—No, lo compré, ya no me dio tiempo de preparar el postre.

—Pues le quedó delicioso a quién sea quien lo haya hecho —dijo Darío, con cara de placer al sentir el sabor en su paladar.

—Por cierto, mañana es tu primer día de clases, ¿no? —preguntó Camila.

—Sí, mañana es la presentación con los profesores y los compañeros de clase.

—¿Y estás nervioso? —preguntó Darío.

—La verdad, sí, un poco —respondió Martín con una sonrisa de nerviosismo.

—Tranquilo, es un bonito día y conocerás a tus nuevos compañeros. Estoy segura de que muchos de ellos se convertirán en tus amigos para toda la vida —replicaba Camila—. Yo te llevaré mañana a tu primer día de clases. Hace mucho que no voy por la zona universitaria, así recordaré esos viejos tiempos de estudiante, cuando nos reuníamos durante largas horas en los grandes jardines de la Facultad.

—Muchas gracias, Cami.

—Solo mañana, ¿eh? No te acostumbres. Tendrás que ir haciéndote con la ciudad y moverte tú solo.

—En dos semanas ya te moverás por Madrid como pez en el agua —añadió Darío—. Es muy fácil, y esta ciudad ofrece muy buen servicio de transporte público. Puedes llegar a cualquier lugar en poco tiempo.

—Bueno, creo que ya es un poco tarde y mañana todos tenemos que madrugar —comentó Camila, levantándose de la mesa.

—Sí, ya se hizo tarde. ¿Te ayudamos a recoger esto? —preguntó Darío recogiendo algunos platos de la mesa.

—No te preocupes. Ahora lo meto todo al lavavajillas y listo.

—Gracias por la cena. Mañana te veo en la Redacción —agradeció

Darío, mientras se colocaba su chaqueta de piel marrón.

Darío y Camila se despidieron con un relajado beso en los labios.

—Adiós, Martín. Suerte en tu primer día mañana —dijo al salir por la puerta.

—Gracias —respondió Martín desde la mesa.

Camila cerró la puerta, agarró a Pris, que maullaba a sus pies y apagó el televisor.

—Estoy cansadísima. Fue un largo día. Esta señorita y yo nos vamos a dormir. Descansa. Mañana te veo temprano. Buenas noches —Camila se despidió y entró con Pris a su habitación.

—Descansa, Cami. Hasta mañana —dijo Martín, levantándose y dirigiéndose también a su cuarto, tras apagar la luz del salón.

3

Aquella mañana amaneció bastante fresca. Camila y Martín iban en el coche, camino al barrio universitario de la ciudad. El tráfico solía ser bastante caótico a esas horas de la mañana. La radio daba las noticias más destacadas de la jornada, y el pronóstico del clima a lo largo del día, todo esto intercalado con canciones de los ochentas, durante el programa de la sintonía FM 105.4.

Martín observaba con atención todo el recorrido a través de la ventanilla. Cuanto más se acercaba a las diferentes universidades concentradas en la zona, sus nervios se iban acelerando, al mismo tiempo que se mezclaban con la emoción de conocer a quienes serían sus compañeros y profesores durante su primer año universitario.

Camila miraba a su hermano con cierta ternura, lo que la llevó a recordar aquel día en el que ella llegaba a su primer día de universidad.

—Tranquilo. Es normal estar nervioso, pero son nervios de emoción. Todo es nuevo, la ciudad, la universidad, los profesores, los amigos… Recuerdo mi primer día y estaba como tú o peor —decía Camila, recordando.

—Sí, tienes toda la razón. Todo lo nuevo produce nervios y emoción al mismo tiempo —comentaba Martín con una enternecida sonrisa.

Ya por la zona universitaria se veían los autobuses llenos de nuevos estudiantes bajando de ellos, listos para el primer día de clases. Chicos y chicas caminaban emocionados en dirección a las diferentes Facultades de las variadas carreras universitarias.

—Si no recuerdo mal, ese edificio es el de Fotografía y Creación Audiovisual —comentó Camila, señalando al lado izquierdo con su mano.

—Exacto, ese es. Bueno, pues aquí mismo me bajo. Gracias por acompañarme, Cami.

—Mucha suerte. Ya te expliqué qué autobús o metro debes agarrar para regresar a casa. Cualquier cosa, me avisas, pero es muy fácil. Nos vemos en la tarde y me cuentas qué tal te fue.

Ambos hermanos se fundieron en un cálido abrazo. Martín bajó del

coche y se dirigió, en fila india, junto a los estudiantes que iban a su misma Facultad. Camila arrancó y se dirigió a la Redacción.

Darío se encontraba sentado en la sala de espera del especialista, el doctor Paz. Él era, por suerte, el único en aquella sala, donde sus notorios nervios de incertidumbre no eran vistos por nadie. Miraba el reloj que colgaba de la pared frente a él. Las agujas marcaban las nueve cuarenta y cinco. Esa mañana llegaría un poco tarde a la Redacción, pues tenía que recoger unos resultados de unas pruebas médicas realizadas semanas anteriores. Darío necesitaba una segunda opinión de unos problemas de salud, pues no había quedado conforme con el diagnóstico que otro doctor le había dado después de revisar unas pruebas realizadas hacía más de un año. No era nada alarmante, pero sin duda era un tema que lo angustiaba, pues de cara al futuro sí que podía conllevarle algunos aspectos negativos. Por lo tanto, quería estar seguro de dicha valoración.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y apareció el doctor Paz, vistiendo traje oscuro y una bata blanca.

—¡Darío! Buenos días. Puedes pasar —comentó cordial el doctor.

—Buenos días, doctor.

Los latidos de Darío se aceleraron durante la corta caminata a paso lento hasta la silla que había dentro del consultorio. Su mirada permanecía clavada, casi sin parpadear, en el sobre blanco con su nombre que había sobre el escritorio.

—Bueno, Darío, en efecto, las pruebas salieron con el mismo resultado que las anteriores que te habías realizado —dijo, con un semblante serio.

El rostro de Darío se desplomó en la tristeza, bajando la mirada sin emitir ni una palabra.

—Tranquilo, Darío. Aún no está todo perdido. Podemos intentar con una cirugía. Por lo regular, en algunos casos, es efectiva, pero no te puedo asegurar un resultado positivo. También existe un tratamiento, si es que no quieres pasar por el quirófano. Suele ser más exitoso, pero precisa constancia y paciencia, pues se requiere más de un año y, además, tiene un costo un poco elevado —explicaba el doctor tratando de levantarle el ánimo.

—Muchas gracias, Doctor. La operación me da un poco de miedo. El tratamiento es algo que podría probar para ver si tuviera un buen resultado, pero necesito pensarlo bien —comentaba Darío, algo desanimado.

—Entiendo perfecto, y sé lo duro que es este proceso para algunos pacientes, pero confiemos en que todo saldrá bien. Eres aún un chico

joven y tengo esperanza en que toda ira bien. ¡Ánimo! —dijo el doctor, levantándose de la silla.

Darío se puso de pie, tomó el sobre blanco con el resultado de sus pruebas, le dio la mano al doctor y salió cabizbajo del consultorio.

En el *lobby* de la Facultad de Fotografía y Creación Audiovisual, una marabunta de estudiantes perdidos buscaba con emoción sus nombres y apellidos, y la clase que correspondía a cada uno. Dichos nombres estaban impresos en unas largas listas, en el interior de unas vitrinas que colgaban de las amplias paredes del recinto.

Martín, luego de buscar y averiguar dónde sería su clase, caminó un poco perdido por los diferentes pisos y pasillos en busca de su aula.

—Disculpa, buenos días. El aula 6 de Fotografía, ¿sabes dónde se encuentra? —preguntó algo tímido a un estudiante con el que se cruzó por las escaleras.

—Sí, claro. Está en el segundo piso, a la izquierda —respondió el chico, algo apresurado.

—Gracias.

Martín estaba atónito ante la cantidad de estudiantes que corrían de un lado para otro por toda la Facultad. Por fin llego al segundo piso, giró al pasillo del lado izquierdo y divisó el aula 6. La puerta estaba abierta y siguió a un estudiante que, como él, se veía bastante perdido.

Ya dentro del aula, buscó un asiento vacío. Luego de divisar uno junto a una chica de pelo morado, avanzó y se sentó a su lado.

—Hola —saludó, susurrando.

—Hola, ¿qué tal? Me llamo Katty, ¿tú eres…? —preguntó la chica muy simpática y extrovertida.

—Hola, Katty. Soy Martín. Mucho gusto —se presentó con una tímida sonrisa.

—Mira. Ahí viene el profesor —comentó Katty.

El profesor se colocó frente a los estudiantes del primer año, se presentó y comenzó a explicar las diferentes materias que llevarían, junto a la logística de todo el semestre.

Tras un par de horas de aburrido sermón, proyectando diapositivas y esquemas, el profesor se despidió y los alumnos salieron a los jardines de la Facultad, donde acostumbraban reunirse para charlar, tirados en el césped.

Martín salió de la clase, siguiendo a sus compañeros.

—¡Martín! —Katty le gritó, alcanzándolo al final del pasillo—. Vamos afuera. Muero por un cigarro.

—Vale, vamos —respondió Martín.

Ambos salieron de la Facultad en dirección a los jardines. Al llegar, divisaron un gran árbol que daba una plácida sombra y se sentaron debajo, sobre el fresco césped recién cortado.

Katty sacó una cajetilla de tabaco de la bolsa de tela que llevaba colgada al hombro.

—¿Quieres uno? —le ofreció.

—Muchas gracias, pero no fumo.

—No te preocupes, muy bien que haces.

Katty era una chica sociable, amiga de sus amigos, sin pelos en la lengua, y segura de sí misma a pesar de sus kilos de más. Su estilo era algo *hippy*. Solía usar siempre colores llamativos incluso en su cabello, que en ese momento lucía unas mechas color morado algo desteñidas en las puntas. Su lema en la vida era "vivir sin permiso". A pesar de su imagen alternativa, era muy inteligente. Proveniente de una familia acomodada, era la mayor de dos hermanas, amante de la lectura de ciencia ficción, la moda, el manga, y el *hip hop*.

—¿Y eres de aquí de Madrid? —preguntó mientras le daba la primera calada a su cigarro.

—No, soy del Norte, de Asturias exactamente, de un pueblo llamado Llanes.

—¡Qué guay! Me encanta el norte. Mi madre es de San Sebastián, pero yo nací aquí en Madrid, como mi padre. ¿Y vives aquí solo?

—No, vivo con mi hermana. Ella vive aquí desde hace varios años.

—Pues genial entonces, tío. Supongo que aún no tienes muchos amigos por aquí, pero no te preocupes, que aquí ya tienes una. Y ahí otro ¡Hey, Borja! —gritó, al mismo tiempo que levantaba la mano y hacía señas.

Un chico que se acercaba con un bocadillo en la mano, la vio y se encaminó hacia ellos.

—Joder, tía. No te veía. Es que fui a comprarme un bocata a la cafetería, que moría de hambre —comentó Borja, sentándose a lado de Katty y Martín.

—Dame un bocado, que se ve muy rico ese bocata de serrano —pidió Katty.

Borja le cedió el bocata, y ella le dio una gran mordida, sacando algunas lonchas de jamón serrano.

—Por cierto, él es Martín. Está en nuestra clase —dijo Katty, al mismo tiempo que masticaba.

—Mucho gusto, tío. Yo soy Borja —se presentó, estrechándole la mano.

—Igualmente Borja —respondió Martín, algo tímido.

—¡Qué rico está este bocata! Mañana me pillo uno— comentó Katty, relamiéndose los labios.

—¿Ya se conocían? —preguntó Martín al notar la confianza con la

que se hablaban.

—Sí, somos del mismo barrio —dijo Borja—. ¿Sabes dónde está el estadio Santiago Bernabéu?

Martín hizo un gesto negativo. Aún no conocía mucho los lugares emblemáticos de la ciudad.

—Pues por ahí. Estudiamos juntos el bachillerato, y cuando le dije que quería estudiar fotografía, quiso hacerme competencia y se matriculó en la misma carrera que yo —comentó entre risas.

Borja era un chico tierno, que en breve llegaría a la mayoría de edad. Sus ojos verdes resaltaban con sus rizos de pelo negro junto a su carnosa boca, que hechizaba cada vez que emitía una sonrisa y dejaba ver sus dientes blancos y alineados a la perfección. Era hijo único de una familia sobreprotectora y clásica en sus ideales, un chico de carácter dulce y buen estudiante, aficionado al ajedrez, la fotografía y el arte.

Los tres se contaban, tirados en el césped, las primeras impresiones sobre lo que sería su nuevo curso universitario.

Suele decirse que se requieren solo treinta segundos para crear una opinión sobre una persona y emitir un juicio sobre ella. Por lo regular, las personas somos bastantes buenas en hacer breves análisis, que perfilan las primeras impresiones a través de la apariencia, los gestos, los modales, la voz y la energía. Son pequeños detalles que confirman una imagen que acabas catalogando de un modo u otro. Sea como sea, solemos disponer de muy poco tiempo, no solo para analizar a otros, si no para dar nosotros mismos una buena impresión. Las personas necesitan hacer evaluaciones instantáneas para tomar decisiones al momento. En cierto modo, esos análisis en apariencia tan rápidos, tienen mucha relación con nuestra personalidad, con nuestros miedos, y también con nuestras necesidades.

Martín estaba muy cómodo con Katty y Borja, sentía que serían muy buenos amigos a partir de aquel día.

—Bueno chicos, ya me tengo que ir. Tengo que llegar a comer a casa. Borja, ¿te quedas o te vienes para el barrio? —comentó Katty, levantándose y agarrando sus cosas.

—Me voy también. Te acompaño. ¿Tú para dónde vas Martín? —preguntó Borja.

—Aún no conozco muy bien la ciudad, pero según me explicó mi hermana, debo coger el bus 23, que me deja frente a casa. En metro también puedo llegar. Pero tomaré el bus, y así voy conociendo un poco más.

—Va, perfecto. Te acompañamos hasta la parada. Nosotros agarraremos el metro —comentó Katty con amabilidad.

Entre risas y anécdotas cruzaron los jardines hasta la estación del bus, donde Katty y Borja se despidieron de Martín.

—Mañana nos vemos en clase, Martín —dijo Katty despidiéndose con dos besos.

—Mucho gusto en conocerte —comentó Borja dándole un cálido abrazo—. Hasta mañana.

—Igualmente, chicos. Nos vemos mañana —respondió Martín con una agradable sonrisa y corrió a subir al bus, que ya casi partía.

Durante el recorrido del bus, Martín apreciaba, a través del cristal, con muchas ansias de descubrir, una ciudad desconocida. Reflexionaba, mientras recordaba a Katty y Borja con una larga sonrisa.

La alegría forma parte de la colección inteligente emocional. Dicha alegría, al igual que el resto de emociones, depende de uno mismo. No está en el exterior ni lo que ocurre en ella, si no en nuestro interior, en las interpretaciones que hacemos de nuestro mundo y las personas que lo habitan. A veces podemos elegir como sentirnos, prestando atención a las muestras de gratitud y al amor presente en nuestro día a día. Así es como nos damos cuenta de que nuestra felicidad está a nuestro alrededor. Tan solo hay que dejar que suceda.

4

Martín cantaba al son de la música que sonaba desde su móvil. Estaba preparando la cena. Al mismo tiempo en que volteaba unos medallones de pescado que asaba en un sartén, cortaba algunas verduras, completando un platillo saludable. Mientras tanto, su hermana se duchaba, luego de llegar a casa de un largo y estresante día en la Redacción.

Camila salía de su habitación, luego de una relajante ducha, con ropa cómoda y una toalla enrollada al pelo, figurando esta un cono en su cabeza.

—¡Que buena pinta tiene ese pescado! Estoy hambrienta. ¿Te ayudo con algo? —preguntó Camila, acomodándose la toalla en la cabeza.

—Ya está todo listo. Hoy me tocó a mí prepararte la cena. Tú siéntate, que ya me encargo yo de todo —propuso Martín mientras colocaba los platos en la mesa.

Los dos hermanos disfrutaron de la cena comentando los sucesos de sus respectivos días.

—Bueno, cuéntame qué tal te fue en tu primer día de clases.

—Muy bien. Se presentaron algunos profesores, los que impartirán las asignaturas que llevaremos en este semestre, y conocí algunos compañeros de clase, dos en especial, Katty y Borja.

—Me alegro mucho. Lo dices con una gran sonrisa. Poco a poco conocerás más compañeros, e irás haciendo más amigos.

—Sí, estoy muy contento de estar aquí. De verdad te agradezco mucho que me recibieras en tu casa.

—No tienes nada que agradecer, sería lo menos que podría hacer, soy tu hermana mayor.

—Gracias. Cami. Y a ti, ¿cómo te fue hoy? —preguntó Martín, al tiempo en que se echaba un pedazo de medallón a la boca.

—Hoy fue un día pesado. Estamos en cierre de revista y todo tiene que estar perfecto. Mi jefe es muy exigente. Además, anda un poco pesado estos días, bastante seco conmigo, diría yo. No sé por qué, nunca fue así —explicaba extrañada.

—No se lo tengas en cuenta. Quizás está pasando por un mal

momento personal. Al final, nunca sabemos los problemas que puedan sufrir otros.

—Sí, tienes razón. Todos en alguna ocasión tenemos algún mal momento, y de manera inconsciente, nuestro carácter se vuelve más frío y distante. Bueno, creo que me iré a descansar. Estoy exhausta —dijo ella mientras se levantaba de la mesa recogiendo su plato.

—Descansa. No te preocupes, yo recojo todo esto.

—Gracias. Buenas noches.

Camila se retiraba a su habitación mientras Martín terminaba de recoger y limpiar el desorden en que se había convertido la cocina.

Unos minutos más tarde, y con la cocina en orden, Martín descansaba sobre su cama, sin poder dormir, mientras revisaba las fotos de las redes sociales de Katty y Borja.

Camila entró a la Redacción, a primera hora de la mañana, con un conjunto de falda y chaqueta color fucsia, su melena rubia suelta y unos altos tacones negros.

Se dirigía al despacho de Mauro. Antes de llegar a la puerta, pudo ojear por los cristales que Zoe estaba ahí, hablando con él con una actitud demasiado cercana entre ambos. Zoe, que la vio acercarse, cambió su semblante, se levantó, y salió.

—Buenos días, Camila —escupió con tono hipócrita.

—Buenos días Zoe —contestó Camila sin darle importancia y entró —. Buenos días, Mauro —saludó sentándose frente a él.

—Buenos días, Camila. ¿Cómo estás?

—Bien, Mauro, gracias. No hay motivo para estar mal.

—Me alegra escuchar eso, porque últimamente te he notado un poco dispersa, lo que es inusual. Por eso es que confié en ti para este importante puesto en esta Redacción. No hagas que me arrepienta —dijo con voz seca y contundente.

—Eso no ocurrirá, Mauro. Sé muy bien lo que valgo y lo profesional que soy. Aquí le dejo la maqueta del cierre de este mes. Ahora me tengo que ir que tengo una reunión con el Departamento de Publicidad. Si necesita algo estaré en mi despacho. Que tenga un buen día— contestó Camila, levantándose con una actitud profesional.

—Tú también, Camila. ¡Suerte! —balbuceó él.

Camila se giró extrañada y lo miró fijamente.

—Con la venta de publicidad, me refiero…

—Claro… Gracias, Mauro —le respondió con una irónica sonrisa.

Mauro clavó su mirada en ella, recorriendo su trayecto hasta que salió del despacho y cerró la puerta.

A Camila no le asustaba la actitud amenazante de Mauro, sabía que

todo esto se debía algún mal comentario hacia ella procedente de Zoe, puesto que ella siempre quiso su puesto. No le preocupaban esas sutiles amenazas, pues contaba con una gran experiencia, y sabía que Zoe jamás podría estar a su altura profesionalmente, aunque también intuía el nivel de malicia que podría usar para conseguir la dirección editorial de la revista.

La envidia es un sentimiento de dolor y frustración frente aquello que deseamos, pero que no podemos tener y que la otra persona sí ha conseguido, bienes materiales, características físicas o mentales, un puesto de trabajo, la pareja... Lo que más caracteriza a la verdadera envidia es el deseo de que la otra persona, la envidiada, no tenga lo que tiene, de que no sea verdad lo que tenga, de que no sea cierto su éxito, o que no sea tanta, como parece, su riqueza mental. Por eso, las personas que sienten envidia en el fondo tienen una idea base de ser inferiores, que confirman cuando ven que otro logra lo que ellos no pueden. Esto genera comparación, frustración e incluso, en casos más graves, odio y deseo de destrucción, humillación o denigración del otro.

El día transcurrió algo raro para Camila, preguntándose qué estaría tramando Zoe en contra de ella, luego de la advertencia de Mauro en la mañana.

Después de las reuniones que la mantuvieron ocupada toda la mañana, Camila abandonó temprano la oficina, aprovechando que tenía algunos pendientes con algunos proveedores fuera de la Redacción.

Eran alrededor de las nueve treinta y cinco de la noche. Ya empezaba a refrescar a esas horas, y cuando te ponías a ver la televisión en casa, se agradecía la compañía de una manta caliente y suave a tu lado para cubrirte.

Martín estaba en su habitación, trabajando en algunas tareas que le habían mandado sus profesores de la Facultad.

Camila se encontraba semisentada en el cómodo sofá, medio tapada, acompañada de Pris que dormía plácidamente a su lado. Revisaba algunos emails del trabajo con su portátil en las rodillas, mientras bebía un té caliente de rooibos de vainilla. El ambiente se envolvía en el sonido de una banda sonora de *jazz* que brotaba de un viejo tocadiscos *vintage* que había sobre la estantería.

A Camila le gustaba mucho escuchar música de *jazz* o clásica cuando trabajaba, o cuando se relajaba en casa.

En ese instante, timbró su móvil, rompiendo esa relajante armonía, y despertando a Pris de su plácido sueño.

—Hola, Darío. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? No te vi en todo el día en la Redacción. Fui a buscarte en la comida a tu oficina y ya no estabas.

—Tuve toda una larga mañana de reuniones. Luego fui a visitar a unos proveedores. Y comí fuera de la Redacción. Perdón por no avisarte, pero tuve un día bastante pesado.

—Entiendo, no te preocupes. Solo quería hablar contigo. Te extraño.

Camila no pudo evitar que una dulce sonrisa se dibujara en su rostro. Sin duda, Darío era su medicina de ánimos para esos días de agobio.

—Yo también… Por cierto, esta mañana vi salir a Zoe del despacho de Mauro con una actitud de confianza entre ambos. Después me reuní con él y me advirtió que no bajara la guardia en mi trabajo, con un tono un poco estricto.

—Ya conoces a Zoe, ella siempre quiso tu puesto. Pero Mauro sabe muy bien que ella no está cualificada para una posición de esas características. Nadie en toda la Redacción haría ese trabajo mejor que tú. Así que no tienes nada por qué preocuparte.

—Gracias por tus palabras, Darío, pero creo que hay algo más allá del simple puesto de trabajo. Siento que aún no ha superado vuestra separación, y presiente lo nuestro. Zoe es mujer, y las mujeres tenemos ese sexto sentido.

—Tranquila, no tiene certeza de nada, es solo una intuición por nuestra buena relación laboral, simples celos, ya se le pasará.

—A partir de ahora debemos ser más cautelosos en la Redacción, Darío. Zoe intuye algo y no descansará hasta descubrirlo, y no quiero que Mauro tenga de dónde agarrarse.

—Está bien. Andaremos con más cuidado.

—Gracias por llamar. Estoy muy cansada, ya dormiré. Te veo mañana.

—Descansa, Princesa. Te mando un beso.

—Igual, otro para ti.

5

Los meses pasaron. Todo fluía en su cauce. La amistad de Martín con Katty y Borja era como una hermandad. Los tres se hicieron inseparables, su apoyo era incondicional, ayudándose en todo lo que uno necesitara de los otros. Martín, poco a poco, fue conociendo la ciudad, lo que hizo que se moviera como pez en el agua. Necesitaba cada vez menos de la ayuda de su hermana para caminar por sus calles con seguridad y confianza. Sin duda, Borja y Katty fueron muy buenos guías para él, pues ambos le mostraron hasta los lugares más recónditos que ellos conocían.

Martín comenzaba a volar en una ciudad que se prestaba para eso y más. Sus salidas eran más constantes en las noches de los fines de semana, junto a sus amigos. A veces, realizaban pequeños *road trips* por ciudades y pueblos cercanos a Madrid en un Peugeot color verde del año, un pequeño coche que los padres de Katty le habían regalado el pasado verano, cuando terminó el bachillerato y aprobó el carnet de conducir. Vivían su adolescencia, una etapa que se caracterizaba por cambios físicos, intelectuales, emocionales y sociales, que a veces conllevaba ciertas dificultades, tanto para ellos como para sus padres y en el clima familiar. Era una época donde los jóvenes necesitaban referentes y espacios en los cuales sentirse seguros y acompañados. Buscaban sus propios universos, su libertad y su entorno de amigos, en un afán por explorar el mundo, reafirmarse y autoconocerse.

A pesar de ser jóvenes responsables y buenos estudiantes, también sabían divertirse como todos los de su edad. Como todos, a veces, bebían de más por las noches o desobedecían algunas de las normas que sus familias les imponían.

Martín era un chico que empezaba a crear su identidad, a conocerse a sí mismo y a un mundo diferente del que venía viviendo en su pequeño pueblo bajo la sombra de sus padres, donde por ser el pequeño de la familia siempre fue bastante sobreprotegido.

Madrid era, por lo regular, una ciudad segura, pero como en todas las ciudades importantes y de gran envergadura, siempre había un nivel alto de delincuencia que a veces se pasaba por alto. Camila, que ya llevaba bastante tiempo allí, confiaba en que Martín andaría en

buenos pasos. Veía a su hermano feliz y eso, para ella, era lo más importante, sin olvidar que tenía una responsabilidad bajo su cargo.

El primer trimestre en la universidad acabó con unas excelentes calificaciones para Martín, que era uno de los alumnos más aplicados de la clase. Debido a su desempeño, trabajo y disciplina, cada día fue avanzando hasta obtener uno de los puntajes más altos entre sus compañeros.

Martín tenía claro que quería llegar lejos en el mundo de la fotografía, ser un gran profesional. Quería demostrar a sus padres que todo ese esfuerzo y sacrificio había merecido la pena. Para él era muy importante que ellos se sintieran orgullosos.

En la Redacción el ambiente cada vez estaba más tenso. Camila, continuó percibiendo algunas actitudes y comentarios hostiles por parte de Mauro, pero ella intentaba evadirlos, no haciéndole mucho caso y centrándose en hacer bien su trabajo. Esa era la labor que, sin duda, demostraría su profesionalismo. Su relación con Zoe era cada vez más fría, pero todavía cordial, para mantener un buen ambiente laboral entre ambas y el equipo. Entre Zoe y Mauro, ante los de los demás trabajadores de la Redacción, había un estrechamiento más que notorio. Zoe era una chica seductora y manipuladora que, por supuesto, de ser necesario usaría sus armas de mujer para conseguir sus propósitos.

Largas horas en el despacho de Mauro, llegadas impuntuales a su puesto de trabajo, días ausentes sin justificante y actitudes de superioridad entre los compañeros, todo sin miedo a represalias, eran las demostraciones de que su relación con Mauro se había estrechado de alguna manera.

Camila y Darío continuaron discretamente con su relación. No obstante, para Darío había momentos en los que ocultar la relación ante los demás le suponía una armadura que ya comenzaba a pesarle y de la que, por momentos, deseaba desprenderse. No le faltaban las ganas de gritar a los cuatro vientos todo ese amor que sentía por Camila, y que reprimía solo por no causar algún conflicto laboral que pudiera perjudicarla.

Su relación se afianzaba a cada momento. La sencillez de Darío era un atributo que lo adornaba de una manera peculiar, pues iba asociada con su humildad, nobleza y madurez. Por eso, Darío disfrutaba de las pequeñas cosas. No tenía sus expectativas ni ambiciones puestas en algo elevado. Esas cualidades eran las que, día a día, enamoraban a Camila, puesto que sus antiguas relaciones siempre fueron con hombres poderosos y ególatras que la usaban

como complemento de belleza ante el ojo público, hombres que intentaban impresionarla con regalos lujosos y su alto poder adquisitivo. Para Camila eran hombres llenos por fuera y vacíos por dentro, lo que la hacía entablar relaciones de poca duración para terminar alejándose de ellos.

Sin embargo, Darío no era, ni muchísimo menos, un hombre con un gran alto nivel económico, pero a Camila eso no le importaba en absoluto. Él la respetaba, le daba su lugar y su espacio, la protegía y cuidaba con tanto amor que ya hablaban de planes de futuro. Darío se veía, sin duda, como el hombre de su vida, un hombre que desde muy pequeño, y solo, luchó y salió adelante en busca de un futuro.

Llegó Navidad y con ella el frío de Madrid, que ese año sorprendió con unas temperaturas más bajas que en años anteriores. Aprovechando las vacaciones de la universidad y unas semanas libres que Camila y Darío tenían de la Redacción, los tres tomaron el tren en dirección a Llanes. Camila ya estaba preparada para presentar de manera oficial a Darío ante sus padres pues, a pesar de que ellos ya sabían de su existencia, era el momento de hacerlo.

Todos disfrutaron de unas relajadas semanas llenas de reuniones con amigos, comidas familiares, entregas de regalos, paseos por las emblemáticas calles que los vio crecer, etc. Fueron en verdad unos días excelentes. Los padres estaban radiantes de felicidad al compartir de nuevo momentos con sus dos hijos, después de que Martín dejara el hogar familiar. A Darío lo aceptaron como un hijo más en la familia, aprobando muy fácil la nueva relación de su hija, pues verla feliz era suficiente para ellos.

Luego de pasar esos días disfrutando del norte de España, Darío, Camila y Martín regresaron, cargados de pilas, para comenzar el nuevo año del que, esperaban, fuera próspero, lleno de retos, oportunidades y, sobre todo, aprendizajes, un nuevo ciclo que, seguro, los marcaria para el resto de sus vidas.

6

Los estudiantes pasaban horas en los jardines de las diferentes facultades del barrio universitario, eran su lugar de encuentro antes de clases, entre ellas y después de finalizarlas, un sitio de convivencia y descanso donde pasar el tiempo con los compañeros. Con la llegada de la primavera, el tiempo en los jardines era mucho más agradable, pues recibían los cálidos rayos del sol. Las copas de los árboles se espesaban, abarcando más lugar y brindando más sombra dónde protegerse. El césped crecía con un tono verde más vivo y, entre la hierba, las flores de temporada comenzaban a mostrar pinceladas de sus colores.

Esa mañana soleada, Borja, Katty y Martín pasaban el rato tumbados en el pasto, bajo uno de los frondosos árboles cuya sombra los protegía de los rayos del sol del mediodía.

—Bueno, chicos, ¿ya estáis listos para mi fiesta de cumpleaños, mañana? —preguntaba Katty mientras aspiraba unas caladas de su cigarro.

—Todo listo para celebrar tus diecinueve primaveras —comentó Borja, que reposaba tumbado con la cabeza apoyada en las piernas de Martín.

—¿Ya saben qué ropa se pondrán? ¡Porque los quiero muy guapos, eh! —dijo Katty.

Ella solía cambiar todo el tiempo el color de su pelo, y para su celebración quiso probar con un tono fucsia nada discreto.

—Tampoco esperes que nos pintemos el pelo de un color fluorescente. Es tu cumpleaños, no las *MTV awards* —comentó Martín, entre risas.

—Te prometo que mi fiesta será más divertida que esa cutre entrega de premios. Además, me he encargado de comprar unos cuantos dulcecitos, para subir a las estrellas con facilidad. Así que vayan preparados para un placentero viaje al espacio.

—Pues sí que suena prometedora esa fiesta de cumpleaños. Me iré preparado para agarrar el vuelo —dijo Borja con una sonrisa pícara.

—Bueno, les dejo, que ya saben que mi padre no perdona que no llegue a comer —dijo Katty mientras recogía su mochila—. Mañana

nos vemos.

—Perfecto. ¿A qué hora? —preguntó Martín.

—Paso por Borja a las ocho, y tipo ocho y media estaremos llegando a tu casa. De ahí ya queda más cerca el lugar de la fiesta. Los quiero. Hasta mañana, churris —concluyó Katty y se marchó.

—Hasta mañana —respondieron Borja y Martín al mismo tiempo.

La amistad que Borja y Martín construyeron era algo especial. Compartían todo el tiempo que podían, tanto en clases como fuera de ellas. Se podía ver una bonita complicidad entre ambos, cuando pasaban tiempo juntos. Ambos estaban en plena adolescencia. Durante esos años, los cambios hormonales y físicos de la pubertad despertaban en ellos sentimientos sexuales. En sus mentes era inevitable hacerse preguntas y, a veces, preocuparse al respecto de esos nuevos sentimientos.

En muchas ocasiones, a los jóvenes de esa edad les lleva algún tiempo comprender quiénes son y en quiénes se están convirtiendo. Parte de eso implica tener una mayor comprensión de los propios sentimientos sexuales, y hacia quiénes se sienten atraídos.

Martín apuntaba a Borja con el objetivo de su cámara y le tomaba fotos. Bajo aquel árbol, su rostro se cubría con las sombras y luces que se proyectaban a través del follaje.

—No te muevas. Ese juego de luz que hacen las ramas en tu rostro es fabuloso —decía Martín, girando el objetivo para enfocar su rostro.

—¡No! Yo no sé posar —decía Borja, sonrojado.

—No quiero que poses, quiero que seas tú. Relájate. Solo sonríe y la cámara te captará sola —comentaba Martín, al mismo tiempo en que disparaba y revisaba las capturas—. Así está perfecto. Gira un poco tu rostro a la luz. Mírame… Sonríe más… ¡Increíble! Sí. Hermosa foto.

—¡Ya, Martín! Me da mucha vergüenza posar —afirmó Borja, tapándose el rostro con las manos.

—Está bien, está bien. Ya la tengo. Increíbles fotos. Mírate. —comentaba mientras ojeaba las capturas y se las mostraba.

—Sí, ¿eh? Gran toma. Se nota que eres un gran fotógrafo.

—Es fácil teniendo ese rostro frente al objetivo. No hace falta ser un modelo profesional para dar una brillante foto con esa sonrisa.

—Bueno, ya me dio hambre. Te invito a una cerveza y un bocata de jamón serrano, ¿va? —propuso Borja, levantándose del césped.

—¡Va, acepto! Ya se me hizo la boca agua.

Martín y Borja se dirigieron a la cafetería de la Facultad, donde degustaron bocatas de jamón serrano acompañados de unas refrescantes cervezas.

Camila estaba en su habitación. Terminaba de maquillarse frente al tocador, cuyo marco alrededor del espejo se iluminaba con diez bombillas. Deslizaba el cepillo por su semiondulado pelo rubio cobrizo, dándole un aspecto de *femme fatale.* Sentada en el sillón de su tocador, se colocaba unos tacones plata decorados de brillantes, que destacaban con el sencillo vestido de raso color salmón que moldeaba su delgada figura, haciéndola parecer una princesa de cuento.

En ese instante, mientras posaba frente al espejo, observando el *look* completo de esa noche, sonó su teléfono móvil.

—Hola, ¿está lista la mujer más hermosa de este mundo? —preguntaba Darío desde el otro lado de la línea.

—Sí, ya estoy lista —contestó Camila, con una sonrojada sonrisa.

Esa noche Darío quiso celebrar un año y medio de relación, preparándole algo especial.

—Pues tu hombre está esperándote abajo, ansioso por verte.

—Perfecto. Ya bajo.

Camila se daba sus últimos retoques. Se perfumó con su fragancia más seductora, se abrigó con una elegante gabardina de tres cuartos y agarró un pequeño bolso de mano plateado. Antes de salir, acarició a modo de despido a Pris y salió del apartamento.

Darío, en el interior de su coche, un Mazda modelo antiguo color plata, la esperaba con una radiante sonrisa de enamorado. Al observar a Camila saliendo por la gran puerta de madera del edificio, de estilo barroco, sus ojos se iluminaron. Ella subió al coche y sin decir ni una palabra se fundieron en un deseado beso.

—¡Impactante! Te ves hermosa —susurró él, luego de que sus labios se despegaron de los suyos.

—Gracias, tú también te ves bien—respondió ella, con un hilo de voz acompañado de una tenue sonrisa.

Darío arrancó y se dirigieron a un restaurante ubicado en la calle Velázquez, conocido por su diseño arquitectónico y su cocina *nikkei*, una fusión de ADN culinario de Perú con el de Japón. El lugar era famoso por su mezcla de técnicas niponas en su corte y la elaboración de los alimentos, en especial los pescados, fusionados con los productos y condimentos propios del país latinoamericano.

El lugar era perfecto. Una iluminación cálida le daba un ambiente más íntimo a los comensales, el trato especial por parte del servicio los hacía sentir cómodos, y los alimentos eran dignos de chuparse los dedos. Luego de degustar varios de los diferentes platillos y un deleitable postre, bajo una romántica velada, Darío quiso sorprender a Camila.

La agarró de la mano y la miró a los ojos, con una felicidad que la hizo temblar de emoción.

—Quiero que sepas que me haces el hombre más feliz del mundo teniéndote a mi lado, que jamás he sentido un amor tan limpio y puro como el tuyo, y que estoy dispuesto a cuidarte, protegerte y amarte como nadie lo haría.

Los ojos de Camila se humedecían de felicidad al oír lo que Darío le confesaba, lo que nacía de lo más profundo de su corazón.

—No tengo palabras para expresar lo feliz que me haces —dijo Camila suspirando.

—No necesito que me digas nada, solo que me escuches —en ese momento sacó de su bolsillo una pequeña caja, que abrió lentamente, sin apartar la mirada de sus ojos—. Este anillo representa mi compromiso de amor hacia ti.

Camila no pudo evitar que una sutil lágrima cayera y rodara por su mejilla, al mismo tiempo que agarraba el anillo y lo colocaba en el dedo anular de su mano izquierda. No tenía palabras para agradecer todo el amor que Darío le demostraba día tras día. Sin pensarlo, se abalanzó sobre la mesa para llegar a sus labios, y darle las gracias con un beso de esos que se sienten infinitos, por muy cortos que sean.

Darío, a simple vista, no tenía pinta de ser un hombre romántico, de hecho, no solía serlo con anterioridad, pero Camila sacó esa parte que él jamás había experimentado tan a fondo. Agarrados de la mano salieron del restaurante, y justo cuando iban a cruzar la calle para llegar al parking que se encontrada en la acera de enfrente, un coche rojo frenó al límite del cruce de peatones, ante el semáforo, que en ese momento se puso en alto, cediéndoles el paso.

Camila miró al coche, que esperaba casi rozando las rayas blancas del paso de cebra, y al mirar a su interior se llevó una gran sorpresa. Abrió bien sus ojos para asegurarse de a quién creyó ver, pues las luces del coche no la dejaban distinguir con total claridad. Y sí, ahí estaba, ante sus ojos, Zoe. De forma automática, Camila soltó rápido a Darío de la mano, sorprendiéndolo con su repentina reacción. Darío se volvió hacia el coche y cruzó su mirada con Zoe.

La mirada de Zoe era de coraje y satisfacción al mismo tiempo. Por fin había descubierto lo que tanto le rondaba en la cabeza desde que Camila había llegado a la a la Redacción. No solo le arrebató esa posición de directora que tanto ansiaba, sino también a su novio. Camila siguió caminando sin darle importancia, Darío volvió agarrar su mano y continuó cruzando la calle. El semáforo cambió a verde y el coche rojo aceleró a gran velocidad.

El semblante de Camila cambió bruscamente después de ese momento. Ahora Zoe tenía la certeza de la relación de con Darío, y sabía que tarde o temprano esa información llegaría a los oídos de Mauro.

—No temas por nada. Será su palabra contra la nuestra. Tranquila,

de igual manera, no es un delito lo que estamos haciendo —comentaba él, en un intento de quitarle hierro al asunto.

Subieron al coche y salieron del parking en dirección al apartamento de Camila. Durante el trayecto ella no paraba de pensar en lo sucedido. Darío le agarraba la mano y la besaba intentando relajarla.

Eran ya sobre la media noche de aquel jueves y en las calles se veía bastante gente. Se notaba que conforme se acercaba el fin de semana, el ambiente nocturno en el centro de la ciudad se animaba. Alejándose un poco, hacia los barrios colindantes, ya no se veían tantos transeúntes caminando por sus calles.

—¿Ya más tranquila? —preguntó Darío con una cariñosa sonrisa mientras acariciaba su mano.

—Ya, tienes razón. No estamos haciendo nada malo. No permitiré que mi desempeño laboral se valore por mi vida sentimental.

Darío paró el coche frente a un semáforo en rojo y aprovechó el momento para asaltar a Camila y robarle un beso, de la cual Camila no opuso resistencia.

De repente, proveniente del lado izquierdo de la calle y rompiendo el momento íntimo, se escuchó el grito de una mujer.

—¡¡¡Soltadlo!!! ¡Ayuda por favor! ¡¡¡Dejarlo en paz!!! —gritaba una chica, viendo como una banda callejera daba patadas y golpes con bates de béisbol a un chico de color que yacía en el suelo.

—¡Darío, mira! Están pegando a ese chico —dijo Camila preocupada, mientras presenciaba la paliza.

—Tranquila. No es nuestro asunto. No mires… Seguro son ajustes de cuentas entre pandillas. Es mejor no meterse con esa gente.

Los cinco componentes de la banda, todos de entre veinte y treinta y cinco años de edad, dejaron tirado en el suelo al chico de color, mientras la chica que lo acompañaba gritaba sin cesar pidiendo ayuda.

La banda estaba compuesta por cuatro chicos con las cabezas rapadas, tatuajes alrededor del cuello y rostro, combinados con piercings y perforaciones. Junto a ellos, la única chica, con tan solo dos centímetros de cabello teñido de color blanco, llevaba varios pendientes que recorrían todo el perfil de sus orejas, y algunos otros en sus labios y nariz. Los cinco usaban botas negras y chaquetas estilo *bombers,* con algunos *pins* de insignias de bandas de rock combinados con algunos más aterradores, como la esvástica nazi, entre otros.

Los vándalos, entre risas y gritos, marchaban cruzando por el paso de peatones como si de un desfile de *halloween* se tratara. Sus vestimentas eran oscuras, predominando el color negro combinado con algunas prendas rojas. Un distintivo era un pañuelo de color blanco que por lo regular llevaban en las muñecas y solían cambiarlo de lugar, colocándolo alrededor de la mano, sobre los nudillos, cuando

golpeaban a alguna de sus "presas", como llamaban a sus víctimas.

Su lema era: "Jamás mancharse las manos de sangre proveniente de las escorias" que según ellos no deberían de existir. Esa era la razón de la práctica de anudarse el pañuelo alrededor de los puños, para no manchárselos con la sangre derramada tras los golpes que propinaban a los desafortunados que elegían, y que esta tiñera de rojo la blanca tela. El pañuelo que más rojo quedara, luego de alguno de sus actos de violencia, era el más destacable esa noche para la banda.

Caminaban riéndose y jugando con los bates de béisbol, mientras alzaban, como trofeos de victoria, los pañuelos blancos manchados con la sangre del chico al que acababan de apalear. Cuando pasaron frente al coche, uno de ellos hizo el gesto de golpear el capó con su bate de beisbol, intentando intimidarlos. Estos mantuvieron la calma, sin hacer ningún movimiento que los pudiera alterar. De repente, en un momento, la chica del grupo que venía atrás de ellos, descargó un fuerte golpe con sus dos manos el capó, haciendo gritar de susto a Camila, mientras clavaba en ambos una mirada de desprecio y odio, para luego cambiar a una horripilante carcajada de burla. Darío sintió un escalofrió al ver el rostro de la chica, su mirada perdida lo dejó paralizado.

En ese instante el semáforo cambió a verde y Darío pisó el acelerador, avanzando a gran velocidad por la avenida.

Camila quedó bastante aturdida después de presenciar aquella paliza a sangre fría. Luego de verla tan de cerca, no podía borrar la cara de odio de esa chica mirándola directo a los ojos.

—Tranquila —decía Darío—. Espero que la policía atrape pronto a esos delincuentes.

—Fue terrorífica la mirada de esa chica. ¿Cómo alguien puede tener tanto odio dentro de ese pequeño cuerpo? ¿Quiénes son esas personas?

—Son jóvenes delincuentes, racistas y antisociales. Utilizan sus cuerpos para gritar y expresar rabia y odio contra todo y contra todos. Estos son integrantes de la banda Martillo Blanco. Esta gente suele estar relacionada con alteraciones del orden público, tráfico de drogas, robos con violencia… Lo mejor es no cruzarse con ellos y mantenerse alejado de sus círculos.

—¿Y tú como sabes tanto sobre bandas callejeras? —preguntó Camila, curiosa.

—Conozco bien cómo operan. Compañeros míos del internado acabaron en algunas de ellas. Los psicólogos y especialistas que nos visitaban en el centro de menores hacían hincapié en no caer en estas bandas, luego de que abandonáramos el centro al cumplir la mayoría de edad. Al no tener unos padres a tu lado, era muy fácil caer en ese mundo de drogas y delincuencia. Estas bandas organizadas suelen

reclutar a sus miembros desde tempranas edades, influyendo en los jóvenes vulnerables, fáciles de atrapar en sus mundos oscuros.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la banda?

—Martillo Blanco. Son fáciles de reconocer por su pañuelo blanco. Cuentan que cuando un nuevo integrante ingresa a la banda, luego de una paliza propiciada por uno de sus compañeros, le entregan un pañuelo blanco como insignia, que más tarde tendrá que llenar de manchas de sangre de nuevas presas. Por eso el puño envuelto en el pañuelo blanco representa al martillo blanco.

—Suena demasiado perturbador. No puedo creer que en el siglo en el que estamos, y en esta ciudad, siga sucediendo este tipo de vandalismo —comentaba Camila, aún incrédula ante lo que acababa de presenciar.

Darío aparcó el coche frente al edificio del apartamento de Camila.

—¿Quieres que me quede a dormir esta noche? —sugirió Darío con ojitos.

Camila lo miró, se acercó lentamente y besó sus labios, despacio, cerrando los ojos, perdiéndose en la oscuridad en un vaivén de cálidos besos.

—Sí, quédate —afirmó ella, sin dejar de besarlo.

Esa noche, ya en la habitación, Darío quiso hacerla sentir la mujer más feliz de la Tierra. Ambos se perdieron en una infinita pasión descontrolada, en un deseo que los sofocaba por querer naufragar en un ardiente frenesí. Las manos de Darío comenzaron acariciando su pelo, apartándolo suavemente, dejando a la vista su fino cuello, mientras deslizaba su lengua hasta llegar y recorrer sus hombros con sus labios. Mientras tanto, sus manos recorrían sus sedosas piernas, levantando lentamente su vestido.

Camila desabrochaba con sofoco su camisa, descubriendo su pecho, que examinaba con las yemas de sus dedos. Él deslizaba por sus hombros los tirantes del vestido, que sutilmente caía al suelo, dejando a la vista su hermosa figura en un conjunto de ropa interior de encaje color gris. Ella, mientras él jugaba con los labios sobre sus pechos despojándolos fuera del sujetador, inclinaba su cabeza hacia atrás al son de los gemidos, degustando el placer de sentir su lengua húmeda explorando sus pezones.

Un instante después unos zapatos caían al suelo, seguidos por el sonido de la hebilla de un cinturón al abrirse, junto al deslizar de unos pantalones que tropezaron con unas piernas ansiosas de salir de ellos.

Los dos cuerpos se desplomaron desnudos sobre las sábanas hambrientas de lujuria.

Cuerpo con cuerpo, las manos de Darío subían con efusión, recorriendo suavemente la belleza íntima de Camila, haciéndola temblar por cada centímetro de su piel, sintiendo sus gemidos en el oído como el más dulce regalo. Con la lengua él recorría sus ingles, haciéndola estremecer, percibiendo como su miembro se endurecía cada vez más, a punto de estallar de amor. Entonces se hundió entre sus piernas, agarrando su cintura y aferrándose a su cuerpo, unidos en un baile de descontrolados movimientos de cadera.

Camila se dejaba amar como una loca, sin límites ni medida en un callejón sin salida. Ambos arrancaban mil gemidos, borraban sus perjuicios devorando su sexo, liberando sus locos deseos reprimidos. Se comían mutuamente como bestias sin contención. Y sus orgasmos eran como una explosión al ver sus rostros de placer, destilando pasión cual amantes fuera de control.

La noche callaba, su silencio se posaba sobre los dos cuerpos exhaustos que, entre sábanas mojadas, escuchaban lo que gritaba el corazón. La pasión se desbordó en la habitación, dando final a una cita de dos almas que se fundieron en un mismo sentimiento, después de haber hecho el amor.

7

Esa mañana, Camila y Darío llegaron juntos a la Redacción con la cabeza bien alta, sin tener nada que demostrar ni callar. Cada uno se fue a su respectivo lugar de trabajo, y realizaron sus tareas correspondientes.

Camila llevaba todo el día en el despacho de Mauro, discutiendo sobre las entrevistas y temas que serían más efectivas para el primer número de primavera de ese año.

—Yo creo que, aprovechando que Grunsant estará en la Feria de Arte Contemporáneo que se presenta la próxima semana, podría ser buena opción entrevistarlo —sugería Camila—. He estado investigando sobre su historia y es muy conmovedora. Ha sido invitado a la feria de este año para dar una conferencia y exponer algunas emblemáticas piezas de arte, muy representativas para él. Podríamos hacer una bonita nota de lo que ocurrió. Estoy segura que los lectores conectarán con su emotiva historia.

—Sí, puede ser interesante. Nunca había oído hablar de ellos. ¿Cómo dices que se llama? —preguntó Mauro interesándose.

—Grunsant. Fabio y Liam, ambos tuvieron un fatídico accidente de tráfico, quedando uno de ellos en muerte cerebral y otro necesitando un trasplante de corazón urgente para poder vivir. Uno de sus corazones fue donado al otro, salvándole así la vida, separándolos físicamente, pero uniéndolos para siempre en dos mundos y un solo corazón.

—Impresionante. Hasta los vellos se me erizaron —anotó Mauro, tocándose los brazos—. ¿Y cómo fue que conociste su historia?

—Soy amante del arte. El suceso fue escuchado en muchos países, viralizado por el póstumo acto heroico que hizo por su pareja. Antes del accidente Santos era un artista que luchaba por mostrar su arte al mundo, siendo constantemente rechazado por su corta trayectoria, desvalorando su peculiar y colorido estilo. Luego de lo sucedido con su pareja, renombrados críticos del arte, provenientes de diferentes países del mundo, lo catalogaron como un artista extraordinario. Sus piezas se elevaron a precios descabellados. Los museos más importantes, las galerías más famosas y las casas de subastas más

reputadas en el mundo del arte, solicitaron sus creaciones. Grunsant inauguró una fundación, con su propia galería con el afán de lanzar y apoyar a nuevos artistas emergentes, y donde también se pueden admirar algunas de las increíbles piezas que en su día fueron rechazadas por prestigiosos expositores.

—Buen trabajo, Camila. Sé que será un gran número. Nunca dejas de sorprenderme —admitió Mauro.

En ese instante, Zoe tocaba a la puerta pidiendo permiso para entrar.

—Disculpen la interrupción.

—Adelante, Zoe, ¿Qué necesitas? —preguntó Mauro.

—Gracias. Hola, Camila— saludó con tono efusivo—. Por cierto, hermoso tu vestido de anoche, te veías radiante.

—Hola, Zoe. Gracias, qué amable. Regalo de *Yves Saint Laurent*— respondió con una cálida sonrisa, agradeciendo su cumplido.

En ese momento, una tensión incómoda disfrazaba la hipocresía que vibraba dentro de ambas, sin que Mauro se percatara de nada.

—Te dejé mis propuestas de la sección de Viajes y Ocio para el próximo número en tu escritorio —informó Zoe a Camila.

—Perfecto —respondió ella—. Las reviso en estos días. La próxima semana decidiremos cuál es la idónea. Muchas gracias, Zoe.

—De nada. No los entretengo más.

—Por cierto, Zoe —comentó Mauro—, Camila entrevistará, para el lanzamiento del próximo mes, a Grunsant, el chico que recibió el corazón de su pareja para poder sobrevivir, y luego este cumplió su legado en vida. ¿No te parece fabuloso? Lo hará aprovechando el Especial de la Feria de Arte Contemporáneo en la ciudad.

—Sí, en verdad fabuloso. ¡Felicidades, Camila! —mascullό irónica, tragando saliva—. Me retiro. Buenas tardes— y salió por la puerta.

Zoe no soportaba verse menos que Camila. El coraje le corría por las venas. Fue a su despacho, agarró su chaqueta y bolso, salió por la puerta y esperó frente al ascensor, con la intención de bajar al parking.

Las puertas se abrieron y sus ojos despertaron de golpe al ver a Darío en su interior, con su mochila al hombro y su chaqueta de cuero en la mano. Se habían cruzado varias veces por la Redacción durante el día, sin dirigirse la palabra.

Zoe entró sin vocalizar ni el más mínimo sonido, pero sin dejar de clavarle la mirada.

—Hola, Zoe —dijo Darío.

—¿Me lo vas a negar ahora, Darío?

—Zoe, tienes que entender. Soy un hombre libre y puedo hacer con mi vida lo que quiera, sin tener que darle explicaciones a nadie.

—Fue por ella, ¿no? ¿Por ella fue que decidiste dejar la relación?

Eres un cobarde —acotó con indignación.

El ascensor llegó al piso -1 del edificio, donde se encontraba el parking. Zoe salió, con los ojos llenos de lágrimas. Darío, al verla así, la alcanzó agarrándole el brazo.

—Basta con eso, Zoe. Ya sabes que nuestra relación no llevaba a nada. Ya no podía más con la presión, tu control hacia a mí, tus celos, tu ego...

—¡Suéltame! —replicó Zoe con tono fulminante, zafándose de su mano.

—Zoe, te juro que Camila no tuvo nada que ver con lo que pasó. Lo nuestro se fue dando después, sin esperarlo. Soy muy feliz a su lado, y te pido, por favor, que no boicotees nuestra relación.

—Tranquilo, que sean muy felices. ¿Ya le contaste tu secreto?

—Basta, Zoe.

—Quizás, cuando se entere, no seré yo quien tenga la culpa de que te deje.

—Eso no va a pasar. Camila es una gran mujer.

—Suerte, Darío. Suerte con tu cuento de amor.

Zoe se giró, avanzó entre los coches hasta llegar al suyo, abordó, arrancó y derrapó a gran velocidad al salir del edificio.

Darío se quedó congelado en la puerta del ascensor, pensativo luego de las palabras de su exnovia.

Eran alrededor de las ocho y media de la noche cuando Camila llegaba agotada a su apartamento, luego de un largo día de trabajo, además de las pocas horas que había dormido la noche anterior.

Al abrir la puerta, por el pequeño altavoz que había en la sala sonaba música de *reggaeton* a todo volumen.

—¡¡¡Martín!!! Bájale a la música, por favor —gritó.

—Hola, Cami. ¿Ya regresaste? Perdón, no te escuché llegar, y como estaba solo… —replicó, bajando el volumen a la música.

—¿Cómo me vas a escuchar con ese volumen tan alto? ¿Vas a salir? —preguntó al verlo arreglado.

—Sí, es el cumpleaños de Katty, y ha organizado una fiesta en un bar. Seguro ya están por llegar.

—Ok, yo estoy agotada. Tomaré una ducha y me iré a dormir.

En ese instante tocaron a la puerta.

—Serán ellos —dijo Martín, apresurándose abrir.

—¡Hola! —saludaba Katty al entrar.

—Hola, Katty, pero qué guapa —comentó Camila —. Por cierto, muchas felicidades.

—Muchas gracias. Tú sí que eres guapa, tía —contestó Katty, que

vestía con faldas metálicas moradas y un top de una superheroína japonesa.

—Bueno, no creo que hoy tenga mi mejor cara.

Katty llevaba el pelo sujeto con una diadema plateada y, a los lados, dos pequeños moños con algunos adornos brillantes. No quería que nadie opacara su presencia en su fiesta, y cumplió su cometido con tan llamativo atuendo.

—¿Y Borja? —preguntó Martín, extrañado al no verlo.

—Llegará a la fiesta. Su padre lo llevará, cree que aún tiene doce años y quiere controlar cualquier paso que da. ¡Qué estresante tener un padre tan controlador! Pobre Borja —comentaba Katty.

—Bueno, quizás por ser hijo único y no tener madre, intenta estar más al pendiente de él.

—Sí, está bien que lo cuide. Yo entiendo que es su único hijo. Pero no es necesario que sepa hasta en cuál árbol de la Facultad descansa a la sombra.

—Bueno, ya estoy listo. Ya nos podemos marchar —dijo Martín, colocándose una chaqueta.

—Pasarla bien chicos. No beban mucho y tengan cuidado, que últimamente la ciudad está algo peligrosa —advirtió Camila.

—Gracias por tus consejos, pero es mi cumpleaños… y esta noche… se va a descontrolar… —replicó Katty, con tono juguetón.

—En serio chicos, con cuidado, —reiteró Camila, con tono serio.

—Sí, Cami, no te preocupes. Ya no somos unos niños. Descansa. Te quiero —gritó Martín, al tiempo en que salía y cerraba la puerta.

Camila se deshizo de sus tacones, colocándose unas calientes y peludas pantuflas. Se cambió la ropa de calle por unas prendas cómodas, y se preparó un té de jengibre. Tumbada junto a Pris en su confortable sofá, se dispuso a disfrutar de una serie que no terminaría de ver, pues el cansancio del día la llevó directo a un plácido sueño, perdiéndola en la oscuridad bajo sus parpados.

En el instante en que Katty y Martín llegaban al bar donde se celebraría la fiesta, Borja bajaba de un coche. Desde el volante, su padre le advertía que tuviera cuidado, al tiempo en que le daba un par de billetes para que se divirtiera.

—Sí papá, no te preocupes. Luego agarraré un taxi. Adiós —dijo Borja mientras cerraba la puerta del coche.

Katty y Martín observaban al padre de Borja advirtiéndole de una y mil cosas, notando la incomodidad que a Borja le producía ante ellos la sobreprotección.

—Ya quedaste advertido, Borja. ¡Pórtate bien! —exclamó Katty con

tono cómico.

—Basta, Katty. No tiene gracia. Ya sé, es muy pesado —suspiró Borja.

—Bueno, es tu padre. Solo se preocupa por ti —comentó Martín para quitarle importancia.

—Ya sé, tío. Pero a veces es cansado que intente vigilar cualquier paso que doy. Me tuvo que traer para saber dónde era la fiesta y así saber dónde estaría. Ojalá se eche una novia pronto. Así le dedicaría más tiempo a ella y me dejaría respirar un poco —expresaba Borja, agobiado.

—Bueno, ya se piró, ¿no? Ahora, a divertirnos, chicos —gritó Katty, agarrando las manos de Martín y de Borja y entrando al bar.

El lugar ya estaba bastante lleno de invitados. Las personas que solo tomaban algo en el bar, aún sin conocerla, al igual que sus invitados, comenzaron a aplaudir y gritar cuando ella entró:

—¡Katty! ¡Katty! ¡Katty!

La enorme bola de cristales que colgaba del centro del techo giraba y giraba, repartiendo destellos de luz a todos los invitados que saltaban y bailaban en el centro de la pista, elevando sus sentidos al son de la música.

Katty caminaba por todo el bar saludando, brindando, bailando y tomándose *selfies* con todos sus invitados.

Borja y Martín no se separaron en toda la noche, bailaban y reían eufóricos, sin duda su conexión era más que notable ante los ojos de los demás.

—¡Chicos! —gritó Katty desde lejos—. Los veo muy apagados, ¡eh!

Entonces se acercó y sacó de su escote una bolsita transparente con algunas pastillas dentro.

—¿Qué es eso, Katty? No jodas —replicó Martín, impresionado al ver la bolsita, negando con su cara—. Yo no voy a probar eso.

—Ya, Martín… No es peligroso —dijo Borja intentando convencerlo—. Solo te relajará un poco, para que sientas más rica la fiesta.

—Ya las hemos probado otras veces y te prometo que no te pasará nada —informó Katty, al mismo tiempo que le daba una pastilla a Borja. Luego se dirigió a la barra a por un poco de agua.

—¿Confías en mí? —le preguntó Borja a Martín al oído.

—Sí —dijo Martín con voz baja, dejando a Borja leer sus labios.

Borja partió la pastilla en dos, se tragó una de las partes y la otra la colocó en la punta de su lengua. Entonces miró a Martín, penetrando en sus ojos, mandándole un mensaje de tranquilidad. Se sumergieron en una burbuja en el centro de la pista, ignorando a las personas que había a su alrededor. Nada ni nadie afectaba ese momento de conexión entre ambos.

Borja se acercó lentamente. Sus ojos no parpadeaban por miedo a cortar ese engarce entre ambos. Su boca semiabierta dejaba ver el pedazo de pastilla en su lengua, a pocos milímetros de la boca de Martín. Éste abrió sus labios y, cerrando sus ojos, se dejó invadir por esa lengua. Intercambiaron así la pastilla, entre la fricción de ambos labios, dejando que esta se perdiera por la garganta de Martín.

El tiempo se detuvo. La única música que sentían era el veloz latido de sus corazones alterando sus sentidos. A pesar de que cada mitad de la pastilla ya estaba en cuerpos diferentes, parecía que se unían de nuevo. Percibían juntos el despegar de algo que ambos sentían desde hacía tiempo, pero ninguno se atrevía a dar el paso.

En ese instante, Katty, que llegaba de la barra con tres botellas de agua en sus manos, quedó atónita, con las pupilas dilatadas ante lo que estaba presenciando.

—¡Santa María purísima! ¡No lo puedo creer! —gritó, explotando con su voz la burbuja donde Martín y Borja se perdían—. ¿Pero qué ven mis ojos?

—Era la única manera de que se tomara la pastilla —explicaba Borja con una picará sonrisa.

—Bueno, aquí les traje una botellita de agua para que se refresquen y mojen esos labios. Veo que está muy acalorado el ambiente.

Martín sonreía tímido, al mismo tiempo en que miraba a Borja.

La noche seguía avanzando. Treinta minutos más tarde, la pastilla que se deslizara por sus gargantas empezó a ejercer sus efectos embriagadores.

Comenzaron a sentir una intensificada sensación de bienestar en sus cuerpos, mayor extroversión, calidez emocional, empatía hacia todos los demás, y la disposición de hablar sobre recuerdos con gran carga emocional.

Los tres bailaban sin control, reportando la intensificación de la percepción sensorial como la marca distintiva de la experiencia que estaban viviendo. El tiempo pasaba, pero para ellos parecía detenerse, perdiendo la noción del mismo.

El lugar poco a poco se fue vaciando, pero Katty, Borja y Martín seguían dándolo todo en la pista de baile.

—Estoy exhausta. Creo que ya es hora de marcharnos, chicos.

—¡Aún es pronto! Un rato más —balbuceaba Martín, sin poder articular bien las palabras.

—¡Qué va chicos! Yo me piro. Son las seis de la mañana.

—¿Qué..? ¿Las seis de la mañana..? —repitió Borja con cara de preocupación —Mi padre me va a matar. Espero que no se entere cuando llegue.

Los tres salieron del bar y la claridad del cielo, que daba a entender que comenzaba a amanecer, les estalló en los ojos.

—¿Compartimos un taxi, Borja? —sugirió Katty.

—Sí, yo lo pido. Pero primero dejamos a Martín —propuso Borja, mientras pedía un taxi en una de las apps de su móvil.

El taxi llegó en seguida y los tres amigos emprendieron el regreso a sus respectivas casas. Pasaron primero por el barrio donde vivía Martín. Cuando este bajó del taxi, lo vieron caminar tambaleándose hacia el edificio. El taxi reanudó entonces su camino hacia el barrio de Borja y Katty.

Era bastante notorio el estado de embriaguez en el que Martín se encontraba. Con dificultades introdujo la llave en la puerta e ingresó al apartamento. Al entrar, chocó con el perchero que había en la entrada, haciendo un brusco ruido, despertando así a Camila y a Pris, que dormían en el sofá con la tele puesta.

—¿Martín? ¿Qué hora es? —preguntó, levantándose medio dormida y aturdida por el ruido.

—Soy yo, Cami. No te preocupes. Sigue durmiendo —balbuceaba Martín, tambaleante.

—¿Qué te pasa, Martín? ¿Estás bien? Mira cómo vienes… —dijo ella, asustada al verlo.

—Estoy bien, no te preocupes. Ya me voy a dormir.

—Martín… Son las seis y media de la mañana. ¿Me puedes explicar de dónde vienes a estas horas? Estás borracho. Mírate. ¿Qué has tomado?

—Nada. No seas pesada. Qué te importa… Estoy bien, ya vete a dormir —respondió, tambaleándose más y empujando a su hermana fuera de su camino.

—¿Tú te crees que puedes llegar a estas horas y en este estado? No puedes ni caminar bien —dijo ella, elevando la voz y agarrándolo del brazo para que no se cayera.

—Suéltame, que yo puedo caminar solo. Déjame en paz, ya no soy un niño. Además, tú no eres mi madre. ¡Apártate! —gritó, dirigiéndose a su cuarto.

—¡No soy tu madre, pero soy tu hermana! ¡Y ahora estás en mi casa, así que, si quieres vivir aquí tendrás que adaptarte a mis normas, y esto no lo voy a permitir! —gritó mientras Martín cerraba la puerta de su cuarto.

Camila se sirvió un vaso de agua para calmarse. Respiró profundo y fue a su habitación, donde la claridad del nuevo día se hacía presente en su interior. Intentó dormir, pero tras la discusión con Martín no pudo conciliar de nuevo el sueño y se quedó tumbada sobre la cama, analizando lo ocurrido.

Durante la mañana siguiente Camila aprovechó el tiempo. Fue al

gimnasio, limpió y ordenó el apartamento, y hasta tiempo le dio de cocinarse una pasta con mariscos para comer.

Eran ya las dos de la tarde de ese sábado soleado cuando la puerta de la habitación de Martín se abría. En el instante en que salía de su habitación, Camila ponía la mesa, dispuesta a degustar su platillo favorito. Con un semblante avergonzado en su rostro la saludó, aunque ella no lo volteó a ver.

—Buenos días, Cami —dijo, con un sutil hilo de voz.

—Dirás buenas tardes, ya son las dos de la tarde —respondió Camila sin levantar la mirada del plato.

—Bueno, pues buenas tardes. ¿Puedo hablar contigo, por favor?

—Está bien. Siéntate. ¿Qué quieres decirme? —preguntó mirándolo con tono serio.

—Te quiero ofrecer una disculpa por mi comportamiento de anoche. Tomé un poco de más. Lo estaba pasando muy bien y se me fue el tiempo. Fue sin querer, de verdad. Perdón por gritarte anoche. Si quieres que me vaya de tu casa, lo entenderé. Hablaré con mamá y buscaré algún lugar donde vivir —dijo, decaído y avergonzado al mismo tiempo.

Camila lo escuchaba con atención y actitud seria, pero al mismo tiempo en que veía su arrepentimiento con la mirada cabizbaja, se le partía el corazón. Entendía que era solo un adolescente de dieciocho años, después de una de sus primeras borracheras. Se recordó a sí misma a esa misma edad, entendiendo que no era para tanto. Su miedo de que le pudiera pasar algo grave en cualquier momento la tenía tensa. Captó que tenía que relajarse ante esa sobreprotección que mantenía sobre su hermano.

—No te preocupes, todo está bien. Solo que tengo miedo de que te pueda ocurrir algo malo. Yo también he sido joven, y me he emborrachado, pero siempre he intentado no perder nunca el control.

—Tranquila. Voy a estar bien. Te prometo que seré más consciente a la hora de beber.

Martín obvió contarle sobre la pastilla que había consumido la noche anterior, pues no quería preocuparla más.

—Mírate, tienes una cara de resaca. Anda, tómate un ibuprofeno, te sentará bien. Y come algo, que tendrás el estómago vacío. Preparé pasta con mariscos, ahora te sirvo un plato.

—Gracias, Cami. De verdad, eres la mejor hermana del mundo.

—Anda, pelota… Come y calla —dijo mientras le servía el plato de pasta, con una sutil sonrisa a la que Martín correspondió de la misma manera.

8

Era una habitación bastante pequeña y claustrofóbica, tan solo iluminada por tres focos de luz roja. Martín, Katty y Borja se encontraban en el cuarto oscuro de revelado de la facultad de fotografía donde, aislados de cualquier rayo de luz del exterior, evitaban que esta les dañara las sustancias químicas, el papel y todo el material sensible de las fotografías que revelaban. Trabajaban en una de las tareas que el profesor de fotografía artística les había mandado, representando un concepto libre en una foto junto a su revelado en cuarto oscuro.

Ya había pasado un mes de la fiesta de cumpleaños de Katty, y del descubrimiento del sentimiento que Borja y Martín tenían reprimido en su interior. Aquella noche el sentimiento despertó para dar paso a la realidad, y disfrutar de lo que su naturaleza les hacía sentir.

Los tres, frente a sus respectivas cubetas de revelado, esperaban que fueran apareciendo las imágenes.

—¿Creen que lo hemos hecho bien? —preguntó Martín, al ver que el proceso en su trabajo tardaba.

—Yo creo que sí, lo hicimos tal cual nos explicó el profesor. Quizás no es tan rápido como creemos —respondió Borja.

—¡Ya! ¡Ya, chicos! La mía ya se está revelando —comentó Katty emocionada.

—La mía también —siguió Borja.

—Y la mía —informó Martín.

Los tres miraban atentos y entusiasmados cómo las imágenes iban apareciendo poco a poco en la emulsión. Cuando el revelado terminó, tomaron sus fotos y las colgaron en unos cables, que hacían la vez de tendedero, con unas pequeñas pinzas, como si de la colada se tratara.

—Te quedó increíble esa foto, Borja. El juego de la luz con esos edificios se ve brutal —dijo Martín observando la foto.

—Gracias. En verdad me fascina la fotografía arquitectónica. Por eso quise presentar mi trabajo enfocado a ese estilo de fotos —comentó orgulloso del resultado de su trabajo.

—¿Y la tuya, Martín? —Katty se acercó a mirar—. No lo puedo creer, pero si es Borja. ¡Joder! Qué magnifico retrato, tío. Lo captaste

desprevenido y pudiste resaltar esa bondad que solo las personas que conocemos a Borja sabemos que tiene.

—¡Soy yo! Me encanta… ¿Pero en qué momento me tomaste esa foto? No me di ni cuenta.

—De eso se trataba, de que no te dieras cuenta, y así poder captar la naturalidad en tu rostro —explicaba Martín.

A Martín le fascinaban los retratos de personas, rostros en diferentes estados, emociones, edades y razas. Para esa tarea, presentaría un retrato de Borja que le tomó en un día en el que pasaban el tiempo tirados en el césped, sin que este se percatara del disparo.

—¿Y la tuya de qué se trata, Katty? —preguntó Borja intrigante.

Los tres observaron atentos la foto de Katty. Se trataba de un perro abandonado al que se le veían los huesos marcados en la piel, y estaba comiendo algunos restos de comida tirados en el suelo al lado de un cubo de basura. La foto era tan dolorosa que los tres se quedaron en silencio unos segundos, sin pronunciar ni una sola palabra.

—¡Guau, Katty! Es una dura esa fotografía —dijo Martín con un hilo de voz, sin poder apartar la mirada de ella.

—Impresionante y desgarradora a la vez —mustiaba Borja sin poder parpadear.

—Cuando vi a ese perro intentando conseguir algo de comida en la basura, se me partió el corazón. Le tomé la foto como reivindicación al abandono animal. Esta situación debe acabar, es demasiado cruel, pues son pocos los perros que sobreviven a la intemperie.

—Qué bonito mensaje, Katty. Ojalá la gente tome conciencia y no abandonen a esos pobres animales —comentó Martín.

—¿Y qué pasó después de la foto? Porque estoy seguro de que no lo dejaste ahí buscando comida entre la basura —afirmó Borja.

—Por supuesto que no. Me acerqué a él, y al instante me respondió moviendo su delgada cola. Lo subí al coche y lo llevé al cortijo que tenemos en el campo. Luego le di un buen baño y un buen banquete de comida. Les conté a mis padres y no tuvieron inconveniente en que se quedara en el cortijo, pues allí hay un gran terreno, y Poli y Mili lo recibieron muy bien. Tan solo lleva dos semanas con nosotros y ya agarró bastante peso y corre y juega por el campo con mucha felicidad. Lo llamé Destino, y así titulé a la foto de este trabajo, porque tenemos que recordar que el destino mezcla las cartas, y nosotros las jugamos.

Las siluetas rojas de Martín y Borja se quedaron totalmente inmóviles, bajo aquellos pequeños focos en el diminuto cuarto de revelado, mientras escuchaban la historia de la foto que observaban sin parpadear.

En ese mismo instante, un golpe en la puerta rompió el silencio que

por un instante se creó en ese oscuro ambiente.

—Chicos, ¿qué hacen? Los demás compañeros deben entrar a revelar sus fotos —resonó la voz del profesor tras la puerta.

—Sí, profesor. Ya terminamos —gritó Katty.

Los tres amigos salieron del cuarto de revelado, pensando en la palabra “destino” y en lo que podía significar para ellos.

El destino es el que nos conecta con las personas a lo largo del recorrido de la vida. Pero no todas permanecen en ese camino, solo aquellas con quienes nuestros vínculos son más sinceros y fuertes. Son lazos que se establecen en nuestra vida para quedarse amarrados en nuestro corazón. Decimos “corazón” como una manera de simbolizar nuestro mundo emocional y social, del cual bebemos los sorbos de energía que nos ligan a la vida, para ser funcionales en la sociedad y este mundo al que pertenecemos.

La vida no hace más que cruzarnos con personas de todos tipos, colores, formas y energías diferentes. Con algunas solo bastan dos minutos para que nos dejen algo. Otras, pese a los años, nos dejan solo vivencias sin mucho significado que con el tiempo se disipan como humo. Pero en el fondo no hacemos si no cruzarnos, siempre por azar del mencionado destino, para después separarnos para siempre.

—Gracias, por aquí está bien. Quédese con el cambio —dijo Camila entregándole un billete al taxista y bajando a toda prisa del coche.

El IFEMA de Madrid estaba lleno de espectadores y amantes del arte. Esa semana, y como cada año, se celebraba en la ciudad la Feria de Arte Contemporáneo. En ella se mostraban las mejores obras de los artistas europeos e internacionales más destacados del momento.

Una media hora antes, su coche no arrancó y debió tomar de urgencia un taxi desde la Redacción para poder llegar a IFEMA. A causa del tráfico a esa hora, el tiempo se le echó encima.

Ahora Camila corría entre la gente que se aglomeraba en las diferentes entradas de los pabellones y entraba a toda prisa por la entrada Sur. Su pelo platino ondeaba al aire, al compás de su acelerado paso sobre unos altos tacones de color rosa, y del bamboleo de su traje de pantalón y chaqueta color turquesa, que marcaba su fina y elegante figura. En el cuello, un pañuelo del mismo color de sus zapatos le daba un aire sofisticado y elegante, de estilo refinado.

—Hola, buenas tardes, soy Camila Landa, representante de *Mood Magazine* —dijo a la señorita que había en la entrada para el registro de prensa.

—Buenas tardes, Camila. Un momento, por favor —comentaba la

señorita de la entrada mientras miraba en un *iPad* la lista de acreditaciones para su acceso—. Lo siento señorita, pero la acreditación para el representante de *Mood Magazine* ya se entregó hace un momento.

—Me temo que debe de haber un error, la única representante de *Mood magazine* soy yo.

—No, no hay ningún error señorita. Esa acreditación para el acceso ya se entregó a otra persona. Lo siento, pero no puedo darle el acceso como responsable de prensa.

—Discúlpame, pero es importante que me dé el acceso. Tengo una entrevista agendada con Fabio Grun —comentaba Camila algo agobiada.

—Si quieres pasar, tendrás que comprar tu entrada de acceso como cualquier persona que viene a visitar la Feria.

—Está bien. Deme una —dijo tragando saliva.

La chica de la recepción entregó la entrada a Camila, que la agarró y con rapidez cruzó los torniquetes que daban acceso.

Se acercó a un mapa que había en una de las paredes al entrar, revisó dónde estaba ubicado el escenario de conferencias, y con paso rápido se dirigió allí. En el escenario principal ya había dado comienzo la conferencia de Grunsant llamada: "El arte de amarte".

Camila estaba en extremo emocionaba por entrevistarlo, por conocer su relato, su historia de amor, y toda la obra social y la ayuda brindada a los artistas emergentes por medio de su fundación, creada después de los sucedido. Pero no entendía por qué su acceso se había entregado otra persona. Supuso que se trataría de una confusión. No quiso pensar más en ello y se centró en el discurso.

En el escenario, sentado en un sillón y con micrófono en mano, se encontraba Grunsant. Vestía un traje oscuro y camisa blanca. Su discurso trataba sobre el amor y el arte:

—El arte no está ligado solo a una idea de belleza, también tiene matices oscuros e incomprendidos que no se alejan del reflejo del amor, de la emoción y de la sensación. El arte es valioso, pasional, enamoradizo, sublime y terminante. El arte, como el amor, es abstracto. Los dos involucran un sentimiento profundo y recíproco. Por eso el arte es posible si existe una conexión entre artista y público. Una vez conocí a una persona, pero no una persona cualquiera, no alguien de paso, fue un ser que dejó una huella imborrable dentro de mí. Con él, conocí el corazón de alguien mágico que vibraba y entregaba, a cuerpo descubierto, sus lindos sentimientos, en cada uno de sus actos, inspirados por la vida, que vivía día a día al máximo. Siempre con sus días brillantes plenos de sonrisas, con sus días nublados llenos de melancolía, y con sus días oscuros repletos de abundantes lágrimas y tristeza, perfectas para su inminente

inspiración

—Este ángel, como otros a lo largo de la historia, expresaba por medio de su voz las inconformidades que tenía con algún hecho específico. Nunca tuvo en vida el reconocimiento y apoyo como un gran profesional por parte del mundo que lo rodeaba. Pero nunca tiró la toalla. Él confiaba en su esencia y en lo que quería mostrar al mundo a través de esta. Él decía que la vida parte en dos a quién la toca. Yo la toqué, y por eso conocí tener el alma rota. Hoy camino recto y tengo un objetivo, darle al arte un hermoso sentido. A veces lloro a solas, y suelto, porque si no suelto, este llanto se descontrola.

“A veces no se necesita tanta historia para hacer historia, solo basta con un lápiz y unas cicatrices. Llevo en la memoria mis días más grises, recordar qué hice y que mi fuerza está en mi corazón y no en mis bíceps. Con cada buen gesto se construye un hombre que vive al límite la vida, siendo un adicto al borde, viviendo en las alturas porque en cualquier momento la vida nos depura.

“Recordar que, si se considera al amor como un arte, estaríamos hablando de que requiere de conocimiento y esfuerzo. El primer paso para comprender el amor es considerarlo arte en sí mismo. Un artista esta solo consigo mismo para dar ese amor en cada una de sus piezas. Por eso el amor solo es posible cuando aceptamos nuestra ineludible soledad. La capacidad de estar solo es la condición indispensable para la capacidad de amar y hacer las cosas con amor. El amor como un arte plantea que la meta de amar solo la podemos alcanzar solos.

“Los requisitos para transcender al arte de amar son: la disciplina, la concentración, la paciencia y la preocupación para dominar el arte. Estar concentrados significa vivir enfocados en el presente, en el aquí y ahora, y no pensar en lo siguiente. El amor es tantas cosas que resulta complicado de definir. Como decía este ángel, el amor es una actividad cotidiana como respirar, comer, caminar, etc.

“Como muchos sabéis, mi pareja dio su vida para salvar la mía, sin duda el gesto de amor más verdadero que alguien puede hacer por otra persona. A veces no sabemos por qué empezamos, y aquí estamos, sudando de la moda haciendo lo que amamos. No perdamos nunca el niño que llevamos dentro. Quédense al lado de quién aman y congelen ese momento, porque esa persona, aunque este lejos, siempre será el agua en vuestro desierto. Los días se hacen cortos cuando eres feliz, y se hacen largos cuando quieres ser feliz.

“Para terminar quiero destacar en que el amor es una creación. Los amantes no aman el objeto del amor, si no que ellos mismos lo crean, y la forma de amar la construyen juntos. El amor ha sido, es, y será un arte, ya que no solo al expresarlo, sino también al actuarlo, los amantes la están creando —dijo, colocando la mano derecha sobre su corazón.

Toda la audiencia comenzó aplaudir conmovida tras las palabras de Grunsant.

—Ahora quiero que todos nos levantemos, que cierren los ojos y también coloquen su mano derecha sobre su corazón.

Camila, que estaba hasta las sillas de atrás, se levantó y siguió sus indicaciones.

—Pensar en una persona a la que amen y, cada uno, según le salga de su interior, díganle “te amo”.

En la sala comenzaron a escucharse, en diferentes tonos y niveles de voz, la frase: “te amo”.

—Y ahora, repitan conmigo: Amo a todo en ti, a través de ti amo al mundo, y en ti me amo también a mí mismo.

Todos repetían las frases con entusiasmo y efusión, como una especie de escape emocional. Los aplausos no cesaban y este agradecía a toda la audiencia. Y entre los aplausos y gritos de agradecimiento, lanzó un beso al cielo.

Muchos de los presentes se acercaron a agradecerle por sus palabras. Él saludó y dio gracias por la gran convocatoria de personas que habían asistido y disfrutado de su conferencia.

Miembros del *staff* lo dirigían hacia atrás del escenario, donde los diferentes medios de comunicación, como revistas, periódicos y programas de televisión relevantes del medio del arte, esperaban para poder conversar con tranquilidad. Camila se acercó a la entrada, donde un hombre trajeado de mediana edad, revisaba las acreditaciones de prensa para dicho acceso.

—Hola, soy la representante de *Mood Magazine.* En la entrada hubo un error y por equivocación entregaron mi acreditación a otra persona. Tengo agendada una entrevista con Grunsant, y necesito pasar —explicaba en tono dulce y amable.

—Lo siento mucho, señorita, pero sin acreditación de prensa no puede pasar —comentaba el hombre.

—Pero tengo que entrar y hacer esa entrevista, es muy importante para la revista por favor —suplicó.

—Me temo que no puedo hacer nada. Sin acreditación nadie puede acceder. Por favor, necesito que libere el acceso para las personas acreditadas, gracias.

Camila frustrada, abrió su pequeño bolso donde llevaba su móvil y una pequeña grabadora. Sacó su teléfono y marcó a la Redacción, bastante molesta tras la situación.

—Buenas tardes, está llamando a *Mood Magazine.* ¿En qué le puedo ayudar? —contestó la secretaria a través del teléfono.

—Sara, soy Camila. Estoy en IFEMA, y tengo un grave problema. Al parecer dieron otro nombre, o no sé qué ocurrió, pero mi acreditación de prensa se ha entregado a otra persona.

—Hola, Camila. No sé qué pudo haber sucedido, porque yo misma fui quién mandó tu nombre como única representante de *Mood Magazine*, y quedó confirmada desde hace una semana. No lo entiendo.

—Pues necesito que contactes urgente con Mauro y resuelvan este problema.

—Claro que sí. Ahora mismo le marco a su despacho. Creo que aún se encuentra en su oficina.

En ese instante, Camila, algo alterada, se giró para liberar la fila de acceso, cuando frente a ella, a pocos centímetros y cara a cara, vio su acreditación colgando del cuello de Zoe.

—No te preocupes, Sara. Ya está todo solucionado —comentó, sin apartar su mirada al frente y colgando la llamada.

—Hola, Camila. Pensaba que no llegarías a tiempo —saludó una Zoe cínica.

—No podía haber sido otra persona. Ahora lo entiendo todo. Pero esta vez no te vas a salir con la tuya —dijo Camila mientras arrancaba la acreditación con su nombre del cuello de Zoe—. Camila Landa, directora editorial de *Mood magazine,* soy yo. No intentes poner piedras en mi camino, porque puedes jugar en tu contra. Mi paciencia tiene un límite. Te pido que no intentes sobrepasarla.

—No me das miedo Camila, puede que me arrebataras el puesto, que rompieras mi relación con Darío, pero eso no te hace mejor que yo en absoluto. ¿Conoces el dicho… quien ríe el ultimo ríe mejor? Pues anótalo, porque se cumplirá.

Camila la miró directo a los ojos sin darle réplica, colgándose de su cuello su acreditación.

—Buenas tardes, Zoe. Nos vemos en la Redacción. Ahora tengo que realizar una entrevista. Disfruta de la Feria —dijo y se volvió, dándole la espalda.

Camila mostró el tarjetón con su nombre que colgaba de su cuello y el hombre de la entrada le concedió el acceso. Luego de que varios periodistas acabaran de entrevistar a Grunsant, le llegó el turno a Camila.

Ambos estaban en un sofá *chester* de piel marrón. Camila sentía una gran emoción por tenerlo frente a ella, luego de conocer y conmoverse con su historia.

—¿Cómo fue que decidió dejar su profesión para convertirse en coach de vida y arte? —expresaba.

—Creo que no fue una decisión. La propia vida me dirigió por ese camino. Las cosas no cambian, cambiamos nosotros. Cuando sales de una tormenta, no eres la misma persona que entró en ella. Y por eso, la única forma de darle sentido al cambio es sumergirse con él —expresaba Fabio.

—También te inundaste a la gran labor de lanzar y ayudar a nuevos artistas emergentes, a través de la famosa y reconocida galería de arte Liam Santos, y todo por cumplir el legado y sueño que Liam tenía en vida —afirmaba Camila.

La entrevista fluyó como si de una conversación entre dos amigos se tratara. Fabio no se negó a contestar ninguna de las preguntas que Camila le iba realizando.

—Supongo que no es fácil vivir con el corazón de alguien que te amó tanto, que se fue físicamente, pero que te dejó lo más valioso que alguien puede poseer, y con ello te regaló una segunda oportunidad de vida.

—Es una sensación para la que me cuesta encontrar las palabras que puedan describirla. Son tantos los sentimientos unidos en sí, que solo yo sé esa conmoción inexplicable. Gracias a él estoy aquí, viviendo una nueva vida, después de ese fatídico accidente, bajo aquella lluvia de estrellas. Ya han pasado varios años, pero aún lo recuerdo como si hubiera sido anoche cuando me pidió matrimonio, y después subimos aquella colina —contaba con gran carga de emoción en sus ojos—. Yo continué mi vida, y me costó mucho rehacerla sentimentalmente. Pero a pesar de poder compartir mi vida con alguien más, aún la comparto con él, porque aparte de estar en mis recuerdos y atrás de mi pecho, está en todos los lugares que visito, en especial en los atardeceres, que él tanto disfrutaba al verlos, ya fuera desde una playa, desde una montaña, en el tráfico de la ciudad o desde la ventana de su estudio. Todas las noches, antes de dormir, pongo mi mano en mi pecho, noto el latido de su corazón, y le doy las buenas noches.

"Él es como si fuera mi ángel, el que me guía en este nuevo camino, y es inevitable hablarle cuando paseo por alguna ciudad, cuando estoy en casa cocinando o contemplando una obra en un museo. Sé que está ahí, y que de alguna manera me escucha. En su honor estoy escribiendo mi primera novela, que pronto publicaré, donde cuento una verdadera y bella historia de un amor que ni la propia muerte pudo separar.

—Antes de acabar, me gustaría conocer, ¿de dónde proviene tu seudónimo, Grunsant? —preguntó.

—Desde el día en que sus latidos me regresaron a la vida, nos convertimos en dos mundos y un solo corazón. De ahí nace Grunsant, que son nuestros dos apellidos unidos de la forma más melódica —explicó.

—Muchas gracias, Grunsant. Gracias por abrir tu corazón, o mejor dicho, vuestro corazón, y hacernos partícipes de esos sentimientos tan bonitos. Con esto hemos acabado. Tenemos más que suficiente para la entrevista. Estoy segura que conmoverá a todos nuestros lectores de

Mood Magazine. Gracias por tu generosidad y por hacernos llegar este mensaje tan bonito del amor —dijo Camila, culminando la entrevista con un cálido abrazo.

—Gracias a ti, Camila. Tengo que reconocer que me abrí tanto contigo porque sentí ese gran corazón que tienes —concluyó Fabio, tomando sus manos y mirándola a los ojos.

Esa tarde Camila salió del IFEMA con una gran sonrisa. Sentía que había hecho un gran trabajo con su entrevista a Grunsant para el número del próximo mes de *Mood Magazine*, olvidando por completo el altercado que tuvo horas antes con Zoe.

Camila no era una mujer rencorosa, era bastante comprensiva, y hasta llegaba a entender en cierta manera ese dolor que crecía hacia ella en el interior de Zoe.

Zoe era una mujer resentida. Luego de que la chica nueva le arrebatara el puesto que tanto deseaba, y de que Darío la dejara, para al poco tiempo comenzar una relación justo con esa chica nueva, Camila.

Las personas rencorosas crean una caja fuerte en su interior. En ella esconden el peso de un agravio, el dolor de un engaño, de una traición o incluso de un abandono u ofensa. Esa caja está blindada por una razón evidente: no desean olvidar ni un matiz de lo sucedido. Así, a todo ese daño moral comprimido y a buen recaudo, se le añade esa tristeza que en un momento dado mutó en rabia, y más tarde en odio. En esos momentos Zoe estaba atravesando por esa situación, estaba emocionalmente descontrolada, sintiendo rabia y coraje hacia Camila.

Martín estaba en casa. Se preparaba, para merendar, un sándwich de jamón york con queso, junto con un vaso de coca cola. Llevaba toda la tarde preparando el trabajo de fin de trimestre que debería entregar en un par de semanas. Martín era un chico muy perfeccionista y aplicado en sus tareas. No dejaba que el tiempo se le echara encima, pues no le gustaba hacer las cosas con prisas. Quería que su trabajo basado en retratos fuera uno de los mejores puntuados de entre todos los de sus compañeros. Tenía claro que había abandonado su pueblo, amigos y familia para ser un gran fotógrafo profesional y llegar hasta lo más alto. Se imaginaba haciendo exposiciones de sus retratos más controversiales por todo el mundo, rostros captados por su objetivo a lo largo de los viajes por los diferentes países que soñaba con hacer.

Martín tenía claro donde quería llegar, tanto como persona, como profesional de la fotografía. Su sensación al tomar fotos no era solo mirar por el visor, enfocar, y apretar el disparador. Para él, las

fotografías eran elementos especialmente diseñados para guardar físicamente hermosos recuerdos de ocasiones únicas, para inmortalizar el recuerdo de personas especiales que pasan por nuestra vida, y grabar en el papel los momentos que queremos mantener intactos en nuestra mente. Para él, las fotografías eran un modo de observar más allá de lo que el ojo humano capta en un instante y que pronto se desvanece. Por ello su especialidad era captar momentos espontáneos e irrepetibles a través de su objetivo.

Pero soñar en convertirse en fotógrafo es una cosa, y luchar toda tu vida para conseguirlo, no desistir, y no rendirse, es muy diferente.

Camila entraba por la puerta del apartamento, y Pris corrió a saludarla maullando y cruzándose entre sus piernas, al tiempo en que dejaba su abrigo en el perchero junto a la puerta.

—Hola, mi pequeña. ¿Cómo estás? ¿Cómo te cuida el tío Martín? —decía cargándola en sus brazos—. Hola, ¿Qué tal tu día?

—Hola, Cami. Aquí estoy, redactando el proyecto para fin de trimestre. ¿Y esa sonrisa? Te ves muy guapa, por cierto.

—Gracias. Fui a IFEMA, a la Feria de Arte Contemporáneo. Entrevisté a una personalidad para el próximo número de la revista.

—Genial. ¿Y fue bien? —preguntó Martín.

—Muy bien. Creo que ha sido una de las mejores entrevistas que he realizado.

Camila se quitó sus altos tacones y se lanzó a unos de los sillones que había en la sala. Los rayos dorados del sol que el atardecer ofrecía esa tarde, se colaban por la ventana reflejándose en su rostro, deslumbrando sus ojos y obligándola a entornarlos y relajarse.

Martín observó a su hermana y, sin pensarlo, agarró su cámara, enfocó y pulsó el disparador, capturando los haces de luz que bailaban sobre su rostro.

—¿Me estás tomando fotos? —preguntó Camila, con los ojos entornado al escuchar los disparos de la cámara.

—No me mires. Sigue relajada. Levanta un poco el cuello, inclínate, y echa tu pelo hacia atrás.

—Está bien, señor fotógrafo —comentaba mientras tocaba y jugaba con su pelo, creando un juego de sombras y destellos sobre su piel.

—Sí, así. Busca tu luz. Coloca tu pelo a un lado y gira al otro —indicaba Martín, dirigiéndola mientras caminaba a su alrededor, captándola en diferentes posiciones—. Perfecto, las tengo. De verdad increíbles.

—Muy bien, luego las reviso y te doy mi opinión. Recuerda que en sesiones de fotos tengo algo de experiencia —comentó sonriendo.

Los rayos del sol iban desapareciendo, dando paso a la noche a través de la ventana. Martín revisaba las fotos en la cámara, quedando impresionado de las buenas capturas que había logrado.

—Tengo un poco de hambre. Me prepararé algo. ¿Quieres cenar? —preguntó Camila, levantándose del sofá para dirigirse a la cocina.

—No, gracias. Me preparé un sándwich no hace mucho.

Luego de prepararse una ensalada de salmón ahumado, Camila se sentó a la mesa a desfrutarla, acompañándola con una copa de vino blanco.

Del otro lado de la mesa aún estaba el plato con los restos de los bordes del sándwich que Martín había merendado un rato antes, y junto a él, medio vaso de coca cola ya sin gas.

Recostado en el sofá, concentrado y con una sonrisa, Martín chateaba por su teléfono móvil en el sofá, siendo observado por su hermana.

—¿Y esa sonrisa? ¿Con quién estás hablando? —preguntó Camila con una pícara mueca.

Martín no pudo controlar su nerviosismo, ruborizándose, y elevándosele un tono rojizo sobre sus mejillas.

—Con mis amigos.

—Tu sonrisa de bobo te delata, Martín. No puedes engañar a tu hermana mayor.

—Bueno, sí, tienes razón… Es alguien especial.

—Ok. ¿Y puedo saber quién es ese alguien tan especial, que no borra esa tonta sonrisa de tu cara?

Martín dejó su móvil sobre la mesa y dándole su completa atención a Camila, dijo:

—Está bien, te contaré. Hace unos meses comencé a sentir algo especial por un chico. Me dejé llevar y descubrí emociones que nunca había sospechado. Al principio me daba miedo aceptar el proceso por el que estaba pasando, pero decidí dejar fluir mis sentimientos, sin pensar en nadie, solo en lo que en ese momento me hacía feliz.

—Un chico… O sea…

—Así es, Cami, soy gay. Quería contarte… Pero estaba esperando el momento correcto —susurró.

—Muy bien. Está perfecto. No tienes por qué decirlo en voz baja. Ser gay no tiene nada de malo. En mí no va a cambiar nada. Tú eres mi hermano y siempre tendrás mi apoyo en todo —comentaba Camila con una gran sonrisa.

—Gracias, Cami. Eres la mejor hermana que alguien podría tener.

—Bueno, no cambies de tema, y cuéntame quien es ese misterioso chico.

—Es mi compañero de clase, Borja.

—Oh, muy bien. Pues me gustaría conocer a ese tal Borja.

—Sí, claro. A mí también me encantaría que se conocieran. Es muy buen chico, y estoy seguro que te va a caer muy bien.

—¿Qué les parece si mañana los invito a cenar?

—Mañana iremos en la tarde a tomar fotos cerca del Parque del Sur.

—¿Por qué hasta allá? No es que sea uno de los parques más bonitos de la ciudad. El lugar ha cambiado mucho con los años. Cuando yo llegué a Madrid, el Parque del Sur era uno de los más grandes y bonitos, pero ahora solo hay vagabundos y delincuentes rondando por los alrededores —advirtió Camila.

—Sí, eso he escuchado. Lo que pasa es que Borja se está enfocando en la arquitectura de edificios antiguos para su trabajo de clase, y los edificios de por allí son muy característicos. La idea es captar cuando la luz del atardecer impacte sobre sus fachadas.

—En eso tienes razón, es uno de los barrios más viejos de la ciudad, y sus edificios son realmente emblemáticos. Solo tengan cuidado y ya. Además, de día no creo que pase nada.

—Sí, gracias. No te preocupes. Borja conoce muy bien la ciudad.

—Perfecto. Además, la Redacción está más o menos cerca de la zona. Podría verlos por allí cuando salga. De hecho, conozco una hamburguesería muy famosa a la que yo iba de joven. Allí venden las hamburguesas más ricas que jamás haya probado.

—Suena increíble. Ahora mismo le voy a contar a Borja. Seguro que le encantará el plan.

Luego de terminar su cena, Camila recogió su plato y su copa de la mesa, junto a los que había dejado su hermano. Los colocó en el lavavajillas y pulsó el botón de inicio.

—Bueno, me voy a dormir, estoy agotada —comentaba dirigiéndose a su habitación.

—Descansa, te lo mereces… ¡Cami! —dijo, parándola con su voz, antes de que ella entrara a su habitación.

—Dime.

—Gracias por todo. Te quiero mucho. No lo olvides —le dijo con ojos brillantes.

—Yo también te quiero. Anda, ven aquí —expresó abriendo los brazos.

Martín se levantó del sofá y los dos hermanos se fundieron en un abrazo.

—No olvides que aquí voy a estar siempre para ti —susurró Camila.

Martín no pudo controlar la emoción, al sentir el cálido, sincero, y protector abrazo de su hermana.

La conexión entre hermanos es una relación única e irremplazable. A medida que van creciendo, ese vínculo que los atrae y los mantiene unidos, se vuelve cada vez más fuerte e inquebrantable. Cierto, no es perfecta, pero está cerca de serlo, y es la más honesta que se tiene en la vida porque los hermanos son capaces de amarte sin esperar nada a

cambio, porque son esas personas con las que puedes compartir todas tus cosas buenas y malas y, sin importar lo que pase, siempre se amarán, incondicionalmente, sin importar las veces que peleen.

Se dice que el amor entre hermanos no tiene comparación. Un hermano es un regalo de la vida, porque solo ellos son capaces de decirte la dura y fría verdad de las cosas sin sentirse mal por eso, y el lazo que hay entre ambos no se rompe al primer cambio, ni se debilita o termina con el paso del tiempo. Con ellos aprendiste lo que significa trabajar en equipo y competir al mismo tiempo. Ellos fueron tus primeros guardaespaldas, contrincantes, aliados y enemigos. Puede que el tiempo y las circunstancias nos alejen físicamente de ellos, pero sabemos que el vínculo permanece invariable, a pesar de la distancia y tiempo, pues es un parentesco innegable y permanente.

Era indudable el amor que Camila sentía por su hermano menor. Desde su nacimiento sintió que uno de sus deberes de vida era protegerlo y guiarlo por el camino de la vida.

9

Martín no se manejaba muy bien con las recetas culinarias, de hecho, era bastante básico y rápido en la elaboración de sus platillos. Ese día, terminaba de comer una pasta con tomate y salchichas que se había preparado justo después de llegar de clases. Por lo regular siempre comía solo, pues su hermana, debido a su horario laboral, solía hacerlo en la Redacción o en algún restaurante por los alrededores.

Martín se apresuraba a recoger y a dejarlo todo limpio en el apartamento. Borja pronto pasaría por él a su casa para ir juntos a la captura de fotos. Antes de llegar a vivir con su hermana, cuando vivía en casa de sus padres, era un poco desordenado. Camila, en cambio, desde pequeña fue siempre muy ordenada y limpia. Fue ella quien le inculcó algunas normas para mantener juntos una convivencia más harmoniosa.

Justo cuando terminaba de enjuagarse la boca, luego de cepillarse los dientes, Borja tocó al portero. Martín corrió por el apartamento hasta alcanzar el interfón.

—¡Sí!, Borja… Ya bajo.

Agarró su cámara de fotos y se la colgó al cuello, por medio de la inseparable cinta roja, luego salió del apartamento y bajó al *lobby*.

Borja lo esperaba en el portal del edificio, igual con su cámara, pero llevándola del hombro.

El día se presentaba cálido y agradable, perfecto para caminar por la ciudad. Ya era marzo y se notaba que la primavera estaba a la vuelta de la esquina, anunciándose con atardeceres que se alargaban hasta las siete y media de la tarde.

Borja y Martín caminaron unas manzanas hasta la parada de autobús más cercana. Desde allí agarraron el bus que se dirigía al Parque del Sur. Luego de poco menos de treinta minutos de recorrido llegaron a los alrededores del barrio colindante al parque. De primera impresión era solo un barrio viejo, nada fuera de lo normal, solo algo más sucio de lo esperado en algunas esquinas, donde se acumulaba demasiada basura. Pero a pesar de su suciedad y mala fama, el vecindario tenía algo que te transportaba al pasado. Destacaba su aire

bohemio, que hacía juego con algunas calles empedradas que lucían su arquitectura neoclásica y el estilo neobizantino del siglo XIX.

Borja no esperó ni un segundo para desenfundar su cámara y enfocar con su objetivo.

—¡Mira esa fachada! hermosa. Fíjate en el tamaño de esa puerta de madera, parece la entrada a un castillo —comentaba Borja, mientras a través del visor de su cámara capturaba la arquitectura de los antiguos edificios.

—Sí, son espectaculares. ¿Te imaginas haber vivido en esa época? —preguntó Martín, arqueando una ceja.

—Me hubiera encantado haber montado por estas calles de piedras sobre carros de caballos, y haber vestido a la moda de ese siglo —expresaba con la mirada perdida, imaginándose en esa época.

El sonido de la sirena de un coche de policía, que pasaba a gran velocidad por la calle adyacente, rompió con su lapso de imaginación, recordándoles que la paz, en cualquier lugar, podía ser aparente.

Recorrieron el barrio completo, disfrutando de una tarde agradable juntos. Borja captó una gran cantidad de fotos de los diversos estilos arquitectónicos que ofrecían los diferentes edificios, todos pintorescos y llamativos.

Luego de caminar por varias horas, la sed y el hambre se hicieron presentes. Divisaron una pequeña tienda de chuches, donde compraron un par de coca-colas y unas bolsas de patatas, que degustaron en un banco de piedra que había frente a la tienda. Para entonces el sol ya había bajado su intensidad, dando a entender, mientras el cielo se coloreaba con los tonos del atardecer, que pronto anochecería.

Mientras bebían sus refrescos, observaban al otro lado de la calle a varios perros husmeando cerca de la basura, en busca de algo de comida. De inmediato ambos recordaron la foto de Katty.

—Si Katty estuviera aquí, ayudaría a todos esos perros —expresó Martín.

—Yo creo que esos perros no son abandonados, solo crecieron en la calle. Míralos, se les ve muy sueltos y relajados, hasta se apartan de los coches dejándolos pasar —comentaba Borja.

Una pequeña perrita peludita, que parecía de color marrón, aunque no por el color de su pelo, que era blanco, sino por la suciedad que la cubría, se acercó a ellos moviendo su cola.

Martín comenzó a jugar con ella, lanzándole algunos trozos de patatas de la bolsa.

—¡Mira qué contenta está! Le agrada nuestra compañía —comentaba.

—Estos perros que viven en la calle, son muy agradecidos e inteligentes. Tienen la capacidad de entender los gestos humanos y

sentir sus energías. Saben muy bien a quién acercarse y a quién no —explicaba Borja.

Martín le tomaba fotos a la perrita, mientras esta retozaba de alegría junto a ellos.

Borja se levantó del banco.

—Bueno, sigamos. Mira esas tonalidades rosas en el cielo. Aprovechemos esta luz y sus reflejos en los edificios —dijo, mientras miraba por su objetivo el pintoresco cielo de matices rosados.

Continuaron calle abajo, captando instantáneas conforme avanzaban por el camino empedrado del siglo XIX. Borja disfrutaba de la belleza de las fachadas que se encontraba y al instante disparaba con su cámara, aprovechando los colores que ese día el atardecer les ofrecía.

La perrita callejera los seguía moviendo su cola, como si de sus dueños se tratara.

Los atardeceres rosados no son tan comunes, pero esa tarde el cielo quiso regalarles un abanico de colores pasteles y morados, mezclados con sutiles tonalidades anaranjadas, ideales para sus fotografías. Esos colores solo se aprecian cuando el ángulo entre el sol y el horizonte es menor a un porcentaje del 10%.

Camila recogía sus cosas en su despacho, lista para dar por finalizada su jornada del día en la Redacción. Agarró el teléfono móvil de su bolso y le mandó un mensaje a Martín:

> *Ya salgo de la Redacción. Mándame tu ubicación y allí los veo. Besos.*

En ese instante el teléfono de su oficina sonó. Camila se sorprendió, pues ya a esas horas de la tarde no quedaba nadie en la Redacción. Se fijó en el número que mostraba el identificador, y la llamada provenía del despacho de Mauro. Pensó si contestar o no, pero terminó por descolgar el teléfono.

—Sí, Mauro. Me pillas saliendo. ¿Qué pasó? —respondió, mientras terminaba de guardar su portátil en su portafolio de piel.

—¿Podrías pasar por mi despacho antes de irte, por favor? Me gustaría hablar de algo importante contigo —comentó Mauro desde el otro lado del altavoz.

Camila resopló.

—Ok, Mauro. Está bien. Ahora te veo.

—Gracias, Camila.

Colgó, salió de su despacho y se dirigió con paso apresurado.

—Adelante, pasa —dijo él, tras oírla tocar la puerta y pedir permiso.

—Justo iba saliendo. Me pillaste por los pelos. De hecho, pensaba que no quedaba nadie en la Redacción —comentó, mientras tomaba asiento.

—No te preocupes. Será solo un momento —replicó Mauro—. ¿Qué tal te fue con Grunsant? He leído la entrevista que me pasaste esta mañana.

—¿Y qué te ha parecido? Fue muy gratificante poder conocerlo en persona, y escuchar de su voz su historia. Te hace entender lo importante que es vivir el presente, y con ello afrontar con una actitud de apertura todo lo malo y bueno que nos ocurre. Aprendemos a disfrutar de cada situación, a ser conscientes y coherentes con nosotros mismos y con nuestro alrededor.

—Así es, Camila. Dedicamos mucho tiempo a preocuparnos por situaciones que han ocurrido, o van a ocurrir, y no nos damos cuenta de que esto nos impide vivir con plenitud y disfrutar del aquí y ahora. Para vivir el momento presente, tenemos que estar dispuestos también a experimentar y sentir ese dolor emocional, a enfrentarnos a él para aprender a gestionarlo —explicaba Mauro, mirando a los ojos a su Directora Editorial con las manos entrelazadas y apoyadas sobre su escritorio.

Camila, por su parte, miraba con disimulo y algo agobiada la hora en el reloj que llevaba en su muñeca.

—Con todo esto quiero decirte que me ha encantado tu entrevista. Muchas felicidades. No esperaba menos de tu trabajo.

—Muchas gracias, Mauro. Me tomo mi trabajo muy enserio. Si eso era todo, yo ya me tengo que ir —dijo, levantándose de la silla.

—¡Espera un segundo! Una cosa más. Veo que tu relación con Darío es bastante cercana —anotó.

—Así es. Creo que el Editor Ejecutivo y la Directora Editorial de una Redacción han de trabajar muy de la mano, ¿por? —acotó, segura, ocultando su nerviosismo.

—No, por nada en concreto. Darío lleva muchos años en esta editorial, y su trabajo siempre ha sido excelente. Pero quizás haya algunos cambios de posiciones en las diferentes revistas.

—Me parece perfecto, Mauro. Aceptaré los cambios que tú, como Director General, creas que son convenientes para la mejora de la Redacción. ¿Algo más? —concluyó, colocándose su portafolio al hombro.

—Nada más, Camila. Que tengas buena noche.

—Gracias, igualmente.

Camila salió a toda prisa en dirección al parking.

Ya había caído la tarde, y con ella los grados centígrados, dando paso al gélido ambiente de la noche.

Martín y Borja esperaban a Camila en uno de los viejos y deteriorados bancos del Parque del Sur. Mientras tanto, revisaban las fotos que tomaron. A su lado, la perrita callejera los observaba, ladeando la cabeza y moviendo su sucia cola.

—Mira esta. Quedó increíble. Me encanta cómo los rayos del sol pegan en la ventana, dando ese reflejo —dijo Borja, emocionado al ver su foto.

—Sí, captaste el momento perfecto donde el sol se reflejaba en la fachada. Mira la mía. También yo capté el momento perfecto —dijo Martín, mostrándole su foto.

—Pero si soy yo. ¡Qué bonita toma! Te encanta agarrarme infraganti —admitió Borja, viendo la instantánea que Martín le había hecho mientras él fotografiaba los edificios.

—Esas son las mejores, las que captan la espontaneidad de las cosas, y esa es la belleza de lo natural, sin poses. Y aquí estas tú, mira qué bonita sales, ¿eh? —le decía a la perrita, mostrándole su foto.

Un vagabundo de unos cincuenta años, delgado y vestido con harapos sucios y rotos, se había acercado a ellos. Buscaba en la basura de una papelera que había al lado del banco donde estaban sentados. Ellos lo miraban de reojo, intentando no darle importancia. El indigente recogía las colillas que había en el suelo, pisadas y aplastadas, con la esperanza de rescatar aunque fuera una mínima calada de nicotina. Encontró un resto con unos pocos centímetros rescatables, le dio forma y se lo puso en la boca. Entonces se acercó a los chicos, que intentaban evadir su mirada. Se encontraba en un notorio estado de embriaguez, pues le costaba mantener el equilibrio y se tambaleaba.

—¡Hey, vosotros!, ¿tenéis fuego? —tartamudeó, dirigiéndose a Martín y Borja.

Estos lo miraron algo desconfiados, escondiendo sutilmente sus cámaras.

—No, lo siento señor —replicó Borja, cortando rápido la conversación.

—Ok, ok —contestó el vagabundo, y se marchó por el parque en un vaivén al caminar, parándose a buscar en la basura de la siguiente papelera.

En ocasiones, es inevitable que el ser humano juzgue a un vagabundo borracho, e incluso sentir miedo. Pero a veces, si se conocieran las historias de lo que hay detrás de esa suciedad y esos harapos, nos sorprenderíamos. Hay historias de vidas que nos harán pensar dos veces antes de juzgar a un desconocido, pues todos tenemos algo que compartir detrás de nuestro aspecto, por muy

mugriento y maloliente que sea.

El parque poco a poco comenzaba a llenarse de grupos de personas que se repartían por las distintas zonas del mismo. Formaban pequeños grupos ya fuera en los viejos bancos de madera que había por los caminos de tierra que recorrían el parque, en los corredores empedrados alrededor de una fuente con la pintura desconchada y sin agua que había en el centro, o simplemente tirados en el césped, al pie de alguno de los altos pinos que destacaban ante la demás vegetación.

—Por cierto, ¿y tu hermana? Ya se hizo un poco tarde, ¿no? Además, ya me dio un poco de hambre —comentó Borja.

—Qué raro, porque ella suele ser muy puntual. Quizás se entretuvo en la Redacción o agarró mucho tráfico. Pero no tardará en llegar, ya le mandé nuestra ubicación.

Justo en ese instante, un mensaje de Camila llegó al teléfono de Martín:

Perdón, me entretuve en la Redacción, pero ya estoy cerca. Ahora los veo en la ubicación que me mandaste.

A lo que este le respondió:

No te preocupes. Aquí te esperamos.

Camila entraba en el barrio que colindaba con el Parque del Sur, donde Martín y Borja la esperaban. Buscaba un parking público donde dejar su coche, pues la zona no tenía fama de ser muy segura.

Su móvil comenzó a sonar.

—Dime, Darío. Estoy conduciendo. ¿Dónde estás? —contestó, luego de conectar el manos libres del coche.

—Voy saliendo de casa. ¿Dónde los veo? —preguntó él.

—Yo estoy llegando. Estoy buscando un parking para dejar el coche, pero no tengo ni la menor idea dónde puede haber uno por esta zona.

—Justo atrás del restaurante de hamburguesas hay uno.

—Perfecto, gracias. Te veo en el parque, donde quedé con los chicos, y de ahí nos vamos a cenar. Les prometí llevarlos a comer hamburguesas.

—Genial. Allá los veo. Besos.

Camila colgó la llamada, y se dirigió al parking que Darío le había mencionado.

La temperatura comenzaba a bajar, luego de que el sol se escondiera en el horizonte.

—Ya me está dando un poco de frío —comentó Borja, frotándose los brazos sobre su fina camisa.

—Ven, yo te doy calor —anotó Martín, rodeando con sus brazos el

cuerpo de Borja.

Ambos se quedaron abrazados bajo la luz de una deslustrada farola, que los iluminaba en aquel viejo banco de madera.

Los altos pinos del parque que cubrían gran parte del mismo se balanceaban en un vaivén ante el fuerte aire que corría esa noche.

A pocos metros de ellos, llegaban tres hombres y una mujer, todos muy parecidos en su aspecto y vestimenta. Dos de ellos eran hombres altos y corpulentos, tendrían entre veinticinco a treinta y ocho años, y llevaban sus cabezas rapadas, y la piel de la cara, cuello y manos cubierta de tatuajes, piercings y dilataciones. Esa noche se resguardaban del frío con chaquetas estilo bomber de color negro, que cada uno decoraba con insignias, chapas, parches y diferentes dibujos. Todos llevaban pantalones negros algo rotos y unas buenas y resistentes botas militares. Del cinturón de algunos de ellos colgaban unas finas cadenas, dándoles un toque roquero.

Entre las tres presencias masculinas destacaba una chica, cuyo pelo rubio platino era de apenas unos pocos centímetros de largo. Su vestimenta entonaba en colorimetría a la de los de sus compañeros, pero con un toque más femenino. Igual se le podían ver algunos *tatoos* por el cuello, y gran variedad de *piercings,* de diferentes tamaños y formas, desde el lóbulo, donde también destacaban unas pequeñas dilataciones, hasta la parte superior de sus orejas. A pesar de tanto alboroto alrededor de su cara, esta era blanca y fina, con dos afilados ojos azules, por eso su apodo de “La Barbie”. No obstante, lo que más llamaba la atención entre los cuatro era su pañuelo blanco anudado alrededor de una de sus muñecas. Mientras caminaban, bebían cerveza de una botella de cristal de un litro, que compartían entre ellos, al mismo tiempo que un porro de hachís que se intercambiaban.

—¿Quieres porro, Chulo? —se lo ofrecía la chica al cabeza de la banda.

—¡No! —contestó El Chulo algo seco.

El Chulo era el más adulto de todos, con treinta y ocho años. Manejaba y dirigía a la banda, con sus decisiones y directrices, ante cualquier altercado que se les cruzara por su camino. La Barbie lo idolatraba. Para ella era un héroe, por el que incluso llegó a desarrollar sentimientos más allá que solo el del jefe de la banda. El Chulo nunca la tomó en serio, pues mantenía relaciones con ella y al mismo tiempo con muchas otras.

Rulo, con tan solo veinticinco años, era el más joven de los cuatro, y por eso el más descontrolado, rebelde y alocado de todos. Se echó a la calle desde que cumplió la mayoría de edad, abandonando su hogar familiar en el sur de España y mudándose a la capital. Desde muy temprana edad robaba y traficaba con pequeñas cantidades de drogas. Un día, El Chulo se cruzó con él en una disputa entre bandas, y lo

reclutó para la suya. A su edad ya había estado detenido más de cuatro veces, pero al final, siempre por falta de pruebas, lo dejaban en libertad. Vivía en casas ocupas, o en unos barracones abandonados que la banda habitaba en las afueras de la ciudad, cerca de unas vías de tren en desuso.

Rulo era muy cercano a Sito, que era como su hermano mayor. Ante cualquier trifulca en la que se metieran, siempre se sentía protegido por él. Sito, a los cinco meses de edad, fue abandonado por sus padres en un pequeño cesto de mimbre, a las puertas de una capilla. Sus progenitores desaparecieron sin dejar rastro. Entró a la banda con tan solo dieciocho años de edad, apenas salió del centro de menores en el que se encontraba. Era, quizás, el más calmado de los cuatro, siempre y cuando se mantuviera un poco alejado de las drogas. Pero Rulo lo involucraba a menudo en su mundo de locura, orillándolo a consumir estupefacientes como la heroína y la marihuana, evadiéndolo a un mundo de euforia y alucine. Su sueño siempre fue ser cantante de rock. De hecho, cantaba y tocaba el bajo en un grupo amateur con la misma ideología de la banda, llamado: Los Sangre Azul.

El Parque del Sur era un lugar que frecuentaban con normalidad. Allí compraban y vendían sustancias, fumaban, bebían o tan solo pasaban el rato. Por lo regular, ese parque solo era concurrido por miembros de su banda: Martillo Blanco. A veces, se podía ver algunos transeúntes de los barrios de alrededor, jóvenes ansiosos por pillar algo de droga, o algún vagabundo pidiendo alguna limosna. Ningún miembro de cualquier otra banda, opuesta a sus ideologías, era bien recibido en ese parque.

El movimiento Martillo Blanco antifascista de extrema derecha, nacido en las calles de Londres en el año de 1969, manifestaba una singularidad radical con respecto a la sociedad actual. Eran una banda de jóvenes delincuentes, racistas, homofóbicos y antisociales que utilizaban sus cuerpos para gritar y expresar rabia y odio, contra todo y contra todos.

El principal elemento que los caracterizaba era su atuendo, con prevalencia del color negro, combinado con algo de blanco y rojo. También se destacaban por portar bates de beisbol que, junto a sus puños vendados con pañuelos blancos, eran sus principales armas de ataque. Traían referentes a los *hard mods,* aficionados al rock y a la filosofía de vida de los *rude boys*. Estos fueron elementos que determinaron la elección de vida de unos chicos, que querían escuchar y bailar una música diferente, fumar marihuana, beber cerveza y encontrarse en las esquinas de sus barrios durante su tiempo libre. Las continuas presiones y las persecuciones policiales provocaron ya, a principios de los setenta, el declive del movimiento. A finales de la

década, el panorama empezó a cambiar y la juventud de botas y bombers negras, aunque siguió siendo un grupo reducido, comenzó a crecer. Solo desde 1980 se puede hablar de un nuevo auge, gracias a la aparición de la música *punk*. Es en ese momento en que el sentimiento de pertenencia de clase de los Martillos Blancos de los orígenes fue aprovechado por la extrema derecha, que lo transformó en un sentimiento de pertenencia étnica, y facilitó así la difusión de una propaganda ideológica racista, contra la inmigración y los homosexuales.

Más tarde, el movimiento Martillo Blanco, en todas sus versiones, sobrepasó las fronteras geográficas para llegar a delinearse, con características propias relativas a cada contexto, al resto de Europa, y más allá.

A mediados de los años ochenta, las primeras bandas "Martillo Blanco" hicieron su aparición en el norte del estado español, exactamente en Euskadi. A través de los conciertos, las nuevas bandas formadas por chicos que acababan de adherirse a la nueva cultura juvenil dieron a conocer los fundamentos estéticos y musicales del movimiento inglés, que no tardó en construirse con características propias.

—Barbie, anda, pásame el porro, que te lo vas a acabar… —comentó Rulo, algo exigente.

—Chico, relájate… que si se acaba te hago otro —replicó La Barbie, calmándolo.

—A mí no me hablas así, gilipollas —dijo exaltándose.

—Ya relájense, ¿o la vais a liar por un puto porro? ¿Tenéis ganas de guerra o qué? —intervino El Chulo calmando las aguas.

—Pues si queréis guerra, mirar lo que tenemos allí en aquel banco —intervino Sito, señalando.

—¡Joder!, pero ¿que ven mis ojos? Unos putos maricones —anotó Rulo, con cara de repudio, mientras observaba a Martín y Borja abrazados en el banco bajo la luz naranja de la farola que los iluminaba.

—Vamos a tener que ir a explicarles que eso que hacen está muy, pero que muy feo —concluyó El Chulo soltando su pañuelo blanco de la muñeca, y envolviéndolo alrededor de sus nudillos. Los demás hicieron lo mismo mientras caminaban dirigiéndose hacia ellos.

—¿Pero que tenemos aquí? Una parejita de maricones —señaló La Barbie, colocándose frente a ellos mientras los demás los rodeaban.

Martín y Borja se levantaron de un salto, pero no tuvieron tiempo de escapar. Lo único que pudieron hacer fue esconder sus cámaras entre los brazos y sus ropas por miedo a que se las robaran.

—No queremos problemas. Por favor, dejarnos ir —tartamudeo Borja, aterrado.

—No te equivoques, marica. El problema sois vosotros, escoria humana —dijo Rulo agarrándolo del pecho.

—¡Hey, déjalo en paz! —gritó Martín, intentando soltarse de las manos de Rulo.

—Mira cómo defiende a su noviecito, el marica este. Tranquilito, ¿eh? —exclamó Sito agarrándolo del cuello.

—Suéltalo, hijo de puta —chilló Borja, intentando zaparse de Rulo.

—¡Hey!, ¡hey!, ¡hey! Tranquilito, maricón, si no quieres que te reviente la cabeza —insistió Rulo.

La pequeña perrita que los acompañaba comenzó a ladrar, en defensa de Martín y Borja, y sin pensarlo se enganchó con su pequeña dentadura al tobillo de Rulo.

—Jodido perro. ¡Suéltame! —gritó, al sentir los pequeños colmillos clavados en su piel. Intentó entonces zafarse de la perrita, sacudiendo la pierna, pero como no lo conseguía, con la otra le soltó una prominente patada, lanzándola a varios metros de distancia, lastimándola y haciéndola chillar de dolor.

Borja aprovechó la intervención de la perrita para tratar de esconder su cámara tras su espalda, sin éxito, pues La Barbie se percató de que ocultaba algo.

—A ver, ¿qué tienes ahí? —preguntó, arrebatándole la cámara.

El Chulo observaba, en un segundo plano y con una sutil y maleada sonrisa, cómo se divertían sus chicos con la parejita.

La Barbie lanzaba al aire la cámara de Borja y jugaba con ella, agarrándola desde la cinta.

—Zorra, deja mi cámara —reclamó Borja, gritando.

—¿Cómo me dijiste, maricón de mierda? ¡Hijo de puta! ¿Ves tu cámara? Mira lo que hago con ella.

La Barbie levantó la cámara y, con todas sus fuerzas, la lanzó contra el suelo, partiéndola en pedazos, y luego pisándola para hacerla más añicos.

—¡¡¡No!!! —gritó Borja, zafándose de Rulo.

Rulo, sin pensárselo, le reventó la nariz con su puño derecho, tumbándolo en el suelo y tiñendo de sangre el pañuelo con el que envolvía sus nudillos.

—¡Suéltalo hijo de puta! —voceó Martín, empujando a Sito y acudiendo ayudar a Borja—. Borja, ¿estás bien?

Borja no respondía.

Sito agarró del cuello a Martín, separándolo de Borja. Mientras tanto, La Barbie y Rulo pateaban y golpeaban a Borja, que estaba semiinconsciente en el suelo, marcando sus puños de rojo con la sangre que escurría de su rostro. Solo un hilo de voz, apenas unos quejidos, eran el único signo de que aún seguía con vida.

Martín gritaba “auxilio”, en un intento de que alguien lo escuchara

y acudiera en su ayuda.

Al intentar zafarse de Sito, que lo tenía agarrado del pecho, le golpeó bruscamente la nariz con su codo.

—¡Hijo de puta, mi nariz! —se quejó Sito, cubriéndose la nariz con las manos, intentando calmar el dolor y el sangrado.

Martín intentó escapar, pero El Chulo lo agarró del cuello, levantándolo a unos pocos centímetros del suelo.

—Tú no vas a ningún lado, maricón —le dijo, mirándolo con ojos de odio.

Martín no podía casi ni respirar. Con las pocas fuerzas que tenía, agarró la cinta de su cámara y lanzó esta contra la cabeza de El Chulo, abriéndole una herida de la que comenzó a fluir un lento riachuelo de sangre.

Ante el grito de dolor del jefe, sus compañeros acudieron en su ayuda. En medio de la confusión, un puño golpeó a Martín en la cabeza, y él cayó inconsciente al instante, golpeándose la nuca con el borde del banco de madera.

Sito presionaba sobre su nariz, que no dejaba de sangrar, en un intento por parar la hemorragia, al mismo tiempo que lanzaba patadas al cuerpo de Martín que yacía en el suelo sin moverse.

El Chulo taponaba con la manga de su chamarra la brecha que el golpe con la cámara había abierto por arriba de su sien y su ceja.

La cámara quedó en el suelo cerca de los pies de Martín, salpicada con sangre.

—¡Hey, vosotros! Dejar a los muchachos en paz —gritó el vagabundo borracho, tirándoles piedras y otros objetos que tomaba de la basura de la papelera.

Los gritos hicieron que las personas que pasaban por las inmediaciones se acercaran para ver qué estaba sucediendo.

—Vámonos echando leches de aquí —sugirió La Barbie.

Uno de los vándalos, al huir, tropezó con la cámara de Martín, y se la llevó.

—¡Hey, vosotros! —gritaba Camila, que en ese momento llegaba al parque, dirigiéndose a la ubicación que su hermano le había enviado.

La distancia y la poca iluminación que daban las farolas, le impedían ver con claridad.

Los integrantes de la banda despejaron el banco y huyeron a paso rápido, adentrándose entre los altos pinos del parque, perdiéndose en la oscuridad, dejando así visibles los cuerpos de Martín y Borja ensangrentados en el suelo, apenas conscientes.

Camila llegó y vio el estado en el que se encontraban los chicos.

—¡¡¡Martín!!! ¡¡¡Ayuda!!! —gritó mientras se arrodillaba al lado de su hermano, que yacía en el suelo en un creciente charco de sangre.

10

Los transeúntes se acercaban cada vez más al lugar de los hechos, intentando auxiliar o solo curiosear de lo ocurrido. Algunos de ellos, al ver lo sucedido, enseguida llamaron a la ambulancia y a la policía. Luego de unos minutos, ya se empezaban a escuchar las sirenas, cada vez más cercanas al Parque del Sur. Camila sostenía a su hermano, que yacía en medio de un charco de sangre. Gritaba desesperada, pidiendo ayuda, quebrándosele la voz. Movía el rostro de Martín intentando despertarlo, pero no respondía. Su desesperación aumentó al notar que no había la más mínima reacción en su cuerpo.

El vagabundo, que rondaba alrededor del parque, se arrodilló cerca del cuerpo de Borja, al que le hablaba intentando reanimarlo.

—Tranquilo, que la ambulancia ya está en camino. Aguanta, muchacho —le decía tartamudeando, agarrándole la mano, mientras Borja sollozaba de dolor en voz baja.

—Martín, por favor, despierta. Martín, por favor. ¡¡¡No!!! —gritaba Camila, desolada, sosteniendo el cuerpo de su hermano en su regazo, al mismo tiempo que lo mecía.

El aire se enfriaba cada vez más, y los altos pinos del parque se balanceaban con fuerza al son del fuerte viento que soplaba aquel viernes por la noche.

De rodillas, con su traje blanco teñido con el rojo de la sangre de su hermano, Camila lloraba y lo abrazaba junto a su pecho, rota de dolor. Sentía una explosión en su corazón al ver que Martín se iba lentamente entre sus brazos, sin que ella pudiera hacer nada. Dichos brazos de una hermana que lo mecían, de la misma manera en que lo hacían para dormirlo cuando era pequeño.

La conexión con un hermano es tan fuerte, pues es alguien que conoce tu historia de vida desde sus inicios. Es tu primer amigo, tu compañía constante, tu protector, la mano que nunca te soltaría, tu escudo en los momentos más débiles, tu primer contrincante, tus primeras risas, tus primeras peleas, tu confidente, la primera persona que guardó un secreto y te apoyó en cualquier decisión antes que nadie.

Dos ambulancias llegaban a toda velocidad, frenando en seco

frente al banco de aquel parque. Dos paramédicos bajaron de cada una de ellas y se precipitaron a auxiliar a las dos víctimas.

Uno de ellos retiraba a Martín de los brazos de Camila, para poder hacer una rápida valoración de su estado.

—No se mueve. Solo tiene dieciocho años. ¡Por favor, por Dios sálvenlo! —suplicaba ella.

—Tranquilícese, señorita. Haremos todo lo que esté en nuestras manos —comentaba él, sujetando sus manos ensangrentadas.

—¡Rápido!, maniobra de reanimación cardiopulmonar —ordenaba el segundo, que estaba arrodillado junto al cuerpo inconsciente.

Martín, tirado en el suelo, no presentaba ni el más mínimo movimiento de vida en su cuerpo —No encuentro el pulso.

—Listo, ¡descarga! —dijo el otro.

—No responde… De nuevo, ¡descarga!

El cuerpo se levantaba unos sutiles centímetros del suelo durante cada una de las descargas que aplicaban sobre su pecho.

Camila, aún arrodillada y con las manos teñidas de sangre sobre su rostro, en un llanto descontrolado y fuera de sí, observaba cómo su hermano no respondía a los estímulos aplicados por el equipo médico.

Otros dos paramédicos se acercaron y comenzaron a auxiliar a Borja, que se encontraba tumbado en el suelo apenas consciente. Solo se escuchaban unos sutiles hilos de voz de queja de dolor. Los paramédicos apartaban al vagabundo que se encontraba en su regazo. Luego de realizarle los primeros auxilios, acomodaron el cuerpo del joven, que aún presentaba signos vitales, sobre una de las camillas. Con urgencia lo subieron a una de las ambulancias, para su traslado al hospital más cercano. Allí podrían evaluar con más exactitud y precisión su estado de salud.

La policía acordonaba un gran perímetro en esa zona del parque, para evitar que los transeúntes se acercaran más de lo necesario.

—¡¡¡Camila!!! —gritó Darío desde el otro lado de la cinta, sujetado por los agentes de policía que le prohibían el paso.

—Lo siento, pero no puede pasar —explicaba uno de los agentes.

—Ella es mi novia, y el herido es mi cuñado.

—¡¡¡Darío!!! —gritó Camila entre lágrimas al escucharlo.

Darío se zafó de los agentes y cruzó la cinta que los separaba, corriendo a toda prisa hacia Camila, que seguía rendida en el suelo.

—Tranquila, Camila. Todo va a estar bien. —Darío la abrazó

—No, Darío. Martín no responde. Darío, por Dios, mi hermano se muere. ¡¡¡No, por favor!!! ¡¡¡No!!!! —lloraba con desespero, alternando su mirada entre Martín y Darío.

Tras varios intentos de reanimación, sin recibir señales de signos vitales, los paramédicos detuvieron sus esfuerzos y dieron por muerto el cuerpo de Martín.

Aún sin fuerzas para ponerse en pie, Camila era abrazada por Darío, entre gritos desgarradores, sollozos y lágrimas constantes. Aquella noche perdía lo que más quería en el mundo, que era su hermano. Lloraba todo lo que podía, lloraba hasta que se le secaban los ojos, porque las lágrimas son lo más natural e instintivo que tenemos en situaciones como estas. Y además son muy necesarias en estos duros momentos.

No es bueno aguantarse el dolor, de algún modo se tiene que expulsar, pues si se guarda, puede perforar tu alma en esos instantes en los que se siente rabia y coraje. El dolor se debe expresar y dejarlo salir. Es necesario porque tú no pudiste hacer nada para evitar que sucediera, porque no pudiste decir adiós, porque lo extrañarás el resto de tu vida, y porque te llenará de frustración.

En estos momentos de dolor, gritar contra la almohada o pegarle a una pared, te ayudará a sacar esa adrenalina de sufrimiento. Déjalo salir. Cierto, eso no cambia lo que ya pasó, pero el corazón se sentirá más aliviado. Llora porque tú puedes, llora porque te duele.

Los paramédicos cubrían con una sábana blanca el cuerpo de Martín, a la espera del riguroso levantamiento del cadáver y el posterior traslado al hospital, para realizar la autopsia y así conocer las causas de la muerte.

Un agente de policía introducía al vagabundo en uno de los coches patrulla, luego de realizarle algunas preguntas. Puesto que el indigente se encontraba en el lugar de los hechos junto a una de las víctimas cuando las autoridades llegaron, debía presentar su declaración.

El comisario Sánchez, un hombre regordete con bigote canoso, de unos cincuenta años, se acercó a Camila. Esta se encontraba abrazada a Darío en un sollozo descontrolado y entrecortado, a causa de una respiración intermitente.

—Señorita… Siento mucho lo ocurrido, pero necesito que me acompañe a la comisaría. Es preciso que conteste algunas preguntas acerca de lo ocurrido, y lo que presenció cuando llegó al lugar de los hechos.

Camila separó con lentitud su rostro del hombro de Darío, miró al oficial y asintió con la cabeza por inercia.

—Yo iré atrás de ti. Tranquila —susurró Darío.

Camila avanzó cabizbaja junto al oficial, a paso lento y sin expresión en su rostro, solo reluciendo las lágrimas que caían sin cesar por sus mejillas, hasta que llegó al coche de policía y entró.

Dentro de la patrulla se observaba a una Camila con la mirada perdida, en estado de *shock*. Las luces rojas y azules de las sirenas del coche de policía se reflejaban en su piel. Con su mano pegada al cristal miraba, incapaz de contener el llanto, el cuerpo de su hermano,

que seguía tirado en el suelo en el charco de su propia sangre, tapado con una sábana blanca que se iba tiñendo rápidamente de rojo.

Darío observaba cómo el coche arrancaba, con una Camila con el alma rota en la parte trasera. Se dirigió a su auto con rapidez, que había aparcado en las inmediaciones del parque. Justo antes de abordar, notó que algo lo seguía y se paraba tras él. Cuando se giró, vio que se trataba de una pequeña perrita blanca pero bastante mugrosa, con restos de sangre en su pequeño hocico. La perrita lo miró y sollozó, moviendo su cola con lentitud y con un poco de miedo. Darío la miró y sintió una conexión instantánea con aquella sucia y tierna perrita callejera. Se acercó, la acarició con suavidad, la agarró con cuidado y la metió en su coche sin pensarlo. Entonces arrancó en dirección a la comisaría de policía más cercana.

La sala de interrogatorios de la estación de policía era bastante austera. Sus paredes estaban pintadas de un color gris oscuro, que le daba un ambiente sombrío, creando una atmosfera de tristeza y melancolía. En el centro de la habitación, el único mobiliario era una mesa rectangular y dos sillas metálicas. Colgada del techo había una lámpara, también metálica, que proveía una iluminación reducida y fría sobre la mesa, sobre la cual destacaban un cuaderno junto a un bolígrafo, una jarra de agua, dos vasos y una grabadora portátil. Solo había una pequeña ventana en lo alto de una de las paredes, pegada al techo, y parecía ser la única ventilación que tenía el cuarto.

Desde su silla, al lado de la mesa, el vagabundo que presenció los hechos daba su testimonio ante el comisario Sánchez, respondiendo a las preguntas que este elaboraba. En la puerta, sin expresión en su rostro, casi en la penumbra, aguardaba de pie un oficial de policía.

—Le digo que yo solo vi que estos tipos se acercaron. Yo estaba distraído buscando en una papelera cuando escuché gritos. De repente empezaron a golpear a los jóvenes —comentaba el vagabundo, con temor en sus atropelladas palabras.

—Tranquilo, no le va a pasar nada. Solo necesitamos saber cómo eran esas personas que golpearon a esos jóvenes. ¿Podría darnos algunas pistas? Así nos sería más fácil atraparlos.

El comisario intentaba calmarlo con palabras y gestos amables, en un intento por ayudarlo recordar los detalles, pues aún estaba un poco borracho y se mostraba confundido.

—Pues recuerdo que eran cuatro o cinco. También escuché la voz de una mujer gritar. No creo que esos jóvenes provocaran la pelea. Yo pase minutos antes a su lado y se veían muy tranquilos. Quizás quisieron robarles los móviles y carteras, y estos al resistirse fueron

golpeados.

—¿Recuerda algún nombre que mencionaran, o alguna palabra clave? —preguntó el comisario, mientras tomaba notas en su cuaderno.

—Sí, recuerdo que los llamaban repetidas veces maricones.

—Ok, muchas gracias, Jesús. Si necesitamos alguna otra información, lo volveremos a contactar. ¿Me puede indicar su domicilio y un número telefónico adonde lo podamos llamar?

—De nada, comisario. Pero yo no le puedo dar una dirección, porque vivo en la calle, o donde puedo. Tampoco tengo número de teléfono porque no tengo móvil —dijo, bajando la mirada.

—Está bien, no se preocupe. Si lo necesitamos, lo buscaremos —el comisario sacó su cartera del bolsillo de su pantalón y de esta un billete de cincuenta euros —Tenga. Vaya a cenar algo rico y tome algo caliente. Le sentará bien. Espero que no se lo gaste en cosas innecesarias.

—Muchas gracias, comisario. La verdad es que tengo mucha hambre. Iré a cenar algo caliente —comentaba el hombre con una gran sonrisa, mientras observaba el billete de cincuenta euros.

—Bueno, pues eso es todo de momento. El oficial de guardia lo acompañará a la salida. Cuídese mucho —comentaba, ofreciéndole la mano.

Jesús correspondió al saludo, y fue entonces que el comisario pudo ver la suciedad que tenía impregnada en la piel, y percibir el mal olor que desprendían sus harapos viejos y sin lavar.

El comisario le hizo una seña al oficial que aguardaba en la puerta para que lo acompañara hasta la salida.

Camila esperaba sentada afuera, en uno de los bancos metálicos que había repartidos a lo largo del pasillo interior. A esas horas el movimiento de oficiales corriendo de aquí para allá era mínimo, pues era la hora del cambio del turno de noche.

Darío estaba sentado al lado de Camila, con una mano agarraba la de ella, sin soltarla, y al mismo tiempo, con la otra mano le acariciaba la cabeza, que ella apoyaba en su hombro.

De repente se abrió la puerta de la sala de interrogatorios y Camila levantó su cabeza del hombro de Darío. Por la puerta salían el vagabundo y el oficial de policía, que caminó junto a él por el pasillo hacia la entrada principal. Al pasar frente a ella, el hombre miró sus hinchados y débiles ojos, y leyó en ellos el dolor por el que ella estaba pasando. Ella sin parpadear, captó esa mirada, que le hizo traspasar sus retinas.

Desde la puerta de la sala de interrogatorios, el comisario miraba a Camila, haciéndole señas de que era su turno para la declaración. Esta se levantó y caminó despacio por ese frío pasillo, hasta la sala. Darío

le acompañaba agarrándola de la cintura.

—Lo siento, pero tendrás que esperarla aquí afuera —indicaba el comisario a Darío.

—Pero comisario… no puedo…

—Estaré bien, espérame aquí —interrumpió Camila.

—Está bien.

Darío regresó al banco metálico y Camila ingresó a la sala. El oficial de policía, que ya había regresado luego de acompañar al vagabundo a la salida, entró tras de ellos y cerró la puerta.

Camila se sentaba frente al comisario Sánchez.

—¿Quieres un café, agua, algo? —preguntaba el comisario.

—No, gracias. Estoy bien —comentó, seca y cabizbaja.

—¿Nombre?

—Camila Landa —respondía ella, sin mirarlo.

—¿Qué parentesco tienes con el joven fallecido?

—Soy su hermana —dijo, sin levantar la mirada y con la respiración cada vez más acelerada.

—Lo siento mucho, Camila.

—Tú no sientes nada —susurró con la mirada perdida.

—¿Cómo dices? —preguntó el comisario extrañado de su actitud.

—Que tú no sientes nada, comisario. Acaban de asesinar a mi hermano, y lo tuve que dejar tirado en un parque, tapado con una manta, mientras tú juegas al poli interesante con tus estúpidas preguntas —gritó Camila golpeando la mesa.

El oficial que aguardaba en la puerta se acercó con rapidez, pero el comisario le hizo un gesto pidiéndole que se detuviera.

—Señorita, cálmese. Solo hago mi trabajo, y en estos casos hay que seguir un protocolo.

—¡A la mierda tu protocolo!, eres un puto insensible. ¿Tienes hijos, comisario?

—Sí, tengo dos.

—¿Te puedes poner en mi pellejo por unos segundos, e imaginar que ese niño que está tirado en el suelo es uno de tus hijos? ¿Estarías aquí jugando a las preguntas y respuestas, joder? —gritaba, al mismo tiempo en que las lágrimas se desbordaban de sus ojos.

—Camila, necesito saber qué pasó. Solo así puedo investigar y atrapar a los supuestos asesinos de tu hermano.

—Había quedado con mi hermano y su amigo para ir a cenar a un lugar de hamburguesas que hay por esa zona. Cuando llegué al parque, y me iba acercando al lugar donde estaban, solo alcancé a ver un grupo de personas rodeándolos. No se veía claro, pues ya era de noche y no había mucha luz. Conforme más me acercaba, me percaté de que se trataba de una pelea. Entonces corrí, gritando hacia ellos y pidiendo ayuda. Yo estaba todavía algo retirada y apenas lograba

distinguir las siluetas. Después de que los agresores huyeron y despejaron el banco, vi los dos cuerpos en el suelo. Sentí que mi corazón se me salía del pecho, pues era justo el lugar donde había quedado con Martín. Al llegar me encontré con lo que tanto temía. Mi hermano yacía en un charco de sangre, casi sin vida, y Borja se convulsionaba a un lado, en el suelo —contaba, con coraje y dolor.

—¿Quién es Borja?

—Borja es…, un amigo de Martín de la universidad.

—¿Ya lo conocías?

—No, no lo conocía. ¡Joder! Ya basta de preguntas absurdas, comisario, y sal ya a la puta calle a encontrar a esos asesinos —gritó con rabia.

Este, al verla tan agitada y fuera de sí, dio por concluido el interrogatorio.

—Está bien por hoy. Puedes marcharte. Revisaremos las cámaras cercanas al lugar. Yo mismo, y mi equipo, realizaremos la investigación pertinente. En cuanto tengamos información relevante, te llamaremos. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para dar con ellos. Te doy mi palabra.

Camila se levantó, apoyando las manos sobre la mesa, mirando de manera firme al comisario.

—Gracias, comisario. Y ahora, si me permite, tengo que ir a recoger de la calle el cuerpo sin vida de mi hermano.

El oficial abrió la puerta, y Camila salió de la sala, secándose las lágrimas de su cara y caminando a pasos acelerados.

Darío, al verla en ese estado, se levantó rápido y acudió a ella.

—¿Qué ha pasado Camila? —preguntó preocupado al verla tan agitada.

—Vámonos, por favor. Salgamos de aquí.

Caminaron juntos por el pasillo de esa comisaría. Darío la sujetaba por los hombros y ella se recostaba en él, mientras se dirigían hasta la salida.

Camila entraba al hospital junto a Darío, donde esperaban recibir los resultados de la autopsia que se le había practicado a su hermano. Tras largas horas de espera durante toda la noche, donde el sufrimiento, la pena y el cansancio se hacían cada vez más presentes, por fin llegaba información tangible, la causa de la muerte de Martín Landa. Por el pasillo frío y solitario aparecía el médico patólogo, de unos treinta y ocho años, con un uniforme verde, una bata blanca y unos *cross* con los que caminaba a paso lento, portando una carpeta y documentos en sus manos.

Por las ventanas del pasillo comenzaba a aparecer una tenue luz azul clara, pues el cielo ya iba dando paso a un nuevo día.

—¿Familiares de Martín Landa? —preguntó el patólogo al llegar frente a Camila y Darío.

Ambos, que estaban medio dormidos, rápido despertaron al escucharlo.

—Sí, sí, soy su hermana.

—Buenos días. Aquí tengo los resultados de la autopsia de su hermano. Lamentablemente murió en el acto, a causa de un traumatismo craneal y cerebral. Intuimos que fue golpeado con fuerza en su rostro, quedando inconsciente, impactando luego con su cabeza, al caer, contra algún objeto duro. Tras romperse las arterias de la duramadre, que revisten el cerebro, muy rápidamente se forma lo que se llama un hematoma epidural en la parte alta de la cáscara del cerebro. Este tipo de hematomas se desarrollan en muy corto tiempo, suelen provocar grandes daños y, en muchos casos, derivan en el fallecimiento. También pudimos observar algunos hematomas en varias partes de su cuerpo, lo que es evidencia de golpes. Lo siento mucho —explicaba el médico patólogo, con una triste expresión.

Camila abrazó a Darío, desconsolada en un mar de lágrimas.

—¿¿¿Por qué??? ¿¿¿Por qué??? Era tan solo un niño. Jamás se metía con nadie ¡¡¡No!!! Esto no puede ser real —clamaba con pesar.

—Tranquila —susurraba Darío conmovido, abrazándola.

—No sé si quieres que nosotros llamemos a sus padres. Sabemos que es muy duro para los familiares dar directamente estas noticias —propuso el patólogo.

—No se preocupe. Ellos no viven aquí, y ya están mayores. Yo me encargaré de decirles.

—Como lo desees. Ahora solo tienes que firmar aquí, y ya se podrán llevar el cuerpo. Si quieren, podemos ayudarlos con la recogida y traslado por medio de nuestra red de colaboradores funerarios. Recogemos y llevamos puntualmente a su difunto a cualquier lugar —informaba el médico, acercándole los documentos.

Camila firmó los documentos para los trámites requeridos. Lo único que quería era llevarse ya el cuerpo de su hermano a Llanes, su ciudad natal.

—Ahora les sugiero que vayan a casa a descansar. Mientras, nosotros prepararemos el cuerpo para su salida, y a lo largo del día, cuando nos indiquen, procederemos al traslado hacia Asturias.

—Gracias —comentó Darío, agarrando a Camila, dirigiéndose al ascensor que los llevaría a la planta baja, donde se encontraba el parking y su coche.

Camila entraba a su departamento desolada. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, su paso era lento y pausado. Darío no se separó de ella ni un segundo, y la ayudó a recostarse en el sofá.

—Te prepararé un té caliente, y algo para que comas —propuso Darío.

—No te preocupes, con el té está bien, no tengo hambre.

Pris se subió al sofá, en busca de los mimos de su dueña, y ésta la acariciaba, abrazándola contra su pecho.

Camila se recomponía en el sillón. Eran ya las nueve de la mañana y sabía que sus padres ya estarían despiertos, así que agarró su teléfono móvil y lo miró por unos largos segundos. Sus ojos volvieron a llorar las últimas lágrimas que le quedaban, adelantándose al dolor que les causaría a sus padres la dura e inesperada noticia. Indecisa, con miedo, angustia y mucha tristeza, buscó en la agenda el contacto de “mamá” y pulsó “llamar”.

—Buenos días, hija. ¿Cómo estás? —contestó su mamá.

A Camila, deshecha ante lo acontecido, no le salían las palabras.

—¿Camila? ¿Estás bien? —preguntó la mamá, al no recibir respuesta.

Entonces comenzó a sollozar.

—Camila, hija, ¿porque lloras? —preguntó entonces la mamá.

—Mamá, ha pasado… algo…

—¿Qué ha pasado, hija? Me estás preocupando.

—Mamá, lo siento mucho… Martín… Martín ha muerto.

11

La tarde ya había caído en su totalidad sobre un despejado cielo. Por los altavoces de la estación de Atocha se anunciaba la salida del último tren del día, con dirección a Asturias.

Camila, con un semblante pálido y decaído, llegaba a las taquillas de la estación de trenes. Darío la acompañaba, cargando una pequeña maleta de viaje para unos días.

Luego de sacar el *ticket* para el tren más próximo a su salida, Darío se lo entregó a Camila, junto con su maleta, justo antes de que esta pasara por los torniquetes en dirección a los andenes.

—¿De verdad que no quieres que te acompañe? —expresó Darío, intranquilo.

—No te preocupes, de verdad. Solo serán unos días. Debo estar con mis padres. Ahora me necesitan más que nunca. Están destrozados —dijo, incapaz de controlar el llanto, y se abrazó a Darío—. Debí haberlo cuidado mejor. Jamás me lo perdonaré. Te juro que quien le hizo esto, lo va a pagar. Te lo juro.

—Camila, por favor, no puedes culparte por algo que no estuvo en tus manos. Fuiste la mejor hermana del mundo, y Martín lo sabía. Tranquila, estoy seguro de que atraparán a esos criminales y los harán pagar por lo que hicieron —aclaró, mirándola a los ojos.

Por los megáfonos de la estación se volvió a anunciar el abordaje del tren, con dirección a Asturias, por el andén dos.

—Creo que ya tienes que subir al tren, o te dejará. No dudes en llamarme para cualquier cosa que necesites.

—Gracias por todo Darío, y no te olvides de cuidar a Pris.

—Tranquila. Estará en buenas manos.

Darío se despedía de Camila con un beso y un fuerte abrazo. Esta cruzó los torniquetes y bajó por las escaleras mecánicas, desapareciendo conforme descendía hacía el andén.

Ya con en el tren en marcha, en dirección a su ciudad natal, Camila contemplaba, a través de las ventanas, la única luz que se veía, una

redonda y brillante luna. A los pocos minutos de ir mirándola, perdida en ella y su resplandor, el sueño se apoderó de su cuerpo y mente, hundiéndola en un sopor que perduró por las más de cinco horas de recorrido que se requerían para llegar al norte de España.

El tren llegó a la estación en una madrugada fría. Cuando los pasajeros comenzaron a descender, Camila seguía inmersa en un sueño profundo.

Un joven trabajador del tren, que al pasar por el vagón se percató de que una de las pasajeras seguía dormida, se acercó y tocó su hombro con suavidad, despertándola.

Camila dio un pequeño salto al salir de su profundo sueño.

—Señorita, llegamos a su destino.

—Gracias —comentó ella, desorientada y aún medio dormida.

Acto seguido, agarró su maleta, bajó del tren, y caminó por el andén hasta la salida, donde sus padres la esperaban abrazados. Sus rostros eran la imagen más profunda del dolor y desconsuelo. Ella, al verlos, no pudo controlar su emoción de pena y soltando la maleta frente a ellos, con sus lágrimas deslizándose sin cesar por sus mejillas, dijo:

—Lo siento —y corriendo se fundió con ellos en un abrazo de insondable tristeza.

En aquella gélida madrugada, bajo un manto de estrellas y luna brillante, unos padres abrazaban a su hija. Solo los sollozos de dolor se hacían presentes en aquella noche muda. Nada de lo que se pudiera decir iba a aliviar de inmediato aquel pesar tan duro que sentían en sus corazones.

Eran las doce del mediodía en la localidad de Llanes. En el cielo, algunas nubes se movían con rapidez, alternado entre las sombras y la luz de sol durante toda esa mañana.

Por la puerta principal del cementerio de Camplengo, entraba el coche fúnebre con los restos de Martín Landa, en dirección a la capilla color crema que había dentro del mismo, donde se realizaría su misa correspondiente. Más tarde se le daría sepultura en uno de los nichos, que ya se había preparado para depositar el ataúd con su cuerpo, y darle descanso eterno.

Atrás del coche caminaban los familiares y amigos más cercanos, acompañando el recorrido hasta la capilla.

Camila, abrazada a sus padres, iba dejando sus huellas sobre ese camino de tierra que recibía indiferente su paso sosegado. Durante un par de días no se separó de ellos. Sabía que ese dolor solo se animizaría, pero jamás se iría dentro de ellos. Martín era su pequeño,

sin duda no entendían la injusticia de arrebatarle la vida a alguien tan bueno, joven y con una larga vida aún por delante.

Camila se despedía de sus padres, luego de una semana intentando alivianar el dolor, en cierta medida, por la pérdida de Martín. Fueron días duros, pero ella tenía que seguir el rumbo de su vida, y también tenía que ayudar en todo lo posible para que se hiciera justicia por la muerte de su hermano.

Un triste *cocktail* de emociones y sentimientos se revivía en aquel lugar y momento, pues ahí mismo, donde decían adiós a Camila, también habían despedido a su hijo Martín tan solo unos meses atrás, cuando fue a visitarlos, sin saber que nunca más volverían a ver su linda sonrisa.

—Tienen que quedarse tranquilos, yo estaré bien. No se preocupen. Les iré informando cómo va la investigación. Les prometo que los responsables pagarán por lo que hicieron.

—Te queremos, hija. Cuídate mucho —dijo su padre, mandándole un beso con su mano.

Camila, justo antes de entrar al vagón, le devolvió el beso de la misma manera. Para animarlos, les dirigió una sonrisa mientras les decía adiós con su mano.

El tren arrancó. Tras los cristales, veía con aflicción a sus padres abrazados en aquel andén.

Conforme el tren atravesaba las montañas verdes del norte de España, Camila se imaginaba a su hermano cuando tomó ese mismo tren, lleno de sueños e ilusión por comerse el mundo en la gran ciudad, por ser un gran fotógrafo, por hacer nuevos amigos, y ¿por qué no?, conocer el amor. Pero todos esos sueños no pudieron hacerse realidad por culpa de personas sin corazón, que se los arrebataron a la corta edad de tan solo dieciocho años.

Cuanto más pensaba Camila, ese dolor se iba transformando en coraje, rabia e impotencia. Intentaba calmar dentro de ella esa culpa constante que sentía, carcomiéndola y nublándole su mente y corazón. Tenía que hacerlo, pues necesitaba estar fuerte para levantar a sus padres de esa pena que sufrían, y para enfrentar su propia vida con lo que seguía de ahora en adelante.

El tren procedente de Asturias entraba a la estación de Atocha por el andén cuatro alrededor de las cinco de la tarde. Camila, con su pequeña maleta de mano, caminaba recordando aquel día, cuando

Martín la esperaba sentado en ese mismo andén, en uno de esos bancos, junto a su maleta y con su cámara de fotos colgada del cuello. Sus ojos con rapidez comenzaron a llenarse de lágrimas, pero las contuvo, miró hacia arriba y respiró profundo, tres veces, controlando así sus lágrimas para que no se deslizaran por su rostro. Unos segundos después siguió caminando.

Conforme se iba acercando a los torniquetes de la salida, ya podía divisar desde lo lejos a Darío, que la esperaba con una sonrisa y emoción. Tras cruzar la salida, se abalanzó hacia él, y se fundieron en un abrazo largo y con muchas ganas de sentirse el uno al otro.

—Ya necesitaba este abrazo —expresaba Camila con los ojos cerrados.

—Te extrañé mucho —anotó Darío, sin levantar sus párpados.

Ambos, tras el largo abrazo, se separaron unos pocos centímetros, se miraron a los ojos y las ganas de besarse se hicieron más que presentes.

Entraban al departamento donde ahora no solo era Pris quien los recibía, pues junto a ella una perrita peluda, de color blanco, ladraba de felicidad al verlos entrar.

—Hola, mi princesa. ¡Cómo te extrañé! —expresó Camila, cargando a Pris en sus brazos—. ¿Y este nuevo inquilino? —preguntó al ver a la perrita.

—Te presento a Moca. Fue la perrita que me siguió aquella noche en el parque hasta mi coche. Intenté conseguirle un hogar, pero al final me encariñé de ella. Con Pris se llevó muy bien desde el primer día. Aquella noche que la rescaté de la calle, pensé que era de color marrón, pero al darle un baño se convirtió en esta hermosa perrita blanca. De ahí su nombre de Moca, por su color cuando la encontré —explicaba Darío con una sonrisa.

—Pues bienvenida a la familia, Moca —dijo, acariciándola mientras esta movía feliz su cola.

—Prepararé un café —sugirió Darío.

—Sí, necesito uno, o me dormiré en breve. Me daré una ducha antes —comentaba Camila, llevando su maleta a su habitación, mientras Darío preparaba unos cafés.

Luego de treinta minutos, Camila salía de su habitación, con el pelo aún húmedo y vistiendo ropa cómoda.

Moca y Pris jugaban corriendo uno tras otro por toda la casa. Darío y Camila sentados en el sofá disfrutaban de un café caliente.

Solo una pequeña lámpara iluminaba la sala con una luz cálida y acogedora. De fondo, una suave melodía de música ambiental sonaba

por un pequeño altavoz.

Con la mirada perdida, Camila observaba un portarretrato que había en una estantería pegada a la pared, donde aparecían ella y Martín en Madrid, durante los primeros días de su llegada.

Darío la observaba guardando silencio.

—No puedo creer que ya no está. La casa se siente vacía sin su presencia. Ya me había acostumbrado a convivir con él, después de tantos años de vivir alejados —se decía a sí misma, sin apartar su mirada de la imagen.

—Tranquila, poco a poco te irás adaptando a esta nueva vida sin él. Todo tiene un proceso y un duelo por el que se tiene que atravesar. Ánimo, yo sé que puedes con esto. —susurró Darío, acariciando su pierna.

Camila no paraba de hacer "turismo de memoria", revivía recuerdos tras los que constantemente pronunciaba un "¿por qué?". Sin poder evitarlo, se le hacía un nudo en la garganta, uno que se instalaba firme y difícil de remover.

—Tengo que sacar fuerzas de donde sea, pues ahora las necesito más que nunca —se decía a sí misma, fríamente, como respuesta a esa tristeza que la abrazaba por completo. ¿Sabes?, muchos problemas no son problemas. Lo peor ya pasó, el resto son situaciones —reflexionaba.

Poco a poco iba aprendiendo que la tristeza es una emoción, y que es parte inevitable de la vida.

—¿Y qué tal todo por la Redacción? —preguntó a Darío.

—Pues de momento Zoe está llevando tu cargo, como era de esperar. Y Mauro no viene desde que tú te marchaste.

—¿Y eso? ¿Paso algo? —preguntó extrañada.

—Al parecer, tiene a un familiar ingresado en el hospital. Solo Zoe tiene contacto con él. Ella es quién nos proporciona la poca información que tenemos. ¿Tú cuándo piensas incorporarte de nuevo?

—De momento me tomaré un par de semanas. Tengo que solucionar algunos asuntos y creo que me tendrán ocupada bastante tiempo.

—No te preocupes. Zoe estará encantada de que te tomes todo el tiempo que necesites.

—Está bien que pruebe esa posición. Así descubrirá por ella misma que no es tan fácil llevar la dirección editorial de una revista.

—No te preocupes. Nadie en esa Redacción podría llevar esa posición mejor que tú. ¿Qué te parece si pedimos para cenar sushi, de tu restaurante japonés favorito, y vemos una peli? —propuso Darío, entusiasmado y cambiando de tema.

Darío era su gran apoyo en esa etapa tan dura y dolorosa que Camila tendría que atravesar.

Ese lunes amaneció más fresco de lo habitual, pues el cielo, completamente cerrado y gris, soplaba con una brisa fresca, inusual en esa época del año.

Camila aparcó en las proximidades del Hospital 12 de octubre, ubicado en el sur de la ciudad. Bajó del coche, con una caja de chocolates en la mano. Vestía unos pantalones vaqueros y un suéter color mostaza de entretiempo, lo que combinado con unas botas planas marrones le daba un *look* mucho más relajado del que solía llevar en sus semanas laborales. Se paró unos segundos frente a la gigantesca fachada de ladrillo rojo, que era lo que más destacaba de dicho hospital. Inhaló y exhaló una buena bocanada de aire, y caminando cruzó la entrada principal, dirigiéndose a la recepción ubicada al lado izquierdo de la sala.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, señorita. ¿En qué podemos ayudarla? —preguntó una de las enfermeras que había tras una barra de mármol, muy amable.

Camila tomó nota de que se trataba de una señora de unos cuarenta y cinco años, con el pelo corto de color rubio mal teñido, unas lentes colgadas del cuello, y maquillada como una puerta. Vestía un uniforme blanco, en cuya parte superior del bolsillo tenía bordado su nombre, Rosa Galván.

—Vengo a visitar a un joven que ingresó hace como siete días en este hospital, luego del altercado que hubo en el Parque del Sur, donde murió otro chico. Yo pasaba por allí y pude presenciarlo. Me quedé preocupada de su recuperación, y quería traerle un regalo. Su nombre es Borja —explicaba, mostrando la caja de chocolates.

—Sí, claro… ¡Cómo olvidar esa triste noticia! ¿Adónde vamos a parar con esta delincuencia? Mira que yo soy de toda la vida de aquí, y jamás antes se había escuchado nada sobre esas bandas callejeras. Pobre de la familia de ese joven, mira que morir así, con toda una vida por delante. Yo tengo tres hijos, y les he dicho que se anden con cuidado, que si ven alguna vez a esa gentuza huyan de ahí. Esa gente está loca. Seguro se drogan. Si es que está el mundo perdido… La vida está cada día peor…

—Señora, ¿me puedes indicar cuál es el número de habitación, por favor? Tengo algo de prisa —intervino Camila, cortando el monólogo interminable de la enfermera.

—Oh, sí, claro. Disculpa.

La enfermera se colocó las gafas que colgaban de su cuello y comenzó a revisar los nombres de los pacientes, y sus respectivas

habitaciones, en la pantalla de un ordenador.

—Aquí está, Borja Almeida. Piso 4, habitación 416.

—Muchas gracias, Rosa.

Camila avanzó a paso ligero hasta los ascensores, entró en el primero que abrió sus puertas, y pulsó el botón número 4. Cuando el ascensor llegó al cuarto piso, salió del mismo y caminó por el pasillo, buscando la habitación correspondiente.

Enfermeros y médicos caminaban con bastante tranquilidad, entrando y saliendo de las diferentes habitaciones. Un carro de limpieza estaba estacionado frente a la puerta marcada con el número 416. Camila disimulaba con su móvil, esperando que la mujer que limpiaba la habitación, terminara y saliera de ella.

—¿Le puedo ayudar en algo señorita? —le preguntó una enfermera que pasó a un lado.

—No te preocupes, vine a visitar a un familiar, muchas gracias —contestó Camila con una grata sonrisa.

La enfermera se alejó.

La señora de la limpieza, que en ese momento salía de la habitación, vaciaba la basura que había recolectado en una gran bolsa que colgaba del carro. Acto seguido lo empujó y caminó con él, por el pasillo.

Ya despejada la habitación, Camila entró sin reparo. Conforme caminaba vio, primero, una cama vacía, del lado izquierdo. Pegada a ella había una cortina que dividía el espacio con una segunda cama. Dio un par de pasos más y comenzó a ver, en esa segunda cama, un cuerpo tapado con una sábana.

De frente había un gran ventanal. Desde allí se podía ver el jardín del hospital y parte del parking. En la parte inferior del marco de la ventana había un jarrón con unos tulipanes amarillos frescos, un par de botellas de agua, y unos libros apilados.

Camila se colocó frente a la cama, observando a Borja, que estaba dormido. En su rostro destacaban varias heridas y prominentes moretones, en especial uno en su ojo derecho.

Como si hubiera sentido la presencia de alguien, Borja abrió sus ojos, con lentitud, encontrándose frente a una mujer que no se le hacía familiar. Cuando sus ojos se acostumbraron y pudo ver mejor, observó a Camila detenidamente, sin decir ni una palabra.

—Hola, Borja. ¿Cómo te encuentras? —comentaba con un hilo de voz

—Hola. ¿Tú quién eres? ¿Y, qué estás haciendo aquí? —preguntó nervioso y desconcertado.

—Tranquilo. Tú no me conoces, pero yo a ti, sí. No quiero molestarte, pero necesito hacerte unas preguntas.

—No voy a contestar ninguna pregunta, y menos a alguien que no

conozco. ¿Dónde está mi padre? —preguntó inquieto.

—No sé. Cuando entré no había nadie en la habitación.

—¡Vete!, o llamaré a las enfermeras. Fuera de aquí —gritó, intentando pulsar el botón de urgencia para llamar a las enfermeras.

—¡Espera!, soy Camila, la hermana de Martín.

Borja se quedó paralizado, sin alcanzar a pulsar el botón.

—Solo quiero saber qué pasó realmente la noche de la agresión en el Parque del Sur.

Borja la miraba casi sin parpadear, recordando lo que ocurrió aquella noche.

—Martín, ¿cómo está? —preguntó con una bocanada de aire que salió desde su pecho.

Camila lo miraba sin poder articular palabras. De sus ojos dos largas lágrimas comenzaron a resbalar por sus pálidas mejillas.

—Martín murió aquella noche —logró al fin susurrar.

Borja no se pudo controlar. Los sollozos salían de sus labios con una respiración entrecortada, al tiempo que sus ojos se inundaban con dolorosas lágrimas.

—No, no es cierto. Me estas mintiendo —voceó.

—Borja, por favor. Necesito que intentes recordar qué pasó, y quiénes fueron los que te hicieron esto.

—No recuerdo bien. No sé qué pasó. Todo ocurrió muy rápido. No sé, no se… —comenzó a gritar, acelerándosele su respiración.

—Cálmate, Borja. Necesitamos tu ayuda para reconocer y atrapar a los agresores.

—No recuerdo, no recuerdo… Fuera de aquí, fuera…. Vete…. —decía, alterado y fuera de sí.

En ese instante, entraba por la puerta un hombre de alrededor de unos cincuenta y cinco años a toda prisa, alterado por los gritos de Borja.

—Borja, hijo, ¿qué ocurre? —gritó, con tono de preocupación.

Camila, al verlo, no podía creer a quien tenía frente a ella.

—¡Camila! —dijo perplejo al verla.

—¡Mauro! —replicó ella al ver a su jefe.

Ambos se quedaron atónitos al encontrarse en esa habitación. Mauro estaba desconcertado, sin saber qué hacía Camila en la habitación de su hijo. Camila estaba asombrada, al darse cuenta de que Mauro era el padre de Borja.

—Que se vaya, papá. Sácala de aquí… ¡Vete! —gritaba Borja, fuera de sí.

—Fuera de aquí, Camila. Deja de molestar a mi hijo.

Alterada por los gritos de Borja, una de las enfermeras entraba a toda prisa a la habitación.

—Por favor, Borja. Tienes que recordar quiénes fueron, por favor…

Tienes que ayudarme…—suplicaba Camila.

—Fuera de aquí, te he dicho, Camila, o llamo a seguridad.

—Señorita, lo mejor es que salga de aquí —comentaba la enfermera, tomándola con firmeza del brazo.

—Está bien, está bien. Me voy. Suéltame, por favor —concluyó, zafándose de la mano de la enfermera y saliendo de la habitación.

Borja seguía gritando, en un estado de elevada ansiedad. La enfermera y su padre intentaban calmarlo.

—Tranquilo, hijo. Ya está. Ya se fue. No tienes de qué preocuparte. Todo va a estar bien— comentaba Mauro, abrazándolo y notando que poco a poco se iba relajando.

Camila lloraba de impotencia por los pasillos de aquel hospital. Decidió bajar los cuatro pisos por las escaleras, hasta llegar a la recepción. Salió por la puerta principal, y cruzó el parking hasta llegar a su coche.

Dentro, golpeó el volante varias veces, al mismo tiempo que dejaba escapar estrepitosos gritos de rabia, coraje y desesperación.

12

Las semanas pasaron, y Camila aún no se incorporaba a su puesto de trabajo en la Redacción. Intentaba buscar pistas sobre la banda Martillo Blanco, pues pensaba que investigando sobre sus movimientos, podría descubrir algún indicio que la guiara hacia los que asesinaron a sangre fría a su hermano.

La noche era muda. Solo el viento, que se colaba por las delgadas rendijas de los cristales del salón, interrumpía el silencio sepulcral que reinaba a las dos de la madrugada.

Camila se encontraba semitumbada en el sofá. Tapada con una manta hasta la cintura y con el portátil sobre sus rodillas, navegaba por internet buscando información sobre las actividades de las bandas callejeras que pudiera contrastar y comparar.

Una pequeña lámpara, ubicada sobre una mesita auxiliar cerca del reposabrazos del sofá, era la única fuente de luz, brindando un relajado fulgor de tono cálido.

Pris dormía sobre el sofá, al otro extremo, cerca de los pies de Camila.

Moca descansaba en su acolchada y pequeña cama, cerca de la mesa auxiliar, pues por su pequeño tamaño se le complicaba trepar al sofá por si sola.

El rápido sonido que Camila producía con las teclas al escribir retumbaba en el sigilo de la noche.

En el buscador escribió: "Lugares frecuentados por bandas callejeras en Madrid". A gran velocidad se desplegaban en la pantalla varios reportajes acerca de los lugares con más actividad de las distintas bandas de la ciudad. Escogió uno al azar, y picó en el enlace para abrir el artículo, que decía:

Desde la policía municipal alertan de un repunte del fenómeno de las bandas callejeras en la comunidad de Madrid

Una actividad criminal de la que forman parte alrededor de 1.200 jóvenes de toda la región, con el grupo Martillo Blanco

encabezando la lista. La situación provocó la activación de un plan especial por parte del Ayuntamiento de Madrid, por el cual los agentes locales están llevando a cabo "cacheos" y seguimientos a todos aquellos sospechosos de pertenecer a alguna de estas bandas. Del mismo modo, agentes de paisano frecuentan las zonas cercanas de sus puntos de reunión, en especial El parque del sur, La plaza villa Rey, los alrededores del estadio Santiago Bernabéu, y las explanadas de las vías del tren abandonadas en la localidad de El pozo. Estos son lugares elegidos por estas agrupaciones para ejemplificar su dominio en un determinado distrito o barrio.

Se les recomienda a los ciudadanos evitar estas zonas, por su seguridad.

Camila, sin despegar la mirada de su pantalla, anotaba en un pequeño cuaderno los datos que consideraba importantes de cada uno de los reportajes que leía. No quería indagar en las noticias sobre la muerte de Martín. Tras el suceso, intentó evadir cualquier nota de prensa o escrito sobre lo sucedido. Pero para ir atando cabos con lo que estaba leyendo, necesitaba saber cómo iba la investigación sobre la muerte de su hermano. Así que volvió a escribir en el buscador: "*Muerte de un joven a manos de una banda callejera en el Parque del Sur*".

La primera nota que se desplegaba en la pantalla mostraba el siguiente texto:

Pocos datos y muchas incógnitas en la muerte de Martín Landa, el joven asesinado por una agresión homofóbica en el Parque del Sur a manos de una banda callejera

Martín Landa, de tan solo 18 años de edad, fue víctima de una cruel paliza sobre las ocho y media de la tarde del viernes, agresión que culminó en su deceso. El incidente tuvo lugar en el Parque del Sur de la comunidad de Madrid, donde se encontraba con otro chico de su misma edad, que también fue agredido. Dicho joven, que corrió con la suerte de llegar al hospital con vida, está recuperándose de las lesiones ocasionadas de la brutal golpiza.

Según la descripción de algunos testigos sobre la vestimenta de los agresores, se cree que podrían pertenecer a la banda "Martillo Blanco". Dichos sujetos propinaron patadas y puñetazos, hiriendo de gravedad al chico sobreviviente, y acabando con la vida de Martín Landa, luego de un contundente golpe en la

cabeza. A pesar de que los servicios sanitarios intentaron reanimarlo, no lograron salvarle la vida y fue declarado muerto en el lugar.

De momento, la investigación está abierta. La policía busca alguna pista o indicio que lleve a las autoridades a la detención de los agresores.

Un testigo ocular en el lugar de los hechos relataba que mientras los agresores golpeaban a los jóvenes, no dejaban de llamarlos "maricones", lo que lleva a la conclusión de que el motivo de la agresión podría tener motivos homofóbicos…

Camila no pudo seguir leyendo. Cerró de un golpe la pantalla del portátil. El coraje, la impotencia y el dolor se apoderaban de ella, obligándola a derramar nuevas lágrimas. Dejó el portátil en la mesa auxiliar, cerca de la lámpara, la cual apagó. El cansancio acumulado a las altas horas de la madrugada, se fueron apoderando de ella, lanzándola a un profundo y necesitado sueño.

Eran alrededor de las 10:30 de la mañana cuando el olor a café, el ruido de unas rebanadas de pan saltando de la tostadora, y la claridad de una despejada mañana de sábado, despertaron a Camila. Abría sus ojos desconcertada, quejándose de un sutil dolor de cuello, luego de quedarse dormida en el sofá en mala postura, la pasada noche.

—¡Buenos días, bella durmiente! —dijo Darío, mientras colocaba unas tazas sobre la mesa.

—Buenos días. ¿Desde qué hora estás aquí? —balbuceaba ella, mientras se levantaba del sofá.

Aún medio dormida, se acercó a Darío y le dio un beso.

—Llegué desde temprano. Saqué a pasear a Moca y preparé el desayuno. Ven y siéntate, que ya está todo listo.

—Gracias, Darío.

Ambos se sentaron, uno frente al otro, y degustaron del desayuno.

—Estaba preocupado, Camila. Ayer, saliendo de la Redacción, te marqué, pero no tuve respuesta. Supuse que querías estar sola, y no quise insistir.

—Gracias por entenderme.

—¿Cómo te fue con Borja? ¿Te pudo dar algo de información?

—Nada, no fue tan fácil poder hablar con él.

—Supongo que no debe de estar pasando por un buen momento, después de lo ocurrido. Piensa en que tan solo tiene dieciocho años. Es

posible que cuando asimile todo lo ocurrido, pueda recordar con más claridad. Quizás a través de sus padres se pueda conseguir algo de información.

—Creo que ahí vamos a tener un problema.

—¿Pudiste hablar con ellos?

—Con su padre, y el encuentro no fue del más acogedor.

—Creo que tampoco lo han de estar pasando bien en estos momentos. También necesitarán tiempo para asimilar todo lo sucedido.

—Darío…, Mauro Almeida es el padre de Borja —dijo Camila de repente, contundente.

—¿Qué? ¿Mauro Almeida? ¿El Jefe de Redacción de *Mood Magazine*? —preguntó Darío perplejo, soltando el tenedor sobre el plato.

—El mismo.

—No puedo creerlo. Claro, su hijo estaba en el hospital, por eso su ausencia en la Redacción. Pero jamás pensé que…

—Y te aseguro que mi presencia en el hospital no fue de su agrado.

—Me figuro que serías la última persona que esperaba ver allí.

—Yo no pude obtener nada, pero cuando Borja salga del hospital, tendrá que dar su declaración en comisaría. Esperemos que Sánchez pueda conseguir alguna pista para le investigación.

—Su declaración será primordial. Estoy seguro de que obtendremos pistas que lleven a la detención de los agresores.

—No descansaré hasta hacer justicia por la muerte de Martín, me cueste lo que me cueste. Se lo debo a él y a mis padres.

—Todo saldrá bien. Esos delincuentes pagarán por lo que hicieron.

Camila se levantaba de la mesa, y ayudaba a Darío a recoger la vajilla tras el desayuno.

—Creo que necesito una ducha —comentó.

—¿Pues qué crees? Yo también necesito una —replicaba Darío, agarrándola de la cintura y dándole un inesperado beso.

Ambos caminaron por el apartamento, despojándose de la ropa entre besos y caricias hasta llegar al baño.

Camila abría el grifo del agua caliente, y mientras la habitación se llenaba de vapor, entraban a la ducha dando inicio a un episodio más de sus fantasías. Darío tomaba sus muslos levantándola en peso. Camila se agarraba de su cuello, y echaba la cabeza hacia atrás, para sentir el agua cayendo en su rostro al son del vaivén de sus cuerpos desnudos. Dichos cuerpos fríos, ignoraban la cascada de agua caliente que intentaba separar sus besos, sin lograrlo. Darío recorría su cuerpo con caricias a un ritmo lento, reconociendo cada centímetro de su esplendor. En sus piernas y brazos se marcaban sus venas, que se dilataban sin cesar, soportando su peso cuando el movimiento de

caderas de Camila se aceleraba, con sus piernas colgando en el aire. Entre tantos besos, su boca bajaba desde sus labios a sus pechos, recorriéndolos con su lengua húmeda y sedienta. El miembro de Darío se erguía en todo su tamaño y dureza, ansioso de unirse con el cuerpo de Camila.

A contraluz de la mampara, ambas siluetas, desnudas, sutiles y danzarinas, en líquido se dibujaban. Agua y pasión se confundían en los labios, que se volvían a juntar plenos de besos ansiosos, degustándose. Creciendo la ansiedad en sus carnes, cual ríos bajo la lluvia, Camila apoyaba una de sus piernas en el suelo, dejando la otra en el aire sujetada por Darío, que comenzaba a rozar su fuego ardiente y duro, punzando con ansias en sus adentros en un goce sin premura. Genésico continuaba el sonido en la ducha. Sus cuerpos adheridos se contemplaban con furia, haciendo que su virilidad estallara en lo más profundo de su ser, con la melodía de suaves jadeos y constantes gemidos de explosión. Llegaron así al final, al más puro disfrute de dos cuerpos unidos, sofocados por el sortilegio de un infarto de placer, en un orgasmo absoluto y eterno.

Ambos, mojados y calientes, quedaron así, agitados y congelados a un tiempo, al son de una respiración prolongada de disfrute, cansancio y éxtasis.

Las semanas pasaron, y aún no tenían pistas contundentes que los llevaran a la identificación de los asesinos.

Esa mañana, Borja daba su declaración en las instalaciones policiales de la comisaría del Sur de la comunidad de Madrid.

Camila llegaba, junto con Darío, a la espera de conocer la declaración. Deseaba encontrar detalles que detonaran pistas, y así poder avanzar en su investigación.

La puerta de la sala se abría, y por ella salía Borja, escoltado por su padre, que lo acompañó durante toda la sesión.

Camila y Darío esperaban de pie, nerviosos. Sin pensarlo, Camila se acercó a Borja, a la espera de saber algo. Mauro, al verla acercarse, agarró a su hijo del brazo, apartándolo y cubriéndolo tras él.

—Borja, ¿pudiste recordar algo? —preguntó Camila, hambrienta de información.

—Papá… papá… —gritaba, escondiéndose tras su padre y cubriéndose los oídos.

—¡Aléjate de mi hijo! —dijo con mirada retadora.

—Borja, por favor, tienes que ayudarme. Eres el único que nos puede dar alguna pista. Te lo suplico, hazlo por Martín —suplicaba con desesperación.

Borja miraba fijamente a Camila, sin balbucear ni la más mínima palabra, pero con sus ojos cargados de lágrimas.

—¡Te lo advierto, no te vuelvas acercar a nosotros!

—Mi hermano era alguien especial para tu hijo, Mauro. No puedes hacer como si no hubiera ocurrido nada.

—No digas tonterías. Era un simple compañero de universidad sin más. Siento mucho lo de tu hermano, pero no metas a mi hijo en esto, Camila. Aléjate de él o tendré que tomar medidas legales —advirtió amenazante.

De repente, desde el otro extremo del pasillo, una mujer se hacía presente. El sonido de sus tacones golpeando el suelo hizo que todos se volvieran a mirarla.

—¡Mauro! —intervino Zoe.

—¡Zoe! —exclamó Darío.

—Vaya, cuántas caras conocidas, ¿no? ¿Qué pensaban, que no sabía de vuestro romance? —anotó Mauro con una sutil sonrisa burlona.

—Al parecer no es el único romance de la Redacción —añadió Darío.

—Me temo que sí, porque ambos están despedidos de *Mood Magazine.*

—Pero no puedes hacer eso —replicó Darío.

—Ah, ¿no? Pobre perroflauta —concluyó, en tono provocador, y continuó caminando por el pasillo junto a su hijo.

—Usted a mí no me llama… —se abalanzó hacia él, pero Camila lo detuvo con brusquedad.

—¡No, Darío! No merece la pena —sugirió.

Mauro, Borja y Zoe desaparecían del pasillo de aquella comisaría.

Camila, con paso acelerado y un semblante exaltado, se dirigió a la sala de interrogatorios, donde aún se encontraban el comisario Sánchez y el médico psicólogo que acompañó a Borja durante la sesión. Se colocó de pie, frente a él, golpeando con las palmas de sus manos la mesa metálica.

—No pudo sacarle nada, ¿no? Ni la más mínima pista que nos ayude con la investigación —dijo alterada, en un tono elevado.

—Tranquilícese, Camila —respondió Sánchez, molesto.

—¿Cómo dijo? ¿Tranquilizarme? ¿Cómo quiere que me tranquilice sabiendo que el asesino de mi hermano está ahí fuera, tomándose una puta cerveza en una terraza, después de haberle rebatado la vida a un ser humano de tan solo dieciocho años con toda una vida por delante? ¡No, comisario, no puedo tranquilizarme, y menos viendo que ustedes no hacen nada para atrapar a esos asesinos! — explicaba, con su mirada clavada en la suya.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos. Ese chico

está asustado, todavía se encuentra en shock. No podemos presionar a alguien en su estado, y menos tan joven. ¿Sabes el trauma que podríamos ocasionar?

El psicólogo observaba con atención el alterado estado en el que se encontraba Camila.

—Además, no sabes a ciencia a cierta qué ocurrió, ni si el chico pueda recordar algo con claridad —explicaba Sánchez, intentando calmarla—. Le presento al doctor Leiva, el médico psicólogo que trata en este momento el estado de Borja.

—Mucho gusto, doctor —respondió Camila, con el mismo tono molesto—. Entonces, usted me podrá explicar por qué el chico no suelta ni una palabra.

—Por supuesto, señorita. Se trata de una amnesia disociativa, que es originada por un acontecimiento traumático o estresante. Produce una incapacidad para recordar información personal importante —exponía el doctor Leiva, sereno.

—¿Y eso cuánto puede durar?

—Es una buena pregunta. Podrían pasar días o incluso años. Depende de cada individuo. A veces es más fácil cambiar la personalidad que hurgar en nuestro pasado.

—Bueno, ¿y qué se puede hacer? —preguntó Camila, intentando comprender.

—De momento, solo apoyo psicológico y paciencia, señorita —concluyó el doctor.

Camila, no quedando convencida en lo absoluto con la explicación del psicólogo, siguió dirigiéndose al comisario Sánchez.

—¿Y ya? Si el niño no habla… ¿nos quedamos con las manos cruzadas, señor comisario?

—Estamos trabajando en la investigación. Hemos revisado las cámaras más cercanas al lugar de los hechos, pero no se alcanza a ver nada con claridad. Era de noche, y esa zona estaba rodeada de árboles y la iluminación era pobre. Lo que sí se puede apreciar es que eran cuatro sujetos los que agredieron a los dos jóvenes. Aparecen muy juntos y no se aprecia con certeza quién de los cuatro, o si es que eran todos juntos, fue el que golpeó a tu hermano. También sabemos, si es que son de verdad integrantes de Martillo Blanco, que suelen frecuentar el Parque del Sur y la plaza Villa Rey —revelaba Sánchez.

—Ok, pues ya tiene algo. ¿A qué esperan? Salgan a las calles a buscarlos. ¡Joder, comisario! ¡Hagan algo de una puta vez, que no sea solo ver unas grabaciones en comisaría! —clamaba Camila, cada vez más alterada.

—No podemos llegar a un parque y detener así sin más a alguien, por el simple hecho de que pudiera pertenecer, o incluso si pertenece a una banda. Necesitamos pistas o descripciones físicas más específicas

de los que participaron en la agresión.

—¡No, comisario! En la agresión no, en el asesinato de Martín Landa. No confundas los hechos. ¿Quieres pistas y descripciones? Pues las vas a tener —concluía Camila, girándose y saliendo de la habitación.

El comisario Sánchez se quedó en silencio sin poder darle réplica.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Darío, al verla salir de la sala de interrogatorios con un semblante tan airado.

—¡Vámonos! ¿Quieren pruebas? Las van a tener —comentó, mientras caminaba por el pasillo a paso acelerado.

—Camila, por favor, tranquilízate. ¿En qué estás pensando? —preguntó nervioso y caminó tras ella intentando alcanzarla.

13

El atardecer caía sobre las 8:30 de la tarde, perdiéndose tras los altos pinos del Parque del Sur. Los días ya eran más largos, y con ello, se empezaba a notar más el calor de una primavera que se despedía, dando paso a un verano que ya estaba a la vuelta de la esquina. Con el buen tiempo, el parque comenzaba a ser más frecuentado por grupos de jóvenes que bebían cerveza y compartían uno que otro cigarro de marihuana. También era común ver a los vecinos del barrio paseando a sus perros. Y por el mismo motivo, el buen clima, comenzaron a hacerse presentes algunos integrantes de la banda Martillo Blanco.

Un Volkswagen Tiguan color blanco se acercaba sigiloso por los alrededores del parque. En su interior Camila tomaba un cappuccino en un vaso desechable, comprado minutos antes en una famosa franquicia de cafés. Llevaba una gorra que ocultaba parte de su rostro, pero no le impedía la visión.

Daba vueltas a bordo del coche, intentando diferenciar las distintas agrupaciones de personas que había en las diferentes zonas del parque. Concentrada y muy atenta a todos los transeúntes, buscaba similitudes, lista para obtener pistas que la llevaran a identificar a los miembros de la banda Martillo Blanco.

Cerca del banco donde su hermano perdió la vida a manos de esa banda, detectó un grupo de seis personas muy similares en sus vestimentas, *bombers* negras, botas, cadenas… Todos llevaban la cabeza rapada. Uno destacaba por estar jugando con un bate de béisbol, lanzando golpes al aire. Entre ellos había un par de mujeres que, entre risas y burlas, fumaban y bebían litros de cerveza.

Camila detectó la insignia que los caracterizaba como la banda Martillo Blanco, un pañuelo blanco anudado a sus muñecas. Estaba, sin duda, frente a integrantes de la banda que buscaba, pero no sabía si alguno de ellos estuvo involucrado el día del asesinato. Agarró su móvil, amplió el zoom, y comenzó a grabar y fotografiar sus movimientos, intentando conocer más de su naturaleza, de sus actitudes y apariencia.

En ese instante escuchó un brusco golpe en el cristal de la ventanilla. El susto hizo que dejara caer el móvil entre la puerta y el

asiento.

—¡Hey, pija! —gritó La Barbie desde afuera, golpeando el cristal.

Camila bajó un poco la ventanilla, con el corazón en la boca y sus pulsaciones a mil por hora.

—Hola —balbuceó.

—¿Eres detective o qué? —preguntó, con ojos saltones.

—No, no… Solo estoy buscando… —musitó nerviosa, sin saber qué decir.

—Un poco de marihuana, ¿verdad? Si es que las pijas luego sois las más viciosas —anotó, con una pícara sonrisa.

—Sí, así es… Busco un poco de hierba para poder relajarme. Ya sabes… el trabajo…

—¿Qué trabajo? Si seguro eres una niña de papá.

Camila sonreía nerviosa, intentando darle la razón a todos sus comentarios.

—Bueno, pija, ¿tienes fuego? —preguntó, mostrándole un cigarro que llevaba entre sus dedos.

—No, no fumo, lo siento —dijo nerviosa, negando con su cabeza.

—¿Cómo que no fumas? ¿No que estabas por aquí buscando algo de hierba? ¿No me estarás engañando, pija? —replicó, clavándole una mirada fija y retadora.

—Sí, sí, claro… Pero no fumo tabaco, solo marihuana. Y dentro del coche no suelo fumar, por el olor y así, luego se apesta todo —admitió inquieta.

—Ok. ¿Sabes?, detesto a las pijas, pero tú me has caído bien. ¿Ves aquella gorda que anda paseando al bóxer? Con ella puedes conseguir hierba. Dile que vas de parte de La Barbie. Te tratará bien.

—Gracias —dijo, respirando más tranquila.

La Barbie ya se estaba yendo cuando Camila la paró de un grito.

—¡Hey, espera! Lo olvidaba. El coche tiene mechero integrado —dijo, presionándolo en el tablero para que se calentara, y luego ofreciéndoselo para que encendiera su cigarro.

—Gracias, pija —concluyó con una sospechosa mirada, encendió su cigarro y continuó su camino hacia el parque.

Camila subió el cristal de su ventanilla y observó cómo La Barbie llegaba al grupo de la banda Martillo Blanco. De repente La Barbie señaló hacia su coche y todos los integrantes giraron para mirar. Camila, sin pensarlo, bajó su mirada, arrancó y salió de las inmediaciones del parque.

El teléfono de la casa de Mauro Almeida sonaba sin cesar.

—¿No escuchas el teléfono, Borja? —preguntó Mauro a su hijo, que

estaba leyendo un libro con la música a todo volumen, a través de unos auriculares.

—¿Qué dices papá? ¿Me hablabas? —respondió Borja, destapándose un oído.

—Que el teléfono no para de sonar. Está bien, yo contesto, no te preocupes.

—Perdón papá. Es que no escuché nada —añadió Borja, que continúo leyendo y escuchando música.

—Hola, ¿quién habla? —preguntó Mauro luego de descolgar el teléfono.

—Hola, ¿señor Almeida? Soy el comisario Sánchez. Pudimos obtener imágenes de las cámaras de seguridad ubicadas alrededor del parque donde sucedió la agresión. Por desgracia, debido a la poca iluminación y lejanía no se ven con nitidez. Espero que Borja ya esté más tranquilo. Nos gustaría mostrarle las fotos. Tal vez, al verlas, pudiera recordar algo con más claridad de aquella noche —explicaba Sánchez del otro lado del teléfono.

—Gracias, comisario, pero mi hijo ya hizo su declaración, y es lo único que recuerda de aquella noche. Le pido, por favor, que no lo moleste más. Él está recibiendo un tratamiento psicológico, y no debe salirse de las directrices que indique su psicólogo.

—Entiendo, y no quiero causar ninguna molestia al muchacho, pero será algo rápido. Quizás nos dé alguna pista, o algo que nos ayude a seguir con la investigación, para así poder dar con esos delincuentes.

—Creo que no me ha entendido, comisario. No habrá más declaraciones por parte de mi hijo. El caso está cerrado para él. Haga como si Borja nunca hubiera estado allí aquella noche. Él necesita olvidar lo ocurrido y seguir con su vida normal. Siento mucho lo que le ocurrió al otro chico, pero su relación con mi hijo era casi nula, no más que un simple compañero de clase, y no quiero que se le relacione con aquel altercado. Que tenga buen día, comisario, y por favor, no vuelva a llamar a esta casa —concluyó exaltado, colgando el teléfono.

Borja, al ver su reacción, se quitó los auriculares.

—¿Todo bien, papá? ¿Quién era? —preguntó preocupado.

—Otra vez el tal comisario. Dice que tiene unas fotos de las cámaras cercanas al parque, y quiere que vayas a ver, por si reconocieras algo al verlas.

—Está bien, papá. Por mí no hay problema. Tal vez al verlas pueda recordar, y aportar algo para la investigación. No me gustaría que la muerte de Martín quedara impune —expresó.

—Ya he dicho que no harás ninguna declaración más. Hazte la idea de que no estuviste allí aquella noche, y menos de que conocías a ese chico —replicó irritado.

—Pero papá, no podemos pasar por alto lo que ocurrió. Una persona perdió la vida. Podría haber sido yo. ¿Puedes imaginar el dolor que esa familia está sufriendo, sabiendo que quién lo asesinó está ahí fuera como si nada? —reflexionó molesto.

—¿Quieres estar en todos los periódicos cómo el novio justiciero? ¿Eso es lo que quieres? "Borja Almeida, el hijo del dueño de la revista *Mood Magazine,* busca hacer venganza a los asesinos de su noviecito". Vamos, Borja. Hay una nombradía que cuidar —expresaba alterado.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? Eres un egoísta. Solo piensas en ti y tu maldita revista.

—Solo intento protegerte, ¿no te das cuenta? Esos pandilleros están ahí afuera. Podrían tratar de hacerte algo malo si se enteran de que estás colaborando para su detención.

—Pues es necesario. Esos delincuentes podrían seguir haciéndole daño a personas inocentes, como ocurrió con Martín y conmigo.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre. De pensar que tenías algo más que una amistad con ese chico, se me retuerce el estómago —dijo con desprecio.

—¡Pues tendrás que acostumbrarte, porque así soy, lo aceptes o no! ¡Ojalá mamá estuviera aquí! ¡El vacío que ella dejó, jamás lo llenaras tú! —gritó y subió las escaleras indignado, entrando a su habitación y cerrando la puerta con un brusco portazo.

—¡Borja, basta! —voceó su padre, con rabia e impotencia.

Un ruidoso timbre sonaba, cada vez que un nuevo cliente empujaba la puerta para entrar o salir de la tienda de Tecnología Shop, una de las sucursales más completas, a nivel tecnológico, en los diferentes medios y necesidades para una tecnología profesional.

Camila entraba algo perdida a la tienda. Dio un par de vueltas por los estrechos pasillos llenos de instrumentos tecnológicos, desconocidos para ella. Los observaba, los tocaba y leía su reverso, disimulando, como si en verdad tuviera idea de lo que tenía en sus manos.

La dependienta, una joven con gafas y cara de intelectual, observaba con curiosidad, por encima de la montura de sus lentes, lo perdida que andaba esa nueva clienta. En su polo rojo que llevaba como uniforme, un pin con el nombre de Carmen a la altura de su voluminoso pecho se hacía visible.

—Hola, buenos días, ¿en qué te puedo ayudar? —saludó y preguntó Carmen, con una agradable sonrisa.

—Buenos días. Me gustaría ver los diferentes modelos de cámaras ocultas —solicitó Camila con seguridad.

—Claro que sí, señorita. Depende de para qué quiera utilizarla.

Tenemos para hogar, coche o espía.

Camila se quedó en silencio por varios segundos.

—Para espía está bien, gracias.

—¿Cómo le gustaría? ¿Solo la cámara, o el kit con el micrófono integrado?

—El kit con el micrófono integrado, por favor —afirmó Camila, algo incomoda.

—Tenemos objetivos que se pueden integrar en ropa, superficies, o incorporar en objetos como collares y llaveros.

—¿Podría ver los objetos con cámara y micrófono integrado, por favor? —requirió.

—Por supuesto. Ahora regreso, dame unos minutos.

Camila observaba alrededor de la tienda, y se percató de la gran vigilancia que tenía. En cada esquina había una cámara de seguridad que grababa cada movimiento de lo que ocurría en el interior.

—Listo, aquí están —comentó Carmen, depositando en el mostrador varios objetos—. Mira, tenemos este collar con este corazón negro muy mono. Dentro lleva una cámara muy discreta de tan solo 5 centímetros de diámetro. Podrás ver todo lo que grabes en calidad Full HD, con un ángulo de lente de 150º. Cuenta con una visión nocturna mejorada, para que puedas ver con claridad lo que pasa a cualquier hora del día o de la noche. El micrófono pertenece a la serie TT de alta fidelidad, con cancelación de ruido. Solo tienes que vincularlo a tu teléfono móvil, puesto que funciona a través de *bluethooth* —explicaba.

Camila intentaba procesar a gran velocidad toda la información que recibía.

—¡Perfecto! Creo que me puede funcionar —afirmaba, agarrando el corazón que le ofrecía Carmen—. ¿Y este es el precio? —preguntó, impresionada la ver el alto costo impreso en la etiqueta de papel.

—Así es, señorita. Este tipo de artilugios son algo caros, pues son los que usan los profesionales del espionaje. Pero también tenemos estos llaveros que son un poco más económicos, aunque no de tan buena calidad, y te los puedes colgar en el asa de tu bolso o en tus llaves.

—Está bien. Me llevaré el collar de corazón.

—Muy bien. ¿Su pago será con tarjeta o efectivo? —preguntó Carmen, mientras agarraba el collar de la mano de Camila para guardarlo en una caja, que metió en una bolsa y se la entregó.

—Con tarjeta, por favor.

Carmen tomó la tarjeta y realizó el cargo correspondiente.

—Aquí tiene su ticket, y su tarjeta. Gracias por su compra. ¡Ah por cierto!, se me olvidaba decirle algo importante. Las grabaciones de imagen y sonido sin permiso pueden constituir un delito grave contra

la intimidad, según lo establecido en el artículo 197.1 del código penal. En cualquier caso, de ser descubierto, puede recibir una pena máxima de hasta cuatro años de cárcel —informó, como si de una abogada se tratara.

Camila se quedó paralizada tras dicha advertencia, que disimuló con rapidez con una sonrisa.

—Gracias por la información. Que tenga buen día —se despidió amable, siendo correspondida con una grata sonrisa.

El timbre ruidoso volvió a sonar cuando la puerta se abrió y cerró de nuevo.

Camila paseaba por los pasillos de cuidado personal de una famosa franquicia de supermercados. En ellos se podían encontrar desde los convencionales alimentos, hasta accesorios de ferretería, discos, ropa, tecnología, libros, etc.

Al llegar a la sección de tintes para el cabello, observó con calma lo que había, para decidir el tono perfecto que quería para su nuevo *look*. De entre todos los colores disponibles, eligió un tono 3.0 Brasilia Castaño Oscuro, de la marca L'Oréal.

Pasó por caja, lo pagó, y rápido salió de esos grandes almacenes en dirección al centro de la ciudad, específicamente al barrio de La Latina. Allí se ubicaba una tienda llamada Morgan, especializada en indumentaria descartada del ejército, entre otras prendas *vintage*. Los propietarios recolectaban la ropa y la vendían, dándole así una segunda vida. Los clientes habituales eran, además de integrantes de bandas callejeras, un gran abanico de personalidades, estilos y *looks*, que adquirían allí sus vestimentas, acordes con sus modos de ser y de vestir. Dos de los modelos estrella eran la chaqueta *bomber* de color negro, con su llamativo forro interno de color naranja, y las peculiares botas militares.

Al llegar a las cercanías de la tienda pudo detectar, debido a su atuendo, a algunos componentes de la banda Martillo Blanco. Estaban fumando marihuana en una esquina, al tiempo que hablaban de fútbol y bandas de rock. Mientras caminaba, Camila sentía cómo le clavaban la mirada al pasar cerca de ellos.

Al entrar en la tienda se sorprendió por la música de rock, que sonaba a muchos más decibelios que la de cualquier otra tienda convencional. Había bastantes clientes, y tan solo dos dependientes para atenderlos a todos. Al mismo tiempo en que paseaba por las distintas secciones de gamas de estilos *dark*, ojeaba las diferentes prendas colgadas en exhibidores que la tienda ofrecía. A lo lejos pudo ver un *rack* lleno de *bombers* negras. Se acercó y trató buscar una de su

talla.

—Hola, ¿te puedo ayudar? ¿Buscas alguna talla en especial? —preguntó uno de los dependientes, un hombre de unos cuarenta y cinco años, con la cabeza rapada, un *look* roquero, y destacables y llamativos *piercings* en sus orejas, labios y cejas. Vestía una chaqueta de cuero cubierta con una infinidad de pings de insignias diferentes.

—Hola, sí, por favor. Buscaba una talla pequeña, para mí —contestó.

Mientras se probaba las *bombers* que el hombre le ofrecía, mirándose en el espejo, se sentía fuera de sí en ese oscuro estilo.

—Te queda perfecta esa talla —sugirió el dependiente.

—Sí, gracias. Me la llevo. También quiero unas botas militares del número 36.

—Voy por ellas. Ahora te las traigo.

En que el hombre volvía, Camila siguió caminando y agarró algunas camisetas de segunda mano, estampadas con los logos de algunas bandas de rock, además de un par de cinturones con cadenas y balas incrustadas.

Llegó al mostrador y puso todo sobre el mismo.

—¿Encontró todo lo que buscaba? —preguntó un chico más joven, con el mismo estilo que su compañero, que estaba tras el mostrador.

—¿Dónde podría encontrar algunos pines de los que llevan en sus chaquetas?

—Aquí tiene varios modelos —el cajero señaló la vitrina de cristal, que también era la superficie del mostrador, y apartó un poco las prendas que Camila había dejado encima, para que pudiera verlos.

—¿Cuáles te gustan a ti? —le preguntó Camila.

—Esos tres de allá me gustan mucho, este de aquí, y ese de la esquina, que es mi favorito.

—Perfecto, a mí también me gustan. Me llevo los cinco.

—Tenemos los mismos gustos entonces —anotó el joven.

—Sí, claro, los mismos —contestó Camila, sarcástica—. Por cierto, ¿tienes pañuelos?

—Por supuesto. Mire, de este lado tenemos muchos diseños, de diferentes colores y con distintos estampados, todo dependiendo de su gusto. —mostraba una caja llena de una gran variedad de pañuelos.

—Quiero ese, el que es todo blanco —dijo, señalándolo.

El joven cajero empacó con amabilidad todas las prendas en varias bolsas. Camila pagó y desapareció de la tienda con ligereza.

El ocaso ya caía. La tarde era despejada y fresca. Camila conducía por la ciudad en dirección a su apartamento. Miles de pensamientos

navegaban por su mente, y ella intentaba ordenarlos. Miedos, ansias y demonios revoloteaban sin cesar, haciendo que el gatillo de la memoria disparase a gran velocidad.

El aire ligero entraba ya por su ventanilla, golpeándola en su cara, incrementando su sensación de libertad y autodeterminación, mientras viajaba a gran velocidad por la autopista M30. Estaba decidida. La enorme cantidad de adrenalina acumulada en su interior hinchaba al máximo sus venas rojas plenas de epinefrina, liberándola en los momentos de estrés, peligro y excitación. La beneficiaba con una activación de su cuerpo, elevando su nivel físico y psicológico, para estar totalmente alerta, todo el tiempo, ante cualquier situación. Y a partir de ese momento, y durante los próximos días, en los que su vida cambiaría dando un giro de 180º, iba a necesitar de esas habilidades incrementadas.

Sigilosa y cargada de bolsas, entraba a su apartamento a la espera de no encontrarse con Darío, pues no quería hacerlo partícipe de sus peligrosas intenciones. Dejó las bolsas sobre la mesa y corrió con urgencia al baño, pues ya no aguantaba más sus ganas de orinar.

En ese momento Darío entraba a la casa con Moca, luego de dar un paseo por el barrio. Avanzando por el salón se percató de las bolsas que había sobre la mesa, llenas de ropa que no reconoció.

—¿Camila? —llamó, extrañado.

En ese instante Camila salía del baño, observando cómo Darío husmeaba en sus bolsas. Con rapidez se lanzó a agarrarlas.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás? No escuché cuando llegaste —titubeó nerviosa.

—Estaba en la calle, paseando a Moca. ¿Todo bien, Camila? —preguntó Darío, algo desconcertado ante su actitud impostada, con las bolsas en la mano.

—Sí, todo bien. Estoy limpiando el armario.

—Camila, ¿qué está pasando? ¿Qué es esa ropa? —expresó confundido.

—Ropa vieja que ya no uso y quiero regalar.

—Camila, por favor, ¿a qué estás jugando?

—A nada, tranquilízate —apuntó, quitándole importancia al asunto.

—¿Y ese tinte para el pelo? ¿Te vas a teñir? —inquirió desconcertado.

—Quiero cambiar de *look*. ¿Cuál es el problema?

—¡Basta, Camila! No soy idiota. ¿Qué estás planeando?

Darío le arrebató las bolsas de las manos, volcando luego todas las prendas sobre el sofá.

—Botas militares, una *bomber*, camisetas negras, ¿y este cinturón? Un poco diferente a tu estilo, ¿no crees? Aquí estos pines de insignias,

de las cuales no tienes ni idea de lo que significan, ¿no? Y para finalizar, un pañuelo blanco. ¿Estás demente o que te pasa? Por supuesto que no voy a permitir que cometas esta locura. ¿Tú sabes lo peligroso que sería si esas personas te descubren? —explicaba alterado, intentando hacerla comprender del peligro que conllevaría su descabellado plan.

—No me queda otra alternativa. Necesito encontrar alguna pista que me lleve al asesino de mi hermano. Y si no me infiltro, nunca lo voy a averiguar —expresaba, agitada con impotencia.

—Camila, si esos perturbados te descubren, te matarán. ¿No entiendes que es demasiado arriesgado? Se trata de tu vida. Tienes que parar con esa idea, por favor.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer según tú?, ¿qué me quede esperando a que la policía encuentre al asesino? A esa gente le importa una mierda la muerte de Martín, y no harán nada. ¡¿Entiendes?! ¡Nada! —gritó.

—Es un suicidio, ¿no te das cuenta?

—Necesito saber quién mató a mi hermano, y no voy a parar hasta que esos hijos de puta estén en la cárcel —expresaba con rabia en sus ojos.

Darío la sujetó por los brazos, en un intento por hacerla entrar en razón.

—¿Qué quieres, que te maten como a Martín? Esa gente no tiene reparo. Para ellos la vida no vale nada. ¡No lo entiendes! —voceaba.

—Martín no merecía morir, tan solo tenía dieciocho años. Y ni tú ni nadie me va a detener, cueste lo que me cueste —concluyó, llorando de desesperación.

—Ese no es el camino correcto, Camila. No es la manera en que… tú lo harías. Y yo no quiero ser parte de esta locura. Si te pasa algo nunca me lo perdonaría.

Darío salió del apartamento, azotando la puerta.

—¡¡¡Darío!!! —sollozó Camila.

Tantos ríos rojos corrían bajo su piel tratando de escapar, danzando y chocando con el techo, ventanas y puertas de su alma. Intentaba huir de esa rabia desde lo más profundo de un mar oscuro, desbocado, pero con un propósito inminente.

Camila lo tenía claro. Caminaba con la frente en alto y sin mirar

atrás, ignorando el dolor y las cicatrices que la vida le había infligido tras la injusta muerte de su hermano. Visitó el infierno y estaba preparada para su nueva vida. Era una fuerza a tener en cuenta y tenía un único objetivo: llegar al asesino de su hermano, costara lo que le costara. Lo haría por su familia, por Martín y por ella, por ese dolor que jamás se borraría del corazón de sus padres, por todo el daño causado, y por robarle la vida a alguien de una manera tan cruel, por solo tener una preferencia distinta al amar a alguien.

La venganza es una de las salidas de la persecución en el duelo, y es inevitable considerarla una opción cuando el dolor de la pérdida que ha causado ese duelo persiste como memoria mortificante. La venganza se convierte en una herramienta que sirve para descargar pasados, tiempos que se acumulan en el presente, y abren la posibilidad de un futuro más quebrado.

Dicha venganza es una receta para seguir creando ángeles y demonios. Transitando por la oscuridad, te relacionarás con almas sin vida, que no obstante viven en tu mundo. No habrá paz ni descanso, y tu alma horrorizada te abandonará. A veces, el dolor es lo que te hace sentir vivo cuando pierdes el control de tu vida. Allí donde quedan cicatrices, nada vuelve a ser igual en ti, pues hay heridas que solo la justicia puede sanar. Además. Sabemos que, pese a que una herida sane, o una cicatriz se cierre, nunca volveremos a ser iguales. Son marcas indelebles en nuestras vidas, y aunque queden escondidas y no sean visibles, mantendrán sus raíces vivas, alojadas en el fondo de nuestra alma.

SEGUNDA PARTE

Sangre Blanca

Este impuso de venganza que corre por mi sangre la tiñe de blanco.
Esta rabia lacerante pidiendo a gritos desatarse. Esta sangre blanca de sentimientos fríos y olvidados, en esta oscura noche carcome mis venas acechando como una sombra en la penumbra.
Ahora voy por las calles siendo un guerrero y oscuro transeúnte que olvidó su nombre y su vida pasada, dispuesto a arrastrar esas cadenas, tratando mi nuevo cambio al amanecer.

14

Como las hojas en otoño al desojarse de las ramas, caían despacio los mechones de pelo de una rubia y brillante melena, expandiéndose por todo el lavabo al son del ruido del motor de una máquina de cortar barba que recorría toda aquella pequeña cabeza. Tan solo cuatro centímetros de pelo quedaron a la vista.

Frente al gran espejo que ocupaba parte de una de las paredes de ese cuarto de baño, Camila miraba fijamente a su nueva “yo”. Una débil lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla derecha, pero ella cortó su recorrido con un movimiento de la mano. En ese momento entendió que a partir de ese instante su vida daba un giro de 180º grados, un cambio que, bien lo sabía, marcaría un antes y un después en su vida.

No estaba dispuesta a callar más ante las injusticias ni a dejar dormir sus anhelos. Ahora estaba decidida a no olvidar, a seguir recordando a aquel que tuvo que partir de manera tan injusta, a dejar de creer en la derrota y empezar a derrotar al abuso…, estaba decidida a comenzar, continuar y terminar.

Camila sabía que no sería fácil el mundo al que pretendía entrar. Bebería de las lágrimas de sus ojos, que llorarían hacia adentro, y fumaría cigarros de su propio dolor. Sus creencias se reducirían a una sola palabra, justicia, no por pobre, si no por ser la única realidad por la cual es posible luchar entre verdades a medias y mentiras.

Pero el destino y la suerte le habían mostrado otro mundo, uno adonde no se llega por medio de espirales de humo, donde los caminos no se marcan a cicatrices en las rodillas. Ahora se levantaría cada mañana con una bestial belleza, decidida a recorrer los caminos desiertos en esa tempestad que se avecinaba, llena de sonrisas vacías, polvo en los ojos y vientos en contra.

Frente a ese espejo, veía en el reflejo de su rostro a Martín, sonriéndole. Pero a los pocos segundos la imagen se perdía en pedazos, y ella sentía escaparse su vida de sus manos, llenándola de incertidumbre.

Llevaba su cuerpo envuelto con una camiseta negra, algo rota y medio descolorida, estampada con una calavera de color blanco. Unos pantalones militares ajustados, con unas cadenas que caían desde su cintura, ceñían sus largas y estilizadas piernas. Unas botas negras, con cordones ajustados por arriba de los tobillos, la elevaban del suelo unos ocho centímetros, haciéndola sentir que caminaba sobre unos tanques, aplastando todo a su paso. Una *bomber* negra, decorada con algunos pines de insignias e imágenes que desconocía, cubría su torso hasta su cintura. Una gorra negra enmarcaba su rostro al natural, sin la más mínima presencia de maquillaje.

Se había mimetizado, y ahora estaba preparada para salir a la calle a pasear con su nueva imagen, lista para cumplir con su cometido. Pero aún le faltaba algo, el elemento distintivo de la banda, el pañuelo blanco atado alrededor de su muñeca. Lo agarró de entre el montón de prendas que había comprado, lo anudó y miró su reflejo. La ropa y el tinte la habían convertido en otra, sí, pero necesitaba una transformación más completa. Solo quedaba hacerse cargo de algunos detalles para, ahora sí, desaparecer a Camila, la exmodelo internacional, y presentar al mundo a la nueva integrante de la banda Martillo Blanco.

Las puertas del estudio de tatuajes y *piercing* "INK INC" se abrieron dando paso a una nueva cliente dispuesta a cambiar su imagen.

El sonido del motor de las máquinas de tatuajes erizó la piel de Camila, pues jamás había experimentado esas agujas dibujar algo en su piel.

—Hola, buenas tardes. ¿En qué te puedo ayudar? —saludó una chica bajita, con trenzas de color rosa y morado, y su piel llena de tatuajes, como si del catálogo del estudio se tratara. Una cantidad de *piercings* adornaba su piel, en especial su rostro, donde a primera vista era imposible contarlos.

—Hola. Me gustaría hacerme algunos *piercings* y un tatuaje —dijo segura, pero muerta de miedo por dentro.

—¿Y sabes qué quieres hacerte, y dónde te quieres perforar?

Camila pensó rápido en los lugares en su rostro donde podía hacérselos.

—Sí. Me gustaría uno en el labio, otro en la ceja y uno más en la parte superior de la oreja.

—Perfecto. Los *piercings* yo misma te los haré, no tardaremos mucho. Para el tatuaje sí se requiere cita previa, pero esperemos a que el tatuador acabe con el cliente que está atendiendo para preguntarle, tal vez esté libre.

—Perfecto —asintió Camila.

—Si quieres pasa por aquí, a esta sala, y comenzamos con los *piercings*.

Camila caminaba confiada, pero con la sensación de que dentro de su estómago tenía una serpiente moviéndose sin cesar.

—Puedes tumbarte aquí. Mientras, lee estos documentos de consentimiento y fírmalos, para que podamos comenzar.

Camila firmó unos papeles que ni leyó. Estaba tan nerviosa que lo único que quería era que todo acabara cuanto antes.

La chica ponía sobre una bandeja un par de agujas y varios *piercings.* Camila la miraba de reojo, sintiendo cómo el sudor comenzaba a humedecer su frente.

—Tranquila, solo será un pequeño pinchazo. Pasará rápido —comentaba la chica, al percatarse de los nervios de Camila.

Camila se extendió en el sillón, que se inclinó totalmente.

—Respira profundo, ahí voy con el primero.

Camila sintió el pinchazo, cerró los ojos y respiró profundo para aguantar el dolor.

—Listo, ¿ves?, no ha sido para tanto —acotaba la chica, como si nada, sin considerar su experiencia con decenas de perforaciones en su cara.

Vino la segunda, y luego la última perforación, quedando por concluida su sesión.

En ese instante el tatuador salió por detrás de un biombo blanco, donde acababa de terminar de tatuar a una chica.

—¡Guau! Quedó increíble. Me encantó. Eres un máquina —dijo esta observando en su antebrazo la creación del tatuador.

Camila, al escuchar esa voz, se giró, haciéndosele conocida, y al ver quién hablaba, rápidamente ocultó su rostro con la visera de su gorra.

—Muchas gracias, Katty. Ya sabes los cuidados que tienes que llevar a partir de ahora —explicaba el tatuador.

—Sí, claro, pues no es el primero que me hago —comentaba Katty —. Bueno, nos vemos para el próximo *tatoo*. Adiós —se despidió, dirigiéndose a la salida del estudio sin percatarse de con quién se acababa de cruzar.

—Adiós —replicaron el tatuador, la chica y Camila, pero esta entre dientes y en tono bajo.

Entonces la chica de los *piercings* preguntó a su compañero:

—Mira, esta chica no tiene cita y se quiere tatuar. ¿Esperas a alguien?

—Pues andas con suerte —el tatuador miró a Camila—. Hace un par de horas el cliente de ahora cambió su cita para otro día, por un inconveniente. Así que si gustas, dispongo de una hora.

—Perfecto, quiero esto —comentó Camila con decisión, mostrando en su móvil las palabras en las que ya había pensado.

Siguiendo las indicaciones de la chica, Camila entró tras el biombo y se tumbó en la camilla. El tatuador le mostró las agujas estériles antes de sacarlas de su empaque, preparó la máquina y comenzó. El motor hizo que las agujas se movieran con rapidez, y comenzaran a dibujar sobre la piel de su brazo derecho.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos Camila salía del estudio de tatuajes con tres perforaciones en su rostro y un *tatoo* sobre su brazo en tinta roja que decía: “Mi Sangre”. Caminaba por la calle sintiendo el aire sobre su nuevo rostro. Agarraba su *bomber* con la mano izquierda, dejando así visible su brazo derecho embalado con papel transparente para proteger el tatuaje recién dibujado.

Pero antes de llegar a su coche, entró en una tienda de autoservicio atendida por chinos.

—Hola, ¿me da por favor un paquete de cigarros, y un par de cervezas?

—Clalo que chi, ¿Qué cigalos quiele?, ¿y qué malca de celveza? —preguntó el chico que atendía, con mucho acento chino en su español.

—No importa, los que sean —respondió, pues no sabía de marcas, ya que no fumaba y odiaba la cerveza.

—Aquí tiene. Mulchas glacias —dijo el chino, sonriente, entregándole los cigarros y las cervezas en una bolsa.

Camila la agarró, pagó y salió.

Cuando llegó a su coche, que estaba aparcado dos calles más adelante, conectó su móvil al *bluetooth.* Al instante, una nueva *playlist* de música de rock comenzó a sonar a un alto volumen por los altavoces.

Camila necesitaba empezar a sentirse una integrante más de la banda. Precisaba ir borrando su vida poco a poco para encarnar a esa nueva chica, racista, homófoba, fumadora, bebedora de cerveza y amante del rock. Solo así podría adentrarse en ese entorno grupal ciertamente hostil, y permanecer en él simulando una identidad ficticia de manera sostenida y convincente. Esa identidad consistía en la adopción de actitudes, motivaciones, emociones y pautas de conducta que no correspondían a la personalidad de ella misma, pero las necesitaba para fingir la persona que aparentaría ser ante la banda.

Conducía en dirección a su apartamento con la ventanilla abierta, ingiriendo el sabor de la nicotina que le ofrecía el cigarro que fumaba. Un continuo ardor atacaba su garganta y pulmones, lo que le provocaba repetidos accesos de tos. Pero necesitaba que su cuerpo se adaptara a sus nuevas adicciones, y que parecieran genuinas necesidades de su día a día.

Al entrar a su apartamento, Pris ya no se acercó a ella para

recibirla, como siempre hacía, y Moca le ladraba desde metros atrás, tratándola como a una extraña. Camila se quitó la gorra y comenzó a llamarlas. Al reconocer su voz, Pris y Moca se acercaron, dándole el cariño con el que solían recibirla.

Conectó su móvil a la televisión y un concierto de rock que buscó en una página de videos de internet empezó a reproducirse. Examinaba con detenimiento cómo se movía y actuaba la gente en ese tipo de concentraciones. Ese era el tipo de música que escuchaban los componentes de la banda Martillo Blanco, y ese el tipo de conciertos a los que solían asistir en grupo durante sus tiempos de ocio.

Abrió una cerveza. Al son de la música, al mismo tiempo en que bailaba y saltaba, siguiendo a la multitud que veía en la pantalla, se empinó el botellín. El frío y amargo líquido se deslizó por su garganta.

—¡Qué asco! —dijo, luego de escupir en el fregadero—. No hay de otra. Me encanta la cerveza. ¡Ufff, qué rica!

Camila se forzaba, autoconvenciéndose de que le encantaba aquel sabor cuando siempre lo había detestado. Ella solía beber solo vino, *champagne* y agua con gas.

Comenzaba a anochecer. Luego de tirarse toda la tarde practicando a ser una chica mala que bebe cerveza y fuma, decidió ir a dar una vuelta por el Parque del Sur. Dado que se sentía un poco mareada, prefirió pedir un taxi en lugar de conducir. Además, pensó, su coche podría resultar sospechoso, en caso de que algún componente de la banda la viera llegar en él.

Dos cuerpos semidesnudos se envolvían entre gritos y las llamas de la lujuria, jugando sin cordura, sin límites, a un sexo salvaje. Un cuerpo masculino, ancho y corpulento, cubierto de tatuajes, cargaba en peso a una delgada figura femenina, en una subida y bajada de éxtasis continua. La chica recibía en su ser la potencia viril que el hombre le ofrecía, a lo que respondía con oleadas de intensos gemidos que se correspondían con lo que sentía por dentro.

Sobre una cama matrimonial, en un pequeño apartamento viejo en el barrio de Vallecas, caía el hombre sentado en la cama, sujetando a la chica que seguía danzando sobre él. El hombre se despojaba de su camiseta, exponiendo su fuerte torso, brillante de sudor. La chica hizo lo mismo, dejando sus pechos al descubierto, que rápidamente fueron sobados por las grandes manos del hombre.

El calor de los dos cuerpos se sumaba al de por sí caluroso ambiente de la pequeña habitación, pues la única ventana que había en ella se encontraba cerrada. Ahora la chica cabalgaba a galope sobre las caderas del hombre. Conforme se acercaban al clímax del goce, los

gemidos de ambos aumentaban y resonaban. Mientras llegaban al éxtasis al mismo tiempo, multiplicando así el placer de aquel sexo animal, alcanzaron el borde del más inimaginable momento, el de dos orgasmos simultáneos, como fieras rugiendo de placer.

—¡Ufff! ¡Qué rico estuvo, Chulo! —dijo La Barbie tumbada sobre la cama, con la voz entrecortada, con el orgasmo todavía transitando en su cuerpo.

—Vístete rápido, que he quedado con los demás en el parque —comentaba El Chulo indiferente, mientras se subía los pantalones.

—Espera, que aún estoy cachonda. Ven, no te vayas tan rápido —le pedía La Barbie, agarrándolo del brazo, a lo que este se soltó bruscamente.

—¿Te lo vuelvo a repetir? Vístete rápido. Ya me tengo que ir —comentó conciso, recogiéndole su ropa del suelo y lanzándola bruscamente sobre la cama.

—Ok, ok, tranquilo, borde. Ya me visto. ¡Qué poco romántico eres! Ni porque acabamos de echar un polvo —dijo irritada, mientras se vestía.

—No me gusta repetir las cosas. Y como tú dices, solo ha sido un polvo. Tampoco te emociones.

—¡Vete a la mierda! Anda, dame un cigarro, gilipollas. Ni de coña te follas a una tía mejor que yo. Por eso cuando estás caliente siempre acudes a mí.

—Deja de decir gilipolleces, y vamos ya.

El Chulo se colocó su *bomber*. Luego agarró las llaves de su moto, y juntos salieron juntos del apartamento.

Eran alrededor de las ocho y treinta de la noche. Un taxi se acercaba a las inmediaciones del Parque del Sur. A bordo, en la parte trasera, Camila se estaba terminando de delinear los parpados con un lápiz de ojos de color negro, endureciendo así su mirada.

—Por aquí está bien —avisó al taxista para que parara.

Camila sacó un billete de una riñonera y le pagó.

—Gracias. Quédese con el cambio —comentó.

—Gracias, señorita. Buenas noches.

Bajó del taxi proyectando una nueva imagen que era totalmente opuesta a su apariencia anterior. Con un litro de cerveza en la mano, miró al cielo despejado y cubierto de estrellas. Respiró profundo, y con un sutil hilo de voz que solo ella pudo escuchar dijo:

—Por ti, hermanito.

Abrió su cerveza y le dio un gran trago, pero no pudo pasarlo y sin poder evitarlo, lo escupió.

—¡Qué asco, joder! Venga, Camila. Piensa que es un delicioso vino reserva del 2018… —se decía así misma.

Paseando por el parque observaba con atención a los diferentes grupos de personas que se repartían por las distintas explanadas. Buscaba entre ellos a posibles componentes de Martillo Blanco.

De repente vio cómo una ruidosa moto llegaba a uno de los grupos cerca del banco donde Martín había perdido la vida. Se trataba de una Kawasaki Ninja H2 R, de color negro. De ella bajaban un hombre corpulento y una chica todo lo contrario, bastante menuda y delgada. Cuando esta se quitó casco Camila la reconoció, pues era la que hacía unas semanas le pidió fuego, durante una de aquellas noches en las que se acercaba en su coche al parque, vigilando los movimientos de la banda.

Los demás, que fumaban marihuana y bebían cerveza, saludaron a La Barbie y al hombre corpulento chocando las muñecas, justo donde portaban sus pañuelos blancos, para luego darse un tosco abrazo.

Camila vio una oportunidad de acercarse al grupo. Sacó un cigarro de su riñonera y caminó con decisión, marcando las pisadas de sus botas sobre el camino de tierra.

—Hola, ¿tenéis fuego? —preguntó confiada.

—Hola, sí, claro —dijo Sito, el chico que estaba más cerca, sacando un mechero de su bolsillo, ofreciéndoselo.

—¿Y tú? ¿Eres nueva? Nunca te había visto por aquí —comentó La Barbie, extrañada y en un tono arrogante, mientras la observaba de arriba abajo.

—Sí, soy de Valencia. Llevo tan solo un mes en Madrid. Me enteré que os soléis reunir aquí por las noches y vine a ver si conocía a gente de la banda —comentó relajada.

—Está buena, ¿eh? —susurraba El Bolo a Freddy en voz baja.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Sito, mientras todos observaban y escuchaban atentos.

—Me llamo Ca… Cala —tartamudeó nerviosa al no haber pensado en un nombre.

—¿Cala? ¿Y ese nombre tan pijo? —dijo La Barbie con cara desagradable.

—Pues bienvenida, Cala. Aquí tienes a tu banda para lo que necesites. Encantados de recibirte —pronunció El Chulo, que había permanecido callado, sin quitarle el ojo de encima.

La Barbie lo miró con cara de rabia al notarlo tan simpático con la chica nueva.

—Ahora que te veo bien, te me haces conocida. Como que me suena tu cara, pero no recuerdo de dónde —afirmaba La Barbie, mientras la observaba con los ojos entornados.

—No sé. Como te dije, solo llevo un mes aquí. Quizás me viste

alguna noche, de las pocas veces que he venido por aquí —expresaba Camila, tragando saliva.

—Tú que te vas a acordar, si siempre vas fumada —bromeaba Sito.

—Tú sí que estás loco. Anda, pásame el porro, flipao, que un día te voy a pegar un par de hostias— comentó La Barbie, molesta por su comentario—. ¿Me das un trago?

—Oh, sí, claro —contestó Camila, ofreciéndole su botella de cerveza—. ¿Y vosotros como os llamáis?

—Esta loca es La Barbie, yo soy Jesusito, pero todos me llaman Sito, este es El Bolo, acá está Freddy, y él es El Chulo. Ah, y aquel que viene por allí es Rulo.

Rulo llegaba al grupo con una sonrisa en su cara.

—¿Y tú, qué hay con esa cara? ¿Vienes de follar o qué? —preguntó Sito.

—No tío, algo mejor. Un tipo me compró para una macrofiesta toda la mercancía que traía para toda la semana. Y pagó bien por ella —contaba Rulo, emocionado de haber vendido todos los gramos de cocaína.

—Buen trabajo —anotaba El Chulo

—¿Y esta quién es? —preguntó Rulo mirando a Camila, comiéndosela con sus ojos.

—Ella es Cala, viene de Valencia, es nueva en la ciudad, y nos encantará que forme parte de nuestra banda —informaba y proponía El Chulo.

—Muchas gracias, Chulo, me encantaría. No tengo banda aquí en Madrid, y extraño a la mía —expresaba Camila, aparentando su puño donde tenía anudado el pañuelo blanco, levantándolo con orgullo, gesto común de la banda que había visto en internet.

—Será un placer darte la bienvenida —anotó La Barbie con una sonrisa maliciosa.

—¡Joder, de Valencia! Tengo un buen amigo de la banda allí. Seguro lo conoces, es muy conocido entre los blancos. Lo llaman El Yescas —comentó Rulo.

Camila no tenía ni idea de quién hablaba.

—Claro, El Yescas es muy querido y respetado por allí —dijo segura.

—Mándale saludos cuando lo veas. Me gusta tu rollo tía —confirmó Rulo chocando su muñeca.

—Mañana podríamos hacer tu entrada a nuestra banda en las vías —proponía El Chulo—. Ya conoces las reglas para entrar a una nueva banda, supongo.

—Claro, estoy lista —afirmaba Camila.

—Yo me encargaré, gustosamente, de hacer los honores —añadía La Barbie, sonriendo y envolviendo su puño derecho con la otra mano.

—Perfecto. Mañana al atardecer en las vías —comentó El Chulo, mirándolas fijamente.

Los negros y ovalados ojos de El Chulo eran intensos y penetrantes. Las largas pestañas que los rodeaban les daban una apariencia dura y seductora al mismo tiempo. Era una mirada que daba miedo, pero que hechizaba al instante, una mirada imposible de sostener por mucho tiempo.

Camila no tenía ni idea de en qué consistiría la ceremonia para poder integrarse a la banda, pero de igual manera estaba ansiosa por hacerlo. Necesitaba ingresar a ese mundo para explorarlo.

—Bueno, que rule el porro, ¿no? —pidió Sito, ansioso por darle un toque a ese cigarro de marihuana, que envolvía el entorno con su intenso olor.

El porro fue pasándose de mano en mano, en dirección de las manecillas del reloj. Los nervios de Camila se incrementaban conforme el porro se iba acercando a ella, pues sería la primera vez que probaría la marihuana. Pero lo haría, pues era su primer contacto con la banda y no quería desentonar en su ambiente.

El cigarro liado, ya consumido a poco más de la mitad, llegó a sus manos. Sin dudar se lo llevó a sus labios y le dio una profunda calada, sintiendo un ardor en la garganta y los pulmones. Tuvo unas enormes ganas de vomitar, pero se aguantó, disfrazando la sensación con una mueca de satisfacción. Cuando llegó el turno de El Chulo, La Barbie lo saltó, dándoselo a El Bolo. En ese instante Camila se percató de que El Chulo no era consumidor de marihuana.

La noche avanzó entre música de rock, cervezas y porros. Camila se sentía cada vez más mareada. Era consciente de una mayor percepción sensorial, y de una alteración en la manera en que se movía el tiempo. Miró su reloj y observó, con una visión borrosa, que ya era casi la medianoche.

—Bueno, chicos. Fue un placer conocerlos, pero creo que yo me retiro —comentó, al tiempo en que intentaba disimular el mareo.

—¿Ya tan pronto? —dijo Sito, intentando convencerla de que se quedara un rato más.

—Sí, estoy un poco cansada —contestó.

—Venga, un ratito más —insistía Sito.

—A ver, ¿es que no la has escuchado? Está cansada. No seas pesado y deja que la chica se vaya, si se quiere ir —interrumpió El Chulo cortante.

—Ok, ok. Pues que se vaya —dijo Sito, dejando de insistir y dándole un trago a su cerveza.

—Gracias por todo, de verdad. Nos vemos mañana.

—Si quieres, te puedo acercar en la moto a tu casa —propuso El Chulo.

Al instante La Barbie lo volteó a ver con cara de pocos amigos, a lo que El Chulo hizo caso omiso.

—No te preocupes, Chulo. Pediré un taxi. Muchas gracias.

—Bueno, pues nada, buenas noches, hasta mañana —comentó La Barbie, casi interrumpiéndola al despedirse.

Camila se despidió de todos y pidió su taxi desde una aplicación en su móvil. Acto seguido, caminó por el parque a paso lento, pasando justo a un lado del banco donde su hermano murió. Se detuvo unos segundos, reviviendo esos dramáticos instantes. Casi incapaz de contener las lágrimas, apretó con fuerza los párpados, aspiró una gran bocanada de aire, la soltó, abrió los ojos y siguió caminado. A lo lejos divisó el taxi con los intermitentes que ya la esperaba.

Durante el recorrido, el movimiento del coche hizo que su mareo aumentara, unido a unos sudores fríos que caían por su nuca y frente, haciéndole sentir además unas horribles nauseas revoloteando en su estómago.

Como pudo bajo del taxi, subió a su apartamento, entró y a toda prisa corrió al baño, donde no pudo contener más las ganas de vomitar.

Momentos después comenzó a sentirse un poco mejor, pero de repente la asaltó un hambre voraz. La invadieron unas inusuales ganas de comida chatarra, llena de azúcares y grasas, provocándole ansiedad. Fue a la cocina en busca de chocolates, abrió una tableta y la devoró. Una explosión de placer inundaba todos sus sentidos. Mientras degustaba el sabor dulzón del chocolate, abrió una bolsa de patatas fritas con un toque picante. Comenzó a combinar y a disfrutar ambos sabores, dulces y salados.

Tras el atracón, se tumbó en el sofá. Después de fumar marihuana, una droga que actúa como termorregulador bajando la temperatura corporal, lo que primero sucede es que incrementa la sensibilidad del cerebro y aumenta el apetito. Luego termina por inducir una relajación intensa que fuerza al consumidor a dormir. Así, minutos después de que su cuerpo cayera sobre esos cómodos cojines, los ojos de Camila se cerraron, y ella se hundió en un profundo y relajado sopor.

.

15

Eran las once con quince de la mañana. Junto a los ladridos de Moca y los maullidos de Pris, pidiendo su desayuno, un intenso dolor de cabeza despertaba a Camila. Abría sus ojos lentamente, encandilada por el brillante sol que entraba por la ventana. No quería levantarse, pero una tremenda sensación de sed y una intensa sequedad en su boca la obligaron a hacerlo.

Sus movimientos al andar eran descoordinados y todavía se sentía algo mareada. Se miró en el espejo y una risa descontrolada se apoderó de ella. Sus ojos resaltaban de tan enrojecidos que estaban. Abrió el grifo y mojó su cara con agua fría. Era consiente de una alteración en su memoria al tratar de recordar lo sucedido la noche pasada. Sin pensarlo, se desvistió y entró a la ducha, donde permaneció por más de veinte minutos sintiendo cómo el agua fresca caía sobre su cara y cuerpo.

Más tarde, después de sacar a Moca al parque para hacer sus necesidades, se preparó un proteínico y tardío desayuno, casi juntándose con la hora del almuerzo. Mientras degustaba los alimentos, se sentó en el sofá, encendió su portátil, y empezó a investigar por internet en qué consistía la ceremonia de integración para los nuevos integrantes de la banda urbana Martillo Blanco.

Camila leía con detenimiento toda la información que encontraba al respecto. Todo hombre o mujer que aspirara a ser admitido debía enfrentarse a uno de sus nuevos compañeros, que sería elegido por el líder de ese grupo en particular. Durante el primer asalto no tendría permitido contraatacar, solo recibir, parar o esquivar los golpes de su contrincante, hasta que el cabecilla parara la pelea. Durante el segundo asalto sí tenía autorización para responder a los impactos. Podía contraatacar y desquitarse sin restricciones, en una pelea justa que continuaría hasta que una nueva orden por parte del dirigente indicara que se detuvieran, con lo que se daba por concluida la ceremonia.

El estómago de Camila se acongojó de nervios. Para ser aceptada

tendría que pasar por ese enfrentamiento. Pero ya estaba a un paso de ser parte de la banda y su decisión de entrar, costara lo que le costara, era imparable.

Se vistió con su oscuro atuendo. Se delineó los ojos ante el espejo con una oscura y gruesa raya, dándoles una mirada más dura. No terminaba de acostumbrarse a su pelo corto y a esos *piercings* decorando su rostro, pero Camila estaría aparcada por un tiempo, ahora era "Cala" quién dirigía su vida.

Justo antes de salir por la puerta del apartamento, su móvil comenzó a sonar. El nombre de Darío se iluminaba en la pantalla. Lo miró por unos segundos, inhaló y exhaló una gran bocanada de aire, volvió a mirar y sin pensarlo más, colgó, guardó su móvil en su riñonera, y salió.

Camila caminaba con libertad por las calles, percatándose de algunas desagradables y feas miradas que determinados transeúntes le dirigían ante su apariencia.

Llegó a la parada del metro más cercana, donde abordó hacia la estación El pozo. Allí hizo un transbordo al tren de Cercanías, desde donde debió caminar alrededor de veinte minutos para llegar a las abandonadas vías de tren que había en los suburbios. El lugar, frecuentado por la banda, estaba junto a unos trenes viejos y oxidados que un día quedaron ahí aparcados para no ser usados nunca más. A un lado estaba la gran explanada donde se llevaría a cabo la ceremonia para la nueva integrante de los Martillo Blanco.

Para no perderse, Camila caminaba siguiendo las viejas vías. A lo lejos ya alcanzaba a ver a varios de los integrantes repartidos por la extensa explanada. Algunos de ellos portaban bates de madera.

Al llegar al punto de encuentro, a la mayoría de ellos no los había visto. Eran muchos más de los que había conocido la noche anterior en el Parque de Sur.

—Pero, bueno, ¿a quién tenemos aquí? A nuestra nueva integrante… ¿Lista? —comentaba Sito, acercándose a ella.

—Hola, Sito. ¡Sí, lista! ¡Cuánta gente!, ¿no? —preguntó extrañada al ver que no paraban de llegar integrantes.

—Todos te quieren dar el recibimiento.

—Hola, Cala. ¡Qué arregladita te veo para la ceremonia! —dijo La Barbie, cínica, apareciendo frente a ella.

—Hola, Barbie. Nunca hay que perder el *glamour* —contestó Camila en el mismo tono.

—¡Ya, Barbie! No seas envidiosa —anotó Sito con tono de burla.

—¿Qué envidia, gilipollas? A que te pego una hostia, listillo —replicó algo molesta.

—Bueno, chicos, tranquilos —agregó Camila, intentando apaciguar la situación.

—Tú no te metas, ¿eh?, que estás más guapa callada —advirtió La Barbie—. Por cierto, desde el otro día me quede pensado, yo a ti te he visto en otro lado y no recuerdo dónde. Tu cara se me hace familiar.

—No sé. Quizás me estás confundiendo con otra persona. Recuerda que no llevo mucho viviendo en Madrid —contestó Camila, nerviosa.

—O quizás de La Valla. ¿Vas mucho por allí? —preguntó con mirada extraña.

—Sí…, La Valla, claro, he ido varias veces por allí —respondió veloz, sin tener ni idea de qué era La Valla.

—Pues seguro alguna vez te he visto por allí —afirmó La Barbie pensativa.

—Bueno, chica, ¡ya! Parece que le estás haciendo una entrevista a la pobre —añadió Sito, burlándose.

—Tú sigue con la broma, que al final te pego una hostia.

—Miren, ya llegó El Chulo —anunció Sito.

El Chulo bajaba de su moto, quitándose el casco. Divisó a Camila en la distancia y avanzó hacia ella.

—Hola, Cala. ¿Cómo estás? ¿Lista? —saludó, dándole dos besos.

La Barbie lo miró, con evidente gesto de no gustarle nada la rápida confianza con la que la estaba tratando.

En ese instante el teléfono de Camila volvió a sonar, pero ella intentó disimular, haciendo como que no lo escuchaba.

—Tu móvil está sonando. ¿No lo escuchas? —intervino La Barbie.

—¡Oh, sí! —dijo, sacándolo de su riñonera y colgando la llamada.

—¿Por qué le colgaste a Darío? —preguntó La Barbie, que alcanzó a ver el nombre en la pantalla.

—Es mi hermano desde Valencia. No es momento de hablar ahora —comentó Camila, sin darle importancia.

—Bueno, en breve comenzaremos con la ceremonia. ¿Preparada? —preguntó El Chulo.

—Más que preparada —afirmó con decisión.

El Chulo se acercó a los asistentes, caminando entre ellos. A su paso todos se colocaban en un amplio círculo, en cuyo centro estaba Camila. Las diferentes miradas de todos los presentes se clavaban en ella, con distintas intenciones e intensidades.

El Chulo levantaba su mano. Sus nudillos estaban envueltos con su pañuelo blanco. Cerró el puño e inició un movimiento simulando los golpes de un martillo. Todos comenzaron hacer lo mismo, incluyendo a Camila.

El líder recitaba unas palabras, presentando a la nueva integrante. Ahora era el turno de escoger quién de los presentes haría los honores. Camila los observaba a todos, al mismo tiempo en que escuchaba cómo los acelerados latidos de su corazón retumbaban en sus oídos, sabiendo lo que estaba a punto de suceder.

Al tratarse de una mujer, por razones equitativas, la persona elegida también debía serlo. Entre las pocas mujeres asistentes, La Barbie observaba a El Chulo con mirada retadora, apretando su puño envuelto en su pañuelo blanco, ansiosa por ser la elegida.

El Chulo notó las ganas infames que corrían por las venas de La Barbie.

—Barbie, tú serás quién haga los honores —señaló, dirigiéndose a ella—. Como ya saben, la nueva integrante solo podrá evadir o protegerse de los golpes lanzados por su contrincante. Se detendrá la pelea cuando yo diga, y de nuevo, a mi señal, pelearán de nuevo, pero ahora la aspirante podrá defenderse, atacar y desquitarse sin normas, hasta mi aviso, momento en que daré por finalizada la ceremonia.

Ambas, una frente a otra, se observaban con coraje y audacia. Camila miraba al cielo unos segundos, apretando sus puños, listos para parar los golpes llenos de odio que estaba a punto de recibir.

El círculo de personas que las rodeaba comenzaba gritar al son del movimiento de sus brazos, apuntando una y otra vez los puños al cielo.

Sin tiempo que perder, La Barbie se lanzó sobre Camila golpeándola a diestro y siniestro en cualquier parte de su cuerpo y cara.

Camila, como podía, cubría su rostro, intentando parar o esquivar los golpes. Por cada impacto su adrenalina aumentaba, latiendo dentro de sus venas. Sentía cómo su sangre corría a gran velocidad, llena de coraje, y no pudo evitar preguntarse si esos mismos golpes podrían haber sido los que le quitaron la vida a su hermano.

En un descuido, Camila tropezó con una piedra que había en el suelo, lo que hizo que bajara la guardia por unos segundos. Aprovechando, La Barbie le dio un golpe en su rostro, impactando justo en su nariz. El tremendo gancho la dejó noqueada, cayendo al suelo y soltando una gran cantidad de sangre.

Los que observaban la pelea gritaban emocionados al ver cómo Camila caía al suelo.

La Barbie en seguida se abalanzó sobre ella, propinándole repetidamente golpes con su puño derecho, coloreando de roja sangre el pañuelo blanco con el que cubría sus nudillos. Camila se protegía, sin lograr esquivar patadas y codazos en sus costados. La mirada en el rostro de La Barbie estaba desorbitada, pues disfrutaba con cada golpe que lanzaba como si de su peor enemigo se tratara. Sus ojos plenos de odio se clavaban en los de Camila como un par de estacas, y ella, en ese instante, recordó esa mirada, era la misma de aquella chica que golpeó el capó del coche frente a Darío y ella, cuando vio por primera vez a un grupo de miembros de Martillo Blanco cruzando el paso de peatones.

El Chulo observaba, sin gesto alguno en sus facciones, la rabia con la que La Barbie sacudía el cuerpo de Camila por el suelo.

—¡Martillo quieto! —gritó, parando la pelea.

Todos los presentes bajaron sus puños, quedando en silencio.

La Barbie se separaba de Camila, controlando su adrenalina y respiración acelerada. Mientras, Camila se posaba sobre sus rodillas, con algunas dificultades para levantarse, adolorida y escupiendo sangre.

Ambas se colocaron una frente a la otra, esperando a que El Chulo diera el nuevo aviso. Ahora el combate sería equitativo, y Camila podría contraatacar y desquitarse de la contienda pasada.

Tras la nueva levantada de puño, acompañada de un alarido que resonó en eco, El Chulo daba comienzo a la disputa.

En esta ocasión, a la voz de un grito que salió desde sus entrañas y que le dio impulso, Camila se lanzó sobre La Barbie en un cóctel de furia, coraje y dolor. Con el primer impacto, La Barbie cayó desplomada al suelo, semiconsciente. Camila, montada sobre su cuerpo, golpeó y golpeó, desquitando toda esa ira contenida. Los gritos de los espectadores sonaban al ritmo de los puños impactando sobre el angelical rostro, uno tras otro, sin medida ni contención.

El Chulo gritó, finalizando así la ceremonia de integración.

La Barbie, con la cara ensangrentada, se levantaba lentamente, dibujando en su rostro una sutil sonrisa. Camila estaba frente a ella, igual con sangre en su cuerpo y cara. Ambas avanzaron y luego de un choque de puños, se fundieron en un abrazo. Mientras, todos los demás gritaban el nombre de Cala, brindando con litros de cervezas, dándole así la bienvenida a la banda.

El Chulo, se acercó a Camila, la agarró del brazo y le hizo entrega del pañuelo blanco de su nueva banda, el símbolo de los Martillo Blanco.

Algunas de las chicas asistentes se aproximaron a las contendientes con un poco de algodón y alcohol, para atender sus heridas.

—¡Chica ruda, eh! —afirmó La Barbie con una sonrisa, mientras le curaban una lesión en la ceja.

—Solo te regresé los golpes recibidos. Es lo justo, ¿no? —contestaba Camila, al tiempo en que le desinfectaban un pequeño corte en el labio.

—Buena ceremonia. Así las quiero ver ahí afuera con toda esa basura que hay que limpiar en esta ciudad —comentó El Chulo acercándose a ellas—. Bienvenida a la banda, Cala —dijo con una pequeña y sutil sonrisa, a la que Camila contestó de la misma manera.

Los asistentes se fueron dispersando poco a poco conforme la noche caía. Camila se disponía a marcharse cuando fue abordada por El Chulo, que tocó su hombro.

—¡Ay! —se quejó al sentir una presión sobre sus músculos golpeados.

—Perdón. No quería lastimarte.

—No te preocupes, solo estoy un poco adolorida.

—Te llevo a casa, no es bueno que camines sola por estos rumbos. Además debes descansar —insistió.

—No es necesario, de verdad. Puedo pedir un taxi.

—Ten, póntelo —dijo El Chulo, ofreciéndole un casco.

—¡Ok, está bien! —concluyó Camila aceptando el viaje.

Ambos subieron a la moto, Camila abrazo la cintura de El Chulo y arrancaron, derrapando sobre el camino de tierra. A lo lejos, La Barbie observaba con cara de pocos amigos como desaparecían en la oscuridad de la noche, más allá de las abandonadas vías del tren.

La moto llegaba al barrio de Chamberí donde se encontraba el apartamento de Camila.

—¿Aquí vives? —preguntó El Chulo, sorprendido por la buena zona y el edificio donde vivía.

—Me estoy quedando en casa de una tía hasta que encuentre un trabajo, para poder alquilarme algo —improvisó, saliendo del paso.

—Descansa, y cuídate esas heridas —agregó, despidiéndose.

—Gracias por traerme, nos vemos estos días en el parque.

—Adiós, Cala.

—Adiós, Chulo.

La moto arrancó a gran velocidad, perdiéndose al final de la calle.

El Chulo no era muy expresivo. En pocas ocasiones desdibujaba su rostro frío, serio y adusto. Pero Camila empezaba a leer más allá de sus ojos, a través de su mirada acompañada de silencios que gritaban sin voz.

Existen dos estados de ánimo en dos personas que se miran directamente a los ojos durante un largo tiempo, sin mencionar ni la más mínima palabra, cuando hay una atracción intensa, o un profundo odio.

Camila subió a su apartamento, abrió la puerta y encendió la luz.

—¡¡¡Ahhh!!! ¡¡¡Joder, qué susto!!! —gritó al ver sentado a Darío en uno de los sillones.

16

—¡Buenas noches, Camila! —exclamó Darío con expresión seria, muy sorprendido al ver su nuevo look.

—¿Me quieres matar del susto?

—¡Dios mío, Camila! ¿Qué has hecho? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás bien? —dijo, levantándose aprisa al ver las heridas en su rostro.

—¡Estoy bien! Tranquilo. Solo son pequeños rasguños.

—Camila, tienes que parar esto. Es muy peligroso —suplicaba Darío llevándose las manos a la cabeza.

—No, no lo haré, Darío. No descansaré hasta encontrar al asesino de mi hermano —dijo contundente.

—Imposible hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

—Así es, Darío, y si no estás de mi lado, mejor quítate del medio. Hoy tuve el primer contacto con ellos. Iré con cuidado, te lo prometo —explicaba Camila, intentando calmarlo.

—¿Y todas esas heridas? Tuviste tu ceremonia de admisión a la banda, ¿no? —preguntó.

—¿Y tú cómo sabes de esa ceremonia? —replicó interrogante.

—Ya te he dicho que conozco muy bien a esas bandas. Y sé lo que te harían si llegaran a descubrir que eres una infiltrada —advirtió—. Déjame ayudarte de otra manera, esta no es la correcta Camila.

—No quiero involucrarte en esto, Darío. Por favor, mantente al margen —rogó.

—¿Cómo quieres que me mantenga al margen sabiendo que estás jugando con tu vida? ¡Joder, Camila! ¡Te amo! ¡No podría perdonarme si te ocurriera algo! —gritó con desesperación.

—Yo también te amo, ¡joder¡ Y por esa misma razón quiero que te alejes de todo esto. No me lo pongas más difícil, por favor. Te lo suplico —insistía con lágrimas en sus ojos.

—Ok, me mantendré al margen. Solo promete una cosa. Llámame en caso de cualquier emergencia —concluyó, limpiándose el rostro.

—Te lo prometo. Te mantendré informado. ¿Qué haces? —preguntó al ver que agarraba a Moca y metía a Pris en su trasportín.

—No podrás ocuparte bien de ellas. Me los llevaré a casa —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Cuídate mucho, por favor —pidió y cerró la puerta.

Camila se quedó apoyada en la mesa, con un nudo en la garganta que no le permitía articular ni una palabra. Lloraba sin cesar luego de ver a Darío irse.

Se acercó a la estantería que tenía enfrente y agarró un portarretrato en el que aparecían ella y Martín. La apretó contra su pecho y con lentitud se recostó en el sofá, dejando salir en forma de lágrimas ese dolor que sentía dentro de su pecho.

Los días seguían siendo tristes y desorientados. No había forma de saber qué rumbo tomarían las cosas con exactitud. Camila aprendía a vivir en soledad, pues jamás se permitiría involucrar a nadie en esta hazaña *kamikaze* en la estaba inmersa. Extrañaba a Martín, a Darío, a Pris, a Moca, incluso a sus padres, pero sabía que de momento lo mejor era mantenerlos alejados.

Esa noche, el grupo de rock Los Sangre Azul daba un concierto en la famosa sala La Valla. Camila no podía perdérselo, pues sabía por sus investigaciones en internet que en ese lugar se reunían con frecuencia los componentes de Martillo Blanco.

También indagó acerca de la banda musical que tocaría. En el despliegue de información y fotos se llevó la sorpresa de que Sito era integrante de dicha agrupación. Eso quería decir que la mayoría de los que había conocido en el parque asistirían esa noche al concierto.

Con las canciones de la banda Los Sangre Azul sonando de fondo, Camila se preparaba para salir. Eligió un estilo roquero, pero con toques sexys, dejando a la vista su escote ceñido por un corsé negro con cadenas, que cubrió con su chaqueta de cuero.

—¡Pero qué música más fea! —se decía a sí misma, mientras perfilaba sus ojos con un delineador negro frente al espejo.

Ya lista, admiró su reflejo, empoderada y con más garra que nunca. Pero aún le faltaba un complemento importante. Con el paso de las semanas, durante sus frecuentes visitas el Parque del Sur, había entablado más confianza con algunos de los componentes de la banda, inclusive con La Barbie y El Chulo. Camila sabía que poco a poco podría ir indagando y obteniendo información sobre lo que pasó aquella noche. Había llegado el momento de darle uso al collar de corazón negro, con cámara y micrófono integrados. Abrió uno de los cajones de su tocador, agarró por la cadena el collar y lo pasó por su cuello. Tomó un pedazo de tela y, como si le sacara brillo, frotó el oscuro artefacto hecho de metacrilato.

Camila se acercaba a la sala La Valla, ubicada en las inmediaciones del estadio Santiago Bernabéu. Conforme se aproximaba a la entrada, veía una gran variedad de motos aparcadas a su alrededor. Muchos roqueros fumaban porros y bebían cervezas alrededor del parking. Cada vez que la puerta de gran envergadura del lugar se abría, una gran bocanada de humo blanco escapaba del interior.

Segura de sí misma aunque algo perdida mientras intentaba divisar a alguien conocido, Camila caminó hacia la entrada.

—¡¡¡Cala!!! —gritó La Barbie desde un extremo del parking, acercándose a ella.

—¡Hey, Barbie! ¿Cómo estás? —respondió eufórica al verla, como si de su mejor amiga se tratara.

—Bien, tía. Estaba aquí afuera fumándome un porro. No te esperaba. ¿Y a dónde vas tú tan provocativa? —señaló al verla tan sexy.

—No me podía perder este conciertazo. —afirmó.

—Ya sé. Está buenísimo. Sito está tocando. Hay un ambientazo que te cagas. ¿Entramos? Los demás ya están ahí. Me muero por una cerveza bien fría —concluyó tirando de su brazo.

—Sí, claro. Vamos.

Cruzaron juntas el parking y abrieron la pesada puerta de la entrada, recibiendo al instante en sus rostros una ola de humo denso que les nubló la vista hasta que la atravesaron.

Dentro del bar reinaba un ambiente compacto, lleno de cabezas rapadas. Todos bailaban y gritaban al son de las canciones que los músicos y el vocalista de la banda de rock interpretaba desde el fondo, subidos en un pequeño escenario. Se notaba que era una banda de rock bastante seguida por toda esa gente. Caminar entre ellos era casi infranqueable y desagradable al mismo tiempo, pues muchos, debido al calor generado por la aglomeración, se habían quitado la camiseta para sentirse más frescos. Eso implicaba rozar sus cuerpos y embadurnarse con su pegajoso sudor.

Como podían, Camila y La Barbie atravesaban toda esa marabunta de personas descargando adrenalina. Camila intentaba camuflar la incomodidad que le producía estar allí, junto a esa bola de locos, rozándose con su transpiración, recibiendo empujones y pisadas sin cesar. La Barbie la agarró de su mano para no perderla durante el trayecto a la barra, donde estaban los demás compañeros, un poco más relajados que en el centro de la pista.

—Vamos —gritaba La Barbie sin soltarla.

Después de varios minutos consiguieron llegar.

—Está imposible atravesar por ahí —comentaba La Barbie, agitada —. Me encontré a Cala en la entrada.

—Hola, chicos. ¿Cómo están? —saludó, como si le diera alegría verlos.

—Hola, guapa. Dame dos besos —respondió Rulo con rapidez, acercándose a besarla—. Por cierto, ella es Pitu. Pitu, ella es Cala, la nueva integrante.

—La vi en su ceremonia de integración. ¡Qué guapa eres, tía! Por cierto, menuda buena le diste a La Barbie, ¿eh? —replicó Pitu y todos rieron.

—¡Sí, eh! Esta mujer es de armas tomar. Cuidado con ella, que me dejó la ceja rota —intervino La Barbie.

Camila saludó a Rulo, que también estaba en la barra junto a El Chulo, a quien no veía desde el día de la ceremonia.

—Ya veo que se curaron esas heridas —le dijo El Chulo, agarrándola por la cintura.

—Una ronda de birras, ¿no? —propuso Rulo—. Ponte seis birras, Charly —ordenó al camarero.

El chico de la barra destapó las seis cervezas y las colocó sobre la barra. Rulo sacó un billete de cincuenta euros y las pagó. Cada uno agarró una y colocados en círculo, mirándose a los ojos, levantaron los botellines y los chocaron entre sí.

—Por la nueva integrante —gritó La Barbie.

—Sí, por más mujeres en la banda —voceó Pitu.

Todos gritaron y, acto seguido, dieron un buen trago a sus refrescantes cervezas. Hasta Camila disfrutó del frío líquido deslizándose por su garganta, dado el calor que hacía dentro de la sala,

—Oye, Rulo. ¿No tendrás un poco de coca? — le susurró Pitu al oído, ansiosa.

—Joder, tronca. Siempre estás igual. No, no tengo. Págate tu droga, tía —respondió Rulo, molesto.

—Ok, ok. Está bien. Relájate —asumió Pitu.

Todos juntos saltaban y cantaban las canciones del grupo, animando a Sito, que tocaba el bajo y cantaba junto a otro vocalista.

Camila intentaba tararear la letra de unas canciones que ni se entendían, en un intento por aparentar su fanatismo y lealtad hacia la banda.

Sito, desde el pequeño escenario, visualizó a Camila, y al mismo tiempo en que chillaba al micrófono, le lanzó una sonrisa acompañada de un guiño.

Luego del variado repertorio de canciones, pese a que todas sonaban igual, y después de varias cervezas, el concierto llegó a su final. La gran mayoría de los asistentes salían a la calle a tomar un

poco de aire fresco, dejando la sala un poco más libre, pero con un horrible olor a humanidad.

Minutos más tarde, Sito se integraba al grupo en la barra, y todos, incluso Camila, lo recibían con un grito de festividad.

—Estuviste increíble, hijo de puta —replicaba Rulo, dándole un abrazo.

Todos los demás también lo abrazaron y felicitaron.

—¡Felicidades! Lo diste todo en el escenario —lo elogiaba Camila.

—Charly, una ronda para todos. Yo invito —voceó Sito.

Charly volvió con el pedido. Cada uno agarró su cerveza, y al son de gritos de euforia, las chocaron.

Las miradas de El Chulo hacia Camila fueron constantes durante toda la noche. Ella interactuaba con todos, sin embargo, cuando captaba esos vistazos ella contestaba en ocasiones con una sutil sonrisa.

—¿Salieron de cacería? —preguntó Rulo, luego de haber estado enfermo de bronquitis una semana.

—Sí. El otro día agarramos a un puto rumano y le dimos lo suyo. ¿Te acuerdas, Chulo? ¡Cómo gritaba el hijo de puta! A ver si así aprenden que aquí no los queremos —contaba El Bolo, mofándose al recordarlo.

—Sí, lo recuerdo. Esa noche me llevé bastante sangre rumana impregnada en mi martillo —admitió El Chulo con tono de vencedor.

—Aparte, ese día tuvimos doblete —recordaba La Barbie.

—¿Cómo doblete? —pregunto Camila queriendo conocer más.

—Sí, así fue. Por la tarde agarramos a un maricón por la calle y le pegamos una buena leña. Ahí se quedó, lloriqueando en el suelo con la cara llena de sangre. ¡Qué risa! —contaba Sito, carcajeándose y ridiculizando el suceso.

—¡Putos maricones! Están por todos lados. Hay que acabar con ellos poco a poco —dijo El Bolo.

—¿Se acuerdan de aquella paliza que le dimos aquella parejita de maricas fotógrafos en el parque? —preguntaba Rulo, recordando el acto.

Camila escuchaba atenta cómo hablaban, con total naturalidad, de los atroces actos que perpetraban en contra de las personas que para ellos no encajaban en su mundo. Lo contaban como si de un divertido juego de niños se tratara. En ese instante, cuando dedujo que estaban hablando de la brutal paliza con que le arrebataron la vida a su hermano, sufrió un ataque de furia que tuvo que controlar bebiendo un largo trago de cerveza.

—Sí. En esa estaba yo. Les dimos una buena. De hecho, uno de ellos la palmó. Salió en las noticias, ¿recuerdan? —dijo La Barbie.

—Pues uno menos, ¿no? —anotó El Chulo, y tos se rieron.

—Ya te digo, tendríamos que acabar con todos —replicó Sito.

La dureza del rostro de Camila se quebraba poco a poco al escuchar cómo hacían mofa de la muerte de alguien. Pero no podía dejarse llevar por el dolor, así que tragó saliva y fríamente gritó:

—¡Fuera los maricones!

—¡¡¡Fuera!!! —gritaron todos al mismo tiempo, chocando sus cervezas.

—¡¡¡Si!!! Hay que acabar con todos —continuó Camila gritando—. Ojalá hubiera estado yo ahí. Los hubiera reventado. ¿Y quién fue el campeón que mató a ese maricón? Que le invito a una cerveza ahora mismo.

Todos miraban a Camila extrañados de esa repentina reacción tan eufórica en contra de los gays.

—¿Quieres saber quién lo mató? —preguntó Rulo acercándose a Camila, pegando su cara muy cerca de la suya—. ¡Qué importa!, ¿no? ¿De verdad quieres saber?

—Sí, quiero saber quién de todos vosotros tuvo los huevos de matar a uno de esos maricones que inundan esta ciudad. Por qué ese hijo de puta es mi puto ídolo —dijo Camila, mascullando palabra por palabra, mientras colocaba lentamente el corazón de su collar en el centro de su pecho.

El Chulo sonreía, impresionado de ver el carácter de Camila.

—Pues el que lo mató fue… —intervino Sito en el centro del grupo —. Todos… Fuimos todos. Somos uno por la causa.

—Sí, todos. ¡Por la causa! —anotó El Chulo elevando la voz.

A lo que todos, incluida Camila, gritaron:

—¡Por la causa!

Ya pasaba de la media noche. La fiesta en La Valla llegaba a su fin. Camila ya se sentía mareada de tanta cerveza ingerida. Se despidió de todo el grupo y salió en busca de un taxi, para dirigirse a su casa.

Mientras cruzaba el parking, caminando entre las motos que estaban aparcadas sobre la explanada, la brisa fresca golpeó su rostro. Las lágrimas de rabia y angustia que corrían por sus mejillas eran de inmediato limpiadas con las yemas de sus dedos. Al mismo tiempo apretaba con fuerza sus puños, sintiendo el dolor de la impotencia clavándose en las palmas de sus manos. Sus lágrimas quemaban su piel, golpeando su corazón al mismo tiempo en que su cuerpo temblaba de desesperación. Pero tenía claro que esa ira que iba creando en su interior, junto a esas dolorosas lágrimas que quemaban, eran la fuerza que necesitaba para seguir en esa disfrazada vida. Cerró sus ojos y contempló la oscuridad no definitiva salpicada de centellantes luces.

—¡¡¡Cala!!! —gritó El Chulo desde el parking, montando en su moto, arrancando el motor y acercándose a la carretera donde se

encontraba Camila esperando al taxi.

—Monta, te llevo a casa —propuso El Chulo.

—No te preocupes. Me iré caminado, dando un paseo. Me gusta la brisa de esta noche —respondió.

—No dejaré que andes sola por esta zona, puede ser peligrosa —advertía.

—¿Que me va a pasar? ¿Me pueden golpear miembros de alguna banda? O peor, ¿me pueden violar? —dijo sarcástica—. Gracias, pero sé cuidarme sola —concluyó y caminó calle abajo.

El Chulo no entendía bien la actitud de Camila, y la siguió montado en su moto.

—Cala, por favor, súbete a la moto. Y por supuesto que cualquiera te puede hacer algo. ¿Porque esa actitud tan rebelde? —preguntó desconcertado.

Camila se dio cuenta que su ira contra los miembros de la banda Martillo Blanco estaba a punto de estallar, pero debía contenerse. No podía echar a perder todo lo que había sacrificado y conseguido hasta ahora.

—Soy una Martillo Blanco, rebelde y peleonera. Nadie me pondría un dedo encima, porque si no, se las vería con mi banda, y ellos no juegan con fuego, queman directamente.

—Así es. Si me entero de que alguien te pone un dedo en cima, se las verá conmigo. Anda, sube —comentó con una sonrisa de complicidad, ofreciéndole el único casco que llevaba en su brazo.

Camila, sin pensarlo, se colocó el casco, subió a la moto y encajó sus brazos alrededor de la dura y ancha cintura de El Chulo.

La moto arrancó a gran velocidad calle abajo, en dirección al apartamento de Camila. Durante el recorrido, pararon justo frente un semáforo en rojo. Mientras El Chulo agarraba con una de sus manos envuelta en un guante las frías manos de Camila, intentando calentarlas, Ella recordó de repente ese semáforo. Fue donde se topó por primera vez con la banda, después de presenciar cómo le propinaban una paliza a un chico de color.

El semáforo cambió a verde y la moto salió disparada de nuevo. Al cabo de unos minutos de ir esquivando coches a gran velocidad, llegaron al edificio donde, se suponía, Cala vivía con su tía.

Camila bajó de la moto, se quitó el casco y se lo devolvió a El Chulo.

—Gracias por traerme. Buenas noches —dijo despidiéndose y dándole un cordial abrazo.

Justo cuando se iban a separar, El Chulo la agarró fuerte de la cintura y la miró a los ojos. Ella le aguantó con su mirada retadora. A él no le gustaba que lo retaran. Pese a que ella era una mujer seductora y perspicaz, esos juegos de seducción con él eran peligrosos.

Sin dudarlo, acercó con su fuerza y sin escapatoria su cuerpo al de ella. Los labios de ambos quedaron a pocos centímetros de distancia, sintiendo la respiración uno del otro. Los carnosos y húmedos labios de El Chulo comenzaron a rozar la seca, fría y temblorosa boca de Camila. Esta entraba en calor al sentir cómo se mojaban los suyos, deslizándose lentamente allí donde la lengua entraba en acción.

Por unos instantes Camila comenzaba a disfrutar, pero de inmediato sintió el veneno de esos jugosos besos, y como pudo se zafó, retirando su cara. Ambos se separaron y clavaron sus miradas el uno en el otro por unos segundos, sin pronunciar una sola palabra.

17

Camila se sentía cada vez más integrada con la banda. Puesto que La Barbie se convirtió en su guía, la relación entre ellas se volvía cada vez más cercana, pese a los celos que sentía esta, provocados por el descarado interés que El Chulo mostraba hacia Camila. Pero su lema era el famoso dicho: “Si no puedes con tu enemigo, únete a él”. La Barbie era una mujer muy astuta y manipuladora. Sabía muy bien lo que hacía.

Durante su adolescencia era insegura y solitaria. Fue por aquella época que El Chulo se cruzó en su camino, quien luego de conocer su fuerte carácter y determinación, terminó captándola para que formara parte de la banda. Ella en ese momento no se lo pensó, pues se encontrada en un momento de su vida llena de complejos y traumas, totalmente perdida, buscando amistades e identidad. Y lo que vio en El Chulo desde que se cruzó con él, fue seguridad, además de sentir una instantánea atracción física.

La infancia de La Barbie no fue nada fácil. Era hija única de unos padres religiosos con los que desde muy joven no encajó en su forma de pensar. Experimentó eventos traumáticos desde muy temprana edad, como ser testigo del dolor de otros, lo que fue emocionalmente devastador para la niña que era. Algunas personas que no cuentan con el apoyo adecuado en el momento del trauma pueden acarrear daños psicológicos de larga duración. Todo esto la llevó a tener miedos y problemas para relacionarse con los demás, motivo por el que siempre fue una niña muy retraída.

Vivía en un pequeño pueblo de la Costa Brava llamado Colera, en la provincia de Gerona, a tan solo diez kilómetros de la frontera con Francia. Por su cercanía con el país vecino, hablaba perfectamente el idioma francés.

Un verano, con diecinueve años recién cumplidos, salió con sus amigas a las fiestas de su pueblo y conoció a Antoine, un empresario francés dieciocho años mayor que ella que pasaba unos días de ocio en la Costa Brava. El francés tardó solo un par de segundos en quedar

hechizado por ese hermoso rostro de ojos azules, piel aterciopelada y melena dorada.

Luego de pasar juntos varios días sin salir de la habitación del hotel, practicando sexo salvaje, y sin separarse ni un solo momento, La Barbie tomó la repentina y descabellada decisión de marcharse con él. Su aburrida vida y la mala relación con sus padres la incitaron a mudarse al país del amor con alguien que conocía de tan solo unos días, pero que le aportaba algo diferente a su día a día. Hizo una pequeña maleta con lo necesario, dejó una nota sobre su cama despidiéndose de sus padres, y partió hacia la tierra de los *Croissants* y el *Foie Gras*.

Sus padres no entendían esa repentina huida. Intentaron varias veces convencer a su hija rebelde de que regresara a casa, recibiendo siempre una negativa. Al final terminaron por respetar su decisión, dejándola libre, puesto que ya era mayor de edad.

Al principio vivía en un sueño. Todo era perfecto al lado de Antoine. Vivían en una casita de color azul frente a la costa francesa, en la ciudad de Marsella. Aunque varios meses al año se la pasaba sola, siempre estaba abastecida de todas sus necesidades. Antoine constantemente viajaba solo a la ciudad de Lyon, pues allí tenía sus empresas y debía atenderlas. La Barbie no entendía por qué nunca podía acompañarlo, provocando este asunto constantes discusiones entre ellos.

Al cabo de cuatro años, y de una vida solitaria debido a las largas ausencias de Antoine, La Barbie decidió indagar más en su misteriosa vida. Luego de varios meses de investigación, con las pocas pistas que pudo conseguir de la hermética vida de su pareja, agarró un tren dirección a Lyon.

Ya en Lyon, luego de hospedarse en un motel, siguió la pista de la empresa a nombre de Antoine Bernard y obtuvo una dirección. Allí esperó, oculta cerca de la entrada. Cuando lo vio salir en su coche, subió a un taxi y siguió todo su recorrido, cuyo destino fue el distrito 4, en una de las zonas más cotizadas de la ciudad llamada *La Croix-Rousse.*

A las siete de la tarde, dentro de ese taxi, y frente a esa lujosa casa, volvió a sentir un duro golpe de dolor en su corazón, haciéndola recordar el primero que sufrió a los cinco años de edad. Cuando Antoine bajaba de su coche, una niña de aproximadamente seis años salía corriendo por la puerta principal de la casa a abrazarlo. Luego del abrazo ambos caminaron agarrados de la mano hasta la entrada de la casa, donde una atractiva mujer de melena negra y vestimenta elegante lo recibía con un beso.

La Barbie no pudo controlar el dolor de ver frente a ella que Antoine llevaba una doble vida. Darse cuenta de haber vivido

engañada durante cuatro años elevó sus niveles de adrenalina y su presión sanguínea, inundándola de ira. Sin pensarlo, salió del taxi, corrió hacia la entrada de la casa y se abalanzó sobre él, tirándolo al suelo, golpeándolo al mismo tiempo que lo insultaba. Su esposa, anonadada ante lo que estaba ocurriendo y sin entender nada, llamó de inmediato a la policía, mientras intentaba separarla de su marido que era golpeado con cólera desbordada ante los ojos de su hija de seis años.

La policía llegó y arrestaron a La Barbie, pues Antoine negó conocerla, declarando que jamás había visto a esa joven en su vida. Luego de pasar varios días arrestada, y al no tener sus papeles de residencia en regla, fue deportada a España. Tras lo ocurrido, regresar a casa de sus padres no era una opción. Se quedó en Madrid viviendo como podía, adentrándose en el mundo de las drogas y la delincuencia.

Un día en que no tenía nada para echarse a la boca y el hambre hacía sus estragos, entró a un supermercado, donde robó algo de comida. Al ser descubierta, salió corriendo con lo que había agarrado, perseguida por el dueño, que les gritaba a unos oficiales de policía que caminaban por la calle. La Barbie era como una gacela si de huir se trataba. El Chulo, que se encontraba sobre su moto parado en un semáforo en rojo, observó la escena de los tres hombres corriendo tras una chica delgada que llevaba bolsas de comida en las manos. Arrancó su moto, alcanzando a La Barbie e invitándola a subir. Esta no tenía otra alternativa si no quería acabar en comisaría, y sin dudarlo se trepó con él. El Chulo aceleró calle abajo, perdiéndose entre los coches, dejando atrás a los policías, exhaustos y con la lengua de fuera.

Y así fue cómo los caminos de La Barbie y El Chulo se juntaron. Poco después se celebraba su ceremonia de integración, recibiendo su pañuelo blanco, para ser parte de la banda Martillo Blanco.

Esa tarde habían quedado solo las chicas de reunirse en casa de Pitu. Camila caminaba hacia la dirección que La Barbie le había mandado con anterioridad, cubriéndose de la fresca brisa de ese día nublado con su *bomber* negra. El lugar se ubicaba en unos viejos edificios multifamiliares en el barrio de Aluche, un vecindario con sabor colombiano en cada esquina gracias al asentamiento de ciudadanos latinoamericanos, destacando en cantidad los provenientes de Colombia. Por sus calles y en los balcones de los apartamentos había banderas de sus naciones de origen, predominando entre todas ellas la del país del café.

Eran las cuatro con diez de la tarde cuando llegó al número 16 de la calle Camarena. Tocó el timbre del apartamento 4C en el portero que estaba en la entrada del edificio.

Justo en ese instante la puerta se abrió y un chico de unos veinticinco años salía, con un pitbull algo agresivo amarrado a una cadena, asustando a Camila.

—¡Jodido perro! —gritó, dando un salto hacia atrás al abalanzarse el perro sobre ella.

—A ver, chica, relajáte, que el perro no hace nada —reclamó el joven con acento colombiano.

—¿Sí? ¿Quién es? —contestó Pitu a través de interfón.

—Yo, Cala, ya subo.

Camila subió a pie los cuatro pisos por las escaleras, pues el edificio no tenía ascensor. Pitu la esperaba en la puerta del apartamento.

—¡Cala, qué gusto verte! —comentó Pitu, al tiempo que extendía sus brazos para darle un abrazo y dos besos, percibiendo Camila su aliento alcohólico.

—¡Ufff! Me quedé exhausta al subir. Definidamente estoy súper desentrenada. ¿Cómo le haces para subir a diario varias veces? —expresaba Camila agitada.

—Bueno, sí, las primeras veces cuesta, pero una vez que te acostumbras ya ni las sientes. ¿Y La Barbie? ¿Pensaba que venía contigo? —preguntó Pitu—. Pásale. Te traeré un vaso de agua, que te me vas a ahogar.

—Me dijo que llegaría un poco más tarde, que tenía un asunto que resolver —explicaba, mientras entraba por la puerta, se quitaba su *bomber* y la dejaba en un perchero que había en la pared, al lado derecho de la entrada.

Camila se acomodó en el sofá, observando todo el departamento, algo desordenado y no muy limpio. En ese instante una gatita gris se acercó a sus piernas, frotando su cabeza contra ellas.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás? —decía al mismo tiempo en que acariciaba su lomo.

Una segunda gata, también de color gris, pero con las orejas blancas y de ojos verdes muy brillantes, apareció por el filo del respaldo.

—Pero si aquí hay otra. ¡Hola, pequeña! ¡Pero qué ojos tan bonitos! —comentó, sobando su pelaje.

Ambas gatas se postraron en sus piernas, ronroneando y frotándose con ella.

Cuando los gatos se acercan a una persona desconocida rozando su cara, es para marcarle su olor. Esta es su manera de reconocer que el visitante forma parte de ese entorno y es bienvenido, aceptado por su

energía positiva. Los gatos son animales que notan el estado de ánimo y los sentimientos de las personas. Ellos perciben cuando estamos tristes, felices, nerviosos, angustiados, preocupados o deprimidos. No es extraño que tengan la capacidad de detectar en las personas lo que nosotros no podemos. Si un gato eriza su pelaje, sin motivo evidente, y sale corriendo cuando alguien en específico entra, o si lo observa escondido, quizás se deba a que ha percibido un tipo de energía perturbadora en esa persona.

—Ten. Es del grifo. ¿Quieres hielos? —preguntó Pitu, ofreciéndole un vaso de agua.

—Gracias, así está perfecto.

—¿Pero quieren dejar de ser pesadas? Qué raro que se te acerquen de esta manera. Normalmente no son así con nadie —dijo, espantándolas para que se alejaran de Camila—. Las rescaté de una caja de zapatos que encontré al lado de un contenedor, atraída por sus maullidos. Creo que son hermanas, pues eran del mismo tamaño. Son muy cariñosas, pero algo temerosas y ariscas con los extraños.

—No te preocupes. Amo a los gatos. De hecho, tengo una gatita persa.

Pitu tomaba un vaso corto y se ponía tres dedos de whisky.

—¿Quieres un poco? —preguntó, mostrándole la botella a la mitad del whisky barato DYC—. También tengo algunas cervezas en la nevera.

—No te preocupes, Pitu. De momento estoy bien así, gracias.

Pitu se sentó a su lado, perdiendo un poco el equilibrio debido a que ya había ingerido varios tragos de whisky.

Camila percibía en Pitu a una mujer buena, pero con muchos problemas emocionales. Deducía que su vida no había sido sencilla y quería saber más sobre ella. Le intrigaba, en especial, cómo fue que llegó a la banda, pues su perfil era muy diferente a las demás mujeres del grupo.

—¿Y cómo te sientes en Madrid, Cala? ¿Y en esta nueva banda? —preguntaba Pitu, mirándola con los ojos brillantes—. Eres muy bonita para estar en este mundo.

Pitu era tan solo dos años mayor que Camila, pero por culpa de sus adicciones a la droga y al alcohol, su físico había envejecido notoriamente, luego de perder la mayor parte de grasa de su rostro.

—La verdad muy bien. Extraño a mis colegas de Valencia, para qué te voy a decir que no, pero los chicos me recibieron muy bien, y me siento como en casa. —anotaba Camila.

—Entiendo. Eres muy guapa, Cala. Podrías tener un trabajo digno, y formar una bonita familia.

Camila la observaba con atención, mientras colocaba su collar de corazón a la vista.

Pitu le dio un largo trago a su vaso, acabándose todo el whisky que quedaba. Seguidamente sacó una pequeña bolsa de cocaína, cargó en la uña de su dedo meñique una buena cantidad, y rápidamente la aspiró por uno de los orificios de su nariz.

—¿Quieres un tiro? —le ofreció con su uña.

—No, es muy temprano, Pitu. Prefiero llevarla tranquila hoy —admitió Camila.

—Está bien. Perdón. No debería ni ofrecerte de esta mierda de la que me resulta imposible alejarme —expresó, tropezándose con las palabras y bajando la mirada.

—Tranquila. Lo que necesites, aquí estoy para ayudarte —admitió Camila, acariciando su brazo.

—No entiendo cómo llegué a esta situación. Mi vida hace seis años era muy diferente. A veces cometemos errores y estos traen duras consecuencias. Yo casi no tomaba alcohol y jamás había probado las drogas. Tenía mi trabajo en una peluquería, un hermoso pelo rizado, un novio del que estaba locamente enamorada… Pero un día todo cambió. Caí en un oscuro hoyo negro del que ya no pude salir. Y casi sin darme cuenta, al poco tiempo ya estaba parando golpes en la ceremonia de admisión a la banda Matillo Blanco.

—¿Y por qué? ¿Por qué entraste a la banda si tú no seguías sus creencias, su filosofía, su estilo de vida…?

—Eso ya no importa, Cala. Ya es demasiado tarde. Mírame, soy una puta yonqui. ¿Te puedo dar un consejo?, No confíes en nadie de la banda. He notado cómo te mira El Chulo. No caigas en sus brazos. Sabe muy bien cómo embaucar a las mujeres y está acostumbrado a que todas caigan rendidas a él. Si eso ocurre, más tarde tendrás que lidiar con la malicia de La Barbie.

—La Barbie no me da ningún miedo —afirmaba Camila, que escuchaba con total atención.

—No tienes idea de lo que esa mujer es capaz de hacer por mantenerlo alejado de cualquier otra chica. Desde el momento en que te conocí, supe que no eras uno de ellos, y que no te llamas Cala —declaró Pitu, mirando fijamente a los tensos ojos de Camila—. Tranquila, todas lo hacemos. Yo me llamo Patricia, y también finjo ser lo que no soy.

Camila estaba desconcertada, luego de escuchar lo que la voz embriagada de Pitu le decía. En ese momento, en el que apartaba su mirada hacia una ventana que había al lado derecho, se percató de que junto a esta había una pequeña cocinita de juguete y varias muñecas.

—¿Y esas muñecas? ¿Tienes una hija? —inquirió, cambiando de tema.

—Sí, tengo una hija que acaba de cumplir tres años. Se llama Noa y

vive con mis padres, en Valladolid —expresaba Pitu con añoranza y tristeza a la vez.

Camila aprovechó la situación en la que Pitu se encontraba, ese estado de ebriedad que hace la gente confiese más de lo que debería, para intentar sacarle algo de información que le sirviera.

—Noa. ¡Qué bonito nombre!

—Sí, es precioso. Recuerdo que a una semana de dar a luz aún no sabía qué nombre ponerle. Una noche, viendo la televisión, vi el anuncio de un perfume llamado Noa de Cacharel, en el que aparecía una niña hermosa. Me cautivó tanto ese rostro que imaginé en esa modelo a mi pequeña, y por eso su nombre es Noa.

—¿Y por qué está con sus abuelos y no contigo?

—Un día se me fue la mano con la cocaína. Sufrí una sobredosis y perdí el conocimiento. Recuerdo que Noa tenía solo diez meses, aún ni caminaba, pero era muy ágil y se movía con facilidad gateando. El cristal del balcón quedó semiabierto, y por allí se salió. Vecinos de alrededor la vieron gateando cerca de las rejas y llamaron a los bomberos, que rápidamente llegaron a auxiliarla, evitando que ocurriera una desgracia. Pero conmigo fue un poco diferente. Al entrar al apartamento me encontraron en un estado crítico. Llamaron de urgencia a una ambulancia, que me llevó rápidamente al hospital donde lograron salvarme la vida.

—Espeluznante historia, Pitu.

—Pero ahí no queda todo. Yo no tenía muy buena relación con mis padres desde que me quedé embarazada de alguien que nunca conocieron. Después de lo ocurrido, los servicios sociales me quitaron a Noa, declarando que estar conmigo era perjudicial para su salud y educación. Dictaron que hasta que yo quedara limpia por completo de sustancias, y tuviera un trabajo estable que me permitiera darle una buena vida a mi hija, no podría tener su custodia. Al ser madre soltera, la tutela fue dada a mis padres. Una vez al mes vienen a Madrid para que yo pueda estar con ella. Ese día es el momento más hermoso de cada mes. La extraño mucho, pero sé que ella está bien cuidada por sus abuelos. Tengo la esperanza de que algún día saldré de toda esta mierda que me rodea y pueda estar con ella, las dos juntas, y jamás separarnos. Pero de momento no puedo. No puedo, Cala —admitió, rompiendo en llanto y abrazándose a Camila.

—Yo sé que lo conseguirás. Tarde o temprano podrás estar con ella. Solo tienes que ser fuerte, constante, y poner de tu parte.

—Gracias, de verdad. Nunca había hablado de esto con nadie, y hay veces que siento la necesidad de sacar todo este dolor.

—¿Y por qué su padre nunca se quiso hacer cargo? —preguntó, indagando más.

—¿Su padre? Ese fue mi peor error. Él ni siquiera sabe que es

padre. Nunca le conté que esa hija era de él. No era el padre que yo quería para ella y preferí guardar el secreto.

—Pero eso es ser egoísta, Pitu. Es su hija y el merece saberlo. Las personas cambian. Nunca se sabe el impacto que puede causar una noticia así. Puede ser positivo para él —comentó Camila.

—Tú no lo entiendes, Cala. Te aseguro que si ese hombre fuera el padre de tu hija, te irías muy lejos con tu bebé —advertía Pitu, con un tono de voz más elevado.

—No pensamos igual, Pitu. Sigo diciendo que ese hombre debería saber que tiene una hija.

—¡No, no y no! Jamás le diré a ese desgraciado del El Chulo que es el padre de mi hija —gritó de coraje.

Camila se quedó paralizada al conocer la identidad del padre de Noa. A Pitu le cambió el semblante en su rostro al escapársele su secreto más guardado.

El timbre del interfón sonó y Pitu corrió a contestar.

—¿Quién es…? Sí, sube… —colgó—. Es La Barbie. Te pido, por favor, no digas nada, ni una palabra de todo esto que te dije. Te lo suplico —rogaba Pitu, con miedo y desesperación.

18

La Barbie entraba por la puerta con un paquete de seis cervezas. Las gatitas, que andaban relajadas por el salón cerca de las piernas de Camila, al notar su presencia se erizaron y bufaron, levantando sus patitas delanteras, amenazando con arañar.

—¡Jodidas gatas! Siempre están locas. Adiéstralas un poco — comentaba La Barbie, poniendo mala cara a las felinas y dando un paso atrás.

—Pero si estaban supertranquilas. Fue ahora que llegaste tú que se pusieron así. ¡Vosotras, relájense! ¡Venga, a su cama! —ordenaba a las gatas con un unas leves palmadas.

—Vaya, ahora resulta que soy yo la que les cae mal. ¡Vamos, no me jodas!

—Venga, pasa.

Pitu y Camila contenían la risa por el susto de La Barbie mientras la saludaban y recibían con un efusivo abrazo.

—¿Ya me extrañaban? —anotaba esta, dejando las cervezas sobre la mesa—. Ten una para ti, y otra para ti. Aprovechen, que están fresquitas. Las acabo de comprar en el chino de abajo.

—Gracias, Barbie —dijo Camila, volviéndose a sentar en el sofá junto a Pitu.

La Barbie ocupó uno de los viejos sillones que había en uno de los extremos.

—Bueno, y… ¿qué hacían? ¿De qué hablaban? —preguntó, mientras se preparaba un porro.

—De nada en concreto, sin más. Solo pasábamos el rato —musitó Pitu, mirando a Camila.

—¿Y esos ojos? Ya vas hasta el culo, ¿verdad? —acusó La Barbie a Pitu con todo despectivo—. Tú no cambias, ¿eh?, ni porque tienes visitas.

—Bueno, ya está bien, Barbie. Deja de juzgarla. Ya es mayorcita — escupió Camila defendiendo a Pitu.

—Ok, ok, está bien ¿Ya sois mejores amigas o qué? —bufó

riéndose.

—La que no cambia eres tú, Barbie. Siempre igual —intervino Pitu, sacando su bolsa de coca y aspirando todo lo que pudo de ella. Finalmente mojó su dedo, lo introdujo en la bolsa, consiguiendo que los últimos restos de polvo se le pegaran, y se lo metió en la boca, chupándolo como un caramelo.

—¡Bueno, ya! ¿Dónde andabas, Barbie? ¿Por qué llegaste hasta ahora? —preguntó Camila interesada.

—Asuntos personales que tuve que atender, así les di tiempo para que pudieran conocerse mejor. ¿Quieres porro? —preguntó, ofreciéndole.

—No, gracias. Así estoy bien —respondió.

—A ti ni te ofrezco, porque ya vas fina —dijo a Pitu, volviéndose a mofar.

—Bueno, ¿cuál es tu problema? —respondió Pitu, molesta.

—Oye, te me relajas, ¿eh? Que no estoy diciendo ninguna mentira. Además, mira lo que te traía, gilipollas —respondió, mostrándole una pequeña bolsita transparente con cocaína en su interior.

—Ok, ok, está bien, perdón —susurró Pitu, bajando la mirada y el tono de voz al ver el objeto de su mayor adicción.

—¿La quieres?

La Barbie agarraba la pequeña bolsa con dos de sus dedos, jugando con ella y con Pitu como si de un hueso y un perro hambriento se tratara.

—¡Suficiente, Barbie! —manifestó Camila, levantándose y arrebatándole la bolsita de coca—. Qué falta de ética. Estás viendo su problema y bromeas de esa manera tan sucia. Esta puta mierda es muy peligrosa. Estas jugando con su vida.

En ese instante Camila descubrió cómo La Barbie manipulaba a Pitu, con su punto más débil, su adicción a la cocaína.

—No, Cala, dámela —suplicaba Pitu por la bolsita.

—¡Vamos, no me jodas, Cala! ¿Ahora resulta que eres activista antidrogas? —replicó con una carcajada.

—Y tú, Pitu, ¡párale ya también! ¡Basta de meterte esta mierda! ¿Quieres recuperar a tu hija? ¿Quieres tener una mejor vida? Pues vas por el camino equivocado —expresaba Camila irritada.

Pero Pitu no la escuchaba, solo seguía de rodillas, llorando, suplicando por la cocaína.

—Por favor, la necesito, Cala.

—¡Guau! Ya le fuiste a esta con la triste historia de la mamá drogadicta a la que le arrebataron a su hijita —dijo La Barbie con crueldad.

—¡Cállate ya, hija de puta! ¡Estoy harta de ti! —gritó Pitu desde el suelo, arrodillada, fuera de sí.

—¡Uy!, ya se cabreó. Mira, yo me piro. Paso de aguantar a esta loca— concluyó La Barbie, levantándose y recogiendo sus cosas.

—¡Por favor, Cala! Dame la coca. Te lo suplico —seguía rogando Pitu.

Camila la miraba angustiada. Se le rompía el corazón al verla actuar de esa manera, pero también sabía las locuras que podía cometer una persona adicta al no tener su dosis o por conseguirla.

—¡Ya dásela, joder! ¿No ves que le va a dar algo? —intervino La Barbie, quitándole la bolsa a Camila y lanzándosela al suelo a Pitu.

Pitu la atrapó velozmente, como si hubiera sido un tesoro. Agarró de ella una generosa dosis con la uña, y en un segundo la inhaló, sintiendo al instante una placida paz, cayendo luego al suelo, feliz, con los ojos perdidos y una sonrisa en su rostro.

—Vámonos, Cala. Dejémosla en su mundo —propuso La Barbie.

—Pero no podemos dejarla así, en ese estado —comentó Camila preocupada.

—¡Por favor, Cala! Ese es su estado de todos los días, y así es feliz. ¡Vamos, Teresa de Calcuta!

La Barbie tiró de su brazo y juntas salieron del apartamento, dejando la puerta entreabierta. Luego caminaron por las calles del barrio de Aluche hasta llegar a la estación de metro más cercana, donde tomaron el tren en dirección al centro de la ciudad.

Durante el recorrido Camila no paraba de pensar en el estado en que dejaron a Pitu, y en todo lo que le había dicho sobre la banda.

—¿No me jodas con que sigues pensado en esa drogadicta? Tranquila, no le va a pasar nada. Tiene su droga. Preocúpate cuando no la tenga, ahí sí es cuando puede cometer una locura —comentaba La Barbie, rompiendo el silencio de Camila y quitándole importancia al asunto.

—Nunca había visto a una persona rogar de esa manera por droga. No puedo quitarme esa imagen de mi cabeza —admitió Camila.

—¿Pues de dónde has salido tú? ¿De un convento? ¡No me jodas! Todos sabemos cómo es Pitu. Se acuesta con cualquiera por una jodida raya de coca. Por eso es que no sabe ni quién es el padre de su hija —asumía La Barbie.

—¿Estás segura de que no sabe quién es el padre? —preguntó Camila con tono retador.

—¡Qué va! Puede ser cualquiera de la banda, o vete tú a saber.

—Yo no estaría tan segura. Claro que sabe quién es. Solo es una madre protegiendo a su hija.

—¿Pero tú te crees que lo sabes todo? Apenas la conoces. No te fíes de lo que te haya podido contar —advirtió.

—Tienes toda la razón, Barbie. No me fío de nadie —admitió Camila, mientras caminaban por la Gran Vía.

—Detesto venir por esta zona. Está llena de pijas, que les pegaba un par de hostias y me quedaba tan a gusto. Míralas, qué patéticas se ven con sus bolsas de compras —expresaba señalando a las chicas que pasaban frente a ellas con bolsas de *shopping*.

—¡Mierda! Olvidé mi chaqueta en casa de Pitu —recordó Camila, al sentir un poco de frío en sus brazos.

—Si tienes frío, rápido le quitamos a alguna pija de estas su chaqueta, sin problema.

—No te preocupes. Así está bien. Mañana temprano pasaré por ella.

—Mira a esa hablando por el móvil —dijo, señalando a una de ellas con corte de melena, que venía caminando de frente.

La chica, que iba distraída, tropezó con La Barbie, que se puso adrede en su camino.

—¿Estás gilipollas o qué te pasa, pija? —la insultó.

—Perdón, perdón. Fue sin querer —dijo la chica, bajando la mirada, disculpándose con ambas—. ¿Camila? ¿Eres tú? —preguntó de repente, al reconocerla.

Camila se quedó sin palabras al ver a Zoe frente a ella.

—¿Cómo que Camila, pija de mierda? Mi amiga se llama Cala. ¿Conoces a esta pija, Cala?

—En mi vida la he visto —respondió Camila.

—Camila, pero, ¿qué te has hecho? ¿Y por qué vas vestida así? —replicó Zoe, con cara de asco.

—A ver, tronca, ¿es que no has escuchado? Que te has equivocado, que te pires, o te reviento la cabeza —la amenazó La Barbie, retadora, con el rostro a solo unos centímetros del suyo.

—Vámonos, Barbie.

—¡Eso!, váyanse a vuestro barrio, que aquí no encajáis —dijo Zoe, menospreciándolas.

—¿Qué dijiste, hija de puta? —retó La Barbie, sin opción a réplica, pues sin avisar le soltó un cabezazo directo a la nariz, haciéndola sangrar unos segundos después—. ¡El bolso para ti y el móvil para mí! —declaró, arrebatando a Zoe su iPhone último modelo y el bolso que llevaba al hombro.

—¿Qué haces, loca? ¡¡¡Socorro!!! —gritó Zoe, presionando su nariz con su mano en un intento por parar la hemorragia.

—Vámonos de aquí, Barbie. La policía va a llegar en cualquier momento —le urgió Camila.

Ambas corrieron por la Gran Vía, a los ojos de todos los que caminaban por ahí esa tarde, y se subieron a un autobús en dirección al Parque del Sur. Ya a bordo comenzaron a revisar el móvil, que aún seguía desbloqueado.

—Pero mírala. Le gustan los hombres mayores a la pija —

comentaba La Barbie, mofándose de las fotografías de su galería en las que aparecía semidesnuda, besándose con un hombre bastante mayor que ella.

Camila no despegaba un ojo de las fotos, observando cómo se divertía Zoe en la intimidad con Mauro. Sin duda, unas instantáneas bastantes embarazosas.

—Será mejor que le quites el chip y lo apagues —aconsejó Camila, a lo que La Barbie obedeció.

Empezaba a oscurecer cuando llegaron al Parque del Sur. Ya se sentía un gélido aire soplando en el entorno y la noche se anunciaba despejada. Desde ese parque se podía contemplar con facilidad el cielo estrellado, al estar apartado de las grandes e iluminadas avenidas.

Sentadas en uno de los viejos bancos, La Barbie y Camila examinaban el bolso de Zoe.

—Mira qué cartera tan chula, ¿la quieres? Es muy pija para mi gusto —dijo La Barbie, mientras exploraba lo que había en el interior.

—¡No jodas! Yo tampoco la quiero —afirmaba Camila.

—Zoe Silva Costa —leía La Barbie el DNI que había en la cartera—. ¿Solo cincuenta euros? Menuda pija pobretona. Pero si tiene varias tarjetas de crédito.

Camila observaba las tarjetas, percatándose que una de ellas llevaba el nombre de Mauro. Zoe había obtenido lo que tanto ansiaba dentro de la *Mood Magazine*, su puesto de Directora Editorial. Y lo había conseguido por medio de sus encantos femeninos, sensualidad y manipulación, no por una preparación profesional. Dejó el amor a un lado, priorizando una vida deseada, llena de lujos y acomodo económico. Sin sentido de generosidad, y con un corazón frío e inerte, alcanzó su meta, y lo hizo pensando solo en términos materialistas, siendo su único y venenoso deseo el capricho y la ambición de escalar socialmente.

—Mira este perfume. A ver cómo huele —dijo, mientras perfumaba su cuello y ropa, pulverizando también a Camila.

—¿Qué haces? Huele horrible —afirmaba esta, mintiendo, pues en realidad era uno de los famosos perfumes que ella también solía usar.

—Mira, ahora somos pijas, Cala —comentaba La Barbie, burlándose, mientras caminaba con el bolso colgado, simulado hablar por teléfono y, al mismo tiempo, pintándose con un lápiz labial rojo que halló en su interior.

Camila no pudo contener la risa al verla imitando a una pija, según ella.

En ese instante, el ruido de una moto que les sonaba familiar se fue acercando. Era El Chulo, que venía rodeando el parque y que, al verlas, se aproximó y aparcó.

—¿Y vosotras que hacéis aquí? —preguntó.

—Bueno, ¿ahora resulta que te tenemos que preguntar dónde poder estar? —expresó altanera La Barbie.

—¡Cállate Barbie! Hola, Cala. Hacía mucho que no te veía, desde la última vez —replicó, dibujando una sutil sonrisa en su duro rostro.

—Bueno, me callaré si me sale del coño. Cucha este ahora. Si vienes en ese plan, agarra tu moto y vete por donde viniste. Ahora resulta, mandándome a callar —expresaba La Barbie molesta, a lo que El Chulo no hacía ni caso, enfocándose solo en Camila.

—Estuvimos con Pitu, pasando la tarde. Después dimos una vuelta por el centro, y luego vinimos aquí a fumarnos un porro y a ver si había alguien. Pero esta noche el parque está un poco solitario —comentaba Camila.

—Sito está ensayando, y Rulo está con los demás en La Valla tomando unas cervezas. Yo me quise dar una vuelta a ver a quién me encontraba por aquí, y mira qué grata sorpresa —informaba El Chulo.

—Ah, mira qué bien. Pues nada, hoy es noche de chicas, así que sigue dándote la vuelta. Cuidado de no marearte —replicó La Barbie, incapaz de ocultar sus celos.

—¿Y ese móvil, Barbie? ¿Se lo robaste a alguien? —preguntó con una sutil mueca.

—¿Te importa o qué? Anda, ábrete, humo, puerta —concluyó, invitando a El Chulo a irse.

—Bueno, no quiero interrumpir vuestra noche de chicas. Me piro a La Valla. Ya sabes dónde encontrarme, Cala.

—Gracias Chulo, pero hoy es noche de chicas.

—Chico, ¿no entendiste o qué? “Noche de chicas”. Que te pires —ordenó La Barbie, bastante molesta.

—Adiós, Cala —se despidió El Chulo y caminó hacia su moto.

—Adiós, tira por la sombra —voceó La Barbie cuando se encendió el motor.

—¿Pero por qué te pones así, Barbie? —preguntó Camila, extrañada de su actitud.

—Yo no me pongo de ninguna manera, tía. Ni te metas. Yo y él nos entendemos —expresaba, marcando su territorio—. Además, ¿tú qué te traes con El Chulo? Noto mucha confianza entre ambos en muy poco tiempo.

—Pues la verdad es que nos llevamos muy bien, pero nada más. Aunque tengo que reconocer que está bastante bueno. ¿Estás celosa, Barbie?

—¿Yo celosa? ¿De ti? No me hagas reír, por favor —comentaba La Barbie, cubriendo su nerviosismo con una fingida carcajada.

Camila percibía los evidentes celos de La Barbie, provocados por el marcado interés que El Chulo depositaba en ella, situación de la que pensaba aprovecharse para, sutilmente, crear disputas entre ellos, y

así ir construyendo más confianza con ambos, por separado.

La brisa nocturna se hacía cada vez más fría. Camila echó nuevamente de menos su *bomber* que había dejado en casa de Pitu.

—Creo que me iré a casa, se está poniendo bastante fresco —comentaba Camila, poniéndose de pie.

—Sí, ya refrescó. Quizás me pase a saludar a los chicos a La Valla, ahora que me termine el porro —dijo La Barbie, pensativa, apurando las ultimas caladas.

—Descansa, Barbie. Nos vemos mañana

—Descansa, Camila —escupió, sacando el humo por la boca, con la mirada perdida.

—¿Cómo? —preguntó Camila, girándose, sintiendo un pellizco en su estómago al escuchar su nombre.

—Fue así como te llamó la pija o, mejor dicho, Zoe, ¿no? —respondió, mirado a Camila con ojos de duda.

—Jamás en mi vida he visto a esa pija. Y mi nombre es Cala, no Camila —replicó seca.

—¡Ya!, y yo soy La *Barbie Girl* —declaró, con una mirada maliciosa.

Camila se quedó callada durante unos segundos, aguantando sus ojos retadores, sin parpadear.

—Pero tú me puedes llamar como quieras —concluyó, cortando la tensión entre ambas con una fingida sonrisa—. Buenas noches, Barbie.

Camila se alejaba caminando por el parque, intranquila. Mientras, La Barbie la miraba desconfiada, al tiempo en que lanzaba la colilla del porro, pisándola con ímpetu contra el suelo.

19

Camila, que acababa de cruzar el portal de su edificio en dirección a su apartamento, era observada por unos ojos que la acechaban desde atrás de los árboles que había plantados cada seis metros a lo largo de la calle. Sombras ocultas perseguían su andar, observando tras los vidrios, tras las luces, tras los coches y la gente, y tras los diferentes escenarios por los que caminaba, siguiendo sus pasos hacia el "sin rumbo". Los ojos de la sombra la seguían de esquina en esquina, desde el inicio del amanecer hasta el final del ocaso, en la oscuridad de la noche, siendo su aliada la luna, como guía, y las sombras sus fieles compañeras.

Un nuevo día daba comienzo. El sol resplandecía pero no quemaba, pues el cielo medio nublado proyectaba sombras bajo las que soplaba un viento leve y fresco. Camila salía del metro de Aluche y caminaba por las calles del barrio en dirección al apartamento de Pitu, pues planeaba pasar por su chaqueta *bomber* olvidada la tarde del día anterior. Conforme se iba acercando, se percató de que varios coches de policía y una ambulancia estaban detenidos frente a la entrada del número 16 de la calle Camarena. Se apresuró y entró desconcertada al edificio, cuya puerta estaba abierta. Conforme subía por la escalera hasta llegar al apartamento 4C, escuchaba el creciente barullo de las vecinas que cuchicheaban en las diferentes plantas.

Al llegar al apartamento de Pitu, se encontró con que un policía aguardaba frente a la puerta, prohibiéndole el paso. El corazón de Camila se aceleró, preocupándose. Intuía que algo no iba bien.

—Buenos días. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó al oficial, intentado ver a través del espacio que quedaba abierto tras él.

—¿Conocía a la inquilina? —preguntó este, y a Camila le extrañó que le hablara en pasado.

—¿Cómo que si la conocía? Sí, es amiga mía —expresó angustiada.

En ese momento, desde el interior, otro oficial de policía abría por completo la puerta, dando paso a un juez y a dos paramédicos que cargaban una camilla. Sobre esta iba Pitu, dentro de una bolsa mortuoria de color negro.

Los vecinos permanecían asomados, sacando sus cabezas por la barandilla hacia el hueco de las escaleras, intentando obtener más información de lo sucedido.

—Señorita, deje el paso libre, por favor —le indicó el oficial—. Lo siento, pero los paramédicos no pudieron hacer nada por su amiga. Ya había fallecido cuando llegaron.

—Pero… ¿qué le ocurrió? —preguntó afligida.

—Todo parece indicar que la causa de su muerte fue un paro cardíaco provocado por una sobredosis.

Camila se quedó helada. Una fuerte presión inundó su pecho. Se sentía repentinamente culpable por haber dejado a Pitu sola la tarde anterior en aquel estado.

La policía estaba sellando la puerta del apartamento con una cinta amarilla en la que se leía: “Línea de investigación - Prohibido el paso”.

En ese momento, las gatitas de Pitu aparecieron maullando por los escalones y se acercaron a Camila, frotándose con sus cabezas y lomos por sus piernas. Camila las acarició, preguntándose quién se haría cargo de ellas a partir de ese momento, y sin pensarlo ni un segundo las agarró y bajó las escaleras llevándolas en sus brazos.

Pitu sufría de un trastorno crónico y recurrente por la búsqueda compulsiva de la droga, pese a sus consecuencias negativas. Para ella, drogarse, sentir los efectos positivos en su cuerpo y cerebro, era una liberación. Pero esa falsa liberación se había apoderado rápidamente de su vida. Ya no disfrutaba de sus actividades cotidianas, volviéndose menos placenteras al tener que consumir la droga tan solo para sentirse normal. Todas las personas son dueñas de sus decisiones, pero el entorno, los traumas vividos en la infancia, el sufrimiento emocional, la ansiedad, la depresión y la soledad, pueden ser síntomas o detonantes para que algunas caigan en ese profundo agujero. Luego resulta difícil, si no imposible, que esta persona salga o sacarla de ese mundo, que es oscuro para los que la rodean, pero el paraíso para esta.

Camila llegó a su apartamento y presentó su nuevo hogar los nuevos integrantes de la familia, sintiéndose estos estos extraños en su nuevo espacio. Consternada aún, envió un mensaje informando a la banda de lo ocurrido. De inmediato, El Chulo convocó a un encuentro esa misma noche en las vías del tren, para brindar una digna despedida a una de sus integrantes.

A las siete de la tarde Camila salió por la puerta de su edificio. Mientras caminaba hacia la estación del metro, desde la esquina los ojos que la acechaban se pusieron en movimiento. Comenzaron a seguirla a varios metros de distancia, registrando al detalle todo el trayecto y las acciones que iba realizando hasta llegar a su destino. Ocultos en las sombras perseguían su andar, siguiendo el rastro de sus pasos. Mientras ella bajaba y subía escaleras en el metro, la sombra aceleraba su paso, en un corretear disparatado, para no perderla entre la multitud. Luego de transbordar en la estación de Atocha, agarraron un tren de Cercanías y llegaron a la estación de El Pozo. Desde allí caminaron por un desolado sendero de tierra alejado de la localidad, un camino que seguía la línea de unas vías de tren abandonadas. Debido a la poca afluencia de personas que había a esa hora por aquel camino, la sombra que la rastreaba tuvo que hacer distancia para no ser descubierta.

Camila llegaba al punto de encuentro en las vías del tren, frente a los viejos vagones en desuso. Varios componentes de la banda armaban una hoguera con maderas recogidas de los alrededores. Sito y Rulo recibían a Camila con un afligido abrazo.

—¿Cómo estás? Siento mucho que tuvieras que presenciar todo eso —dijo Sito, bajoneado—. Era buena tía. No se metía con nadie. ¡Qué putada!

—No se merecía este final. Solo necesitaba ayuda y nadie se la ofreció. Pero aún tenía una salida, y la encontró con su fiel y única compañera, esa puta mierda —expresaba Camila, irritada.

—Bueno, tampoco le echemos la culpa a la coca ¿eh? La coca siempre ha estado en nuestra sociedad, la consumen millones de personas y no todas están muertas. Pero el consumo de la Pitu ya era excesivo. Yo consumo y no estoy muerto, ¡joder! Hay que saber controlar, tío —explicaba Rulo, quitándole responsabilidad a la sustancia.

—No seas cínico, Rulo. Todos sabemos que esa mierda trae consecuencias tarde o temprano, y no todos tienen los recursos ni las personas indicadas a su lado para poder salir de ese pozo. Deberías tener un poco de respeto por todos esos que diariamente fallecen por ese veneno —comentaba Camila con indignación.

—¿Pero de qué coño vas, tía? Si fuiste tú quién le dio esos gramos de coca y la dejaste ahí tirada en su casa ayer por la tarde. ¿Me vas a decir cínico a mí? ¡Vamos, por favor! No te hagas la amiga afligida. Si tú no le hubieras dado esa bolsita quizás ella aún estaría aquí —aclaraba Rulo con determinación.

—¿Qué mierda acabas de decir? ¿Tú estabas ahí para saber lo que ocurrió acaso?

—Yo no, pero había otra testigo que ya nos lo contó a todos.

—Ah, ya. Ya estoy entendiendo todo. La Barbie, no podía ser otra.

—Pues, hablando del rey de Roma, y La Barbie que se asoma —acotó Sito.

—Hola, chicos. ¿Y esa cara? —comentó La Barbie extrañada.

—Aquí, la guapita de Cala, que niega haberle dado la coca a Pitu, que posiblemente fue lo que le causó la muerte. ¿O me equivoco, Barbie?

La Barbie, durante unos instantes, no supo qué decir, después de haber culpado a Camila.

—Sí, así fue. Yo tenía la bolsa de coca y me negaba a dársela a Pitu, pese a que me lo rogaba. Luego de unos minutos de discusión, Cala, en un arrebato, me la quitó y se la lanzó al suelo —declaró La Barbie, muy segura de lo que decía.

—¡Qué hija de puta! Tenía mis dudas de que pudieras llegar hasta este punto, contar una historia totalmente diferente a lo ocurrido —gruñó Camila, con agallas.

—¿Pero de qué vas, gilipollas? —gritó La Barbie, dándole un empujón, que Camila le devolvió más fuerte, enviándola al suelo, pues con su uno setenta y nueve de altura superaba en fuerza a La Barbie, de solo uno sesenta y cinco.

—Te voy a reventar la boca, pija de mierda —amenazaba La Barbie, incorporándose.

En ese instante, desde lejos llegaba El Chulo corriendo. Tan pronto vio que había problemas entre ellas se apresuró para evitar un enfrentamiento.

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Tú siempre la tienes que estar liando, Barbie? ¡Ya me tienes hasta los huevos con tus numeritos! ¡Y vosotros! ¿Se divierten con el show? ¿No pueden respetar la hoguera de despedida de una de los nuestros? Tú, Cala, vamos, ven conmigo.

El Chulo le echaba el brazo por encima a Camila, mientras caminaban muy juntos hacia el otro extremo de la hoguera, que ya comenzaba a arder con intensidad.

Luego de que el sol se ocultara tras el horizonte, en la distancia y escondidos tras de unos arbustos, los ojos rastreadores espiaban a Camila, registrando con minuciosidad cada uno de sus movimientos.

—¡Esto no se va a quedar así! ¡Esa perra no sabe con quién se ha metido! —expresaba La Barbie con odio.

—Relájate, Barbie. Está claro que es la consentida de El Chulo, y no te conviene nada tenerlo en tu contra —aclaraba Rulo.

—No te preocupes, Rulo. Yo sé cómo manejar esto sin ensuciarme las manos —concluyó con malicia en su gesto.

—Bueno, ¡ya! Acerquémonos a la hoguera, que El Chulo está a punto de comenzar la ceremonia de despedida. Dejemos la fiesta en

paz. ¡Háganlo por Pitu, joder! —exigió Sito.

Los componentes de la banda que estaban presentes se juntaron y acomodaron alrededor de la hoguera, que ahora ardía con llamas más altas y centellantes. Todos llevaban pañuelos blancos que desataban de sus muñecas y agitaban en dirección al cielo.

El Chulo comenzaba a rodear la hoguera, dando comienzo a la ceremonia.

—Estamos aquí, esta noche, para despedir a una de nuestras alidadas, una tía que desde que llegó a nosotros solo nos llenó con su bondad, compañerismo y fidelidad…, una guerrera, luchadora y madre con coraje.

Camila escuchaba con atención las palabras que El Chulo recitaba, siendo inevitable que recordara también las de Pitu la tarde pasada. No podía creer que El Chulo fuera el padre de Noa, y él no lo sabía. Había una niña que crecería sin su madre y sin conocer la existencia de su padre. Pese a que le parecía injusto, Camila debía respetar el secreto que Pitu había decidido guardar y que se llevó a su tumba.

—Mañana saldremos de cacería en su honor. Ahora, agitemos al cielo nuestros pañuelos para ayudar a su espíritu a volar alto. ¡Por ti, Pitu! —concluía El Chulo, alzando su pañuelo.

Todos los presentes levantaron sus pañuelos y comenzaron a agitarlos al mismo tiempo, entonando melodías y gritos de despedida.

Camila observaba a La Barbie desde el otro lado de la hoguera, por detrás de las altas llamas vivas que las separaban. Esta la percibía, volteaba, y le devolvía una mirada retadora.

Luego de que la ceremonia acabara y las llamas de la hoguera se fueran extinguiendo, la banda se fue dispersando. La Barbie se marchaba con Sito, con ellos también se iba Rulo.

El Chulo se ofreció a llevar a Camila a su casa, a lo que ella accedió. Ambos subieron en la Kawasaki de color negro, arrancaron y se perdieron por uno de los caminos de tierra que había en unos de los laterales de las vías abandonadas.

Frente a las ascuas de una hoguera ya casi extinguida, esos ojos vigilantes contemplaban cómo Camila enlazaba sus brazos en la cintura de El Chulo y luego se alejaban, difuminándose hasta desaparecer en la oscuridad.

La moto llegaba y aparcaba frente al edificio donde vivía Camila.

—Gracias por traerme, Chulo —agradeció, bajándose de la moto y entregándole el casco—. Buenas noches.

—Espera, Cala —dijo él, parándola con su tono de voz. ¿Qué pasó ayer en casa de Pitu? ¿Es cierto que la dejaste tirada en el suelo con

una bolsa llena de cocaína?

—No, Chulo, no es cierto. En la historia que les contó La Barbie los papeles están alternados. La Barbie sacó la coca de su bolsillo, ofreciéndosela como una piruleta a un niño hambriento. Yo me opuse y se la arrebaté. Pitu estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Solo suplicaba por la droga. Se me partía el corazón de ver a alguien suplicando así. La Barbie no paraba de reír, le divertía el sufrimiento de Pitu. En un despiste me la quitó y se la lanzó al suelo, como si hubiera sido un caramelo cayendo de una piñata, y Pitu la atrapó desesperada. No hubo manera de evitarlo, se volvió agresiva. Fue en ese momento que decidimos marcharnos sin saber lo que iba a pasar —contaba Camila, con lágrimas de impotencia y elevando la voz.

"¿Sabes cómo me siento al saber que, quizás, si no la hubiera dejado sola, aún estaría viva? ¿Tienes idea del dolor que siento al saber que esa niña crecerá sin su madre? ¡Joder!, pero, ¿cómo iba a saber que esto acabaría así?

Mientras El Chulo escuchaba con desconcierto la historia que Camila le contaba, esta se frotaba sus brazos desnudos al sentir el frío de la noche.

—¿Tienes frío? ¿Y tu *bomber*?

—La olvidé en casa de Pitu, y ya no pude recuperarla.

—Tranquila. No fue tu culpa. Pitu se pasó, no controló su adicción, y eso conllevó a lo ocurrido.

—No es justo, Chulo. Ella no merecía morir. Era una mujer con mucho dolor al estar separada de su hija. Soñaba con curarse y recuperarla. Ahora nada de eso se cumplirá —decía Camila, incapaz de controlar el dolor que sentía en su pecho y que la obligaba a derramar lágrimas sin cesar.

El Chulo la abrazó, intentando consolarla.

En ese instante, un transeúnte con una sudadera con capucha que doblaba en la esquina del edificio paró en seco al ver a aquellos dos unidos en aquel cálido y apretado abrazo. Camila se separó de El Chulo, secándose las lágrimas. El extraño, que observaba la escena con detenimiento, los rodeó y siguió su camino sin ser visto por estos.

—¿Qué más te contó de su hija? —preguntó intrigado.

—Me dijo que… que su hija era lo que más amaba en el mundo —respondió, pensando en el secreto que Pitu le había contado.

Camila se giró y siguió caminado hacia la entrada. El Chulo la observó alejándose en dirección al edificio.

—¡Descansa, Cala! Mañana saldremos de cacería —concluyó El Chulo antes de arrancar su moto y desaparecer a toda velocidad por la avenida.

20

Esa mañana, Camila despertó bruscamente a causa de una pesadilla. Las gatas que recién había adoptado, y que dormían plácidas en la parte inferior de la cama, saltaron de la misma al asustarse con su brusco e inesperado movimiento.

Camila seguía consternada. No podía dejar de darle vueltas a lo ocurrido a Pitu y a los consejos que esta le dio antes de su muerte. Sabía que después de lo sucedido la noche anterior, todo se complicaría más. Su objetivo dentro de la banda se volvía cada vez más difícil. Ahora tendría que enfrentarse con las artimañas que La Barbie le interpusiera, complicando así su cometido de encontrar al asesino de su hermano. Pero ya había descartado como responsables a casi todos los componentes de la banda. La noche de asesinato solo La Barbie, El Chulo, Sito y Rulo estaban ahí. Lo que debía hacer a continuación, era conseguir la confesión del agresor que le quitó la vida a Martín.

Ese día, sentada en el sofá con las piernas cruzadas, dándole vueltas y vueltas con la cuchara a la taza de café, la nostalgia se manifestaba a gran escala.

Extrañaba su vida de antes, a su hermano, a su familia, a Pris…, y no paraba de pensar en Darío. Agarró su móvil, buscó su contacto, y empezó a escribirle un mensaje. Justo antes de enviarlo lo releyó, recapacitó unos instantes, y lo borró. Sabía que ese mensaje no era la mejor opción, ni para él ni para ella. Necesitaba mantener a Darío alejado de todo esto. Esta era su guerra y no quería involucrar a nadie que pudiera salir perjudicado por su culpa.

Muchas preguntas bombardeaban su cabeza. ¿Se estaría olvidando de mí? ¿Qué pasará con nosotros después de que esto acabe? ¿Seguirá todo igual? Estas y otras dudas nublaban sus pensamientos, pero tenía que evadirlas con rapidez para no alterar su estado. Debía estar lista para enfrentar lo que se aproximaba, su primera “noche de cacería”. Los nervios se atropellaban dentro de ella, llevándola incluso a tener malos sueños al respecto.

La cita era a las ocho de la tarde en el parking de La Valla. Allí se reunirían, beberían cerveza, abusarían de alguna adicción y saldrían en manada a soltar esa adrenalina de odio que vibraba dentro de su ser. Descargarían su aversión hacia personas que, para ellos, no merecían pisar el suelo por el que caminaban, respirar el aire que inhalaban o incluso vivir en su mismo mundo.

Camila llegaba caminando al punto de reunión pocos minutos antes de la hora exacta. Bastantes componentes de la banda ya estaban allí, apoyados en sus motos o en algunos coches que había aparcados. Casi todos bebían cerveza y fumaban porros; algunos, los más duros, inhalaban rayas de coca; pero todos comentaban ansiosos las ganas que tenían de ir de cacería, y cómo usarían sus puños, bates de béisbol y cadenas para el ataque.

El Chulo aún no llegaba, y Camila saludaba a varios de los integrantes que ya conocía, entre ellos a Freddy y Bolo. A lo lejos pudo ver a un grupo donde Sito le hacía señas invitándola a que se acercara. A pesar de que en el grupo también estaban Rulo y La Barbie, fue con ellos.

—Hola, Cala. ¿Lista para la noche de cacería? —preguntó Sito.

—Lista para sacar toda la ira que llevo dentro —respondió Camila.

La Barbie, desde el otro extremo y enfocada en su móvil, parecía ni escucharla.

—Hay que tener cuidado. En el centro suele haber bastante vigilancia policial. En la última cacería arrestaron a varios y los pusieron tras las rejas por varios días —explicaba Rulo—. Supongo que ya salías de cacería en Valencia, ¿no?

—Sí, claro, pero allí el movimiento es más tranquilo —comentaba.

—Pues a ver si estás a la altura de esta —escupió Rulo.

La Barbie solo escuchaba, sin pronunciar ni una palabra en la conversación.

Sito, que comenzó a sentir la tensión del momento, decidió cambiar bruscamente de tema.

—¿Y ese móvil nuevo, Barbie?

—Se lo quité a una pija que se puso chula el otro día. Le tuve que reventar la nariz para que entendiera que con La Barbie nadie se pasa de lista —aclaró, con tono de indirecta—. Las detesto, les reventaba la cabeza a todas.

Camila recibía todos los mensajes subliminales que La Barbie soltaba haciendo caso omiso.

En ese instante se escuchó el peculiar ruido del motor de la Kawasaki de El Chulo que se acercaba. Paró frente al grupo y bajó de la moto con una bolsa en su mano.

—Perdón por la tardanza. Tuve que pasar a comprar algo —comentó, saludó a todos y le dio la bolsa a Camila—. Esto es para

ti.

—¿Para mí? ¿Y qué es, si se puede saber? —preguntó intrigada con una sonrisa.

—Pues ábrela y verás.

Camila sacó de la bolsa una nueva *bomber* negra de su talla.

—Oh, muchas gracias. No tenías que haberte molestado —comentaba con una tímida sonrisa, al mismo tiempo que se la colocaba.

Todos presenciaban la escena, atónitos ante la relación que se forjaba entre ambos. La Barbie no podía fingir con sus miradas el coraje y los celos que corrían por sus venas. Pidió el litro de cerveza que Sito tenía en su mano, se lo empinó y de un trago acabó con lo que quedaba en su interior, concluyendo luego con un ruidoso eructo.

El Chulo hizo entonces un llamamiento para que todos se acercaran al centro del parking, rodeándolo en un círculo.

—¿Están listos para la noche de cacería? —preguntaba voceando, a lo que todos respondían con un grito—. No será una noche fácil, pues por esa zona hay bastantes policías. Debemos ser rápidos y precisos, a lo que vamos. Nos repartiremos por las calles colindantes a la Plaza del Rey. Con el buen tiempo los maricones se reúnen para hacer botellones antes de irse a las discotecas. Con suerte nos toparemos también con algún negro, que se llevará doble paliza, por negro y por maricón.

Algunos de los presentes comenzaban a reír luego del comentario racista y homofóbico.

La tarde se escurría hacia el anochecer. El cielo lucía un color gris plateado con los bordes oscuros, típico de un ambiente seco. Esa noche se derramaría sangre de inocentes, de personas que solo trataban de vivir en un mundo libre de racismo, estatus sociales o preferencias sexuales.

Las motos arrancaban en dirección a la Plaza del Rey, ubicada en las inmediaciones del centro de la ciudad. Los que llevaban coche viajaban en grupos, y otros se apresuraban a tomar el metro.

Siendo ya de noche, los miembros de la banda se dispersaron por las calles colindantes a la plaza, siguiendo el plan. La idea era rodear la zona para concentrar a todas las presas en un solo lugar y que no tuvieran escapatoria.

El Chulo dirigía y daba instrucciones al grupo que lo acompañaba.

—Bolo y Jeffry, vosotros entráis por aquella calle y los esperan abajo. Tú, Barbie, te vas con Rulo y hacen presión del lado izquierdo. Cala, Sito y yo rodearemos y bloquearemos el lado derecho para que no puedan escapar. Arriba los demás harán muralla. Y abajo otros pocos los estarán esperando, por si alguno intenta correr en esa dirección. Tenemos que actuar rápido. La policía anda dando vueltas

por estas calles continuamente —les advertía a todos, y enseguida los animaba— ¡A lo que venimos, joder!

En ese instante todos desataban de sus muñecas sus pañuelos blancos, envolviendo con estos sus nudillos, creando así su martillo blanco.

El Chulo observaba con mirada de ánimo a Camila, a lo que esta le respondía con una fingida sonrisa de seguridad, mientras agarraba su collar con la cámara oculta.

La adrenalina que recorría el cuerpo de Camila disparaba en segundos su frecuencia cardiaca, haciendo que su corazón casi alcanzara las doscientas pulsaciones por minuto. Experimentaba un cóctel de emociones fuertes, poco aptas para cardiacos, provocando en ella una fuerte ansiedad, debida al temor e inseguridad ante lo que estaba a punto de suceder.

La plaza estaba repleta de chicas y chicos jóvenes que se divertían en un sábado por la noche. Algunos escuchaban algo de música, al tiempo en que se servían algunos tragos de alcohol y hablaban entre ellos, mientras otros simplemente bailaban. Entre toda la multitud se podían observar algunos grupos de la comunidad LGTB, y varias personas de color.

De repente, por las calles que desembocan hacia la plaza, se escucharon los gritos de los vándalos de Martillo Blanco que entraban a la explanada, cerrando la emboscada. Los jóvenes, desconcertados, intentaban escapar y pedir ayuda, mientras los de la banda comenzaban a agredirlos con violencia.

Camila estaba paralizada ante la salvajada que sus ojos presenciaban. No sabía cómo actuar o qué hacer.

—Cala, ¿qué haces? Se está escapando uno por tu lado —gritaba El Chulo mientras golpeaba a un chico que tenía agarrado por el cuello.

—No te preocupes, que voy tras él —respondió esta, corriendo en pos del que trataba de huir.

—Sito, apoya a Cala —ordenó.

—¡Hecho!

Sito dejó de patear a un joven de color, que estaba tirado en el suelo, encogido, intentado cubrirse de los golpes que recibía a diestra y siniestra, y corrió hacia Camila a cubrirle las espaldas.

Camila perseguía al chico, que intentaba escapar por una de las calles oscuras que daban a una avenida bastante transitada e iluminada. Pero este tropezó, cayendo al suelo, lo que le dio tiempo a Camila para alcanzarlo.

—Por favor, no me hagas daño. Te lo suplico —rogaba, cubriéndose su rostro con sus manos.

—Tranquilo. No te voy hacer daño.

El chico separó las manos y miró a Camila a los ojos.

—¿Camila?

—¿Borja?

Camila estaba frente a Borja sin poder creerlo, y este se quedaba atónito al ver la nueva persona en la que Camila se había convertido.

—Dale duro a ese maricón, Cala. Yo te cubro. ¡Llena sin reparo de sangre ese puño! —gritaba Sito, vigilando desde la esquina de la calle.

—Golpearé el suelo varias veces. Grita fuerte, lánzame una patada y corre sin mirar atrás —ordenó Camila a Borja.

Mientras Camila lazaba golpes al suelo cerca de la cara de Borja, este gritaba. Un momento después le lanzó una patada al pecho, tumbándola de lado, y acto seguido corrió calle abajo.

A lo lejos, las sirenas de coches de policías ya comenzaban a escucharse.

—Corre, Borja, corre —le urgía con un tono de voz que solo este alcanzaba a escuchar.

Sito, al ver que Camila caía al suelo, acudió en su ayuda.

—¿Estás bien, Cala? —preguntó, ayudándola a levantarse.

—Sí, no te preocupes, solo me dio una patada, pero él se llevó la nariz rota.

—¿A ver ese puño? —comentó Sito, agarrando el puño de Camila y quedando desconcertado, pues no tenía ni una sola gota de sangre impregnada.

Ambos se miraron a los ojos sin articular palabras.

Hacia el otro lado de la calle La Barbie y Rulo golpeaban a una pareja de chicas que intentaban oponer resistencia. Pero el odio de ambos podía más que la fuerza de estas, consiguiendo tumbarlas en la acera, para seguir luego golpeándolas por todos los puntos de su cuerpo y rostro.

Un policía que llegaba por la esquina de la calle gritó “alto”. La Barbie, al percatarse de la cercanía del oficial, salió corriendo. Rulo intentó hacer lo mismo, pero una de las chicas lo agarró de una de sus piernas, haciéndolo caer, mientras la otra chica se aferraba a la otra pierna, reteniéndolo.

—¡Barbie, ayuda! —gritaba, al no poder zafarse.

La Barbie giró al escucharlo, pero ya tenía a la policía en los talones y continúo corriendo calle abajo, abandonando a Rulo.

—¡¡¡Hija de puta!!! —gritó este, al ver que huía.

El oficial de policía sujetaba con fuerza a Rulo, intentado esposarlo. Un instante después, a toda prisa llegaba una patrulla, y de ella bajaba otro oficial, que atendió a las chicas golpeadas y ayudó su compañero, mientras pedía por radio asistencia médica urgente.

—Poco a poco os atraparemos a todos —decía el oficial a Rulo, metiéndolo ya esposado en la parte trasera del coche.

—Nunca podrán con nosotros, cabrones —gritaba Rulo desde la

ventanilla.

Todos los demás componentes de la banda comenzaron a dispersarse, escapando de ahí en sus motos, en sus coches que estaban aparcados en las cercanías, o usando el metro.

Sito y Camila salieron por la avenida principal, caminando como normales transeúntes, con total tranquilidad.

El Chulo se acercó a ellos a bordo de su moto.

—¿Cómo estáis? —preguntó desde la carretera, sin bajarse ni apagar el motor.

—Por aquí todo bien, no te preocupes —respondió Sito.

—Sube, Cala —ordenó—. Nos vemos en el parque.

—Perfecto, Chulo. Yo me lanzo en el metro.

Con Camila en la parte trasera de su moto, El Chulo arrancó y aceleró en dirección al Parque del Sur, su punto de encuentro, un lugar bastante lejos del centro donde la banda podía reunirse con seguridad.

Poco a poco los componentes de Martillo Blanco se fueron concentrando en el parque. Algunos llegaban en motos, otros en coches y varios más lo hicieron caminado desde la estación del metro y las paradas de autobús más próximas al parque.

La mayoría de ellos mostraba una cara de satisfacción debido a la buena cacería que habían tenido. Se mostraban y presumían entre ellos las pertenencias que les habían arrebatado a sus víctimas, a las que golpearon con saña y sin compasión hasta marcar sus pañuelos con su sangre. Comparaban sus pañuelos teñidos, como si de trofeos se tratara, para ver cuál era el que más sangre inocente tenía impregnada.

El Chulo llegaba junto a Camila, reuniéndose al rebaño. A Camila aún le temblaban las piernas, luego de experimentar el suceso, sin dejar de pensar en el encuentro con Borja. Sito aparecía caminado por el parque, relajado, como si nada hubiera ocurrido.

—Creo que ya estamos todos, ¿no? —indagaba El Chulo, echando un vistazo en círculo—. No, un momento. ¿Faltan La Barbie y Rulo?

Todos miraron alrededor y asintieron.

—¿Alguien recuerda dónde los vio por última vez? —preguntó.

Ninguno de los presentes recordaba haberlos visto luego de la huida.

—¡Ahí viene La Barbie! —gritó Bolo, al ver que la misma se acercaba caminado.

—¿Y Rulo? —preguntó extrañado Sito.

Todos miraban como La Barbie avanzaba con la cabeza baja y a paso lento.

—¿Cómo estás, Barbie? —le preguntó El Chulo al presenciar en su rostro que algo no iba bien—. ¿Y Rulo?

—Hemos tenido una perdida —dijo titubeante, sin levantar la mirada.

—No me jodas, otra vez… ¡Joder! —gritó El Chulo.

—¡Hijos de puta! Ahora sí se jodió —replicó Sito.

—¿Y cómo fue que pasó, Barbie?

—No sé cómo ocurrió. Todo fue muy rápido. —contestó nerviosa.

—Pues tú estabas con él, ¿no? ¿Cómo no vas a saber? —señaló El Chulo elevando la voz, a lo que esta le contestó en su mismo tono.

—¡Joder, Chulo! Nos cayó la poli y tuvimos que salir por patas. Y uno de ellos lo alcanzó. No pude hacer nada. No me pude detener y corrí calle abajo —explicó.

—Ok, tranquila. Hoy tuvimos una baja. No hay que bajar la guardia, porque esos hijos de puta no descansarán hasta llegar a nosotros y agarrarnos uno a uno. Pero fue una buena cacería. Los felicito. Les dimos una buena a todos esos maricones y lesbianas. ¡Arriba esos martillos rojos! —gritó, alzando hacia el cielo su puño ensangrentado.

Todos siguieron su movimiento, acompañándose con gritos simultáneos, orgullosos de su hazaña.

Sito, por su parte, observaba con desconfianza el puño de Camila, sin una gota de sangre.

En ese instante, mientras los integrantes de la banda Martillo Blanco celebraban su noche de cacería, un encapuchado se acercaba lentamente. Caminaba sigiloso por uno de los solitarios y oscuros caminos de tierra, dejando sus silenciosas huellas marcadas en su recorrido, arrastrando las plantas de sus pies en dirección al grupo.

—¡Hey! Ahí viene alguien —anunció Sito.

—¿Y este quién coño es ahora? —señaló El Chulo, acercándose a él —. ¿Y a ti qué se te ha perdido por aquí?

—Tranquilos, quiero unirme a vosotros —dijo, levantando despacio las manos y quitándose la capucha de su sudadera, dejando su cabeza al descubierto—. ¡Quiero ser un Martillo Blanco! —propuso.

Camila, que observaba con detenimiento a la persona que se acercaba, sintió que sus ojos se expandían, al tiempo en que comenzaba a sentir que su corazón se encogía. Pues era Darío, con la cabeza rapada, ofreciéndose frente a El Chulo para ser parte de la banda.

—¿Escucharon a este piltrafa? —declaraba El Chulo entre carcajadas, burlándose de la propuesta de Darío—. Lo que voy a hacer es reventarte la cabeza por entrar a este parque, gilipollas.

Miembros de la banda comenzaron a rodearlo y El Chulo levantó su puño, aún con restos de sangre, listo para atacar, cuando Camila desde el fondo paró el golpe gritando:

—¡¡¡Para, Chulo!!!

Todos voltearon, sorprendidos ante el atrevimiento de Camila de interrumpir a El Chulo con ese tono de voz, justo en el momento en que iba a golpear al extraño. Este se giró con lentitud, mirándola perplejo, a lo que Camila replicó antes de que él pudiera decir algo.

—La banda ha sufrido una baja. No estaría mal reponer ese hueco de momento, ¿no creen? Como tú dijiste, Chulo, no podemos bajar la guardia. Un apoyo más no nos vendría nada mal.

—Nadie va a sustituir a Rulo —intervino La Barbie con recelo.

—No estoy proponiendo su remplazo, solo un apoyo más para la banda —declaró.

—¡Bueno, basta! Pensándolo bien, creo que es buena idea lo que Cala propone. Un puño más no nos vendría nada mal.

—¡Silencio! Un momento. Yo a ti te conozco… Tu cara me suena… Tú y yo ya nos hemos visto antes… —intervino Sito, acercándose al intruso y señalándolo con su dedo—. ¡Pero si tú eres el Darío, joder!, mi hermano en el orfanato. ¡Cuánto tiempo, tío!

Sito, al reconocerlo, agarró a Darío en un efusivo abrazo, pues ambos compartieron parte de su juventud en la misma casa de acogida para menores sin familia.

—Al final regresaste a mí de nuevo, cabrón. ¡Cómo te he extrañado todo este tiempo, hijo de puta! —anotaba Sito.

Darío no lo había reconocido, pues tras abandonar el orfanato al cumplir la mayoría de edad, con el paso de los años, las secuelas de las adicciones y una mala vida, el aspecto de Sito, o “Jesusito”, que era como lo llamaban en el orfanato, había cambiado mucho.

Todos se relajaron al saber que el sujeto era un viejo conocido, excepto Camila, que no podía creer la locura que Darío estaba cometiendo. Sabía que su entrada a la banda alentaría el proceso de investigación que ya llevaba recorrido, pero los riesgos aumentarían, pues ahora no solo debía protegerse a ella como infiltrada, sino a ambos. Además, percibía la desconfianza de La Barbie. Intuía que ella sospechaba que no era quien decía ser. Y sabía que buscaría algún indicio o pista que la llevara a desvelar cualquier información que la perjudicara.

Sito integraba al grupo a su amigo de la infancia, abrazándolo por el hombro. Se sentía dichoso al reencontrarse con quién fue su mano derecha, y con quien tantas experiencias vivió en aquel orfanato.

Camila sentía una gran indignación ante la descabellada idea de Darío de integrarse a la banda. Sabía lo que esa gente podía llegar a hacerle si lo descubrían, arrastrándola también a ella. Intentaba no cruzar la mirada con él, pues cuanto menos fuera el contacto visual con el nuevo, menos conjeturas podrían levantarse entre los demás.

Todos los componentes de la banda se relajaban. Bebían cerveza y fumaban porros en diferentes y pequeñas agrupaciones, todas dentro

del mismo perímetro del parque.

Sito contaba sus anécdotas y peripecias de la adolescencia, etapa que vivió junto a Darío. Recordó así, mientras narraba, el día en el que llegó, con tan solo diez años, luego de querer escapar repetidas veces del anterior orfanato donde estaba.

A su llegada Sito trató de imponerse, pero todos lo hacían a un lado, pues Jesusito era un chico arisco e introvertido, no caracterizándose por un rostro o una presencia amigable. Darío, en cambio, era carismático y ocurrente, por lo que todos le tenían bastante afecto, considerándolo y haciéndolo sentir una especie de líder entre los demás jovencitos.

Al principio, la rivalidad entre ambos fue bastante notoria, pues los dos querían encabezar las agrupaciones de los chicos de su edad. Pero Darío, al llevar más tiempo en el orfanato, contaba con el respaldo de todos sus compañeros. Al final, Sito aceptó que una competencia o conflicto con Darío no era lo más ventajoso dentro de esa institución de protección al menor donde lo asignaron. No tuvo otra alternativa que estar de su lado, en lugar de seguir enfrentándose a él. Y fue a partir de ese instante que se hicieron inseparables, hasta que ambos cumplieron la mayoría de edad y tomaron caminos separados.

A la edad de dieciocho años, estos jóvenes que han vivido en centros de acogida vuelven a ser vulnerables, pues tienen que abandonar lo que fue su casa durante años. Muchos de ellos quedan en situación de desamparo. Se esperaba que dichos jóvenes, siendo formados por el centro con una buena educación, tuvieran aspiraciones a una formación universitaria, para más tarde tener una exitosa inserción en la sociedad. Pero no todos seguían ese esperado camino que los educadores y maestros deseaban. En muchos de ellos aparecen sentimientos de inseguridad debido a la falta de límites y de apoyo emocional. Como una forma de supervivencia, aprenden a soportar, en soledad y desde edades muy precoces, sus emociones y miedos, su dolor y sus necesidades de afecto y consuelo.

Estos niños se hacen fuertes al conocer el miedo a la oscuridad y la soledad al dormir, pues durante su infancia no suele haber una luz familiar ni nadie acompañándolos cuando concilian el sueño. Lo más que pueden hacer es abrazarse a algún compañero de cama, acunándose o balanceándose mutuamente como una forma de consuelo, acostumbrados a no reclamar nada a nadie al despertar, solo esperando a que alguien venga a buscarlos, sin ellos poder decir nada.

Por lo general, los egresados de los centros de protección al menor, presentan algunos trastornos de carácter. A la hora de enfrentarse al mundo unos consiguen trabajo para poder sobrevivir, pero otros no, y estos se dedican a la delincuencia. Algunos experimentan tal desorientación que se aferran, muertos de miedo, a no salir del centro,

pues es el único hogar que conocen y que les brinda seguridad.

Integrantes de las bandas callejeras se mantenían alerta para abordar a estos jóvenes vulnerables, fáciles de asombrar y atrapar luego de salir de una de estas instituciones para niños sin padres. Sabían que los chicos estarían dispuestos hacer lo que fuera para sentirse aceptados por alguien y pertenecer a algún grupo. Se acercaban a ellos con el fin de reclutarlos para sus grupos de pandillas urbanas, prometiéndoles una hermandad y protección, junto con ciertas responsabilidades, ganancias y privilegios, sumergiéndolos así en el oscuro mundo del tráfico de drogas.

Pero también estaba la otra cara de la moneda, donde las ganas de prosperar en una sociedad, creando un buen futuro, eran la prioridad de otros. Darío y Sito eran el ejemplo perfecto de la toma de dos decisiones de caminos distintos, en busca de dos cosas totalmente diferentes, en una misma sociedad.

La noche avanzaba tranquilamente, haciendo que la banda se olvidara por un momento de la detención de Rulo, excepto La Barbie, que permanecía apartada, observando al nuevo con rigurosa atención.

Los que escuchaban las anécdotas de Sito formaron un círculo, pasándose de mano en mano un porro de marihuana. Fumaban y reían al escuchar las travesuras que en su pubertad ambos hacían en orfanato.

Mientras todo esto sucedía, Darío buscaba con insistencia los ojos de Camila, que estaba al lado de El Chulo, con una actitud más íntima, pues su confianza era cada vez más notoria.

Camila sabía que ahora, más que nunca, debía estar cerca de El Chulo, pues lo necesitaba de su lado por cualquier imprevisto que surgiera con Darío o ella.

—¡Hey, tú! No pierdas el tiempo. No tienes nada qué hacer. Hay lista de espera, hermano. Además, no te recomiendo que te acerques a ella, pues a El Chulo no le haría mucha gracia —advertía Sito, al ver que Darío no paraba de observar a Camila.

De repente El Chulo, con un rostro desafiante, caminó hacia el grupo donde se encontraban Sito y Darío, y agarró a este último del pecho.

Camila, al ver lo que pasaba, se levantó de un salto del banco donde estaba sentada, sintiendo su corazón en un puño.

—¡Hey, tú! Quieres ser un Martillo Blanco, ¿no? —preguntaba El Chulo a Darío, con mirada retadora, a lo que este, tragando saliva, respondía con un movimiento afirmativo de su cabeza—. La próxima semana será tu ceremonia. Nos veremos al atardecer en las vías. Espero que estés a la altura —anunció, propinándole un empujón que lo lanzó al suelo.

Se dirigió hacia su moto con paso firme. Por un instante se detuvo

ofreciendo a Camila llevarla a su casa, y esta aceptó. Justo un instante antes de que el motor de la Kawasaki arrancara, Camila miró tensa a Darío, a lo que este le respondió con una consternada mirada. La moto aceleró, perdiéndose en la oscuridad de la calle.

Poco a poco el parque se fue quedando vacío. En esa dichosa noche de cacería el aire era mudo y el viento no corría entre las hojas de los altos pinos, destacando así un silencio junto a un secreto que nadie veía en un corazón que ardía.

Ya de madrugada era solo un parque solitario donde el único sonido que destacaba era el canto de los grillos mezclándose con la oscuridad.

21

Por las calles del distrito de Vallecas, un barrio que albergaba una gran comunidad latinoamericana, siempre podías encontrarte con transeúntes hasta altas horas de la madrugada. El Chulo se había criado con sus padres por la zona, viviendo más tarde, durante su adolescencia, cerca del metro Portazgo, en un pequeño barrio dentro del mismo distrito donde vivía su abuela materna, con la que se mudó cuando quedó bajo su tutela.

Siendo el único nieto que tenía y que cuidaba de ella, El Chulo era su consentido. Por eso, cuando esta murió, le dejó de herencia el pequeño apartamento donde ambos vivían. Para El Chulo, la muerte de su abuela fue un golpe duro, pues ella se ocupó de él desde muy pequeño, siendo como una madre.

Sus progenitores fueron padres a una edad muy temprana, enfrentándose a aspectos esenciales como el trabajo, la vivienda y la estabilidad económica. Al ser adolescentes y no haber terminado aún su proceso de socialización, dependían de sus familias, tanto económica como afectivamente. Al poco de nacer El Chulo, su padre, a quien le costó asumir su responsabilidad, terminó abandonándolos a su madre y a él, dejándola a esta a cargo de todo. A pesar de su inexperiencia materna, ella y su abuela intentaron darle una buena educación y que nunca le faltara un trozo de pan que llevarse a la boca, pues Dante, que así era su nombre de pila, fue un bebé bastante corpulento y glotón. A pesar de que la economía de la familia siempre era bastante justa, se las apañaban para llevar una vida normal sin grandes lujos.

Cuando Dante tenía siete años, a su madre le llegó la oportunidad de viajar a Italia para trabajar en una fábrica durante un año, obteniendo un buen ingreso económico. Sin pensarlo, armó sus maletas y viajó al país de la pizza y la pasta, con el propósito de regresar con una gran cantidad de dinero que ayudaría a darle una vida más acomodada a su hijo. Su abuela se ocuparía de él todo ese tiempo, pues para ella no era ningún impedimento, ya que su nieto era

su adoración además de tener todo el tiempo del mundo para cuidarlo y disfrutar de él. Con su pensión y el dinero que su hija les mandaba para Dante cada primero de mes, vivían con holgura y tranquilidad.

Pero después de ese año, su madre no regresó. Allí conoció a alguien con el que rehízo su vida, instalándose en un pueblito al norte de Italia. El pequeño Dante la extrañaba, pero el cariño y la compañía de su abuela lo mantenían feliz. Su madre le prometió que pronto lo llevaría a Italia con ella, una vez que estuviera más acomodada, pero cuando llegó ese momento él se rehusó a dejar a su abuela sola.

Ese pequeño apartamento de una habitación en la calle Puerto de Alsasua número 5, en un edificio multifamiliar de cuatro pisos sin ascensor, que destacaba por su fachada de ladrillo rojo decorada con aparatos de aire acondicionado, fue el hogar de El Chulo, junto a su abuela, durante su juventud, adolescencia y parte de su vida adulta, hasta que esta falleció.

Los vecinos del multifamiliar reconocían cuando este llegaba al barrio, pues el ruido del motor de su moto se escuchaba a bastantes metros de distancia. Pero esa noche no llegaba solo. Una exmodelo infiltrada ocupaba la parte trasera de su Kawasaki.

—¿Conque vives aquí? —preguntó Camila, observando cada detalle de la calle y fachada del edificio.

—Así es. Este es mi humilde hogar —anotaba.

Camila sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo, pero conocer el lugar donde El Chulo vivía podía llevarla a obtener algunas pistas, y así conseguir más información de la noche del asesinato.

Subieron tres pisos por las estrechas escaleras, cuya barandilla estaba pintada de color marrón y algo desconchada. Al llegar a la tercera planta, El Chulo se detuvo frente a la puerta 3ºA, introdujo la llave, la giró, la puerta se abrió, y entraron al apartamento, que no tenía más de 60m². A su lado derecho se encontraba la cocina. En un área diáfana, pegada a la pared, estaba la barra con dos altos taburetes. Y a un lado de una ventana que daba a la calle había una mesa cuadrada con tres sillas.

Desde la entrada al apartamento se notaba que El Chulo no era muy ordenado, pero dentro de lo que cabía no estaba sumamente sucio. Del lado izquierdo, conforme avanzaban, se podía apreciar un pasillo con fotos antiguas colgadas en sus paredes que desembocaba a la sala, donde algunos muebles antiguos y algo rústicos se mezclaban con otros más básicos y contemporáneos, que junto a algunos objetos nostálgicos daban el aspecto de vivir entre el ayer y el hoy.

—¿Quieres una cerveza? —propuso El Chulo, a lo que ella aceptó asintiendo con su cabeza.

Este fue a la cocina, agarró dos botellines de cerveza Mahou, los abrió y se los llevó a la sala.

Camila no perdía detalle de todo lo que veía a su alrededor, pues sabía que estar allí no debía ser en balde.

El Chulo le ofreció una de las cervezas y ambos se acomodaron en el viejo sofá de tela color marrón, algo descolorido.

—¿Y vives aquí solo? —preguntó Camila relajada.

—Así es. Aquí vivía con mi abuela, hasta que hace unos años falleció.

—Lo siento. ¿Es ella? —dijo, señalando a una foto en un portarretrato dorado que había en el mueble que soportaba la televisión.

—Sí, es ella. Fue como una madre para mí. Me crió y cuidó desde muy pequeño —comentaba, bajando el tono de voz.

—¿Y tus padres? ¿Qué pasó con ellos? —preguntó, buscando conocer más sobre su vida, aprovechando que sacaba su lado más vulnerable, pues sabía que atrás de ese cuerpo grande, tatuado y lleno de odio, había teclas que lo podían desmoronar en un segundo.

El Chulo la miró en silencio, fijamente a los ojos.

—¿Eres periodista? Estás buscando información sobre mí, ¿verdad? ¿Por eso viniste? —preguntó bruscamente con tono serio y casi sin parpadear.

Camila sintió que su corazón se le salía de su pecho por la velocidad con que comenzaba a latir.

—No… Yo solo… —tartamudeaba sin saber que decir.

El Chulo cambió de golpe su semblante, rompiendo la dureza de su gesto con una sonrisa.

—¡¡¡Es broma!!! Qué vas a ser tú periodista —expresó entre risas, a lo que Camila respondió riendo también, camuflando así el susto y dándole un trago largo a su cerveza.

—Eres una mujer muy guapa, pero al mismo tiempo extraña —declaraba.

—¿Por qué extraña?

—No sé, distinta a las demás chicas de la banda. Diferente. Como si hubiera algo más allá de esa imagen que no consigo descifrar —admitía, manteniendo conectada su mirada con los ojos de Camila—. Ni siquiera sé si Cala es tu verdadero nombre.

Camila comenzaba a ponerse nerviosa ante todo el misterio que oscilaba dentro de él.

—¿Y tú? ¿Te llamas Chulo? Todos siempre ocultamos algo a los ojos de los demás.

A Camila no le quedó otra alternativa que suavizar la situación evadiéndolo a otro tema. En un intento de frenar que siguiera imaginando, se lanzó a sus labios, besándolo, sin que este se lo esperara y a lo que no se opuso. Luego de despejarlo de sus ideas por un instante Camila paró, pero El Chulo no estaba dispuesto a quedarse

solo con ese aperitivo.

—Ven, te mostraré mi habitación —dijo, levantándose del sofá y ofreciéndole su mano.

—Ok, muéstrame —respondió, aceptando su ayuda y siguiendo tras él.

Al entrar en la habitación, Camila recibió el golpe de la visión de una bandera, en cuyo centro aparecía un puño envuelto en un pañuelo blanco impregnado de sangre. En su parte superior se leía: “Martillo Blanco” y en su inferior: “*A way of Life*” (Una forma de vida). Varios posters de cabezas rapadas y de grupos ultraderechas cubrían parte de las paredes, incluyendo la cruz esvástica nazi que desatacaba entre todos.

También se podía apreciar, sobre un viejo escritorio, una especie de santuario rodeado de velas, con figuras de santos y vírgenes acompañados por algún rosario que colgaba de ellas, y estampas religiosas. De un lado del escritorio había varios botellines de cerveza vacíos, y junto a estos algunas pequeñas bolsas de cocaína y marihuana empacadas para su venta.

Al lado de la cabecera de la cama había un bate de béisbol con clavos en la punta.

Algo que captó su atención fue la cantidad de pañuelos blancos teñidos de sangre seca que colgaban del respaldo de una silla.

Esa habitación la inquietaba y perturbaba conforme iba descubriendo cada uno de los mensajes que se expresaban en el interior de esas cuatro paredes.

La única ventana que daba al exterior estaba cerrada, sintiéndose dentro un bochornoso y pegajoso calor.

En un descuido, mientras Camila intentaba detectar cualquier detalle que le llevara alguna pista, El Chulo se abalanzó sobre la cama, cayendo él sobre ella. Esta, luego del abrupto acto, intentó zafarse del corpulento amasijo de músculos y tatuajes, desviándose su forcejeo en una especie de juego erótico.

—¿Pero a ti no te han enseñado a tratar a las mujeres con delicadeza? —comentó Camila, levantándose de la cama.

—Vamos, no me jodas, Cala. La tengo más dura que una piedra —admitía, tocándose su marcado miembro sobre el pantalón.

Camila, frente a la cama, dejando antes su móvil sobre el viejo escritorio, comenzaba a despojarse de su ropa. El Chulo disfrutaba del show con el que Camila lo deleitaba frente a sus ojos, elevándose cada vez más su excitación. La delineada figura de Camila se quedaba solo con su ropa interior y el colgante de corazón con cámara oculta como únicas prendas en su cuerpo.

—¿Y ese tatuaje? “Mi Sangre” —dijo este, leyéndolo en su brazo.

—“Mi Sangre” significa el valor de la vida, mi sangre, la de mi

familia, y la venganza por la sangre derramada —explicaba acercando su rostro al suyo—. Ahora vas a tener que esperar, tengo que pasar al baño un segundo.

—Ok, no te tardes, que mira cómo me tienes… —expresaba con voz lasciva, mirando hacia su entrepierna.

Camila entró al baño respirando profundo y colocándose las manos sobre su cabeza. Se miró al espejo, abrió el grifo y refrescó su rostro.

—¡Joder!, ¡joder!, ¡joder! —caminaba sin sentido por el pequeño espacio del baño.

Tomó su collar para limpiarlo, dejando el foco libre de alguna suciedad que pudiera perjudicar la grabación.

De pronto un móvil desde la habitación comenzó a sonar, reconociendo que se trataba del suyo. A causa de los nervios el collar se le resbaló, cayendo al lavabo bajo el agua.

—¡¡¡Mierda!!! ¡Joder! —dijo entre dientes, sacando el collar y secándolo rápido con una toalla que ahí encontró—. ¿Quién llama ahora? —murmuraba en voz baja.

La llamada se cortó y con ella el sonido.

—¡Uff, gracias a Dios! —se decía a sí misma, respirando profundo, cuando enseguida el móvil volvió a sonar.

—No puede ser… —dijo, negando con la cabeza.

Se acomodó el escote, colgó su collar, salió del baño, cruzó nerviosa el pasillo, y justo al entrar en la habitación se encontró con El Chulo, de pie, semidesnudo, con su móvil sonando en la mano y cara de pocos amigos.

—¿Qué ocurre? ¿Y por qué tienes mi móvil en la mano? —comentó Camila, ignorando el sonido.

—Dímelo tú, Cala, o mejor contesta… —pidió, dándole el móvil.

Camila pudo observar cómo parpadeaba sin cesar en la pantalla el nombre de Darío. De pronto El Chulo la agarró del cuello, mirándola con ojos de celos.

—¿Estás jugando conmigo? A mí no me gusta compartir a mi chica.

En ese momento, en el que la mano de El Chulo obstruía su tráquea, cortándole el aire, Camila apagaba el teléfono e introducía su mano dentro de su bóxer, intentando reanimar su flácido miembro.

—Soy solo tuya. Y sí, quiero jugar contigo… ¿Me dejas? —susurraba con voz erótica.

Los ojos de El Chulo se volvían blancos al sentir cómo su miembro se endurecía con el vaivén de la mano de Camila. Poco a poco fue liberándole el cuello, soltando de este sus dedos.

—Sí, sí, juega conmigo… —balbuceaba entre gemidos de excitación.

Ahora ella llevaba el control y sabía muy bien cómo hacerle olvidar lo ocurrido. Lo lanzó a la cama y cabalgó sobre su cintura, llevándolo

a un éxtasis de lujuria sintiendo el fuego de su sexo. Ocultaba su mente fría y calculadora con gemidos de falso placer, motivadores para el sujeto masculino y posible asesino de su hermano con el que compartía esa ruidosa y vieja cama, envuelta en un entorno de extrema derecha.

Camila se entrelazaba con el lado oscuro de su piel tatuada, sintiéndose en su oscuridad más honda y más callada con movimientos repetidos y gritos como aullidos. Sabía cómo hacerle subir al cielo, y así olvidar por unos momentos la llamada de Darío. Jugaba con su deseo sexual, dominando su sed y estimulando todo su cuerpo, haciéndole probar el fruto envenenado.

El calor espeso de la habitación hacía que el sudor de los dos cuerpos resbalase entre sí. Él sintiendo sus deseos locos de hacerla suya, buscando el éxtasis de un orgasmo completo. Entretanto, ella seguía representando emociones falsificadas durante toda la escena, como si de una obra de teatro se tratara. Fingía el final del acto, arrastrándolo con ella, haciéndolo tocar el delirio y dando paso al cierre del telón.

Ambos quedaron exhaustos, luego del final de la función en la que ella danzó con sus dotes interpretativas y él lo entregó todo sobre el escenario.

—¡Eso fue increíble! —balbuceaba El Chulo con la respiración aún agitada.

—Esto solo fue un aperitivo —añadía Camila con tono juguetón.

—Pues ya quiero probar el plato fuerte.

—Tranquilo… No hay que comer tan rápido, puede caerte mal —dijo ella, recorriendo su rostro lentamente con sus ojos—. ¿Y esa cicatriz cerca de la ceja? —preguntó, rozándola con la yema de su dedo.

—Un puto maricón me lanzó su cámara de fotos —respondió con rabia al recordarlo.

Camila, que seguía desnuda sobre la cama, llevando como única prenda el collar con la cámara oculta que seguía toda la escena, sintió una presión en su pecho al reconocer que hablaba de aquella noche.

—¡Qué hijo de puta! ¿Y cómo te dejaste que un maricón te lanzara una cámara de fotos en la cabeza? —agregaba Camila con tono de burla.

—No tiene gracia. Pero recuerdo que los dos se llevaron su merecido.

—¿Cómo dos? —preguntaba, intentando que le diera más datos.

—Sí, una noche nos topamos con dos maricones en el parque. La Barbie y Rulo se enfrentaron con uno, yo y Sito le dimos al otro. Los hubieras visto cómo pedían ayuda… —recordaba mofándose—. Fue cuando lo tenía agarrado del cuello que el hijo de puta me lanzó su

cámara a la cabeza, abriéndome esta brecha. Pero le dimos un golpe y cayó rendido al suelo.

Camila sentía un fuerte nudo en la garganta, y tenía miedo de soltarlo. La ira corría por su interior y ardía en su corazón, al mismo tiempo que intentaba bloquear las lágrimas que llegaban hasta sus ojos desde el centro de su pecho.

—¿Y quién fue el que le dio ese golpe?

Camila se incorporaba de la cama, intentando captarlo en primer plano con su collar.

De repente se escucharon unos bruscos y desesperados golpes en la puerta del apartamento.

—¡Joder! ¿Quién es a estas horas? —El Chulo se levantó de un salto de la cama, asustado por el inesperado llamado—. ¡Vístete rápido! —ordenó mientras se ponía unos pantalones y sacaba del cajón de su mesita de noche una pistola calibre 4,5.

Camila se quedaba atónita al verlo empuñar el arma mientras él se acercaba lentamente a la puerta. Los golpes eran cada vez más violentos. Camila ya vestida se aproximaba nerviosa, sin saber qué estaba pasando.

—¿Quién es? —preguntó El Chulo, al no tener mirilla la puerta.

—Chulo, soy yo, Sito.

—¡Joder, Sito! Qué susto me diste, gilipollas —exclamó abriendo la puerta—. Te tengo dicho que no vengas aquí, alguien te puede seguir.

—Te llamé a tu móvil, pero está apagado, y esto es importante. Ha habido una redada en el parking de La Valla. Han pillado al Bolo con toda la mercancía en su coche y se lo han llevado al bote.

—¡No me jodas! ¿Pero qué coño hacía con la mercancía en el coche? Ya van dos en una noche. No van a parar hasta atraparnos a todos —reflexionaba El Chulo echándose las manos a la cabeza.

Camila no perdía detalle de lo que hablaban.

Sito desde la puerta se percató de su presencia.

—Hola, Cala.

—Hola, Sito —le dijo levantando la mano.

—Espérame afuera. Ahora bajo —ordenó, a lo que Sito obedeció y este cerró la puerta.

—Bueno, ya es tarde. Ya me tengo que ir —comentaba Camila recogiendo sus cosas.

—Lo siento, pero me tengo que ocupar de esto. Ahora te acerco —sugirió.

—No te preocupes, agarraré un taxi. Tú tienes cosas que resolver —agregó, dirigiéndose a la puerta.

—¡Por cierto! —exclamó El Chulo, parándola antes de que esta saliera del apartamento.

—¿Sí? —preguntó nerviosa, girándose.

—¿Quién era ese tal Darío?

Camila lo miró fijamente, tragando saliva, percatándose de que no recordaba el nombre de Darío cuando Sito lo presentó ante el grupo.

—Perdón por mi reacción —se disculpó.

—No te preocupes, no es nadie de importancia. Se nota que cuidas a los tuyos —concluyó, guiñándole un ojo al salir y dirigirse a las escaleras.

En la puerta del edificio se cruzó con Sito, que fumaba un porro apoyado en la fachada de ladrillo rojo que daba a la calle. No pronunciaron palabras, pero ella recibió de este una audaz mirada de desconfianza. Luego esperó algunos incómodos minutos frente a él, en que llegaba su taxi, al que subió de inmediato dándole al chofer la dirección de su apartamento. Viajó pensando en todo lo sucedido. Sabía que después de la cacería, Sito no bajaría la guardia y estaría muy atento, observado todos sus movimientos.

Esa noche tuvo que pagar un alto precio a cambio de unas declaraciones grabadas. Pero era evidencia que podía mostrarle al comisario Sánchez de que aquella noche La Barbie, Rulo, Sito y El Chulo fueron los únicos agresores. Era la declaración de uno de ellos de que se dividieron en parejas para agredir a Borja y Martín. Por un lado La Barbie y Rulo, por el otro Sito y El Chulo. Y si la cámara de Borja quedó destrozada en el suelo del parque, ¿quién golpeó a El Chulo? Posiblemente fuese Martín con la suya, pero esta nunca apareció. ¿Quién la tendría? Encontrar esa cámara sería la prueba contundente de que eran los agresores. Demostraría que uno de ellos propinó a Martín Landa el golpe que lo dejó inconsciente, impactando así su cabeza con el banco al desplomarse, causándole la muerte instantánea.

Debía regresar a la casa de El Chulo e intentar encontrar la cámara. De igual manera, también debía tratar de recuperar la confianza de Sito. Rulo ya estaba fuera de la partida, y La Barbie no tenía la fuerza suficiente para tumbar de un golpe a un chico joven que le sacaba dos cabezas de altura.

El círculo se cerraba poco a poco, pero al mismo tiempo la desconfianza en ella aumentaba. Sabía que debía actuar con rapidez, antes de que algún cabo se soltara, descubriéndose su identidad y echando a perder todo el sacrificio soportado para encontrar al culpable.

22

El comisario Sánchez mojaba una madalena en su taza de café con leche, sentado frente a su escritorio, mientras revisaba la sección deportiva del periódico nacional del día. Detrás de él resaltaba una enorme bandera de España en un asta. En el centro de la pared, una fotografía del rey de España se hacía presente, rodeado de diplomas enmarcados que le hacían compañía.

Las puertas de su despacho se abrían bruscamente, asustándolo y haciendo que derramara su café sobre la foto del equipo ganador de la liga de la Champions que aparecía en la hoja que leía.

Una chica de cabeza rapada, con *piercings* en su rostro, vestida completamente de negro y con botas militares, entraba a paso rápido.

—¡Señorita, deténgase! No puede pasar así —gritaba el agente de policía que corría tras ella.

El Comisario Sánchez se levantaba de su asiento desconcertado por el alboroto que estaba ocurriendo.

—¿Qué está pasando aquí? Señorita, no puede entrar así al despacho de un comisario.

—Lo siento, comisario. Le dije que no podía… pero en un descuido… —le explicaba el oficial, cabizbajo.

—Está bien, sácala de aquí —ordenó.

—¡No me toque! —dijo Camila, zafándose de las manos del oficial que intentaba agarrarla.

—¿Ya no me recuerdas, comisario?

Al escuchar su voz el comisario se quedó observándola unos segundos intentando recordarla, pues se le hacía familiar.

—No puede ser… ¿Camila Landa? —preguntó incrédulo.

—La misma, comisario.

—Pero..., ¿qué te has hecho? —comentaba perplejo, observándola de arriba abajo—. Puede retirarse, oficial, gracias —delegó.

Camila se sentó frente al comisario mientras este no paraba de mirarla, asombrado del cambio de look tan drástico, casi convirtiéndola en otra.

—¿Qué ha pasado en este tiempo Camila? Cuéntame —pidió, queriendo averiguar las causas de ese cambio, que ya empezaba a identificar.

—No le voy a preguntar cómo va la investigación sobre la muerte de mi hermano, comisario, porque por lo que veo es más importante leer las noticias deportivas antes que estar ahí afuera buscando a esos delincuentes, ¿no?

—Camila, estamos en ello. De hecho, ya tenemos a dos componentes de la banda detenidos por agresiones y tráfico de drogas —informaba el comisario.

—Raúl Gómez alias Rulo, y Daniel Suárez alias Bolo, ¿cierto?, ¿verdad?

—Así es. ¿Y tú cómo sabes esa información? —preguntó.

—Porque voy a un paso por delante de vosotros, comisario. Me dijiste que necesitabas pruebas para la detención de los criminales que acabaron con la vida de Martín Landa, ¿no? —anotaba Camila, sacando de su cuello su collar—. Pues aquí las tienes.

Camila depositaba de un golpe el collar con la cámara oculta sobre el escritorio.

—¿Esas son las pistas? ¿Un collar de un corazón? —comentó cínico.

—Te pensaba más inteligente, comisario —admitió riendo—. Este collar contiene en su interior una cámara oculta, y en ella las grabaciones de las declaraciones de uno de los agresores de esa noche, confirmado que estuvo ahí junto a otros tres componentes de la banda, y explica cómo golpearon a mi hermano hasta quitarle la vida.

—Ok, tranquila. Veamos esas imágenes —sugirió el comisario, escéptico.

Camila conectaba el collar en el ordenador que había sobre el amplio escritorio.

La grabación comenzaba a verse desde su conversación en el sofá. El comisario escuchaba atento lo que ocurría, sin detectar nada que fuera relevante. El video avanzaba y comenzaba a verse a El Chulo semidesnudo, tocándose sus genitales mientras observaba a Camila bailando y despojándose de su ropa. La imagen avanzaba hasta el baño, viéndose como caía al agua, distorsionándose la imagen.

—¡Mierda, joder! —exclamaba Camila al ver que el agua interfería con la imagen y sonido.

El comisario observaba su reacción sin pronunciar palabra. De repente la imagen volvió, dándose a entender que Camila estaba postrada sobre El Chulo, viéndose en el rostro de este una actitud de excitación sexual.

Sánchez miraba a Camila incómodo, pues por el vaivén de las imágenes en el vídeo se deducía que estaban teniendo sexo.

—Sí, estamos follando. ¿Se va asustar de eso, comisario? —anotó con naturalidad—. ¡Atento! Ahí es donde él confiesa que estuvo aquella noche en el parque.

El comisario prestaba atención a la imagen, pero luego de la caída del collar al agua, el sonido dejó de escucharse.

—¡No, no, no puede ser…! Te juro que ahí mismo dijo que él estuvo aquella noche allá, y que él mismo, junto a Sito, golpearon a Martín —expresaba con impotencia.

El comisario desconectaba de golpe el collar del ordenador.

—Se acabó, Camila. Basta de jugar a los detectives. Deja de interferir con nuestro trabajo —dijo molesto—. Además, te podría detener ahora mismo. La grabación de una conversación sin permiso puede constituir un delito grave contra la intimidad, según lo establecido en el artículo 197.1 del código penal.

Camila recordó en ese instante lo que la dependienta de la tienda de tecnología le advirtió justo cuando compró la cámara oculta.

—Esto es alucinante, comisario. Estoy jugándome la vida, intentando encontrar al asesino de mi hermano, ¿y ahora resulta que me vas a detener? —anotaba, alzando la voz—. Tú no me creerás, pero estoy muy cerca de encontrar al responsable, y no descansaré hasta verlo entre rejas, cueste lo que me cueste.

—Es una locura lo que estás haciendo, Camila. Ese no es camino correcto —advertía.

—¿Y cuál es el camino correcto? ¿Tomar café mientas lees el periódico? —expresaba esta, tomado el collar y dirigiéndose a la salida del despacho.

El comisario, antes de que ella cruzara el marco de la puerta, pronunció su nombre, deteniéndola.

—Camila, cuídate. Esto no es un juego —le aconsejaba.

Esta lo miró por tres segundos, luego salió y cerró bruscamente la puerta.

El comisario Sánchez descolgaba su teléfono y hacía una llamada.

—Silva, te quiero vigilándola día y noche —colgó.

Caminaba por los pasillos de comisaría en dirección a la salida cuando, de pronto, girando en una de las esquinas de los pasillos, se topó de frente con dos policías que sujetaban de los brazos a un Rulo esposado.

La colisión de miradas entre ambos fue apoteósica. Las pupilas de Rulo, al verla en comisaría, se dilataban, llegando a la conclusión en ese instante de que la mujer que se hacía llamar Cala no era quién decía ser.

Camila bajó la mirada y prosiguió caminando con pasos cada vez más rápidos, hasta llegar a la salida.

Los problemas y desconfianza sobre Camila aumentaban cada vez

más, y el tiempo se le acortaba conforme más cerca estaba de conseguir esas pistas que tanto necesitaba para acabar con gran parte de la banda.

Los sentimientos de los humanos son un mundo maravilloso y también desgarrador al mismo tiempo. Hay mucho más que enfado, felicidad o tristeza. Camila salía de la comisaría con uno de los sentimientos más difíciles de aguantar, moral y mentalmente: la impotencia. Se trataba de una situación que le causaba dolor y rabia, una sensación de la que no tenía manera de escapar, sin importar lo que hiciera, sintiendo pura desesperación y desolación al querer algo y no poder alcanzarlo.

Pero Camila no dejaría que esa impotencia le nublara el juicio. Continuaría peleando con su fortaleza, y pensando fríamente para deducir cuál sería el paso más factible y rápido para inclinar la balanza de la vida a su favor. No se permitiría caer en la tentación de tomar decisiones impulsivas que le condujeran a tirar todo por la borda, después del sacrificio hecho.

Esa misma tarde, justo a la hora de la puesta del sol, se llevaría a cabo la ceremonia de Darío para su entrada a la banda, que tendría como de costumbre su escenario en las abandonadas vías del tren.

Durante todo el día Camila sintió una constante ansiedad, combinada con nerviosismo, tensión y preocupación. Se preguntaba a quién elegiría El Chulo para su enfrentamiento. Darío en realidad no se caracterizaba por ser corpulento, pues a pesar de tener un físico visualmente musculoso, su estructura era delgada y definida. Camila ya conocía muy bien la mala sangre cargada de furia que corría por las venas de todos esos individuos.

Allí, a un lado de los abandonados vagones, se encontraría con El Chulo, después de aquella noche donde tuvo que unirse con sus demonios, con la mirada acechante de Sito, y la hostil suspicacia de La Barbie.

Camila llamaba una y otra vez por teléfono a Darío. Tenía la intención de convencerlo que no se presentara a la ceremonia, pero este no contestaba.

El sol, conforme pasaban los minutos, se iba ocultando más y más tras el horizonte. Mientras tanto, Camila caminaba por la vereda de tierra que había al lado de las antiguas vías, alumbrada por unas altas farolas que marcaban el camino. Conforme se acercaba a los barracones, los latidos de su corazón se aceleraban, y el sudor comenzaba a escurrir por su frente.

Al llegar al punto de encuentro, prácticamente la mayoría de la

banda ya se encontraba allí. Estaban formando el círculo donde se llevaría a cabo la confrontación entre Darío y un veterano Martillo Blanco. En uno de los extremos del círculo estaban La Barbie y Sito, que le daba ánimos a su excompañero de orfanato. Darío visualizó de inmediato la llegada de Camila, observándola con una expresión rígida.

Del otro lado, El Chulo hablaba con Freddy, junto a otros que le presentaban bastante atención a lo que contaba. Este, al ver a Camila, le lanzó un giño de ojo, que Camila recibió con una fingida sonrisa coqueta.

La función comenzaba, colocándose Darío en el centro del círculo. Camila lo conocía muy bien y notaba su nerviosismo. No entendía el porqué de su equívoca decisión de tener que pasar por todo esto. Su alma se asustaba, se sentía al borde de un desfiladero de nervios. En sus venas su sangre hervía como líquido de fuego al verlo como un toro a punto de ser envestido.

El Chulo hacía su entrada al centro del círculo con ímpetu.

—Como ya saben, dos de los nuestros cayeron a manos de la poli. Esperamos que pronto estén de regreso con nosotros —comentaba—. Por eso es que hoy celebramos la entrada de un nuevo integrante a nuestra comunidad.

Todos, incluida Camila, alzaban sus puños junto a un grito de poder.

—Como ya es tradición, uno de los nuestros le dará la bienvenida, lanzándole golpes sin que este pueda responder. Solo podrá cubrirse o evadir de los impactos que arremetan contra su cuerpo —explicaba, al tiempo que comenzaba a caminar en torno al círculo interior—. Y el privilegiado que le dará la bienvenida es…

Muchos miraban con intensidad a El Chulo, incitándolo a ser escogidos, pero este seguía de largo con dudas, hasta que llegó frente Sito, a quien miró fijamente, y este le devolvía una mirada de negación, pues no deseaba ser el elegido y golpear a su viejo amigo.

—¡El escogido es Cala! —sentenció, elevando la voz —. Ella tuvo la gran idea de que un miembro más nos vendría bien en la banda. Por eso mismo, te concedo el honor de ser tú quién lo reciba como un nuevo Martillo Blanco.

Todos los que conformaban el círculo levantaron sus manos, mostrando sus pañuelos y entonando juntos un grito de guerra, dando así comienzo a la ceremonia.

Bajo un cielo anaranjado, con el sol ya oculto tras el horizonte, Camila tragaba saliva y caminaba a paso lento hacia el centro del círculo, sintiendo un pellizco en su estómago. Palpitantes libélulas revoloteaban en su interior, haciendo vibrar unos ruidosos nervios que aceleraban el pulso de su corazón amurallado en su pecho.

Conforme Darío y ella se acercaban, sus ojos se mantuvieron conectados, hablándose el uno al otro con el lenguaje mudo de las miradas. Camila sentía un gran dolor en su pecho, difícil de mitigar. Su cuerpo se volvía débil, sintiendo el miedo correr por sus venas, y cómo su corazón se volvía polvo volando por todos lados.

Desataba su blanco pañuelo de su muñeca, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas que detenía justo antes de que cayeran. Lentamente lo anudaba en sus nudillos, lista para teñirlo con una sangre herencia del amor, en esa tarde de color escarlata.

El Chulo alzaba el grito, dando inicio al enfrentamiento, a lo que todos respondían con el mismo sonido, levantando los puños envueltos en sus pañuelos blancos.

—Lo siento —susurraba Camila, deletreando con sus labios, lanzándose al instante siguiente hacia Darío, con un grito de furia, propinando golpes de coraje y arrebato con sus puños, sin que este opusiera resistencia a recibirlos, sin bloquearlos.

El concierto de golpes que Camila propinaba en el cuerpo y rostro de Darío, llenos de ritmo y armonía, eran impactos que carecían de dolor, como un fuerte eco que no dejaba de sonar. Dicho amasijo de impactos situaba a ambos frente a los golpes de la vida, golpes que se pueden sentir y recibir de distintas maneras, golpes que surgen en cualquier instante, golpes emocionales que hieren, que tardan en sanar o que siguen latiendo en la memoria sin que puedan cicatrizar. Camila sentía el dolor de esos golpes sin recibirlos, al compás de los alaridos de todas esas personas sin alma que disfrutaban contemplando el duro espectáculo.

El pañuelo blanco poco a poco se iba impregnando con la sangre derramada del rostro de Darío, doliéndole a esta como un latido puntiagudo en la sensibilidad de su alma. Esa sangre desconocida y honda, que penetraba en las fibras de ese blanco pañuelo, fluía manchando de culpa sus delicados nudillos.

—Darío, ¿qué estás haciendo? ¿Quieres cubrirte? —susurraba ella, entre golpe y golpe—. No puedo dejar de golpearte. ¡Reacciona, joder!

—Estos golpes no duelen, Camila. Hay otro dolor más profundo que no me deja vivir, el de ir sintiendo cómo te pierdo poco a poco —musitaba este a su oído, mientras esta lo agarraba del cuello y golpeaba su abdomen.

—No digas tonterías y reacciona de puta vez. Esto no es un juego.

—¡¡¡Suficiente!!! —gritó El Chulo parando la pelea.

Todos comenzaron abuchear.

—Como nuestro nuevo hermano no siente los golpes de una mujer, alternaremos a los contendientes —proponía, mientras envolvía sus nudillos con su pañuelo blanco—. Cala, puedes retirarte —ordenó caminado hacia el centro.

—No creo que sea necesario, Chulo —planteaba nerviosa.
—Sí, sí es necesario —afirmaba Darío.
Camila salía del centro del círculo afligida, con los nervios electrizantes y su mirada descontrolada, sintiendo un cortocircuito incendiándose por dentro. Tenía ganas de salir corriendo, de huir de lo que sus ojos estaban a punto de presenciar. Su boca temblaba de inquietud y sus manos y pies de miedo, pues sabía que El Chulo dejaría huella esa noche.
—Ya no tendrás que cubrirte, ahora tendrás que pelear para ser un Martillo Blanco —manifestaba El Chulo con una oscura sonrisa—. El combate iniciará cuando nuestro nuevo miembro dé su primer golpe.
Y así comenzaba el segundo round. Todos aclamaban exaltados el encuentro, pues por lo general su líder nunca se enfrentaba en una ceremonia de integración. Camila miraba abatida al suelo.
Con una furiosa y desbocada adrenalina, Darío se lanzaba en contra de El Chulo con su puño cerrado, lleno de cólera, impactado en su cara. Este, quedando noqueado por unos segundos, dio un paso hacia atrás. Sintió varias gotas de sangre en el extremo de su labio, las cuales limpió con su lengua, llenándose la boca con su propia sangre, que luego escupió con rabia.
A El Chulo le dolía más su prestigio de líder que el brusco golpe recibido. Cargándose de coraje, listo para liberar su furia contenida, se abalanzó sobre Darío, proyectando sus nudillos hacia su rostro. Pero este inclinó su cabeza al lado opuesto con rapidez, esquivando el golpe, que pasó rozando su cara, al mismo tiempo extendiendo sus brazos golpeándolo en su abdomen.
No había duda de que El Chulo era dos veces Darío en corpulencia, pero no era tan veloz en sus movimientos, lo que era una ventaja para Darío. Sus duros puños, llenos de rabia, buscaban el cuerpo de su oponente, pero este se zafaba ingeniosamente, provocándole así más coraje y elevando su adrenalina.
Darío caminaba hacia atrás, intentando escabullirse de ese Martillo Blanco que buscaba su sangre cuando, en un descuido, tropezó con sus propias piernas perdiendo el equilibrio. El Chulo aprovechó aquel instante de vacilación para impactar en él con su firme y ansioso puño, y este, al recibirlo, caía al suelo abrumado por la potencia del golpe.
Todos gritaban celebrando el impacto que Darío recibió. Camila, en cambio, respiraba agitada y nerviosa, sintiendo ese golpe en ella misma.
Desde el suelo Darío intentaba cubrir su cara y cuerpo de las patadas que El Chulo, con una sutil sonrisa en su fría y firme expresión, a diestra y siniestra le propinaba con violencia.
Sito se percataba de la actitud inquieta que Camila dibujaba en su

expresión y gestos corporales. Esta lo miraba, hablándole con sus ojos, pues él también sufría por la tremenda paliza que su amigo estaba recibiendo a manos de su líder. Conocía la ira que corría por sus venas, y más si requería de mantenerse victorioso ante los ojos de su séquito. Camila y Sito comenzaban a preocuparse por la vida de Darío, pues su cuerpo, con cada golpe recibido, se revolcaba con menos resistencia.

De repente, Sito, al ver cómo el suelo y los puños de El Chulo se teñían cada vez más de sangre, gritó un alto al enfrentamiento. Este, al escucharlo, paró de patear a Darío, mirándolo con un gesto furibundo por atreverse a interrumpirlo. Todos estaban sorprendidos.

—Seguiré yo por él. Creo que ya es suficiente. Lo vas a matar —proponía Sito, caminando al centro del círculo.

Darío casi no se movía en el suelo.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿Un nuevo líder? —gritaba El Chulo a la audiencia presente, levantando las manos—. ¿Cómo te atreves a parar la ceremonia de un nuevo integrante?

—Hay un límite, Chulo, y creo que se sobrepasó. Yo pelearé en su lugar —comentaba, enfrentándose a él cara a cara.

—Ok. ¡Qué lindo amigo! ¿Escucharon? Quiere sustituir al nuevo —voceaba con tono de burla—. Está bien si quieres sustituirlo, es un bonito gesto de tu parte —comentaba mientras caminaba hacia él.

De improviso El Chulo dio un paso atrás, agarrando impulso, y lanzó un potente puñetazo al lado izquierdo de la cara de Sito, que cayó al suelo luego del fuerte e inesperado impacto.

—Era el último golpe que me faltaba. Ahora sí, ya se acabó la ceremonia.

El Chulo daba la mano a Darío. Este, aceptando la ayuda, comenzó a levantarse con dificultad. Ya de pie, con su rostro ensangrentado y frente a los allí presentes, sacaba un pañuelo blanco, alzándolo hacia el cielo y elevando un grito, a lo que todos respondieron también alzando los suyos, dándole así la bienvenida a la banda al nuevo Martillo Blanco.

Pasados unos minutos el círculo comenzó a deshacerse, y El Chulo salía del mismo, dirigiéndose a su moto.

Darío, al límite de sus fuerzas, se desplomaba en el suelo, y Camila corría a auxiliarlo.

El Chulo, antes de arrancar su moto, volteaba a ver a Camila sujetando en sus brazos a Darío.

La Barbie ayudaba a Sito a levantarse, pues estaba aún medio mareado por el golpe.

Camila, aturdida, intentaba reanimar a Darío, que sollozaba con un sutil hilo de voz. Con su pañuelo intentaba limpiar las heridas de su rostro.

—Tranquilo. Solo son pequeñas heridas superficiales —comentaba Camila, retirando la sangre de su piel.

—Estoy bien, no te preocupes —balbuceaba él.

Sito y La Barbie se acercaron preocupados a conocer el estado de Darío.

—¿Cómo te encuentras, Darío? —preguntó Sito.

—Bien, Sito. Gracias, hermano. Pero no tenías que haberlo hecho.

—Si no lo hacía te iba a matar. Conozco muy bien la ira de El Chulo frente a su gente. Vamos, ayúdenme a levantarlo. Iremos a mi casa a curarte esas heridas —propuso Sito.

Entre los tres ayudaron a Darío a caminar. Sito se situaba en un lado, colocando su brazo en sus hombros, misma acción que hacía Camila del otro lado.

Los cuatro subieron a un taxi con dirección al apartamento de Sito, que se encontraba relativamente cerca, exactamente en el barrio Entrevías.

Al llegar, subieron en el ascensor hasta el quinto piso, en un edifico bastante cuidado para la zona. Sito vivía en un amplio apartamento con dos compañeros de la banda de Rock donde tocaba, que en ese momento no se encontraban. Ya dentro, sentaron a Darío en uno de los sillones que había en el amplio salón, donde en uno de los extremos había una batería, un bajo y un par de micrófonos, deduciéndose que ese era uno de los lugares donde en ocasiones la banda ensayaba. Un viejo ventilador giratorio, que Sito encendió apenas llegó, movía el aire en el caluroso apartamento, pues las noches de verano en Madrid eran bastantes calientes. Un gran balcón abierto que daba a la calle le daba más amplitud a la sala. Para que allí vivieran tres hombres, el apartamento no estaba tan desordenado como se podía esperar.

Sito fue por un poco de algodón y desinfectante para curar los cortes y magulladuras que el rostro de Darío presentaba. Mientras Camila retiraba la sangre y colocaba algunas tiritas en las heridas, Sito y La Barbie iban a la cocina a por algo de beber.

—¡Lo vi todo, Camila! —soltó Darío de la nada.

—¿De qué hablas, Darío? —preguntó extrañada ante la afirmación que le hacía.

—De tu relación con El Chulo.

En ese instante entraba La Barbie al salón con un par de cervezas en cada mano, escuchando la información que Darío declaraba. Camila, ante su presencia, no pudo responderle.

—Bueno, ya tienes mejor cara. ¿Una cerveza para activar el cuerpo? —expresaba esta, ofreciendo una lata a cada uno con una impostada sonrisa.

En ese instante llegaba Sito con algunos *bowls* con algo para picar y

un poco de agua.

—Ten un poco de agua antes. Te hará bien —ofrecía.

Darío, luego de beber y comer algo, ya comenzaba a sentirse más animado.

—¿Saben algo de Rulo? —preguntó Camila.

—No tenemos mucha información aún, pero creo que continuará un tiempo más en el calabozo, pues ahora sí lo pillaron con las manos en la masa. —explicaba Sito.

—En un par de días iré a visitarlo y sabré más. Lo pondré al día de cómo va todo aquí a fuera —comentaba La Barbie.

Camila escuchaba atentamente, sintiendo cómo aumentaba su ritmo cardiaco, pues sabía que Rulo le contaría a la persona menos indicada acerca de su encuentro en comisaría.

—La verdad lo extraño mucho a mi hijo de puta favorito —confesaba Sito.

—Por cierto, ¿adónde se marchó El Chulo tan rápido? —preguntó Camila.

—Desde que atraparon al Bolo él está encargado de la mercancía —dijo Sito.

—Sito, no deberías dar tanta información —advertía La Barbie, refiriéndose a Camila y Darío.

—No te preocupes, Barbie. Son de confianza. Además, la otra noche cuando fui a avisar a El Chulo a su casa, Cala estaba allí. ¿Recuerdas, Cala? —confesaba Sito.

Camila hubiera preferido que en ese momento la tierra se la tragara, pues para La Barbie y Darío, el comentario de Sito les confirmaba la relación entre ella y El Chulo.

La Barbie, que bebía de un trago la mitad de la lata de cerveza que tenía en su mano, agarró el porro que había en el cenicero en la pequeña mesa de centro, y salió al balcón sin pronunciar ni una palabra, con una irritada expresión de coraje.

En ese instante, un silencio inundó la habitación. Darío, que miraba fijamente al suelo batallando con los demonios de su cabeza, de un impulso se levantó y también salió al balcón.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Les dio calor? —preguntó Sito, sin entender la reacción de ambos.

—Yo iré al baño. ¿Me indicas donde está, por favor? —expresó Camila, levantándose del hundido y viejo sofá.

—Sí, te indico —anotó este, levantándose y dirigiéndose al pasillo —. ¿Ves la puerta del fondo? Ahí es.

—Ok, gracias. ¿Y tu habitación cuál es? Me da curiosidad conocer el pequeño refugio de una futura estrella del rock —dijo, con la intención de indagar.

—La que está del lado izquierdo del baño —indicó con el dedo—.

Está un poco desordenada, no creo que sea un buen momento para que la conozcas.

—Bueno, voy al baño, que ya no me aguanto —afirmó Camila avanzando por el pasillo.

Camila entraba al baño, y se ponía las manos en la cabeza.

—¡Mierda, mierda, mierda! Esto se pone cada vez peor, joder —se decía así misma, preocupada.

Sabía que no le quedaba tiempo. Cada vez estaban más cerca de descubrirla. Tenía que actuar con rapidez y mucho cuidado.

En el balcón, contemplando la luminosa ciudad, La Barbie le decía al nuevo:

—Pues bienvenido a la banda, Darío. Por cierto, Cala y tú pareciera que se conocen de antes —insinuaba.

—Bueno… la verdad es que… —balbuceaba entrecortado—. No, realmente la conocí al llegar a la banda. Aunque tengo que reconocer que es una chica bastante atractiva.

—¡No me jodas! ¿Otro? ¿Pero qué tanto le ven a esa pija de mierda? Estoy segura de que algo esconde. A mí no me engaña. Cada vez se me hace más familiar. Tengo la jodida intuición de que la vi antes en otro lugar, pero no consigo recordar dónde —confesaba—. ¿Quieres porro? —ofreció a Darío.

—Sí, gracias. Creo que me vendrá bien evadirme un poco.

—¿Y tienes novia? Eres un chico muy atractivo —comentaba coqueta.

—Buena pregunta. Tenía, pero creo que ya no. Me dejó por otro —afirmaba exasperado, mirando al infinito de la ciudad que atestiguaba desde esa altura.

Sito salía al balcón.

—¿Pero qué les pasa a vosotros dos? ¿Por qué se salieron así de repente y sin decir nada? —preguntó.

—Hacía mucho calor ahí dentro. Necesitaba un poco de aire —afirmó Darío.

—La verdad que esta brisa que corre, se agradece —anotó Sito—. Dame una calada, anda.

Camila salía despacio del baño, observando que no hubiera nadie cerca, y entraba a la desordenada y maloliente habitación de Sito. Silenciosa y ágil comenzaba a buscar entre el tumulto de ropa y basura que había a su alrededor. Abría el armario moviendo prendas apiladas, buscando pistas sin tener suerte. Abría los cajones de una cómoda donde, además de papeles y ropa mal doblada, pudo ver navajas y cuchillos. El insoportable olor a marihuana, combinado con un hedor de humedad, se volvía nauseabundo. Pero por mucho que buscaba entre los cajones, no encontraba ni el más mínimo rastro de nada. Se acercó a una de las mesitas de noche, que contaban cada una

con un único pero amplio cajón.

Sus nervios se hacían cada vez más incontrolables, y la búsqueda más inquietante, mirando a cada momento hacia la puerta, pendiente de que no se acercara alguien. Al parecer Sito también era religioso, pues en una de las mesitas estaba la figura de un santo de unos treinta centímetros de altura que veía todo lo que estaba sucediendo. Alrededor, algunos condones tirados le daban un toque más pasional al ambiente.

Camila abría el cajón, sorprendiéndose de lo que sus ojos veían. En el interior, aparte de varias bolsas con pastillas de éxtasis y marihuana, estaba la cámara de Martín, con su inconfundible cinta roja.

—¡Sí! Aquí estás —afirmaba Camila en voz baja, con una sonrisa de acierto.

—¿Se puede saber qué haces, Cala? —preguntó Sito desde la puerta, observando a esta de cuclillas frente al cajón.

A Camila se le borró de inmediato la sonrisa al escuchar la voz de Sito. Tomó una bolsa de éxtasis, cerró el cajón despacio, y se levantó, girándose con calma.

—Sabía que había algo más atrás de esa cara bonita —afirmaba este, ofendido—. ¿Quién eres realmente, Cala?

Camila se acercaba a él a paso lento, algo sensual.

—Te lo contaré, pero necesito que me guardes el secreto.

—¿A qué estás jugando?

—¡Shhh! —silbaba Camila, colocando su dedo sobre sus labios.

—No me toques los cojones —dijo Sito exaltado, agarrando su mano con fuerza y retirándola de su cara.

Camila sacó una pastilla de éxtasis, la colocó en la punta de su lengua, y fue acercando su boca a la de Sito, que reaccionó a su vez recibiéndola.

—Realmente, el que siempre me gustó fuiste tú, pero nunca me hiciste caso —susurraba, jugando con su lengua sobre sus resecos labios, dándole un apasionado beso—. El Chulo se te adelantó, y una mujer como yo necesita atención.

Sito cerraba los ojos mientras Camila rozaba su miembro, sobre la tela de su pantalón, con su rodilla, sintiendo como este fácilmente se excitaba. Entretanto, el juego de las lenguas que resbalaban entre sí continuaba.

—Sito, ya me vo… —interrumpió La Barbie, quedándose boquiabierta y sin palabras frente a lo que contemplaban sus ojos.

23

La Barbie salía a paso acelerado de la casa de Sito.

—¡Mierda! Nos vio La Barbie —expresó Camila, retirándose con brusquedad de Sito.

—Tranquila, no dirá nada. Continua… —comentaba Sito sin preocupación alguna, queriendo seguir sintiendo sus labios.

—Sito, no sabes lo que esa mujer es capaz de hacer —afirmaba zafándose de sus brazos y saliendo de la habitación.

Darío, desde el balcón, vio a Camila precipitada.

—¡Camila! —gritó desde el exterior.

Sito, que iba tras ella, escuchó el grito de Darío.

—¿Camila? ¿Cómo que Camila? —preguntó extrañado.

Camila y Darío se miraron con preocupación.

—Sí, Sito. Ese es mi nombre. ¿Cuál es el problema, joder? Tú te llamas Jesús, ¿no? Pues yo Camila, ¿ok? —gritó fúrica intimidando a Sito, creyéndose este su actuación de mujer indignada—. Perdón, perdón. No quería ponerme así, pero sé que ahora La Barbie traerá problemas.

—No te preocupes. Yo hablaré con ella —dijo Sito.

—¿Me pueden explicar qué está pasando? —preguntaba Darío sin saber a qué se estaban refiriendo.

—No es momento, Darío —anotaba Camila—. Me marcho. ¿Te vienes?

—Sí, te acompaño —afirmó Darío—. Gracias por todo hermano. Nos vemos mañana.

—Gracias, Sito. Hablamos —se despidió Camila, dedicándole una coqueta sonrisa, de lo que Darío se percató con extrañeza.

Ambos salieron de apartamento, entraron al ascensor y las puertas metálicas se cerraron.

—¡Joder, joder, joder! No tengo tiempo. Esto va a empeorar —comentaba esta alterada, mientras el ascensor descendía.

—¡A ver, cálmate! ¿Me puedes explicar que está ocurriendo?

Camila lo miró, mientras sus párpados se llenaban de lágrimas,

abalanzándose al instante siguiente en un deseado, fuerte y ansioso abrazo.

—Te extrañé tanto —susurró este, afligido.

—Joder, Darío. ¿Por qué lo hiciste? Solo lo has perjudicado todo —anotaba Camila justo cuando las puertas se abrían en la planta baja.

Ambos salieron.

—¡Buenas noches! —saludaba Camila al cruzarse con una vecina que esperaba fuera del ascensor.

Darío llegaba junto a Camila a su apartamento. Entraban por la amplia puerta metálica del edificio, agarrados de las manos, con una actitud más allá de personas casi desconocidas para los ojos de los demás. En especial para los ojos que los observaban a través del visor de un casco, desde la contra esquina de la calle, subidos en una moto.

Otros ojos que también los miraban, pero un poco más retirados, captaban a través de la pantalla de un móvil el momento de su entrada.

—Acaba de entrar en el edificio de la dirección que me indicó, agarrada de la mano de un hombre de cabeza rapada y complexión normal. —informaba el oficial Silva por teléfono, oculto en su coche de policía a varios metros de distancia, fotografiándolos con su teléfono móvil.

—¿Rapado? —preguntaba el comisario Sánchez desde el otro lado de la línea.

—Te estoy mandando las fotos en este momento.

—Tranquilo, se trata de su novio, que por lo que veo también se infiltró. No te preocupes, pasará la noche en su apartamento —respondía el comisario—. Vete a descansar.

—Gracias, comisario. Mañana a primera hora regresaré y lo mantendré informado de cualquier movimiento —dijo, y colgó.

Una mano apretaba con fuerza el acelerador de esa moto, dándole fuertes y continuos giros, emitiendo el escape un sonido grave y ruidoso, soltando un blanco humo de gasolina quemada.

Luego de varios acelerones, la moto que estaba en la esquina salía derrapando calle abajo a toda velocidad. Un poco más adelante el motociclista no se percató del coche de policía que se incorporaba a la calle desde donde estaba aparcado, teniendo que frenar de golpe, cayéndose de la moto y derrapando por el asfalto varios metros.

El oficial Silva salió de inmediato de su coche y se acercó al hombre que yacía en el suelo para ver su estado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, ofreciéndole su brazo para ayudarlo a levantarse.

—Sí. No se preocupe, oficial —aclaró este.

—¿Sabe usted que iba a una velocidad mucho más alta de la permitida?

—Perdón, oficial. No me di cuenta —declaró con tono de inocencia.

—Por favor, ¿me puede mostrar el carnet de conducir y su identificación? —solicitó el oficial.

—Sí, claro —dijo este, ofreciéndole el carnet y su DNI, que sacaba de su cartera.

—Dante Vásquez Mora —leía el oficial en sus documentos, mientras corroboraba que todo estuviera en regla, y al comprobarlo se los devolvió—. Por esta vez no lo sancionaré, pero maneje con precaución y respetando los límites de velocidad de cada avenida —le advertía.

—Claro que sí, oficial. Muchas gracias. Buenas noches.

El motociclista subía a su moto y arrancaba, girando en la primera calle a la derecha.

El oficial lo observó hasta que desapareció al doblar la esquina. A continuación volvió a su coche, arrancó, y siguió su camino.

—¿Por qué, Darío? —preguntó molesta—. Te dije que te mantuvieras alejado de todo esto.

Camila reclamaba dando vueltas por el salón, mientras este recibía sus palabras como balas, sentado en el sofá.

—No pude. Lo siento, Camila. No saber de ti oscurecía mis días, secaba mi sonrisa, pausaba las horas, mi energía se apagaba, en mi pecho retumbaban mis latidos constantemente. No me quedaba otro remedio que seguir tus pasos a escondidas, tras las esquinas, oculto entre los coches, o acechando entre los árboles. Necesitaba saber que estabas bien —describía con sufrimiento en sus palabras—. ¡No lo entiendes, joder! —gritaba de impotencia, inundándose sus lagrimales.

—Esta es mi guerra, Darío. Tú no debías haber recibido esos golpes esta noche.

—Esos golpes no me dolieron, Camila. Lo que golpeó y atravesó mi pecho fue verte besándote con El Chulo. No podía seguir fingiendo, hacer que no me importaba, que no me dolía…, cuando mis parpados se quemaban cada vez que te veía con él. Y sé que me vas a decir que es todo un montaje, que no era real, que estoy loco, que es parte del plan… Pero ¿puedes ponerte en mi lugar, joder? —protestaba, levantándose del sillón bruscamente, sintiendo un fuerte dolor por los golpes en su cuerpo—. ¡Mierda! —se quejó, colocando su mano sobre una de sus costillas.

—¿Estás bien? —acudió Camila rápido a ayudarlo—. Siéntate con cuidado. No hagas movimientos bruscos.

—Sí, sí. No te preocupes. Solo es un pequeño dolor en el lado izquierdo, pero estoy bien —comentó, acomodándose en el sofá de nuevo.

—¿Te has acostado con él? —preguntó él, de repente, en tono bajo y con la mirada al suelo.

—¿¡Qué!? —respondió Camila, sorprendida y nerviosa al mismo tiempo, al no esperar esa pregunta.

—¡Eso!, ¿que si has follado con él? —dijo, elevando la voz y mirándola a los ojos.

—¡No! No he follado con él —afirmaba con un tono molesto, disfrazando su mentira.

—Gracias. No creo que pudiera soportar eso.

Durante unos segundos, un silencio sepulcral entre ambos se alojaba en el ambiente.

—Te entiendo Darío, y sé lo duro que es esto para ti, pero para mí tampoco está siendo fácil, entiéndelo. No te das cuenta de lo importante que es para mí llegar hasta el final, y que esa gente pague por la muerte de mi hermano. ¿Te haces una idea del sufrimiento que mi familia y yo llevamos por dentro? —expresaba, sin poder contener la carga emotiva que tanto tiempo llevaba bloqueando en su interior, llena de coraje y dolor.

—Lo sé. Conozco tus ganas de llorar, esa mirada triste de alguien que lleva tiempo caída en el suelo levantándose continuamente. Sé que todo te ahoga, que quieres huir de lo que va de tu mano y de lo que has dejado ir. Sé que tiemblas, que tienes miedo, que te buscas pero no te encuentras, sin saber adónde ir. Y sé que te pesan los parpados de tanto estar alerta. Solo quería estar cuidándote las espaldas y perderme contigo en esta oscuridad.

—Perdón, perdón. —Camila confesaba—. Solo quería protegerte de todo esto, olvidarme de ti, de mí, de mi vida… Desaparecer en la inmensidad de la nada a plena luz, perdida entre callejones de cemento e infinitas veredas de tierra, perdiendo mi mirada en el horizonte, despedirme del ocaso y saludar a la luna, mirándome esta llena de tristeza y desesperanzada. Dejándome caer en unos brazos huérfanos, y cantando en el silencio efímero. Perderme en el tiempo, mezclarme con la mente de un criminal, en la vanidad del alcohol y en el sosiego del tabaco y las drogas.

Darío se levantaba despacio y se dirigía hacia ella, agarrándola de las manos.

—No te preocupes. Yo estoy aquí, y esta vez no te voy a dejar sola.

El cariño que ambos se tenían provenía de un amor sincero, fácil de reconocer. Siempre aceptando sin cuestionar, perdonando e

incapaz de odiar. Ese verdadero amor hacía suyas las tristezas y las alegrías de ambos. Hacía suyos el sufrimiento y el dolor, y también las vivencias de cada día, para así, vivir uno junto a otro como un solo corazón.

Un real amor da aliento y consuelo en los momentos de dolor y confusión, brillando como una luz de paz en medio de las tormentas, construyendo nuevos sueños. Cura y sana las heridas del alma, con ternura, paciencia y dedicación. Camina con pasos de bondad, de fe, de esperanza, paciencia y total entrega, dedicación, y de firme convicción al lado de esa persona. Un verdadero amor destruye las barreras del tiempo, la distancia, el silencio y el dolor. Ese amor va más allá de las apariencias y valora la verdadera esencia de esa persona quién es inspirada y causante de la vívida y perpetua existencia de esa verdadera unión. El verdadero amor valora a la persona amada llenándote de nuevos motivos para vivir, reír, luchar y soñar.

Su amor era tan sincero como una luz que les guiaba a través de la oscuridad. Ahora unidos buscarían la salida.

Camila le explicaba cómo quedaban las piezas del puzle referente a los componentes de la banda que estuvieron aquella noche en el parque. El Chulo, Sito, La Barbie y Rulo, fueron los agresores de Martín y Borja. Por lo que Camila pudo averiguar de los datos que El Chulo le dijo, en el momento de la agresión se dividieron en parejas, La Barbie y Rulo agredieron a Borja, El Chulo y Sito a Martín. Y fue Martín quien con su cámara intentó defenderse, lanzándola sobre la cabeza de El Chulo, a lo que uno de estos reaccionó propinándole el golpe que lo dejó inconsciente, cayendo así desplomado al piso y golpeándose la nuca con el filo del banco, lo que provocó su inmediata muerte.

—No pude descubrir ninguna pista que indicara que ellos estuvieron allí aquella noche, pero hoy encontré la prueba clave que demostrará que ellos son los agresores de Borja y asesinos de Martín —confirmaba Camila.

—¿Y cuál es esa prueba? —preguntó Darío, intrigado.

—La cámara de Martín. Sito la tiene en su poder, en el cajón de su mesita de noche —afirmaba—. Solo hay que conseguirla.

—Pero como la cámara está vinculada a Sito, él sería el único culpable, quedando La Barbie y El Chulo fuera de la jugada.

—Tengo una grabación donde La Barbie agredió a Zoe y le robó su bolso, y si tenemos suerte, aún quedan restos del ADN de El Chulo en la cámara.

—¿A Zoe? ¿Pero cómo ocurrió eso? —preguntó sorprendido.

—Es una larga historia que te contare en otro momento —anotaba Camila, sin poder contener la risa al recordar los hechos.

—¿Y cómo piensas conseguir la cámara de la casa de Sito? ¿Será más fácil que yo sea quién la consiga? —propuso Darío.

—No, Darío. Yo sé cómo hacerlo —afirmó con una sutil sonrisa—. Tú, a partir de ahora, te quedarás fuera de todo esto. No te preocupes. Lo tengo todo bajo control, creo —dijo con duda.

En ese momento, Noa y Pitu salían de debajo de sofá, acercándose despacio a Darío. Este, que no esperaba verlas, se asustaba quedándose sorprendido.

—¿Y estos gatos?

—Oh, no te las había presentado. Ellas son Noa y Pitu. Solo están un poco asustadas, pero son encantadoras —afirmaba acariciándolas.

—¿Y de dónde salieron Noa y Pitu? —preguntó interesado, mientras estas frotaban sus cabezas en sus tobillos.

—Bueno…, luego de un triste suceso ocurrido, no me quedo otra alternativa que acogerlas, o que quedaran desamparadas —comentaba, recordando con añoranza—. Por cierto, ¿Pris y Moca cómo están? —preguntó cambiando su semblante con una sonrisa.

—No tienes nada de qué preocuparte, están muy bien —anotaba Darío.

—Las extraño.

—Pronto todo esto acabará, y estarán de regreso en casa, junto a sus nuevas hermanas —comentaba Darío con una sonrisa al notar que la familia había crecido en muy poco tiempo.

Era la 1:15 de la noche, en el distrito de Vallecas, cuando alguien tocaba varias veces a la puerta de un apartamento en la calle Puerto de Alsasua número 5, cerca del metro Portazgo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó El Chulo, luego de abrir en ropa interior y encontrarse con La Barbie.

—¿Puedo pasar? Te traigo noticias —dijo con una maliciosa sonrisa.

—¡No me jodas, Barbie! No he tenido una buena noche —dijo con un tono molesto e inaguantable.

Luego de ver a Camila y a Darío agarrados de la mano, El Chulo intentó compartir su coraje y rabia con su mejor amiga en esos momentos, la cocaína.

—Sí, me doy cuenta —le dijo La Barbie, acercándose y limpiando con sus dedos los restos de droga que tenía en su nariz, mientras con la otra acariciaba su bóxer.

—A esto has venido, ¿verdad? Menuda golfa eres. Anda, pasa —dijo, invitándola a entrar y cerrando la puerta.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —preguntó La Barbie, viendo

parte de la piel de sus dedos y nudillos rasgada y con sangre seca.

—Nada grave, solo fue un pequeño accidente sin importancia.

Ambos se sentaron el sofá de la sala.

—Bueno, desembucha, no tengo toda la noche. Seguro es una gilipollez de las tuyas —comentaba El Chulo.

—Tranquilo… Anda, ponme una raya —pedía.

—Conmigo no vayas de interesante, suelta lo que tengas que soltar y lárgate —anotaba, pasándole un plato con una raya y un billete enrollado en forma de cilindro.

—Pues al parecer…, tu noviecita la pija te la está pegando con Sito —comentaba sin rodeos, segundos antes de esnifar la línea de coca.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo estás tan segura? —anotó con tono incrédulo.

—Después de la ceremonia fuimos a casa de Sito con la pija y el nuevo, que por cierto, ¡menuda le diste al pobre! Me salí a fumar un porro al balcón con Darío, muy majo el chico, eh, y está bueno. De hecho, me dijo de quedar un día en salir a tomar algo, como interesado en mí, ¿sabes? —explicaba con entusiasmo, intentando celarlo.

—Oh, qué bonito. ¿Te estás enamorando, Barbie? —preguntó sin poder contener la risa.

—¿No puedo o qué, gilipollas? Cucha este ahora —dijo molesta.

—Anda, anda, Barbie del Corte Inglés, y ¿qué pasó luego? Date prisa, que me quiero dormir —le urgía con insistencia.

—Bueno, el caso es que antes de irme fui a despedirme de Sito, que estaba en su habitación, y de repente desde la puerta veo que se están comiendo la boca y tocándose bastante calientes —contaba con exageración.

—¿Tú te crees que yo soy gilipollas, verdad? Te piensas que yo me crea primero que el nuevo te intentaba ligar, y luego que Cala se estaba besando cachonda con Sito, o sea, ¿con Sito? Pero tú has visto a esa piltrafa. Yo creo que alguien está celosa de Cala, ¿o no, Barbie? Porque si has venido a contarme esta mansalva de gilipolleces te me piras rapidito, a no ser que lo que realmente quieres es que te pegue una follada. Qué me da a mí que va más por ahí, ¿no? —comentaba perverso, acercándose a ella y agarrándola del cuello.

—¿Por qué eres tan chulo? Además, sabes que me pone mucho que me agarren del cuello —decía excitada.

—Por algo me llaman El Chulo. Lo sé, sé que eres así de cabrona, y que te gusta que te sometan —decía, mientras apretaba más su cuello con la mano, introduciendo la otra por su pantalón.

—Para, Chulo. No puedo respirar —decía con la voz entrecortada, aunque al mismo tiempo gemía de placer.

—Dime que todo lo que me has dicho era mentira, que te lo inventaste solo porque querías que te follara.

—Ufff…, sí, sigue, no pares —susurraba gozando mientras la mano de El Chulo jugaba alrededor de su entrepierna.

—¡¡¡Dime!!! —gritó apretándola más.

—Sí, es mentira, solo quería que me follaras —intentaba vocalizar con el poco aire que pasaba por su garganta.

—¿Ves cómo conozco lo hija de puta que eres? Ya sabes que no me gusta que me mientan. Así que ahora voy a tener que castigarte por portarte mal —dijo, quitándole de manera brusca la ropa y dejándola completamente desnuda.

El Chulo sacaba de su cuerpo de la única prenda que llevaba puesta, y ahí, sobre el desteñido sofá, la Barbie liberaba su animal interior con la necesidad urgente de ser domesticada. Este agarraba su cuerpo con fuerza, acercando su boca a su cuello, dando pequeñas y suaves mordidas, rasgando las venas a flor de piel. Luego seguía recorriendo con su legua su cuerpo, sin rumbos fijos. Hundía su boca en sus pechos, temblando su cuerpo al sentir como su lengua jugaba al encontrarse con sus prominentes pezones. El sofá gimoteaba al son en que La Barbie aceleraba su respiración con profundos gemidos de placer.

El Chulo le levantaba una de sus piernas a la altura de sus caderas, mientras se deleitaba persiguiendo su muslo con la saliva que desprendía de su lengua sedienta de goce. Luego bajaba su pierna y colocaba debajo de su ombligo un poco de cocaína, que aspiraba con ansias, volviéndose más adicto a su insaciable hambre de sexo ardiente. A continuación él la cargaba con el leve peso de su cuerpo desnudo, marcando sus venas fuertes y gruesas de los brazos. Esta se enroscaba con sus manos a su cuello, danzando de arriba abajo, gozando del roce del éxtasis de su miembro, ansiosa por sentir su rudeza ardiendo en su interior.

El Chulo, ya dentro de ella, azotaba con fuerza su trasero, gritando ella de goce. Después de varias posiciones alrededor del sofá, y en distintos lugares del salón, con melodías de diferentes intensidades de gemidos, ambos llegaban al final de ese encuentro forzado. Sentían su total entrega llegando al cielo, para luego caer, sin que esos brazos musculosos la arroparan, sin ofrecerle una sutil caricia.

El Chulo solo quería el sexo que con La Barbie le saciaba, un sexo sucio, sin amor, sin rozar sus almas y menos sin llegar hasta el alba. Sentir sus gemidos duros y fríos, sin llegar al corazón. Debatiendo su cuerpo, arañando su espalda, mordiendo su piel, y solo penetrando su cuerpo, no su alma, sin remordimiento alguno. Nada más que encuentros húmedos, duros, rebeldes, caóticos y voraces.

La Barbie disfrutaba de manera diferente esos encuentros, pero en el fondo sabía que solo eran lagunas secas, desiertos sin oasis, cielos nublados llenos de relámpagos y aguaceros sin paraguas con qué

cubrir su alma desnuda.

Ella vivía en sus carnes el rechazo afectivo, su única opción de amarlo sin ser correspondida, existiendo solo el componente sexual en su relación. Ya se había acostumbrado, ya no sentía frustración al no ser un afecto recíproco. Todo lo contrario, el hecho de no serlo era lo que avivaba su interés romántico, viviendo día a día el notorio desinterés, quedando muy en la oscuridad de mantener una relación, idolatrándolo aún en el mármol frío.

La Barbie quedaba exhausta, tendida sobre el sofá, calmando su agitada respiración luego del éxtasis.

A El Chulo, después de su disfrute, ya le estorbaba su presencia, regresando a su cabeza Cala, llenándose de nuevo de ese coraje que desahogaba con La Barbie.

—Bueno, ya tuviste lo que querías, lárgate —dijo con tono despectivo mientras recogía algunos cojines que habían caído al suelo.

—Tienes un tacto tan delicado para tratar a las mujeres. ¿También la tratas a ella como a mí? —replicaba.

—Diferente, a cada una la trato como se merece. Mira, Barbie, estoy hasta los cojones de tus escenitas de celos. No me jodas más, que ya te dije que no he tenido un buen día. Vamos, agarra tus cosas y lárgate.

La Barbie se levantaba indignada, recogiendo su ropa y vistiéndose con rapidez.

—Que sepas que ésta es la última vez, gilipollas —dijo irritada antes de salir por la puerta, dando un brusco golpe al cerrarla.

—¡Que te jodan! —gritó este, pegándole una rabiosa patada a una de las sillas, lanzándola a dos metros de distancia.

El Chulo se caracterizaba por su gruesa y dura armadura ante las personas y situaciones, pero atrás de ese robusto blindaje había una parte con la que a veces él mismo se encontraba y detestaba: las emociones.

24

Esa mañana las temperaturas en la capital no paraban de subir, llegando así la primera ola de calor de ese verano. El termómetro en la localidad de Alcalá de Henares llegaba casi a los 37 °C.

La Barbie viajaba en un autobús sin percatarse del calor que afuera hacía, pues el aire acondicionado en su interior ofrecía a los viajeros un plácido y fresco viaje.

El autobús de la línea N202 era el único que llegaba al centro penitenciario de Alcalá Meco Madrid II, un sitio empelado para custodiar a internos penados o preventivos en espera de una sentencia. Ese era el lugar adonde habían trasladado a Rulo semanas antes desde la comisaría donde estaba detenido, a la espera de un juicio por los delitos de posesión de drogas y agresión física.

La Barbie bajaba del autobús recibiendo una bofetada de calor en su cara. Se colocó las gafas de sol negras, que llevaba sobre su cabeza, y caminó en fila india, siguiendo a las demás personas que venían a la prisión a ver a sus familiares, y algunos funcionarios que trabajaban en ella. Muchas de estas personas que caminaban hacia la entrada portaban cestas con algo de ropa o comida para sus hijos, maridos, hermanos, o simplemente amigos que cumplían condenas dentro de la penitenciaría.

La Barbie, que esperaba su turno para ser registrada a la entrada del centro, no tuvo que pasar por revisión pues no traía nada para el recluso. Ese día, debido al calor y a los requisitos que los visitantes debían cumplir para ingresar al centro, tuvo que prescindir de sus botas militares, pues se tenía prohibido entrar con zapatillas, zapatos de plataforma o cualquier otro calzado similar al interior de las instalaciones.

Luego de un riguroso cacheo y registro, esta ingresaba a una amplia sala, donde en cada una de las mesas se sentaban las visitas esperando la llegada de los presos. Todo este proceso era custodiado por un funcionario que recorría la sala, vigilando cauteloso y atento. Su trabajo era evitar el contacto cercano entre el preso y la persona

visitante.

Rulo, que entraba cabizbajo y esposado a la sala, al ver a La Barbie cambió con rapidez su semblante, sintiendo una grata alegría. Desde que salió de su casa a muy temprana edad, los integrantes de la banda eran su única familia.

—Gracias por venir.

—Joder, tío. ¡Qué alegría verte! Se te extraña un montón. ¿Cómo te tratan aquí?

—La verdad no se esta tan mal. Me dan de comer, una cama, tengo colegas, y encima no tengo que pagar ni un euro —contaba relajado —. Solo que a veces sí me entra el mono y aquí no es tan fácil conseguir un tirito.

—Rulo, perdón por no regresar aquella noche por ti, pero ya los teníamos encima, y seguro nos hubieran agarrados a los dos —dijo con tono de arrepentimiento.

—No te preocupes, te entiendo. Los primeros días me cagaba en tu puta madre. Pero luego entendí que mejor que solo nos hubieran agarrado a uno y no a los dos. Y sí, esos hijos de puta fueron muy rápidos.

—Por cierto, te tengo que dar una mala noticia. Atraparon al Bolo, y con bastante mercancía.

—¡No me jodas, no me jodas! —susurraba con ímpetu, incrédulo.

—No sabemos a dónde lo llevaron, creo que su familia ya está enterada. Al parecer le van a caer varios años por toda la cantidad que le pillaron.

—A mí también me van a caer varios, Barbie. Esa noche llevaba mucha mercancía encima para vender. Ahora estoy a la espera de juicio, detenido por posesión de drogas y agresión, más todos los antecedentes que ya coleccionaba —contaba relajado, pues ya había aceptado que se tiraría una buena temporada entre rejas—. Aún no se sabe cuándo será el juicio, así que de momento no hay de otra sino esperar tranquilo.

—¡Joder, Rulo! Me vas a dejar sola —anotaba afligida.

—Pero no estás sola. Está El Sito, El Chulo, El Freddy… Ellos siempre te van a cuidar.

—Rulo, las cosas han cambiado mucho en muy poco tiempo.

—Entiendo, y estoy seguro de que Cala ha tenido mucho que ver en eso.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañada.

—Cuando me trasladaron aquí, antes de salir de la comisaría, me crucé con ella por los pasillos. Es muy sospechoso, ¿no crees? ¿Qué hacía caminando tan cómoda por la comisaría? —explicaba este.

—Ahora entiendo todo. Ella no pertenece a ninguna banda. Por eso se acercó a El Chulo —dijo La Barbie asintiendo.

—Exacto, es una infiltrada, y estoy seguro de que muchos más de nosotros caerán si no la detienen pronto.

—¿Pero qué buscará realmente? —se preguntaba.

—Sea lo que sea, es algo perjudicial para la banda. Además, seguro ya tiene bastante información para usarla en nuestra contra. Barbie, tienes que limpiártela rápido. O los joderá a todos.

—¡Cinco minutos! —gritaba el funcionario.

—Sí, tranquilo. Yo me voy a encargar. Estoy deseando ese momento —comentaba, con la mirada perdida llena de maldad, pensando en que tenía un motivo directo para actuar.

—Gracias por venir. Saluda a todos de mi parte, y acaba con esa perra —concluía Rulo, al tiempo en que un funcionario lo agarraba del brazo y lo sacaba de la sala.

—Cuídate mucho, Rulo —dijo conmovida, levantándose de la silla y saliendo en fila india junto con los demás visitantes por la salida del otro extremo de la sala.

La Barbie sabía que si le mandaba un mensaje desde su móvil a El Chulo avisándole de la supuesta infiltración de Camila, este no le creería, mucho menos después de lo ocurrido un par de noches atrás en su casa. Nada más salir del centro penitenciario, marcó a Sito varias veces, sin obtener respuesta. Así que decidió ir directamente a la casa de El Chulo.

Antes de que Camila saliera del apartamento para encontrarse con Sito en su casa Darío preguntó preocupado:

—¿Estás segura?

—Tranquilo. Solo lo seduciré un poco, agarraré la cámara y saldré. Será rápido. Estate al pendiente. Te avisaré de cualquier cosa —explicaba esta, tratando de tranquilizarlo.

—Con cuidado, te quiero —dijo Darío mientras ella cruzaba el umbral de la puerta, dándole un cariñoso beso.

Camila subía a un taxi que ya la esperaba en la calle frente a su edificio, y partió en dirección al barrio donde Sito vivía.

Un coche de policía que aguardaba cerca de la entrada de su edifico arrancó con discreción, siguiendo el recorrido del taxi.

—Hola, princesa. ¿Cómo estás? —contestaba Sito, al descolgar la llamada que Camila le hizo durante el trayecto.

—Bien, gracias. Ya voy camino para tu casa, y traigo mucho calor. Me urge una buena cerveza fría —expresaba con voz sensual, calentándole los motores a la simpleza e inocencia de Sito.

—Por supuesto, aquí la tendrás esperándote. Además, los compis no están en casa. Ya tengo ganas de verte. Quiero terminar lo de la

otra noche —comentaba con voz libidinosa, a lo que Camila le respondía en el mismo tono.

—Sí, estoy ansiosa de tenerte cerca, y recuperar el tiempo perdido. Por cierto, nadie sabe de esto, ¿verdad? A El Chulo no le haría mucha gracia si se entera. Esto debe ser nuestro secreto.

—Tranquila, así lo será. De hecho, he visto unas llamadas perdidas de La Barbie y no le he respondido. Seguro es para saber qué pasó aquella noche —anotaba.

—Sí, mejor mantenerla al margen, podría causarnos algún problema. Y ninguno de los dos queremos que esto se acabe, ¿verdad?

—Lo que quiero es que nunca termine, princesa.

—Bueno, te dejo. Ahora te veo, mi roquero —concluía Camila, colgando la llamada, pensando en lo fácil que sería jugar con el iluso de Sito.

Si había algo que Camila sabía hacer muy bien, eso era seducir a los hombres. Contaba con su belleza, que incluso como componente de una banda callejera la hacía destacar. Su esbelto cuerpo y sus atributos femeninos resultaban carnaza para los ojos masculinos. Pero era con su seguridad y presencia que definitivamente los cautivaba.

Los componentes masculinos de la banda no estaban acostumbrados a que los sedujeran. Dada su naturaleza de machos alfas, eran ellos quienes solían hacer el esfuerzo, tomando la iniciativa en el cortejo y más tarde en el sexo.

Pero Camila los sorprendió al tomar las riendas de la seducción, sintiéndose retados por una mujer, acelerándoseles así las hormonas y excitándose con rapidez ante ella. Además, sabía que la gente más peligrosa e intimidante solía ser la más fácil de manipular.

El taxi llegaba al edificio donde vivía Sito. Camila pagó el servicio y bajó del coche. Vestía una camiseta negra ajustada, un poco rota por el escote, detalle que aprovechaba para mostrar sutilmente sus redondos atributos, y un pequeño short de color gris con un bolsillo donde llevaba su móvil. Un cinturón metálico y sus botas negras completaban el atuendo. En su cintura destacaba una riñonera donde guardaba su cartera, un paquete de chicles de menta y una cajetilla de tabaco. A pesar de que sentía que manejaba bien la situación y que no veía a Sito como alguien peligroso, en su estómago comenzó a sentir unos pequeños ruidos de nerviosismo.

El coche de policía llegaba al barrio de Entrevías, luego de seguir al taxi durante todo su trayecto, quedándose aparcado varios metros atrás. El oficial Silva, que era el encargado de rastrear los pasos de Camila, tomaba fotos desde el interior de la patrulla, capturando con su móvil el momento en que esta llegaba al edificio.

Camila picaba el número del apartamento de Sito en el interfón que había a un lado de la entrada.

—Soy yo, Cala —dijo luego de que alguien le respondiera.

Las puertas se abrieron y Camila avanzó hasta el ascensor, que ya la estaba esperando en la planta baja. Cuando llegó al quinto piso, Sito ya la aguardaba con la puerta de su apartamento abierta. Al verlo le sonrió, y tragando saliva pensó que, así como estaban las cosas, no se libraría de unos besos más con otro de los posibles asesinos de su hermano.

—Adelante, princesa —dijo este, cediéndole el paso y tocando su trasero al entrar.

A Camila se le retorcían las tripas al sentirlo cerca, pero se obligó a disfrazar la repulsión que sentía con una falsa mueca de agrado.

Sito cerró la puerta y se dirigió a la cocina a por unas cervezas frías que tenía en la nevera.

—Ponte cómoda, princesa —gritó desde ahí.

—"Princesa" dice —se dijo así misma en voz baja, con cara despectiva.

—Toma. ¡Salud! —ofreció Sito al volver, chocando su cerveza con una mano, y con la otra agarrándola de su cintura, acercándola a él para darle un beso, a lo que ella no opuso resistencia.

—¡Salud!, por nuestro secreto —brindó Camila, separándose de él.

Ambos se sentaron en el sofá.

—¿Y has visto a la banda estos días? —preguntó Camila.

—No. Tengo un concierto con Los Sangre Azul en dos semanas y hemos estado ensayando unos nuevos temas. El Chulo anda muy ocupado con las mercancías que llegan. Después de que pillaran al Bolo pues ya sabes, él se encarga de todo. Y como sabe que la poli está encima de nosotros, anda medio escabullido del ojo público. Según sé, hoy La Barbie fue a ver a Rulo a la cárcel donde lo tienen encerrado. Quería hablar con ella para saber qué tal lo vio.

Camila, que lo escuchaba tranquila mientras bebía de su cerveza, por poco se atraganta al deducir que casi con total seguridad Rulo ya le habría contado a La Barbie de su encuentro en comisaría.

—¿Estás bien? —preguntó este al verla toser.

—Sí. Tranquilo. Creo que bebí muy rápido —dijo ella, intentando calmar su tos.

Camila percibía las intenciones de Sito. Sentía que podía lanzarse al ataque en cualquier momento.

—¿Has sabido algo de Darío? Ya no supe nada de él desde aquella noche —preguntó Sito.

—Yo tampoco. Lo dejé en su casa y ya. Estará recuperándose de los golpes de El Chulo —contestó esta, mintiendo.

—Yo le tengo mucho cariño. Él era como un hermano en el orfanato. No sabes cómo sufrí la otra noche al ver que lo apaleaban. Lo que no entiendo es por qué se quedó paralizado, él ya perteneció

por un tiempo a la banda. De hecho, recuerdo que entramos el mismo día, al poco de salir del orfanato. Éramos dos piltrafillas delgaditos. Lo bueno fue que El Chulo aún no llegaba, o nos hubiera dado una buena de bienvenida. Hasta eso, fueron buenos ese día, no recibimos tantos golpes —contaba recordando.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que Darío…? —comenzó a preguntar, con los ojos como platos, intentando disimular la impresión de lo que estaba escuchando.

—Sí, así fue. Como te dije, entramos los dos al mismo tiempo. Pero eso sí, él a los pocos meses decidió retirarse. Era muy paradito, no tenía esas agallas que se necesitan para ser un Martillo Blanco. Dijo que quería estudiar y buscarse una mejor vida. Desde aquel día ya jamás lo volví a ver. Por eso, cuando aquella noche llegó caminando por el parque, no pude contener la alegría. —comentaba con una sincera sonrisa.

—Sí, yo también creo que no tiene la fuerza para estar en la banda. Si no es por ti, casi lo matan la otra noche.

—Seguro que poco a poco se convierte en un verdadero Martillo Blanco. Además me tiene a mí. Yo sabré guiarlo —afirmaba con orgullo—. Pero, bueno, no hablemos más de Darío. Mejor continuemos donde nos quedamos el otro día, ¿no? —dijo con una lasciva sonrisa.

De pronto Sito se abalanzaba sobra Camila, comiéndosela con una boca que desprendía un desagradable olor a marihuana y cerveza. Esta intentaba esquivar los pegajosos y nauseabundos besos que le daba por toda la cara y alrededores con su descontrolada lengua.

—Espera, estás muy ansioso, tranquilo —expresaba, quitándoselo de encima—. Además, tus compañeros pueden llegar en cualquier momento y vernos aquí.

—No te preocupes. Ellos no llegaran hasta tarde.

—Mejor vamos a tu cuarto. Allí estaré más cómoda —proponía, con la intención de acabar con aquello cuanto antes.

—Tú sí que sabes, ¿eh? Ya quieres cama, traviesa —comentaba Sito, ingenuo a la realidad.

Camila lo agarraba de la mano, llevándolo hacia la desordenada y maloliente habitación, la cual ni porque había quedado con ella tuvo la decencia de ordenar. Al entrar visualizó de inmediato el cajón, en cuyo interior se encontraba la cámara de Martín, y la pista clave para detener a sus asesinos.

Camila se tumbaba en la cama y Sito se lanzaba sobre ella, sin preliminares. Esta intentaba con disimulo evadir sus movimientos, minimizando en lo posible el roce de su cuerpo contra el suyo. Él, con sus manos frías, callosas y agrietadas, sobaba su cuerpo con poca delicadeza y ninguna suavidad.

—¡Espera! —dijo de repente Camila con ímpetu, empujándolo a un lado—. ¿Y si usamos algo más divertido para animarnos? —propuso.

—¿Algo cómo…? —preguntó Sito.

Camila se acercaba a la mesita de noche y abría el cajón donde se hallaba la cámara. No obstante, al abrirlo se percató de que la cámara no estaba allí, y no pudo evitar que un ruidoso suspiro escapara de sus labios.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —preguntó Sito, serio.

—Sí, sí. Todo bien —respondió nerviosa.

—¿Buscabas algo?

—Sí, esto —anotaba Camila, sacando una bolsa de pastillas de éxtasis que había en el cajón.

—Oh, ya. Quieres sexo duro, ¿eh? —comentó con una sonrisa pícara.

Camila se sentía bloqueada. “¿Y ahora?, ¿dónde está la puta cámara, joder?”, se preguntaba en silencio sin saber qué hacer, ocultando su angustia.

Sito le arrebataba la bolsa de éxtasis, sacando dos pastillas, colocando una en su boca para tragarla de inmediato. A continuación Camila sacaba la lengua, bordeada por sus carnosos labios, donde Sito depositaba la otra pastilla, y ella simulaba tragarla, escondiéndola entre sus encías para escupirla con cautela a la primera oportunidad.

Ansioso de seguir probando su sabor, Sito embestía sobre su boca sin control. Camila evitaba esos repulsivos besos con movimientos sutiles y sensuales de su cuello y cabeza, para al mismo tiempo mantener la situación. Pero en un descuido este asaltó su boca y la pastilla se deslizó por su tráquea. Ella nunca había consumido ese tipo de sustancias, pero ya era tarde, pronto empezaría a sentir los efectos.

—Espera, tengo que ir al baño, ahora regreso —dijo quitándoselo de encima, obteniendo un poco de tiempo para respirar y pensar en cómo debía proseguir.

—Ok, aquí te espero, princesa —anotaba él, mientras se ponía más cómodo quitándose la ropa.

Conforme entraba en el baño Camila también se sumía en un trance de ansiedad. Sentía cómo la temperatura de su cuerpo comenzaba a elevarse. En ese instante sacó su teléfono de su bolsillo, percatándose de que tan solo le quedaba un 3% de batería. Enseguida le mandó un mensaje de texto a Darío:

Surgió un problema, no encuentro la cámara.

Este rápidamente le contestó:

Voy para ya, entretenlo.

Se remojó su cara y regresó al cuarto.

Sito estaba en calzoncillos sobre la cama, fumaba un porro de marihuana envuelto por una nube de espeso humo blanco.

—Ven aquí, princesa —decía, invitándola con leves palmaditas sobre la cama.

Camila se acercaba con actitud seductora. Al mismo tiempo en que subía sobre sus caderas atravesando la maloliente nube de humo, desataba su pañuelo blanco de su muñeca, colocándoselo a este sobre sus ojos, llevándolo a la total oscuridad en su visión.

—¡Qué juguetona eres! ¡Me encanta! —comentaba.

—Estoy preparando algo que te va a gustar, pero no debes quitarte el pañuelo —decía esta, mientras con cautela pero con destreza buscaba la cámara por toda la habitación.

—¿Ya?

—No, espera un poco más. Si te lo quitas ya no habrá sorpresa.

Camila abría los cajones, movía todo lo que había en su interior, buscaba entre la ropa tirada por el suelo, bajo la cama… Pero no había el más mínimo rastro de la cámara.

Sito, incapaz de aguantar más, se despojaba del pañuelo, viendo cómo Camila husmeaba en su armario.

—¿Qué cojones haces? —dijo con tono seco.

Esta se giró veloz y explicó nerviosa, tratando de restarle importancia:

—Solo buscaba una camisa.

Este se levantó de la cama con la cara un poco ida, pues la mezcla del éxtasis y marihuana empezaba hacerle efecto. Luego se acercó a ella, agarrándola de la cara con brusquedad. Desde el salón comenzó a escucharse el móvil de Sito, que no paraba de sonar.

—Ahora me toca jugar a mí —dijo, lanzándola con fuerza sobre el colchón—. Ya no me gustó tu juego. No te muevas de ahí.

Camila se quedaba postrada sobre la cama observando a Sito que se giraba a buscar algo en unos cajones dentro del armario.

—¿Buscabas esto? —dijo él, mostrándole la cámara de Martín, sujetándola por la llamativa cinta roja.

Camila se quedaba paralizada ante la mirada confundida de Sito, y luego reaccionaba:

—¡Ah, ya! ¿Te gustaría fotografiarme con poca ropa? —decía siguiendo el juego, mordiéndose el labio inferior mientras se quitaba la ropa lentamente, quedándose solo en lencería de encaje color negro, dejando ver parte de sus encantos tras la fina tela transparente.

De repente se volvía a repetir la melodía de llamada entrante desde el móvil sin que Sito le prestara la más mínima atención.

—Me encantan las fotos. Seré tu modelo si quieres —proponía ella mientras jugaba con su cuerpo, danzando con movimientos seductores. Al mismo tiempo tocaba con sensualidad sus pechos e introducía su mano bajo la parte inferior de su lencería, acompañándose con gestos libidinosos.

Como si de un mago hipnotizando a su público se tratara, Sito se quedaba boquiabierto viendo como Camila se tocaba y acariciaba lujuriosamente al son de unos leves pero excitantes gemidos.

La temperatura de Sito comenzaba a elevarse, como también se elevaba su miembro dentro de su calzoncillo.

De nuevo su teléfono volvía a sonar.

—¡Joder! ¿Quién coño está llamando tanto? —dijo molesto—. Espérame, no te muevas, ahora regreso.

Camila agarró la cámara que Sito dejó sobre la cama y se acercó despacio al marco de la puerta, intentado escuchar quién hablaba del otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, joder? —contestaba Sito malhumorado, pero rápidamente cambió su semblante y tono—. Hola, Chulo, ¿qué paso? ¿Todo bien?... Sí, estoy en mi casa… Sí, ella está aquí conmigo, ¿por?... ¿Qué?... Pero… ¿Estás seguro? —preguntó asombrado.

Camila comenzaba a vestirse con rapidez.

—Ok, tranquilo. Aquí los espero. —dijo y colgó.

Sito dejó el teléfono móvil sobre la mesa y se dirigió al cuarto. Pero justo al entrar, cuando miró a la cama y no vio a Camila, recibió un inesperado y contundente golpe en la cabeza, quedando mareado, atontado y confundido. Al instante siguiente Camila lo empujaba y él perdía el equilibrio, cayendo al suelo entre gritos de queja, agarrándose la cabeza con sus manos para aliviar el dolor.

—¡¡¡Hija de puta!!! —gritaba en el suelo.

Camila salía corriendo por la puerta escaleras abajo, mirando atrás por si Sitio la perseguía. Conforme bajaba los cinco pisos los efectos de la pastilla comenzaron a hacerse presentes, un agradable mareo y exaltación corporal. Finalmente salía del edificio, parando al primer taxi que vio. Ya abordo y con la su voz algo acelerada, le indicaba al chofer la dirección de su apartamento.

Silva, que desde la patrulla acechaba atento a cualquier movimiento varios edificios atrás, arrancaba de inmediato tras el taxi donde Camila viajaba.

La Barbie y El Chulo llegaban enseguida a casa de Sito, que les abría la puerta sobando aún su cabeza.

—¿Dónde está? —le preguntó El Chulo, entrando acelerado.

—Se escapó —informó Sito.

—¡Joder! Te dije que la retuvieras… ¡Hija de puta! —dijo disgustado.

—Me golpeó con algo en la cabeza y salió corriendo —explicaba.

—¿Y qué hacían? —preguntó extrañado.

—Nada. Aquí estábamos fumándonos un porro y bebiendo unas cervezas —explicaba nervioso.

—Sabía que no era quien decía. Lo intuí desde la primera vez que la vi —comentaba La Barbie.

—Bueno, ya de nada vale eso —dijo El Chulo—. Hay que encontrarla como sea. Tiene mucha información de la banda que podría jodernos.

—¡Miren lo que encontré! —dijo Sito, sujetando con su mano la riñonera que Camila había olvidado durante su huida.

Todos se acercaban a mirar mientras la abría, sacando su cartera y de esta su DNI. El Chulo con rapidez se lo arrebató.

—Camila Landa Sagasti —leyó este en el documento de identidad —. Pero parece totalmente otra persona —se decía a sí mismo, impresionado al contemplar la foto.

La Barbie escribió rápidamente el nombre en su móvil, buscando información en internet sobre ella.

—¡Listo! La tengo. Camila Landa, modelo profesional. Tras debutar en las mejores pasarelas españolas, la vasca aterrizó en la ciudad de la moda siendo musa de diseñadores de renombre tales como Emporio Armani, John Galliano y Dolce & Gabbana entre otros. Después…

—¡Basta! —gritó El Chulo.

—De hecho, su imagen era muy diferente a la de ahora. Miren… —comentó, mostrando fotos de su antiguo aspecto.

—Sí, está bastante cambiada la hija de puta —añadió Sito, observando las fotos de Camila como modelo.

—Claro… Ya caigo… Una noche me la topé en el parque dentro de un coche. Era la pija que me dijo que buscaba marihuana… Pero lo que realmente hacía la cabrona era espiarnos —sentenció La Barbie, recordándola sin dudas.

—Pero, ¿qué busca de nosotros? No termino de entender —se preguntaba El Chulo.

—Encontré algo, escuchen —dijo La Barbie, que continuaba buscando información y les leía el encabezado de un artículo—. Martín Landa, el hermano de la famosa modelo Camila Landa, es brutalmente asesinado por una banda callejera en el Parque del Sur.

De pronto, como dándose cuenta de algo, Sito corrió a su habitación.

—¡La Cámara! No está. —gritaba, mientras la buscaba entre el desorden.

—¿Qué cámara? —preguntó El Chulo.

—¡Maldita perra! Eso era lo que quería. Por eso rebuscaba en los cajones y el armario —voceaba desde la habitación.

—¿De qué cojones hablas, Sito? —cuestionaba El Chulo cuando este regresaba al salón, sin averiguar aún qué estaba pasando.

—Claro… Es la hermana del maricón que apaleamos aquella noche en el parque y que más tarde murió —reflexionaba Sito—. Estamos jodidos.

—¿Por qué? Ya pasó mucho tiempo de eso. No hay pruebas que nos relacionen con aquella noche ni con el muerto —comentó La Barbie.

—Sí, sí las hay, y ella las tiene —afirmó Sito.

—¡No me jodas, Sito! ¿Esa cámara que se llevó es con la que el puto maricón me abrió esta brecha en la cabeza? —dijo señalando la cicatriz.

—La misma —confirmó Sito asustado.

—¿Para qué agarraste esa puta cámara? Te voy a reventar la cabeza —gritó El Chulo agarrando del pecho a Sito dispuesto a soltarle un golpe cuando el timbre de la puerta sonó.

Los tres se quedaron quietos sin saber qué hacer.

—La policía —susurro Sito, muerto de miedo.

—Cállate, inútil —susurró La Barbie.

El Chulo se acercó despacio a la puerta, observó por la mirilla y abrió.

—Hola, Chulo. ¿Cómo estás? —dijo Darío, tartamudeando al verlo.

El Chulo lo agarró con fuerza del pecho y lo lanzó rodando por el suelo al interior del apartamento.

25

El taxi llegaba al barrio de Chamberí parando frente al edificio donde Camila vivía. Justo a su llegada, y cuando esta se disponía a pagar el servicio, caía en cuenta de que había olvidado su riñonera en casa de Sito con la cartera en su interior.

—¡Mierda! —susurró al darse cuenta de que casi de seguro ya sabían todo sobre ella: nombre completo, dirección e incluso fecha de nacimiento.

—¿Todo bien señorita? —preguntó el taxista al escucharla—. Serían diecisiete euros con ochenta.

—Disculpe, señor, pero me acabo de dar cuenta de que olvidé mi cartera —informaba apenada.

El chofer de pelo blanco, que tendría como unos sesenta años, se giró con cara de molestia, pues quería su pago y continuar trabajando.

—Señorita, necesito que me pagues. Me estás haciendo perder el tiempo aquí parado —comentaba serio y contundente.

—No sé qué hacer, señor… Si me da su número de cuenta mañana mismo podría hacerle una transferencia —proponía avergonzada.

—¿Tú te crees que yo me voy a fiar de ti con esas pintas que tienes? O me pagas o llamo ahora mismo a la policía.

—¿Perdone? ¿A qué se refiere “con esas pintas”? ¿No ha escuchado eso de que las apariencias engañan? No voy a permitir que me falte al respeto, ¿eh? —dijo Camila indignada, bajando del taxi.

El chofer también bajaba, con miedo de que esta se fuera sin pagar.

Desde el interior del coche patrulla el oficial Silva observaba la escena de Camila con el taxista, intentado entender qué era lo que estaba ocurriendo.

De la nada el hombre agarraba del antebrazo a Camila, soltándose esta bruscamente al mismo tiempo en que ambos gritaban.

Silva bajó, acercándose a ellos a paso ligero.

—¿Se puede saber que está pasando aquí? —preguntó.

—Esta señorita no me quiere pagar el servicio, dice que me va hacer una transferencia. Pero yo no me fio de esta mujer. Y quiero mi

dinero, oficial —expresaba ofendido.

—Discúlpame, oficial. Yo entiendo al hombre, pero olvidé mi cartera y no tengo cómo pagarle. Le prometo que en un rato puedo hacerle una transferencia. Lo que no voy a permitir es que me falte al respeto —explicaba alterada.

—Comprendo. ¿Cuánto fue del servicio? —preguntó.

—Son como dieciocho euros, oficial —contestó el taxista.

—Tenga, quédese con el cambio —dijo Silva, sacando de su catera un billete de veinte euros.

—Muchas gracias. De verdad que yo mañana te lo pago sin falta. Te lo prometo —agradecía Camila.

—No se preocupe señorita. Déjelo así.

El taxista volvía a su coche y retomaba su camino en busca de un nuevo servicio, y Camila luego de agradecer repetidas veces al oficial por su ayuda, entraba al edificio. Ya en su apartamento corría rápido a conectar su teléfono al cargador.

El Chulo agarraba del cuello a Darío, levantándolo del suelo unos centímetros quedando este rozándolo solo con las punteras de sus botas.

—Me vas a decir quién coño eres y qué se traen tú y esa zorra —declaraba con furia en sus ojos.

El Chulo solía actuar con una actitud tranquila y serena ante cualquier altercado, pero ese día su semblante hablaba por sí solo, pues tranquilidad era lo último que se apreciaba en su rostro. Su expresión facial era tensa, con una mirada fruncida y los labios apretados. Y su actitud mostraba signos violentos, con un tono de voz directo y elevado.

—No sé de qué me hablas, Chulo —contestaba entrecortado, casi sin poder respirar.

El puño de El Chulo impactaba en su estomago a gran velocidad, cayendo Darío al suelo, quebrándose de dolor.

—¡Levántate, hijo de puta y da la cara! ¿Qué os creíais?, ¿que no les íbamos a pillar?, ¿que somos gilipollas? —intervino La Barbie imperiosa.

—¡Arriba, rata! —gritaba El Chulo, al tiempo en que impactaba repetidas veces con su empeine el cuerpo de Darío, mientras este como podía intentaba cubrirse con sus manos.

—Tranquilízate, Chulo. No habrá manera de que abra la boca si no paras de golpearlo —declaró Sito, que intervino levantando a Darío y sentándolo en el sofá, cuando El Chulo detuvo su exceso de furia.

—¿Qué buscan? ¿Qué quieren de nosotros? —preguntaba Sito,

intentado averiguar.

—De verdad no sé de qué me hablan —negaba Darío, sin saber con seguridad si ya los habían descubierto.

—¡No me jodas, hijo de puta! Te vi entrando agarrado de la mano de Cala a su edificio, o Camila o como se llame… —voceaba El Chulo golpeándolo de nuevo.

—¡Basta, Chulo! Lo vas a matar —ordenaba Sito, intentando contener la ira de su líder.

—¿Lo vas a defender otra vez, gilipollas? Estamos jodidos si esa cámara llega a manos de la policía. ¡Y todo por tu puta culpa! —intervenía La Barbie molesta.

—¿Tú que coño sabes, lista?, que estás obsesionada con Cala desde que llegó. Será una hija de puta, pero está más buena que tú. Y estás rabiosa de celos porque El Chulo se fijó en ella —declaraba Sito molesto, entre gritos.

—¿Yo celosa? ¡Y tú traidor! ¿También te gustó la pija, verdad? ¿Besa bien? —acusó en tono cínico.

—¿Quieren dejar de discutir, joder? —intervenía El Chulo, poniendo punto y final a la discusión—. Tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos ahora.

Darío observaba desde el sofá cómo discutían entre ellos. En medio del escándalo, al tiempo en que se limpiaba una fina línea de sangre que escurría desde el lado izquierdo de su labio, su móvil comenzó a sonar, escuchándose su melodía proveniente del interior de su bolsillo. Darío se puso nervioso, pues sabía que sería Camila. Al escuchar el sonido, los otros tres guardaron silencio, clavándole sus miradas.

—Vas a agarrar tu móvil despacio y vas a contestar, vas a poner el manos libres y dirás que estás en tu casa. De lo contrario no saldrás con vida de aquí, ¿me has escuchado? —ordenó El Chulo amenazante, al tiempo en que se levantaba la camiseta mostrando la pistola que llevaba enfundada en su pantalón.

Darío, con el pulso tembloroso luego de ver el arma, los miraba con respiración acelerada, y estos a su vez lo observaban expectantes. De reojo alcanzó a distinguir en la pantalla del móvil que en efecto se trataba de Camila.

—¿Camila? —contestó temeroso.

—Darío, ¿no llegaste a casa de Sito, verdad? —pre-guntaba ella, nerviosa y con rapidez en su voz.

—No… Te mandé mensajes, pero al ver que no contestabas me vine a casa —dijo sin quitar la mirada en las tres fieras que tenía delante.

—¡Perfecto! Es que me quede sin batería. Escúchame bien… No salgas de ahí y no hables con nadie. Estoy en casa y tengo la cámara en mi poder. Voy a comisaría a entregarla como pista para la

detención de esos asesinos.

Darío tragaba saliva sin parpadear.

Los otros, que escuchaban atentamente la conversación, se echaron las manos a la cabeza, incrementándose su ira.

—Ok, yo no me muevo de aquí —dijo Darío, sintiendo que los tres depredadores lo miraban hambrientos, como si de una presa se tratara.

—Ya es hora de que esos perros callejeros paguen por lo que hicieron. No descansaré hasta verlos a todos tras las rejas —resonaba la voz Camila con coraje a través del altavoz.

Los ojos de colores de los tres parecían salirse de sus órbitas, luego de escuchar sus intenciones.

El Chulo se colocaba su *bomber*. Se disponía a salir con rapidez al apartamento de Camila para interceptarla, con el objetivo de evitar que entregara la cámara a la policía.

Darío, al deducir las intenciones de El Chulo, alertó a Camila en un arrebato:

—¡Corre con la policía Camila! Me tienen retenido en casa de Sito. El Chulo va para allá— informó gritando al altavoz del móvil.

Al escucharlo, Sito le lanzó un duro golpe, dejándolo inconsciente sobre el sofá.

El móvil caía al suelo y El Chulo se apresuraba agarrarlo.

—Camila Landa, exmodelo profesional, ¿te crees que nos ibas a engañar? Mira, voy a ser muy claro. No vas a entregar ninguna cámara a la policía. ¿Y sabes por qué? Porque vas a tener que elegir: o la cámara o tu noviecito. No querrás que le pase lo mismo que al pobrecito de tu hermano, ¿o sí? —amenazaba este con una sutil sonrisa de malicia.

—Mira, hijo de puta, tengo mucha información con la que puedo acabar contigo y tu puta banda. Más te vale que no le pongas ni un dedo encima —advertía.

—Esto se va hacer como yo diga. La cámara por tu noviecito. Mañana al atardecer te espero en las vías. Allí haremos el intercambio, sin compañía. Si percibo el más mínimo movimiento de picoletos, la historia se te repite —aclaraba con tono cínico.

—¡Perfecto! Pero será hoy a medianoche en el Parque del Sur —dijo Camila contundente, colgando la llamada.

Los tres caminaban dando vueltas por el salón, ahogados en la duda y la incertidumbre.

—¿Y ahora, Chulo? ¿Qué vamos hacer? —expresó La Barbie asustada.

Sito sacaba una pequeña bolsa de coca y con la punta de una llave aspiraba dos veces por cada uno de sus orificios nasales.

—Pásame esa mierda —pedía El Chulo, consumiendo de la misma

sustancia.

—¿Y si lleva a la policía? —preguntó La Barbie.

—Tranquilos, no lo hará. Tenemos algo que le interesa más que esa jodida cámara —anotaba El Chulo, refiriéndose con la mirada a Darío, que seguía inconsciente en el sofá

—Sí, El Chulo tiene razón —añadió Sito.

—Ahora regreso. Atadlo y no le quitéis el ojo de encima —indicó y salió del apartamento.

Camila caminaba en círculos con las manos en la cabeza. Pensaba en lo que le pudiera pasar a Darío, pues sabía la mala sangre que corría por las venas de aquellos desalmados, casi inhumanos Se culpaba de lo que le estaba ocurriendo, pues él no se merecía todo lo sufrido por querer protegerla.

Mientras seguía dando vueltas, observaba a la cámara que estaba sobre la mesa. El recuerdo de Martín se hacía presente y en sus ojos se asomaban algunas lágrimas de pesar.

De pronto detuvo su andar. Agarró la cámara, extrajo la tarjeta que había en su interior, la introdujo en su ordenador portátil y en la pantalla comenzaron a aparecer las últimas fotos realizadas. En ellas aparecían momentos capturados durante aquella tarde en la que Martín y Borja recorrieron juntos el barrio del Sur, captando los instantes de lo que sería su último atardecer.

Borja era el protagonista en la mayoría de las instantáneas, hasta que de repente aparecía una casi irreconocible Moca, bastante sucia pero con su misma e inconfundible carita juguetona posando ante la cámara.

Para finalizar, fijaba su atención en unas instantáneas del cielo de un atardecer rosado con tonalidades moradas. Camila admiraba aquellas impactantes imágenes con sus ojos cargados de lágrimas, imaginándose a Martín observando ese mismo cielo sin saber que sería la última vez que lo apreciaría.

El alma solitaria de Camila lloraba en silencio, inundándose en un aura nostálgica de tristeza. Su sangre llena de coraje y dolor pedía a gritos venganza, pero no podía arriesgar la vida de Darío. Noa y Pitu se acercaban a ella amoldándose a su estado anímico, haciéndole compañía en esos momentos difíciles, a lo que Camila correspondía agradeciendo su compañía con caricias, besos y abrazos.

En ese instante su teléfono móvil sonó, y ella con miedo y nervios descolgó la llamada entrante.

—¿Camila? —se escuchó del otro lado de la línea.

Esta permanecía en silencio, intentado reconocer esa voz que se le

hacía familiar.

—¿Comisario Sánchez? —preguntó al fin, dudosa.

—El mismo —confirmó

—Ufff…, me asustaste, comisario.

—¿Por qué? ¿Todo bien por casa, Camila?

—Sí, todo bien. ¿Y cómo sabes que estoy en casa? —señaló extrañada.

—Supuse que estarías en tu casa.

Camila caminó al balcón, se asomó, y observó a un oficial de policía, que aguardaba dentro de una patrulla aparcada frente al edificio con las luces apagadas.

—Claro. ¿Me puedes explicar por qué tengo un coche de policía en la puerta de mi edificio, comisario? —preguntó molesta.

—Tranquila, Camila. Es solo por seguridad.

—No necesito tu seguridad, oficial. Me sé cuidar sola. Así que desaparece de inmediato ese coche de policía de la puerta de mi edificio o te demandaré por acoso y privacidad de mi libertad.

—De acuerdo, Camila, como tú prefieras. Que pases buena noche.

—Igualmente, comisario —concluyó colgando la llamada.

—Dígame, comisario —contestaba unos instantes más tarde el oficial Silva desde el interior del coche de policía.

—Puedes retirarte. Camila nos ha descubierto. A partir de ahora serás más precavido y patrullarás de paisano —indicó el comisario Sánchez.

—De acuerdo, comisario. Regresaré en la noche y continuaré con la vigilancia de paisano —confirmó el oficial.

—Estoy seguro de que planea algo. Se escuchaba muy nerviosa. No debemos quitarle los ojos de encima —indicó.

Darío comenzaba a abrir poco a poco los ojos, acompañado por un atormentado dolor de cabeza. En ese instante también notaba la presión de unas cuerdas que apretaban sus tobillos y muñecas, privándolo de su movilidad.

—¡Ya despertó! —informaba La Barbie a Sito.

—¡Soltadme! —gritaba Darío, intentando zafarse de las cuerdas.

—Relájate o será peor —advertía La Barbie—. Vigila a este, que no haga ninguna estupidez. Saldré al balcón a que me dé el aire un rato.

La Barbie salía con un porro en la mano. Sito y Darío se miraban fijamente, hablando en silencio.

—¿Cómo me has podido hacer esto?, ¿a mí, tu hermano? —expresaba Sito decepcionado y todavía molesto, aunque ya más relajado.

—Tú dejaste de ser mi hermano desde que preferiste ser un Martillo Blanco —respondía Darío entre dientes—. Podrías haber tenido un buen futuro, pero preferiste el mundo de las drogas y la delincuencia. Habrá consecuencias por lo que le hiciste a ese inocente joven —dijo con irritación.

—Creo que ya estoy uniendo las piezas… Una hermana dolida se infiltra en la banda buscando venganza por la muerte de su hermano. Y aparece su novio, queriéndose hacer el héroe protegiéndole las espaldas. ¡Qué bonita historia!, ¿no? Digna para ser escrita —expresaba con tono cínico.

—Ríete… Cuando estés entre rejas te mandaré la novela para que la leas y conozcas el final de la historia —comentaba Darío con el mismo cinismo.

—Eso no va a pasar, hermanito, porque si realmente le importas a tu noviecita, esperemos que actúe con cabeza y no te abandone, dejándote desamparado como lo hizo tu hermana —comentaba Sito pulsando las teclas que más le dolían a Darío.

—¡No vuelvas a decir eso, cabrón! Mi hermana nunca me abandonó —gritó Darío con rabia en sus palabras.

—¿Ah, no? ¿Y por qué nunca regresó a buscarte? Tú no sabías su paradero, pero ella sí sabía dónde encontrarte a ti, y nunca volvió. Te has pasado la vida intentado llenar ese vacío que tu hermana dejó en ti al abandonarte.

—Eres muy sucio, Sito. Tú mejor que nadie sabes todo el sufrimiento por el que pasé desde que fui separado de mi hermana y nunca supe más de ella —replicaba con coraje y dolor al mismo tiempo—. ¿Pero qué puedo esperar de alguien que golpea sin reparo a personas con diferentes ideales, distinto color de piel, o inmigrantes que llegan a nuestro país en busca de una mejor vida?

—¡Vamos, Darío! ¿Ahora resulta que eres el hijo que dios esperaba? ¡No me jodas! —anotaba, poniéndose de pie y caminando en trayectos cortos, listo para soltar un discurso—. ¿O no te acuerdas cuando con dieciséis años intentamos abusar de aquella jovencita? ¿Ya lo olvidaste, Darío? —gritó.

—Sabes que yo no quería —gritaba con resquemor—. Tú te empeñaste en que esa noche tenía que perder la virginidad, y me emborrachaste. Yo no era consciente de lo que hacía, o mejor dicho, lo que me incitabas a hacer.

Sito reía al escuchar cómo Darío se justificaba de los hechos de los que se libró de la cárcel solo por ser menor de edad en aquel momento.

—¡Vamos, Darío! No me vengas a dar tú lecciones de ética y cómo ser un ciudadano ejemplar —anotaba entre risas—. Por cierto, ¡qué ricas tetas tiene tu novia! Solo de pensar en esos besos que nos dimos,

se me pone otra vez dura —comentaba, tocándose su paquete por encima de su pantalón.

—¡¡¡Hijo de puta!!! —gritaba este de impotencia, intentando deshacerse de las cuerdas de sus pies y manos.

—¡Hey!, ¡hey!, ¡hey! ¿Pero qué escándalo es este? —ponía orden La Barbie al regresar del balcón.

—Aquí el noviecito, que se puso algo bravo al enterarse de lo suelta que ha sido su novia con los chicos de la banda.

—¿Sabes? Este tipo me cae bien. Estoy segura de que esa zorra también lo manipuló, como hizo con El Chulo y contigo —explicaba esta a Sito.

—Claro, aquí todos somos gilipollas y tú la lista de la banda, ¿no? A ti también te la pegó igual que a todos —aclaraba Sito molesto.

—¿Pero de qué hablas tú, que eres más simple que el mecanismo de un chupete? ¿Qué pensabas, que estaba enamorada de ti, imbécil? Esa tía fue inteligente y se dio cuenta de que eras el más tonto de la banda, por eso se te acercó. ¿O ya olvidaste que todo esto es por tu culpa y esa puta cámara? —lo culpó, irritada.

Darío presenciaba, como un espectador, a La Barbie y a Sito volviéndose a pelear como si de dos adolescentes se tratara.

—Tú sí que eres tonta. Ya supera que te levantó a El Chulo. No eres más que un trozo de carne que solo sirve para follar.

La Barbie sin pensarlo le lanzaba un cenicero a la cabeza, impulsada por su comentario.

—¡A mí me respetas, gilipollas!

—¡¡¡Hija de puta!!! —gritaba Sito apretando su cabeza, intentando aliviar el dolor provocado por el impacto.

Cuando este retiró su mano de la cabeza, notó sangre en toda su palma, pues el cenicero había perforado una delgada pero profunda incisión, dando paso a un escandaloso sangrado que comenzó a empapar su cabeza.

—¡Joder, estoy sangrando! —gritaba asustado.

La Barbie se levantaba con rapidez a auxiliarlo.

—Vamos al baño a que te cure la herida —dijo, agarrándolo del brazo, encaminándose ambos por el pasillo.

La Barbie le metía la cabeza bajo la ducha retirando la sangre del corte y presionando con fuerza con una toalla, intentado cortar la hemorragia. Luego de unos minutos, cuando la herida dejaba de brotar sangre, esta la desinfectaba y luego colocaba un poco de algodón con esparadrapo cubriéndola.

El sol moría poco a poco ese día. Unos débiles rayos de luz entraban por el cristal que daba al balcón con unas ráfagas doradas, iluminando todo por unos minutos, antes de que este se escondiera tras el horizonte.

La Barbie y Sito volvían al salón.

—¡No está, joder! —voceaba La Barbie al percatarse de que Darío ya no estaba, y de que la puerta del apartamento se encontraba abierta.

26

La Barbie y Sito continuaban discutiendo, culpándose el uno al otro.

—El Chulo nos va a matar —mencionaba esta, echándose las manos a la cabeza.

—Si no me hubieras lanzado el cenicero nada de esto hubiera pasado —se excusaba Sito.

—Y si tú supieras respetar a las mujeres no tendrías que llevar ese esparadrapo en la cabeza.

En ese instante aparecía El Chulo por la puerta. Entraba arrastrando el cuerpo de Darío, que aún seguía atado de pies y manos, agarrándolo de la camiseta y lanzándolo al suelo.

—¿Se puede saber qué cojones hacen discutiendo en vez de estar vigilándolo? —gritó sorprendiéndolos.

—Perdón, Chulo —dijo Sito agachando la cabeza.

—Perdón —añadía La Barbie con la misma actitud.

—Por suerte lo encontré saliendo del edificio dando saltos. ¡Menudos inútiles! No se les puede dejar a cargo de nada.

Sito y La Barbie recogían a Darío del suelo y lo acomodaban en el sofá.

Las ráfagas doradas del sol se iban desvaneciendo, presentando una noche relajada y cálida, donde el aire no se estremecía en el ambiente.

—Ya está todo listo. Freddy nos cubrirá las espaldas por si acaso la cenicienta llegara acompañada a su último baile. —comentaba El Chulo con una sutil mueca de sonrisa.

Darío escuchaba atento preocupándose por Camila, pues sabía que estaría sola ante las artimañas de la banda.

Camila observaba desde su balcón cómo comenzaban a dibujarse las estrellas, mientras el cielo se oscurecía y las luces se atenuaban. La envolvía el humo que desprendía el cigarro que sujetaba entre sus

dedos, que poco a poco se consumía. De fondo, una ciudad iluminada, combinada con los sonidos de coches y sirenas de ambulancias, se mezclaba con la nostalgia, intranquilidad y melancolía con las que Camila inhalaba hondo el aire que compartía su soledad, junto a la blanca luna de aquella noche.

Las agujas del reloj, indiferentes al transcurrir del tiempo, caminaban sin compasión hacia la medianoche. A cada paso que daban, incapaces de detenerse, el miedo en Camila se hacía más presente.

Luego de meter la cámara en una mochila, se ponía sus botas, ajustando con fuerza los cordones, sintiendo la presión en sus pies. Un *short* negro en combinación con un cinturón metálico y una camiseta larga anudada en uno de los extremos. Esa noche pondría fin a Cala, un alma luchadora que a pesar de todos los obstáculos por los que tuvo que atravesar, nunca se rindió por conseguir su cometido. Pero esa noche su principal hazaña era traer a casa a Darío sano y salvo.

Antes de salir del apartamento acarició a Noa y Pitu, a lo que estas le respondieron con sutiles maullidos de afecto. Miró a la cocina por unos segundos y observó el cuchillero sobre la encimera. Se acercó y agarró uno, le colocó su funda, lo guardó en la parte trasera del *short* y abandonó el departamento.

—¿Comisario? Acaba de salir del edificio, va sola y lleva una mochila en la espalda —informaba el oficial Silva a través de una radio desde donde aguardaba, camuflado de paisano del otro lado de la calle en un Toyota negro.

—No la pierdas de vista, y ve informándome de su recorrido —respondía Sánchez.

—Perfecto, comisario. Lo mantendré informado.

Este avanzaba lento sobre la avenida dentro del coche, sin quitarle los ojos de encima a Camila.

Esta caminaba volteando una y otra vez a sus espaldas. Pese a su andar decisivo, el miedo se apoderaba de ella. Se acercaba el momento de poner fin a ese mundo en el que tuvo que vivir al límite, rebosada de angustia ante peligros inminentes.

Camila sentía miedo de su miedo, temor a caer, a quedar atrapada en el dolor, viviendo en el recuerdo. Encerrada en el ayer, deseaba con ganas pasar al mañana para poder liberarse del lazo que la mantenía atada, como una soga al cuello justo antes de una caída al vacío. Pero tenía miedo de cortarla y morir, sabiendo que si la dejaba terminaría por asfixiarse. El miedo a la muerte y a la vida tal cual, la guiaban por el camino de tierra aplastada. Camila estaba cansada de caminar por tierras movedizas en un mundo y una vida que eran opuestos a la suya. Pero seguía caminando, sabiendo que no eran los pasos lo que importaba sino las huellas que dejaba. Pero lo que sí tenía claro es que

no se rendiría, aunque el sol se escondiera y el viento se callara, aunque el miedo mordiera y el frío quemara, pues todavía había fuego en su alma y, lo más importante, aún había vida en sus sueños.

Silva, que no la perdía de vista, se percataba de que se dirigía hacia la estación del metro. Rápidamente y sin pensarlo, aparcó el coche, se colocó una gorra, salió de este y aceleró sus pasos entrando a la estación tras ella.

Camila atravesaba los torniquetes de la entrada con ímpetu y decisión.

A una distancia precavida para no ser descubierto, y mezclándose entre los demás usuarios que caminaban por los pasillos del metro, Silva le pisaba los talones.

Esta, inquieta en su actitud, vigilaba repetidas veces a sus espaldas, observando con detenimiento a su alrededor, como intuyendo que alguien la iba siguiendo.

El tren llegaba y Camila subía a uno de los vagones, acechada por unos ojos bajo la visera de una gorra, sin percatarse de nada.

El oficial Silva subía en el vagón de atrás, observándola a través de los cristales que había entre uno y otro.

Aun habiendo asientos libres, Camila permanecía de pie. Se agarraba a una de las barras de apoyo para no perder el equilibrio durante las frenadas que el metro hacía en cada estación, a lo largo de toda la ruta. Luego de un poco más de treinta minutos de recorrido hacia el sur de la ciudad, Camila bajaba del vagón recorriendo los pasillos decidida, como si ya conociera a la perfección el camino hacia la salida.

A esas horas de la noche la afluencia de gente en el metro era menor, por lo que Silva debía mantener más distancia entre Camila y él.

Ya en la calle, en el barrio del Sur, esta caminaba bajo la luz de la luna, que iluminaba su camino en la temible oscuridad de esa noche despejada.

Perros callejeros se cruzaban con ella a lo largo de su trayecto por las calles empedradas.

—Se dirige al Parque del Sur —informaba Silva por teléfono al comisario—. Voy tras ella calle abajo.

—¿Parque del Sur? Ahí es donde asesinaron a su hermano. No le quites los ojos de encima —ordenó.

Conforme sus pasos la acercaban a las inmediaciones del parque, Camila sentía que su corazón palpitaba acelerado, percibiendo el frío dentro de ella. Miraba al cielo estrellado que esa noche la cubría. Visualizaba a Martín en la estrella más brillante de ese manto oscuro. Luego se relajaba, pues sabía que desde allí arriba él la protegería. Pero antes de llegar al final de la calle que desembocaba al parque se

detuvo, pues de repente sintió que alguien la seguía calle abajo, y giró hacia atrás viendo que, al parecer, alguien con una gorra la seguía.

—¡Hey tú! —gritó, resonando su voz por la oscura calle—. ¿Quién anda ahí?

Silva se ocultó con velocidad tras uno de los contenedores que había a mitad de la calle, donde los perros callejeros buscaban comida.

—¡Chulo, este no era el trato! —voceaba mirando a todo su alrededor.

Sacó su móvil, apoderándose el miedo en ella. Pensó por unos instantes en avisar al comisario, pero sabía que la vida de Darío corría peligro si lo hacía, y lo guardó de nuevo.

Silva permanecía en silencio y sin hacer movimientos bruscos escondido entre cubos de basura. Al verlo, algunos de los perros que husmeaban cerca comenzaban a ladrar, a lo que esta trataba de tranquilizarlos con movimientos cariñosos, susurrando palabras en tono amable.

En aquella oscura calle emparedada y llena de misterio, Camila se inundaba en un nerviosismo de agitación y tensión, lo que aumentaba su ritmo cardiaco y su sudoración corporal. Aún faltaban varios minutos para la medianoche, pero decidió continuar caminado saliendo de esa calle desembocando al extenso Parque del Sur.

El oficial, que seguía oculto entre la basura, sacaba de nuevo su móvil marcando al comisario.

—Estuvo cerca comisario. Mencionó a un tal Chulo y un trato entre ambos —explicaba.

—¡Mierda! Continúa tras ella con cuidado. Voy para allá. Avísame de cualquier movimiento extraño —anunció y colgó.

Silva salía de inmediato de su escondite intentando visualizar a Camila que ya cruzaba el parque.

Con pasos lentos y cautelosos, Camila se acercaba poco a poco al centro del parque, a un extremo donde se encontraba la fuente en desuso. Conforme avanzaba por el camino de tierra seca, que resonaba bajo la suela de sus botas en cada pisada, visualizaba el banco donde Martín perdió la vida. Quizás en un acto de inconsciencia miró más allá de la misma imagen que observaba, dibujando su imagen, rememorando el ayer, cuando en sus brazos se iba apagando sin remedio la vida de su hermano en esa tierra mojada con su joven sangre. Tan absurda era su mente que mientras más quería no pensar en él, más lo recordaba, y cuanto más intentaba eliminar los despojos de su andar errático, más impregnando estaba en su ser.

Por algunos instantes detenía su pensamiento y miraba en 360º a todo su alrededor, pues su intuición le advertía de la presencia de alguien en la periferia del parque. A esas horas de la noche no se solía

ver a nadie pasear en el parque, tan solo se escuchaba el sonido de los grillos que hacían eco en el ambiente. La elevada adrenalina de su cuerpo disparaba en segundos su frecuencia cardiaca, como si de un corredor de encierro a punto de entrar al ruedo se tratara. Su corazón alcanzaba las doscientas pulsaciones por minuto, lo que le hacía sentir su pecho como una explosión, latiendo casi cuatro veces por segundo.

Y allí sola, bajo la poca iluminación que daban las farolas del parque, se sintió atormentada por el miedo a tomar el camino correcto y a la misma vez el equivocado. Pero se trataba de un camino único, flanqueado por muros, esperando encontrar una salida. Ahí estaba el miedo del que pensó ser valiente, el miedo a perder la fuente de la vida, en la muerte o en una vida que escribieron por encargo. El miedo al dolor en el costado de los días en los que uno está solo, rodeado de mil extraños a los que aprecia solo en las noches de cámara lenta. El miedo del compromiso del que firma después de haber huido. El miedo a tener miedo. El miedo porque es la hora y no hay que tener miedo. El miedo que ella misma se inventó para poder pensar que tenía valor.

Descolgaba la mochila de sus espaldas, con la cámara en su interior, y la apretaba con fuerza contra su pecho, cerrando los ojos y escuchando el silencio de la noche. Pero de repente ese silencio era interrumpido por el peculiar sonido tan reconocible de una Kawasaki que se aproximaba por las inmediaciones del parque, y que poco a poco iba resonando más conforme se acercaba.

La moto paraba en la acera que rodeada al parque y El Chulo bajaba de ella. Conforme se acercaba a la zona central se iba desprendiendo del casco, haciendo contacto visual con Camila desde la distancia en ese preciso instante. Su rostro era neutro y sereno, como si de un plácido paseo se tratara. Conforme sus pasos lo aproximaban a una corta distancia de Camila, esta apretaba con fuerza con sus dedos la mochila.

—¡Camila Landa! ¡Bravo! Gran trabajo —voceaba este, acercándose a ella mientras aplaudía.

—No te acerques más —ordenaba ella dando un paso atrás, quedando un par de metros entre ambos.

—Tranquila, relájate. No hay nada qué temer. Debo reconocer que este nuevo look te queda muy bien.

—¿Dónde está Darío? Más vale que cumplas con tu palabra. Si me pasa algo estás acabado. Dejé una nota con direcciones, nombres completos, pruebas y mucha información recopilada que podría acabar contigo y parte de la banda —advertía, camuflando la mentira con seguridad en sus palabras.

—¡Guau…! No esperaba menos de ti. La modelo que busca venganza por la muerte de su hermanito. Creo que eres una gran fan

de las películas de acción, ¿no? —comentaba este en tono cínico.

—Deja tu sarcasmo para otro momento, y a lo que vinimos. ¿Dónde está Darío? —preguntó terminante.

—¿Dónde está la puta cámara?

—Primero Darío.

—Ok, ok. Demos paso a los invitados —añadió seguido de un fuerte chiflido.

Por un lado, al extremo derecho entre ella y El Chulo, aparecía Freddy con un bate de beisbol en sus manos. La Barbie hacía su pletórica entrada a escena desde el lado izquierdo, con una actitud altiva y llena de ira.

—Nos vemos de nuevo, pija —anotaba.

Camila miraba a su alrededor buscando a Darío, pero sin suerte.

—¿Buscas a tu noviecito? —preguntaba El Chulo con voz burlona al percatarse del nerviosismo de esta, soltando unas sutiles risas, a lo que los demás lo acompañaban también riéndose mofándose de ella.

De repente, y a lo lejos del punto de encuentro, pudo observar que Darío se acercaba con lentitud, arrastrando sus pies por la seca tierra del camino, levantado algo de polvo. Sito caminaba tras él, agarrándole las manos que tenía atadas a sus espaldas. Conforme se aproximaban podía notar algunas heridas en su cara y varias manchas de sangre en su camiseta. Ambos se paraban algo más retirado que los demás.

—¡Darío! ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. Acabemos con esto, Camila —sugirió asintiendo con su cabeza.

—Y ahora…, dame la puta cámara —ordenaba El Chulo acercándose a ella, quedando sus rostros a tan solo unos centímetros de distancia.

Camila abría lentamente la cremallera de la mochila, sacando despacio la cámara, agarrándola por la cinta roja que la sostenía.

Este se la arrebataba con dureza, lanzándosela a La Barbie que la agarraba al vuelo. Luego se acercaba a su oído y le susurraba:

—Es una pena que esto acabara tan pronto. Cabalgabas muy rico.

Camila, ofendida de su vulgar comentario, sin pensarlo le escupía a la cara.

Los demás, que observaban expectantes la escena, rápidamente reaccionaron con la intención de acercarse, pero se detenían en seco al recibir una señal de El Chulo con su mano.

El silencio de la noche envolvía el ambiente, donde ya se empezaba a notar el viento gélido de madrugada que murmuraba entre los altos pinos que los rodeaban.

—Pero si tienes las mismas agallas que tu hermanito —comentaba retirándose la saliva de su cara—. Esta situación se me hace familiar…

Me recuerda cómo un jovencito maricón suplicaba que no le hiciéramos daño, defendiendo a su noviecito, como tú esta noche.

—Espero te pudras en la cárcel junto a todos los criminales de tu banda.

—Pobrecito, ¿verdad? Me llena de orgullo haber sido yo quién eliminó a esa escoria de este mundo.

—¡Asesino hijo de puta! —recalcaba entre dientes, con furia en sus ojos cristalinos.

—Mándale recuerdos cuando lo veas —concluyó El Chulo, alargando de pronto su musculoso y tatuado brazo en dirección al cuello de Camila, levantándola pocos centímetros del suelo.

—¡¡¡Camila!!! Suéltala —gritó Darío, intentando zafarse de las manos de Sito, que lo sujetaba con fuerza.

—Déjala sin aire, Chulo —voceaba La Barbie con adrenalina, disfrutando como esta se quedaba poco a poco sin oxígeno.

El rostro de Camila empalidecía cada vez más, perdiendo su color a medida que El Chulo apretaba con más fuerza sus dedos sobre su tráquea, disminuyendo el poco aire que le quedaba en sus pulmones.

Darío intentaba por todos los medios, con sus movimientos, intentar escapar de Sito, al que ya se le dificultaba sostenerlo. En un descuido Darío lanzaba un codazo a sus ojos, quedando este casi noqueado e inundado de dolor. Al este aflojar sus fuerzas, Darío aprovechó la oportunidad para zafarse y salir corriendo hacia Camila.

El Chulo, sin mayor reparo, tomaba la pistola que llevaba enfundada en la cintura de su pantalón, apuntaba y apretaba el gatillo.

Darío, sin tiempo a esquivar el disparo, recibía un balazo cayendo instantáneamente al suelo.

Camila, que gritaba con el hilo de voz que aún corría por su garganta, impulsivamente agarraba el cuchillo de la parte trasera de su *short* clavándoselo en su pecho.

—¡“Por mi sangre”! —clamó, aún empuñando el arma que seguía dentro de este.

El Chulo entornaba sus ojos, mirándola sin parpadear mientras caía al suelo.

Tras el ruido del balazo, el comisario Sánchez empuñando su arma daba la orden:

—¡Que nadie se mueva o disparo!

Desde el otro extremo el oficial Silva, también armado, cubría la zona para que nadie pudiera escapar.

Ya se escuchaba el sonido de dos patrullas con refuerzos llegando a toda velocidad a las inmediaciones del parque.

La Barbie, Freddy, Sito y la misma Camila permanecían de rodillas en el suelo y con las manos en alto, en lo que los oficiales les

colocaban las esposas.

Darío y El Chulo permanecían en el suelo, ambos sobre sus propios charcos de sangre que impregnaban la tierra del suelo.

El comisario pedía por radio ayuda médica al hospital más cercano. Luego de pocos minutos, dos ambulancias llegaban, y sin perder un segundo un equipo de paramédicos asistía a los heridos intentando salvar sus vidas.

Los agentes introducían a Freddy y Sito en una de las patrullas. Otros agarraban a La Barbie y Camila, dirigiéndolas a la parte trasera del otro coche policial.

Antes de que el oficial ayudara a Camila a entrar esposada, esta volteó con lágrimas en sus ojos, viendo cómo los paramédicos intentaban reanimar a Darío, pero este no respondía.

—¡Por favor, sálvenlo! ¡Darío aguanta! —gritó con dolor.

De su lado izquierdo pudo observar al comisario Sánchez que la miraba fijamente.

—Te lo dije, comisario. Te dije que no descansaría hasta atraparlos —declaró derramando lágrimas.

Acto seguido el oficial que la sujetaba por las esposas la metió en la patrulla.

Dos cuerpos en suelo sobre charcos de sangre, un cuchillo, una pistola, un bate de beisbol y una cámara, era la estampa que esa noche se dejaba ver en el Parque del Sur bajo aquel manto de estrellas y la luz de una brillante luna blanca.

La historia se volvía a repetir en aquella misma explanada. Y la imagen era la misma, desde el mismo lugar que hacía meses anteriores. Camila observaba a través del cristal de la ventanilla del coche cómo los paramédicos seguían intentando salvar la vida a la única persona que le quedaba a su lado.

Se repetían las espinas en las rosas, y en peldaños se repetía la escalera.

27

Los calabozos de la comisaría de policía del Sur se llenaban de presuntos criminales y traficantes de drogas. Entre estos, se encontraban los detenidos luego de lo ocurrido en el Parque del Sur la noche anterior. Estaban a la espera de su declaración, y seguidamente de un juicio, donde se dictaminaría en una sentencia pública, explicando oralmente si los imputados serían inocentes o culpables.

Sito, La Barbie, Freddy y Camila hacían su primera declaración por separado frente al comisario Sánchez. Cada uno contaba una historia por completo diferente, siendo la de Camila, junto con pruebas contundentes, la más certera y verídica.

La investigación quedaba cerrada en pocos días gracias a la evidencia suficiente, información detallada e imágenes captadas por su cámara oculta, que Camila aportó al caso. A esto se sumaban las fotografías y el testimonio del oficial Silva, que presenció los sucesos en la escena del crimen. El caso pasaba al Juez de control, quién analizaría la información y autorizaría al ministerio público a llevar a los imputados a juicio.

El suceso se hacía eco en los programas de noticas más importantes de las cadenas de televisión más destacadas, junto a las portadas de periódicos y revistas más leídas. La cara de Camila, con su cabeza rapada y llamativos piercings alrededor de su cara, era la imagen más vista en los últimos días. Los titulares lucían frases tales como: “De modelo internacional a una Martillo Blanco”, “La modelo que se infiltró en la banda Martillo Blanco para vengarse del asesino de su hermano¨, o “La venganza de Camila Landa”.

La noticia estaba en boca de todo el país. Los ciudadanos seguían a detalle el juicio. Todos querían saber el resultado del litigio. Un jurado popular la daría a conocer, luego de recopilar todos los datos necesarios, y escuchar las declaraciones de imputados, víctima y testigos, para dictaminar así un veredicto justo.

Pasados unos días de lo ocurrido, el Comisario Sánchez, que era el encargado de caso, entraba por la puerta principal del Hospital 12 de Octubre. Mostraba una orden de visita a una de las recepcionistas que se encontraba tras el mostrador de información. La chica que recibía el pase, luego de revisarlo, le indicaba cuál era la habitación del paciente que el comisario requería visitar.

A continuación Sánchez se dirigió al ascensor y subió hasta el tercer piso. A su llegada, cuando las puertas se abrieron y salió, se encontró en el centro de un corredor que se extendía a izquierda y derecha. Revisó en la parte superior del filo del marco del pasillo, donde había unas vagas indicaciones, intentando ubicar hacía qué lado se encontraba la habitación que buscaba. Se adentró hacía la derecha, revisando los números de cada una de las habitaciones a lo largo de su recorrido, hasta llegar a la indicada por la recepcionista. Sin pensarlo, tocó una sola vez a la puerta, que se encontraba cerrada, y sin esperar respuesta pasó.

Dentro, un pequeño televisor que colgaba de la pared daba las noticias en el canal de la televisión española.

Sánchez caminó con calma hasta llegar al pie de la cama, encontrándose cara a cara con el paciente, que se encontraba recostado en las almohadas.

Este escuchaba con atención lo que la presentadora del noticiero informaba en el telediario de esa tarde. Al ver al comisario dejó de prestar atención a la televisión, mirándolo sorprendido.

—Buenas tardes, Darío —saludaba Sánchez.

—Hola, comisario.

—¿Cómo te encuentras?

—Podría estar mejor, pero por lo menos puedo contarlo —comentaba este—. ¿Cómo está Camila? —preguntó con preocupación.

—Ella está bien. Está más tranquila al saber que ya estás fuera de peligro. Aguarda con ansias el juicio, que se llevará a cabo en los próximos días.

—Espero que todo vaya bien. Usted sabe que ella es inocente y que todo lo que hizo fue por su hermano.

—Lo sé, pero le advertí que era peligroso y podría conllevarle consecuencias. Aun así se tomó la ley por propia mano, y ahora está a la espera de ser juzgada —explicaba el comisario—. Necesito tomar tu declaración de lo que ocurrió aquella noche para añadirla a la investigación, y así tener más datos a favor de la inocencia de Camila.

—Ok comisario, cuando quiera.

Aquella noche en El Parque del Sur, Darío fue alcanzado en el pecho por la bala que El Chulo le disparó, quedando inconsciente al instante. Los paramédicos lo estabilizaron, taponando la herida,

evitando así la pérdida extrema de sangre. A su llegada al hospital, fue trasladado con urgencia al quirófano, donde le practicaron una exhaustiva y delicada cirugía.

La lesión infringida a Darío fue una herida de bala en el hemitórax izquierdo, sin orificio de salida. En la radiografía de tórax que se le realizó, pudieron localizar el proyectil en el espesor de la pared del ventrículo izquierdo. El orificio de entrada era nítido y se ubicaba ligeramente arriba de su pecho izquierdo, a cinco centímetros del borde izquierdo del esternón. Con cada latido, durante el proceso de la cirugía, de la herida de su corazón escapaba una gran cantidad de sangre. Por este motivo tuvieron que solicitar más personal en quirófano. Finalmente, el proyectil calibre 4,5, fue visualizado por el equipo especialista y retirado, salvándole así, la vida.

El día del juicio llegó. Eran las 11:30 de la mañana cuando los furgones con los implicados arribaban por separado a los juzgados de la Audiencia Provincial de Madrid, en la calle Santiago de Compostela número 96.

Reporteros, periodistas y ciudadanos se agolpaban en la entrada de los juzgados, intentando conseguir las primeras imágenes de los detenidos.

Ya todos dentro de la sala, a pocos minutos de que diera comienzo el juicio, su Señoría era el último en entrar. Todos los asistentes de la sala se levantaban para recibirlo mientras este caminaba hacia su estrado.

Del lado izquierdo del tribunal de enjuiciamiento se encontraba la silla del testigo, aún vacía, donde rendirían su testimonio frente al tribunal los involucrados en el proceso.

Del lado derecho, el auxiliar de sala ocupaba la silla frente a un teclado y una pantalla. Este sería el apoyo directo a ambas partes durante la audiencia del juicio.

Y a pocos metros más adelante también del lado izquierdo, se encontraba Camila, en el centro de la mesa como víctima en el caso, junto al abogado penalista encargado de su defensa y protección. A su otro lado en la misma mesa, un representante del ministerio público ordenaba y revisaba las pruebas con las que acusaría a los imputados.

Camila, con un semblante serio, esperaba nerviosa y con ansias el comienzo del juicio. Esperaba obtener un veredicto favorable. Su abogado repasaba con ella los puntos clave a comentar en su declaración frente a su Señoría.

Del lado derecho, y separado por un pasillo donde una larga alfombra roja cubría el suelo, se encontraba la mesa de los imputados.

La Barbie, Sito, y Freddy, permanecían de pie, acompañados por el abogado defensor de oficio que se les otorgó. Su función era asegurar que los imputados tuvieran una defensa técnica y de calidad y así conseguir la inocencia o la mínima condena posible.

Toda esta mitad de la sala estaba separada de la parte trasera por una barandilla de aproximadamente un metro de alto, donde testigos, familiares, peritos, y medios de comunicación permanecían, sentados en silencio en las hileras de bancos.

En la primera fila se encontraban los padres de Camila con semblantes afligidos y nerviosos. Esta volteaba de vez en cuando a verlos, haciéndoles señas de tranquilidad, intentando calmarlos. A su lado, el oficial Silva esperaba a ser llamado al estrado como testigo, junto al comisario Sánchez. Alguien que sorprendió a Camila en el banquillo de los testigos era a Jesús Gómez, el vagabundo que presenció la agresión en el Parque del Sur aquella noche, cuando Martín Landa perdió la vida a manos de algunos integrantes de la banda Martillo Blanco.

Del otro extremo, también en la primera fila, un jurado popular, compuesto por cuatro hombres y dos mujeres, permanecía expectante a que diera comienzo el juicio, para escuchar con exhaustiva atención las declaraciones de los imputados, víctima y testigos.

Y al fondo, custodiando la puerta principal, dos policías eran los encargados del control de la vigilancia y de mantener el orden en la sala.

En ese instante las puertas se abrían, entrando Darío a paso lento acompañado de un oficial que lo sujetaba del brazo. Camila, al verlo, sintió una inyección de adrenalina en su cuerpo, despertando en su rostro una radiante sonrisa de tranquilidad, y una gran carga emotiva en sus ojos.

Este le regresaba la sonrisa, asintiendo con la cabeza, indicando con este gesto que todo estaba bien, y deletreando con sus labios en silencio: “Tranquila, te amo”.

El juicio dio comienzo, siendo los acusados los primeros en hacer su declaración frente al Juez.

La Barbie fue la primera en declarar, negando todos los actos que se le imputaban, pues sabía que no había pruebas contundentes sobre ella que la situaran aquella noche de la agresión en el parque. Pero no contaba con que Camila tenía imágenes captadas con su cámara oculta el día que agredió y robó a Zoe en plena calle de la Gran Vía.

Sito fue el segundo en subir al estrado, declarando que tenía la cámara de Martín en su poder luego de que la encontrara una noche en el parque.

Después de que los biólogos forenses extrajeran el ADN de la sangre encontrada en la cámara de Martín Landa, determinaron que

pertenecían a Dante Vázquez Mora, conocido entre la banda como "El Chulo". De esta manera, Sito quedaba fuera de la escena del crimen, y de momento el único que se perfilaba como presunto asesino de Martín, era El Chulo.

Contra Freddy no hubo ninguna prueba que lo relacionara con el crimen, siendo de los tres a quien menos cargos se le imputaban.

Camila subía al estrado y relataba toda su convivencia como un miembro de la banda Martillo Blanco. Repasó junto con su Señoría todas las pruebas aportadas, que brindaban información de los componentes de la banda con los que convivió durante todos esos meses como infiltrada.

Jesús Gómez era interrogado por su Señoría sobre lo que presenció aquella noche en el parque, declarando solo reconocer a La Barbie como participante en la agresión a Martín y Borja.

El oficial Silva era llamado a declarar. Este relataba los que presenció mientras, oculto en el parque, espiaba los movimientos de Camila a la espera de refuerzos.

El jurado popular, junto a su Señoría y todos los presentes, no perdían detalle de las declaraciones de los imputados, la víctima y los testigos. Escuchando las diferentes versiones que exponían los testigos y acusados, cada uno de los asistentes hacía sus propias conjeturas. Más tarde escucharon a la defensa y al Ministerio Público, que desahogaban las pruebas y emitían los alegatos de clausura por ambas partes.

Pero justo antes de que el Juez levantara la sesión y pasaran a deliberar un veredicto, las puertas de la sala se abrían bruscamente, entrando Borja acompañado de su padre.

El público comentaba sobre la presencia de Borja a última hora, haciendo sus propias conjeturas.

Los acusados comentaban con sus abogados el giro de 360º que daría todo, luego de que Borja contara lo ocurrido de los hechos teniendo frente a frente a sus agresores.

Tras el revuelo que se desarmó con la entrada de Borja, el Juez no tuvo más remedio de poner orden. Lo hizo golpeando con ímpetu dos veces seguidas con el martillo de la justica, exigiendo a toda la sala guardar silencio.

Borja subía al estrado y con la voz temblorosa y sudor en sus manos, exponía frente a todos lo ocurrido aquella noche. El joven no pudo retener las lágrimas al mirar fijamente y sin parpadear a La Barbie y Sito, recordando como a sangre fría los golpeaban a Martín y a él. Frente a su Señoría y todos los asistentes, confirmaba que La Barbie fue uno de sus agresores, junto a otro componente de la banda no presente en ese momento en el banquillo de los acusados. También aportó información reconociendo a Rulo y a El Chulo por unas fotos

que el abogado defensor le mostraba de los demás componentes reconocidos de la banda. Al final, Borja señalaba firme y sin miedo a Sito como presunto responsable junto a El Chulo de la muerte de Martín.

Camila y sus padres lloraban de emoción al ver cómo el asesinato no quedaba impune. El caso se inclinaba a su favor tras la acusación de Borja y luego que Camila declaraba que El Chulo le confesó a ella, segundos antes de que todo ocurriera, que él fue quién le dio el último golpe a Martín. Siendo tras ese último impacto que este perdiera la conciencia, provocando que se desplomara golpeándose con fuerza la cabeza, causando su muerte instantánea.

Mauro observaba de arriba a abajo a Camila con extrañeza. Le impresionaba el brusco cambio con el que había transformado su imagen. Esta cruzó alguna mirada con él, sintiendo en Mauro un semblante más humilde y empático desde su último altercado en comisaría.

El jurado popular se retiraba de la sala para deliberar la sentencia. Los seis componentes de dicho jurado debatían en privado los resultados del proceso, decidiendo por voto de cada uno de los miembros, luego de evaluar las pruebas presentadas por ambas partes. Al término de estas deliberaciones emitirían un veredicto basado en las mismas.

En este caso el veredicto fue unánime. Después de varias horas deliberando y desarrollando el caso a través de las pruebas y declaraciones, llegaban a una clara sentencia. Luego de convocar de nuevo a sesión, el jurado junto al Juez volvían a la sala con los resultados del juicio oral. Su Señoría ocupó su lugar en el estrado, con el veredicto escrito en papel en sus manos, listo para ser leído ante los imputados, víctima y demás asistentes.

—Freddy Cortés Guzmán —nombraba su Señoría, poniéndose el acusado de pie, listo para escuchar su dictamen que el jurado determinó—. Se abre esta audiencia para dar lectura del veredicto y sentencia. El tribunal por unanimidad dicta veredicto a Freddy Cortés Guzmán declarándolo inocente de la agresión y muerte de Martín Landa Sagasti al no haber pruebas que indiquen que dicho sujeto se encontraba en la escena del crimen.

Freddy respiraba de alivio al conocer su sentencia y ser juzgado inocente.

—Jesús Herrera Pinto, alias “Sito”. El tribunal por unanimidad le nombra participe secundario de un acto que fuera calificado como homicidio doblemente agravado. Por el hecho premeditado, perpetrado con alevosía y ventaja por más de una persona, se le considera penalmente responsable de la agresión recibida por Martín Landa Sagasti antes de su muerte. Por todo esto, el tribunal lo declara

culpable y lo condena a la pena de 6 años de prisión.

—Vera Franco Arias, alias “La Barbie” —nombró el Juez por el micrófono que tenía frente a él levantándose esta de la silla.

En ese instante, cuando el silencio predominaba en la sala, un fuerte suspiro de Darío retumbó en los oídos de todos. Camila, al escuchar el nombre completo de La Barbie y la reacción de Darío, miró con incredulidad a este, entendiendo lo que acababan de descubrir.

—¡¡¡Verita!!! —gritó sin permiso frente a los ojos de todos.

La Barbie no podía creer lo que acababa de escuchar. Era su hermano llamándola como solía hacerlo cuando eran pequeños.

Ambos se miraron asombrados ante el descubrimiento de lo que por años ansiaban que ocurriera.

—¡¡¡Silencio en la sala!!! —gritó el Juez antes de golpear el martillo de nuevo.

En ese instante Darío no podía pensar con claridad. Sus recuerdos golpeaban su mente junto a un acelerado ritmo cardiaco imposible de controlar. Su corazón se dividía en dos. Sentía que se reencontraba con su mitad, con la mitad que anheló durante tantos años, desde que con tan solo seis años le arrebataban a su hermana, lo único que le quedaba en la vida. El destino los separó por destinos opuestos, llevándolos por diferentes caminos terminaron por alejarlos.

Pero el tiempo y la distancia que todo lo solucionan, hicieron que en esa sala de juicio recordaran a gran velocidad fragmentos de su infancia. Darío olvidaba todo lo ocurrido en ese instante, sonriendo con sus ojos y llorando de emoción con el corazón estremecido.

La dureza de La Barbie se desmoronaba mientras observaba a quién fue la mano que mecía su cuna, la espalda que la protegía, el calor que la cubría del frío, el hombro donde recostaba su cabeza cuando el insomnio se hacía presente, y la persona que nunca la saltó hasta que aquella familia la despegó de su mitad.

Ambos no podían parar de mirarse en la distancia, descubriendo que estuvieron tan cerca, sin saber que eran los hermanos Franco.

Pero ese instante, donde el mundo se detuvo por un momento, fue roto por la voz del Juez, que resonó en la sala, listo para leer la condena que caería sobre La Barbie a partir de ese día.

—El tribunal por unanimidad te condena a la pena de tres años de prisión, por considerarte material y penalmente responsable de maltrato y lesiones graves al joven Borja Almeida, así como otros cargos de robo y lesiones leves —sentenciaba el Juez.

La Barbie miraba afectada a Darío luego de escuchar su condena, al saber que pasaría varios años entre rejas. En ese momento volvía a sentir cómo, después de por fin reencontrarse con su hermano, la volverían a separar de él.

Camila, que sutilmente observaba las miradas entre los hermanos, se percataba que ambos estarían dispuestos a recuperar el tiempo perdido. Pero ella no podía olvidar que esa banda le arrebató a su hermano, con el que nunca podría recuperar ese tiempo.

Era el turno de ella, y el Juez se disponía a leer su dictamen. Camila se volteaba y observaba a sus padres. Ellos le devolvían la mirada con sus ojos que latían de nervios exacerbados, exaltados y temerosos, atentos a las palabras de su Señoría.

Darío usaba el lenguaje de sus ojos ofreciéndole una calma intranquila en su presencia. Notaba una nube borrosa en su interior que crecía a prisa, a punto de estallar en una tormenta de emociones. Percibía un sentimiento extraño que por un momento lo hizo feliz y luego lo hacía querer llorar de angustia. Una emoción dulce que aceleraba su pulso sin delicadeza antes de convertirse en una molestia severa.

—Camila Landa Sagasti —nombró el Juez, a lo que esta se ponía de pie.

Sus nervios afloraban electrizantes con color de duda, con descontrol en su mirada al borde de la histeria, sin paciencia para oír. Sintiendo un cortocircuito incendiándose por dentro, sintiendo tensión en sus músculos, necesitando más aire en sus pulmones, descomponiéndose de nerviosos nervios con ganas de salir corriendo…

28

El juicio daba por finalizado, redactándose las sentencias que el jurado popular dictaminó por unanimidad.

A la salida de los juzgados, periodistas de los diferentes canales de televisión y medios de comunicación nacionales que seguían el caso en vivo, informaban frente a sus respectivas cámaras la resolución del juicio oral que se había llevado a cabo ese día.

Una joven reportera con micrófono en mano, relataba contundente todo lo ocurrido en el tribunal, hasta que el Juez diera por concluida la presente audiencia:

—Buenas tardes. El día de hoy el Juez Ricardo Ochoa dictó sentencia a Camila Landa Sagasti, la exmodelo que se infiltró en la banda criminal Martillo Blanco. Su objetivo fue el de buscar, encontrar y llevar tras las rejas al asesino de su hermano Martín, de tan solo dieciocho años, quien falleció en el Parque del Sur luego de una brutal paliza, en una clara agresión con tintes homofóbicos.

“Se le imponía el delito de homicidio sobre la persona de Dante Vázquez Mora, el líder de la banda, quién perdió la vida luego de que esta lo apuñalara con un arma blanca en el pecho. Este suceso tuvo lugar en el mismo parque donde muriera su hermano. No obstante, el Juez determinó su sentencia como absolutoria, con exceso de legítima defensa, luego de que este intentara asfixiarla y disparara a sangre fría contra Darío Franco Arias, el novio de la víctima.

“Los otros miembros de la banda, también detenidos esa misma noche, fueron imputados con diferentes sentencias de cárcel, de acuerdo con los cargos y delitos de los que se les acusaba.

“De momento esa es toda la información. Seguiremos al pendiente de este caso —informaba la reportera, finalizando y dando paso al canal.

Camila lloraba de emoción abrazada a sus padres y Darío. La pesadilla por la que tanto luchó, y que casi les cuesta la vida tanto a ella como a Darío, ya terminaba.

Darío se disculpó, separándose por un momento de ellos para

acercarse a la parte trasera de la barandilla, que separaba al público de los acusados. Lo hizo segundos antes de que llegaran los oficiales que los llevarían a cumplir formalmente sus condenas.

Este alargaba su brazo, rozando con sus dedos la mano de La Barbie, instantes antes de que un policía los separara.

—Vera, tranquila. Todo va a salir bien —expresaba Darío conmovido.

—Darío, perdón —decía La Barbie afligida, mientras un oficial la sacaba de la sala en dirección a los furgones que la trasladarían a prisión.

Darío volvía con Camila y esta avanzaba junto a él y sus padres por el pasillo de la sala en dirección a la salida. Muchos de los periodistas que habían presenciado el juicio, intentaban sonsacarle su primera declaración, pero esta evadía sus preguntas con cortesía, continuando su camino.

De repente, frente a ella, la visión de Borja y Mauro la obligaron a detener su paso. Camila se separó de sus padres y avanzó hasta aquel padre e hijo, que la miraban apesadumbrados. Darío seguía tras ella.

—Gracias, Borja. Te lo agradezco, y estoy segura que desde allí arriba también —agradecía Camila, agarrando la mano de Borja con los ojos cristalinos.

—Tenía que hacerlo, por él, por su injusta muerte… —comentaba, sin poder controlar la emoción en sus palabras—. Desde aquella noche en el parque mi vida cambió para siempre. Lo extraño mucho. Gracias, Camila. Gracias por salvarme dos veces la vida.

Darío abrazaba a Camila, que escuchaba muy atenta a un Borja conmovido, sin poder controlar la pena que sentía por el recuerdo de su hermano.

—Yo te quería pedir perdón, por no ponerme en tu lugar, por intentar encaminar la vida de Borja a mi manera y no pensar en su felicidad y en el derecho de apoyarlo y respetar a quién él quiera amar. Perdón por no entender tu dolor, y querer intentar lanzar un velo a la realidad. Siento de corazón tu pérdida, y me gustaría darte mi mano en lo que pueda ayudar —confesaba Mauro con palabras sinceras.

—Gracias Mauro, agradezco tus palabras. Nunca es tarde, si la dicha es buena, para reconocer los errores que a veces cometemos por pensar solo en nosotros y no en los que tenemos a nuestro alrededor —agradecía Camila.

—También me gustaría proponerte si quisieras regresar a tu puesto como directora editorial de *Mood Magazine.* Nadie mejor que tu pudo hacer ese trabajo. La propuesta también es para ti, Darío — le sugería Mauro a ambos.

Camila y Darío se miraban y sonreían, felices ante la idea de

regresar a lo que era su vida normal. Ambos agradecían la propuesta de Mauro con un movimiento afirmativo de sus cabezas.

Padre e hijo se despedían y caminaban a la salida.

—¡Borja! —lo llamaba de pronto Camila, deteniéndose este y girándose—. Cuando puedas, pásate por casa. Tengo unas fotografías que darte.

—Claro que sí —aceptaba la invitación con una gran sonrisa sabiendo a que fotos se refería.

Todo volvía a la plácida normalidad. Camila seguía buscando en las noches despejadas la estrella que más relumbraba en el cielo infinito. Sin poder evitar en algunos momentos convencerse de que todo había sido un sueño y nada de lo ocurrido nunca sucedió.

3 Meses Después

Darío llegaba con su coche al parking del Centro Penitenciario de mujeres MADRID V de Soto del Real. El frío ya llegaba a la ciudad, y más en esa área. Era el mes de las luces, las reuniones familiares, la nieve, las castañas, los villancicos, y sin duda la época favorita de Camila: la Navidad. Pero era una navidad triste, aunque tranquila, pues sería la primera sin Martín.

El ambiente navideño también llegaba al centro penitenciario. A lo largo de toda su fachada colgaban largas hileras de luces, dándole un toque más acogedor a las frías instalaciones.

Ese día, Darío no le contó a Camila que iría a visitar a La Barbie. Le mintió con que llevaría juguetes a los niños del orfanato donde él creció, como hacía cada año. Luego de que durante el juicio se descubriera que Darío y La Barbie eran los hermanos Franco, no se había profundizado mucho en el tema. Este mantenía contacto con ella por teléfono, pero lo hacía a escondidas de Camila para no lastimarla, al menos hasta que el tiempo fuera curando toda la herida de lo sucedido.

Darío veía en La Barbie a su hermana que tantos años buscó, obviando un poco su pasado. Pero Camila seguía viendo a una criminal.

Esa tarde, se verían por primera vez cara a cara después del juicio. Darío tenía muchas preguntas qué hacerle acerca de su vida, luego de que a su corta edad los separaran.

Bajaba de su coche cargando unas bolsas llenas de utensilios que harían que la estadía de su hermana en la cárcel fuera un poco más placentera. Mantas, ropa de abrigo, comida, zapatos, entre otras cosas era lo que ese día recibiría La Barbie como regalos navideños

adelantados.

En ese instante una llamada entrante de Camila aparecía en la pantalla de su móvil.

—Mi amor. ¿Cómo te fue con los niños del orfanato? Me hubiera encantado verles esas caritas de felicidad ante todos esos regalos —comentaba Camila desde el otro lado de la línea.

—Sí, se pusieron realmente felices —mintió.

—No llegues tarde a casa. Recuerda que los invitados comenzarán a llegar a las ocho.

Esa noche Camila había reunido a amigos y compañeros de la redacción para compartir una precena navideña, donde harían la entrega de regalos del amigo invisible.

—Ok, mi amor. No te preocupes. Allí estaré antes de que nuestros invitados aparezcan.

—Genial. Pues no te entretengo, que de seguro estás ahí rodeado de niños. Yo aún estoy en el centro. Vine a comprar un par de cosas que me faltan para la cena. Te amo, *bye* —colgó.

Darío se sentía incómodo consigo mismo al tener que mentir a Camila, pero sabía que de momento mantenerla al margen de su acercamiento con su hermana era lo mejor.

Su reloj marcaba la hora de visitas en el centro penitenciario. Tomó las bolsas con las cosas que llevaba y caminó hacia la entrada. Luego de presentar su documentación y ser cacheado por los funcionarios de seguridad, estos revisaron también a detalle todo lo que traía para la reclusa. Al terminar le colocaron una pegatina en su abrigo con la fecha y el nombre de Vera Franco. Luego caminó en fila india, siguiendo a otros visitantes, por unos fríos y largos pasillos blancos hasta llegar a la entrada de una habitación. Allí, un funcionario, antes de permitirles pasar, leía el nombre de la persona que venían a visitar.

—¿Su nombre?

—Darío Franco Arias.

El dedo del funcionario recorría la lista que tenía en su mano, buscando el nombre mencionado.

—Vera Franco Arias. Ventanilla 3 —indicó.

—Gracias —dijo.

Avanzó hasta la ventanilla 3 y se sentó en la silla que había frente a esta. A ambos lados del grueso cristal que la conformaba, había un par de teléfonos por los que se comunicarían él y su hermana. El contacto directo estaba prohibido de momento.

A los pocos minutos llegaba La Barbie, luciendo el pelo un poco más largo, sin piercing en su rostro y enfundada en un uniforme de color beige. Se sentaba frente a Darío, del lado opuesto del cristal, y descolgaba el teléfono.

—Hola, Darío. Gracias por venir —saludaba con voz serena y una sutil sonrisa.

—¿Cómo estás? Te ves mucho mejor con más pelo —comentaba Darío rompiendo el hielo.

—Sí, me lo dejaré largo. Es hora de dejar atrás esa antigua imagen. En estos tres meses he recapacitado sobre mi antigua vida, que si volviera atrás jamás la repetiría. Cometí muchos errores y por eso estoy cumpliendo esta condena —recapacitaba.

—Estuvo mal lo que hiciste, pero nunca es tarde para reconocerlo. Estoy seguro que cuando salgas de aquí la sociedad te dará una segunda oportunidad y podrás rehacer una nueva vida.

—Gracias de verdad. Eres la única persona que ahora mismo tengo en la vida, y no quiero volver a perderte —confesaba La Barbie, tocando el cristal con su otra mano al mismo tiempo que desde su ojo izquierdo se deslizaba una sutil lágrima.

—No te preocupes, Vera. No me vas a volver a perder. Aquí voy a estar siempre para lo que me necesites —expresaba Darío, colocando su mano también sobre el cristal.

Dicen que hay pocos vínculos tan indestructibles como aquellos entre los hermanos. Estos están unidos por poderosos lazos de sangre, memoria, amor y conexión. Crecen juntos reflejando sus similitudes mientras descubren sus diferencias. Tener hermanos y hermanas es como nacer en un mundo donde ya tenemos amigos. Lo mejor de los hermanos es que a medida que crecen, su relación se vuelve más fácil de mantener. La alegría y la comodidad se vuelven sencillas, y cada momento que pasan juntos es más valioso.

Darío sabía que, aunque la vida los desafió de maneras difíciles, a veces sacando incluso lo peor de ellos, nada podía impedirle querer cuidar de su hermana. La quería por encima de todo, perdonándola de sus actos. Y tanto La Barbie como Darío tenían disposición para recuperar el tiempo perdido.

Luego de unos segundos, tras el silencio de esos teléfonos y mirándose a los ojos a través del cristal, recordando esos años que compartieron juntos, Darío no pudo evitar hacer la pregunta que durante toda su vida sonó en su mente y de la que tanto necesitaba la respuesta.

—¿Por qué nunca viniste a buscarme? —preguntó, rompiendo ese silencio.

—Mis padres adoptivos se encargaron de que eso nunca ocurriera. Recuerdo que siempre preguntaba por ti. Lloraba y lloraba pidiendo que me llevaran contigo. Conforme crecí me iba acomodando a mi nueva vida sin ti, pero recordándote siempre.

”Llegué a ese hogar adoptivo con cinco años, pero hasta que no cumplí los diez no se terminó el proceso de adopción. Cuando tuve

que ir al juzgado para finalmente ser su hija oficial, el Juez me preguntó si quería conservar mi mismo nombre, y dije que sí, pues todo el mundo ya me conocía como Vera. En ese pequeño despacho, junto a mis padres adoptivos, le pedí que por favor me dejaran conservar los apellidos de mis padres biológicos, que era lo único que me quedaba de ellos. A mi madre no le importaba. Pero mi padre, aunque al principio se negó, pronto entendió mi petición aceptando que los conservara. Cada vez que cumplía años y me preguntaban qué quería de regalo, o en cada Navidad, yo siempre pedía ir a verte, a lo que ellos me contestaban; "Él está como tú, con su nueva familia, muy lejos de aquí".

Darío no podía controlar las lágrimas en silencio al escucharla.

—En cuanto aprendí a usar el ordenador de mi padre, a escondidas de ellos escribía en el buscador tu nombre, Darío Franco Arias, pero nunca aparecía ni la más mínima información. Al poco tiempo, cuando mi padre se dio cuenta, colocó una contraseña para que no pudiera usarlo en su ausencia.

"Recuerdo perfectamente una noche, cuando aún no cumplía los doce años. Mis padres me sentaron el sofá de casa y me dijeron muy consternados que habías muerto en un accidente de tráfico, como mamá y papá. El cielo cayó sobre mí, hundiéndome en la pena más oscura. Me volvían a separar de ti, pero ahora sí era para siempre. Te habían llevado a un lugar a donde no podía ir a buscarte. Fue por eso que la idea de volver a verte se había esfumado de mi mente —contaba La Barbie con gran conmoción en sus palabras.

Por el megáfono de la sala, la voz de un funcionario avisaba de que fueran concluyendo sus conversaciones, pues le quedaban solo cinco minutos para que la visita terminara.

—Mira, aquí te traje algunas mantas, ropa de abrigo, un par de tenis y chocolates de Suchard, tus favoritos de pequeña —decía, mostrándole todo lo que llevaba en las bolsas para ella.

—De pequeña y de grande —afirmó riendo—. Muchas gracias, Darío. Aunque este aquí encerrada, me siento muy feliz por haberte encontrado. Es surrealista, pero todo esto se lo tengo que agradecer a Camila —dijo con una sonrisa y brillo en sus ojos.

Una funcionaria llegaba a la ventanilla número 3, llevándose sin brusquedad pero tampoco sin nada de amabilidad a La Barbie.

—¿Y cómo te doy esto? —dijo Darío, alzando la voz y al mismo tiempo levantando las bolsas con sus manos.

—No se preocupe. Nosotros se lo haremos llegar. Puede salir —le comentaba la funcionaria que estaba en la sala a su lado, invitándolo a salir.

Darío salía del centro penitenciario y era golpeado por una fría brisa. Miró su reloj y se percató de que, aunque ya se había hecho un

poco tarde, todavía tenía tiempo de llegar a casa antes que los invitados. Entró a su coche frotándose las manos y miró al asiento del copiloto, donde había un regalo envuelto en papel rojo con pequeños pinos verdes y un lazo dorado. De una esquina colgaba una pequeña tarjeta donde ponía "Camila" con letra escrita a mano.

La navidad ya había llegado a casa de Camila. Un gran pino de plástico, con bolas doradas y rojas envueltas con guirlandas de colores brillantes, llamaba la atención en todo el salón.

—No Pitu —gritaba Camila a la gatita que jugaba con las bolas que colgaban en las ramas más bajas del árbol.

Pitu salía huyendo asustada del grito, pero se detenía a unos metros para seguir jugando con Pris. Noa dormía junto a Moca en una de las mullidas camas para mascotas que había al lado del sofá.

Camila terminaba de colocar los últimos aperitivos, y encendía el centro de mesa que estaba decorado con velas y varias flores de la época.

Al fondo, desde el altavoz que simulaba una antigua radio sobre la estantería, se escuchaba música de piano y violines, la versión instrumental de típicas canciones navideñas. En la balda de arriba destacaba un portarretrato en el que aparecían Camila junto a Martín, riendo. A su lado estaba la cámara de fotos, prendida a su peculiar cinta roja.

En ese instante, y al mismo tiempo en que Darío introducía la llave para abrir la puerta, Moca saltaba de su cama asustando a Noa, ladrando y corriendo hasta la puerta a recibirlo.

—Hola, Moca. ¿Cómo estás, pequeña? —decía, mientras esta saltaba de alegría al verlo—. Hola mi amor, llegué a tiempo. ¿Te ayudo con algo? —preguntaba, mientras colgaba su abrigo en el perchero de la entrada.

—No te preocupes, amor. Ya está todo listo —comentó, acercándose a darle un beso.

Darío ponía el regalo al pie del árbol, y pudo constatar que ya había otro.

El timbre comenzó a sonar, llegando poco a poco todos los invitados, que eran recibidos con una copa de cava.

La noche transcurría gratamente entre risas, rica comida y un brindis tras otro.

Llegó el momento de la entrega de los regalos, siendo los anfitriones los últimos en abrir los suyos.

—Bueno, este es para ti —dijo Darío, entregando a Camila en la mano el penúltimo regalo que quedaba bajo el árbol.

Todos gritaban de emoción mientras esta retiraba con cuidado y sin prisas el papel que lo envolvía.

De pronto Camila se quedaba con la boca abierta, pues al abrir la caja se llevó una gran y grata sorpresa, algo que la había dejado congelada por varios segundos, impresionada al ver su regalo.

Se trataba del primer libro escrito por Grunsant llamado: "*Dos mundos en un solo corazón*" con dedicatoria incluida.

—¡¡¡Guau!!! No puedo creerlo. Muchas gracias —comentaba de felicidad, besando a Darío—. Bueno ahora es mi turno, y el último regalo es para ti, Darío.

Camila agarraba la última caja que quedaba bajo la sombra del pino navideño, entregándoselo a este. Todos miraban expectantes a Darío que abría el regalo, tratándose de un sobre, en cuya superficie había algo escrito y él leyó en voz alta:

"El comienzo de una nueva vida"

Del sobre sacaba una ecografía, a lo que todos los invitados gritaban, pues era la noticia de que Camila y Darío serían padres.

Pero Darío permanecía con los ojos como platos y la boca abierta. Perplejo a la noticia, no le salían las palabras.

—¡Mi amor, vamos a ser papás! —gritaba Camila de felicidad.

Este por fin reaccionaba, abrazándola y besándola, entre los gritos y felicitaciones de los invitados.

La noche avanzaba y la gente poco a poco se iba retirando, hasta que Camila y Darío se quedaron solos, observando el desorden en que había quedado el apartamento luego de la celebración.

—Estoy agotada —expresó Camila—. Iré a ponerme cómoda, no puedo más con estos tacones —afirmó dirigiéndose a la habitación.

Darío agarraba un libro de la estantería, y de este sacaba un sobre que había escondido entre las hojas.

Con el sobre en la mano, salía al balcón.

Frente a un cielo limpio y lleno de destellos, acompañado de una luna menguante, miró el sobre que ponía en su exterior: Darío Franco.

Sacó la hoja que había dentro y afligido comenzó a leerla. Se trataba del resultado de unas pruebas que meses antes se había realizado con el doctor Paz.

Tras la repetición de pruebas sobre una posible infertilidad masculina en el paciente Darío Franco Arias, doy fe ante el resultado de dichas pruebas, que dicho paciente presenta una baja producción y anomalías en la función del esperma en sus eyaculaciones, con la capacidad insuficiente de estos para poder fecundar al ovulo y dar lugar a un embarazo. Por consiguiente, el

paciente padece de una infertilidad positiva en cuadro hormonal.
Atentamente Dr. Paz

Darío molesto y triste al mismo tiempo, rompía el papel en trozos pequeños, dejando que el viento lo desapareciera en el infinito.

Camila salía de la habitación en pijama y zapatillas, avanzando por el salón en dirección al balcón, pero justo debajo del perchero visualizó algo que le llamó la atención. Se agachó a recogerlo, paralizándose al ver que se trataba de una pegatina del reclusorio de mujeres con la fecha de ese día, y el nombre de Vera Franco escrito.

Miró por unos segundos a Darío, que estaba apoyado en la barandilla contemplando el cielo de esa noche, y sin pensarlo arrugó la pegatina, arrojándola al cubo de basura que había saliendo al balcón. Darío al escucharla acercarse, limpiaba a prisas sus lágrimas.

—¿Todo bien, amor? —preguntó Camila como si nada ocurriera, al ver sus ojos húmedos.

—Todo bien, mi amor, solo que… que aún estoy asimilando la buena noticia —contestaba Darío con una fingida sonrisa de felicidad.

Ambos se abrazaban contemplando la noche en un silencio que gritaba en el interior de cada uno de ellos.

"A veces, guardar un secreto es el camino más noble a seguir".

Inspirada en sucesos reales.

AGRADECIMIENTOS

A la primera persona que quiero agradecer es a ti, lector, que llegaste hasta la última página de esta novela. Gracias por confiar en mí, por tomarte tu apreciado tiempo en leer esta historia, que espero que te haya hecho disfrutar, emocionar y vivenciar como yo cuando la escribí.

Agradezco a mis padres que siempre creyeron en mí, no solo como escritor, sino en toda mi trayectoria en las diferentes vertientes artísticas a las que me dedico. A mi hermana Mónica y hermano Mario, a quienes va dedicado este libro, donde la conexión de hermanos es uno de los temas principales de la historia. Que a pesar de vivir a separados a miles de kilómetros mantenemos viva y constante esa conexión que nos une.

A mis amigos, que ellos saben quiénes son; esos que, desde cualquier parte del mundo, siempre estuvieron presentes apoyándome en toda aventura a la que me lanzara, por muy descabellada que fuera, levantándome con sus ánimos en esos momentos en los que me caía. “Porque no hay distancia si hay amor”.

Gracias también a todas esas personas que no creyeron en mí, porque con su “no” me daban más fuerzas para enfrentar cualquier desafío que me propusiera.

También quiero dedicar esta historia a una persona que se fue de este mundo, no porque él lo quisiera, sino porque personas inhumanas decidieron acabar con su vida asesinándolo en un acto salvaje y despiadado por el simple hecho de tener una condición sexual diferente. Por ti Samuel, por ser parte de la inspiración de esta historia, que estoy seguro que tenías miles de sueños por cumplir y merecías haberlos hecho realidad.

Esta historia inspirada en tu caso y en muchos otros, con la intención de reivindicar los actos homofóbicos, a una comunidad que lo único que quieren es amar siguiendo a su corazón sin hacerle daño a nadie.

Como último favor, me gustaría saber tu opinión, si has disfrutado de esta novela y qué te ha parecido. Escríbeme y cuéntamelo, me encantará saberlo.

frankmaldonadoescritor@gmail.com
@frankmaldonado